LOLA CABRILLANA

LA MAESTRA DE LOS INVISIBLES



Grijalbo

LOLA CABRILLANA

La maestra de los invisibles

Grijalbo

A Sandra Carmona, Vanessa Jiménez y Rafa Tello,
por acompañarme siempre en mi camino.
Con vosotros los senderos están llenos de disfrute,
de sueños y de inventos para un futuro mejor

PRIMERA PARTE

1
Paco

El efectivo que acumulaba en el bolsillo aligeraba los cuarenta grados que soportábamos desde la madrugada. Podría haber sido una mañana de verano cualquiera, con las calles del mercadillo a rebosar, colmadas de extranjeros que buscaban, con prisas, chollos irresistibles en los que gastar el dinero. Los sábados de julio y agosto siempre aportan una buena cuantía que acopiamos para sobrevivir al austero invierno, cuando las calles se tornan húmedas, solitarias, con más vendedores que posibles clientes.

Disfrutaba de la alegría proporcionada por las generosas ventas, de la sensación gloriosa de reconocerme afortunado por el acierto de la mercancía escogida, del vaivén acompasado de los percheros vacíos y de la perspectiva de que el siguiente sábado, por las fechas tan veraniegas, se auguraba con pronóstico similar.

Cuando comencé a desmontar el puesto, sumido en la lista mental de los pagos que podría afrontar cómodamente, mi vida se detuvo. El pasado se presentó sin previo aviso, con brusquedad, y emergieron con rudeza los recuerdos velados por el olvido. Hasta ese momento vivía con la tranquilidad de mantenerlos a buen recaudo, ocultos en lo más profundo de mi memoria.

La reconocí al instante.

Me observó en la distancia calculando, sin prisas, las consecuencias de acercarse. Nuestros ojos se encontraron, hablaron, se reconocieron con dificultad en la imagen que ambos guardábamos en el recuerdo. Los años nos habían emborronado y desdibujado las facciones hasta robarnos sin piedad esa juventud compartida.

No bajó la mirada. No supe qué hacer. Me bloqueé. Observé cómo sonreía sin parpadear, con una frialdad glacial que no dejó entrever ni una pizca de la calidez que recordaba, la que nos unió con complicidad en el pasado.

No le devolví la sonrisa.

Tan solo la contemplé estancado, paralizado por la sorpresa, intentando no articular ni un solo gesto que delatara lo que sentía. Ella borró la sonrisa y, sin apartar la mirada, me ofreció un mensaje que me negaba a descifrar.

Se marchó dejando una estela oscura que nadie más apreció.

En ese momento fui consciente de que mi destino había cambiado de sentido y me había postrado ante una incertidumbre desconcertante.

No resultó fácil asumir que esa mujer podía hacer volar por los aires todo lo que me rodeaba. Lo que más apreciaba en la vida se adentraba en un peligro real y palpable.

Tuve el presentimiento de que no sería la última vez que nos veríamos.

No me equivoqué.

2
Mara

Sé cuál fue el momento exacto en el que mi padre cambió. El instante en que se cubrió con un espeso desasosiego y comenzó a disimular en un escenario que ya no le era cómodo. Fue en una mañana de sábado de principios de julio cuando se perdió en sí mismo para no encontrarse hasta que la verdad nos cambió la vida a todos.

Lo recuerdo con nitidez. Terminamos de recoger nuestro puesto en el mercadillo y nos marchábamos sin prisa. Mi padre estaba nervioso y callado, un estado inusual ante la cuantía que llevaba en el bolsillo. Si la venta había sido buena, solía estar feliz y expresaba su alegría con chascarrillos y bromas que incluso nos obligaban a hacer un descanso durante la recogida, porque la risa, unida al cansancio del día, nos aflojaba las piernas y nos debilitaba el resto del cuerpo.

Nuestros vecinos guardaron la parada antes que nosotros. Ese fue el primer síntoma de que algo no iba bien. Tantos años de experiencia habían proporcionado a mi padre una destreza con la que aventajaba a sus compañeros. Solía terminar el primero y me animaba a que ayudara a recoger a Carmen, nuestra vecina, o a mi

primo, que tenían otro puesto en una calle contigua. Aquella mañana fuimos los últimos en subirnos a la furgoneta.

Antes de empezar a hablar, esperé unos minutos a que el cansancio del día se atemperara con el aire acondicionado. El frescor nos reconfortaba, nos aliviaba de las horas expuestos a las altas temperaturas que, sin dar tregua, nos habían acompañado desde bien temprano.

—Suéltalo ya —ordené sonriendo—. Miedo me da lo que llevas rumiando un buen rato.

—¿Qué me va a pasar, hija? Que no sueltas prenda. Llevas una semana sin decir ni una palabra. Quiero saber qué pasó con las croquetas. En realidad todos quieren saber qué pasó con las croquetas. Tenemos el grupo que echa humo y no sé qué decirles.

—Un momento, ¿tenéis un grupo de WhatsApp de la familia en el que no estoy yo? No puedo creerlo.

—Créetelo. Se llama «CROQUETAS». Así como suena y con mayúsculas. En realidad es el mismo que «Regalo de cumpleaños Mara», pero tu hermano, que es muy gracioso, le ha cambiado el nombre.

—Tengo la familia más chismosa del mundo. No puedo tener intimidad.

—Por eso lo mejor es que sueltes prenda ya y descansamos todos. Que son muchas noches sin dormir barajando posibilidades.

Lo miré incrédula y no pude evitar reírme. El sentido del humor de mi padre me alegraba la vida y me desesperaba a partes iguales. Que resurgiera me tranquilizaba.

—Siento quitaros el sueño. Aunque no es para tanto.

—No has sido tú la que me ha quitado el sueño, ha sido el insoportable sonido del móvil. Tus dos hermanos elucubran a una velocidad vertiginosa a horas impropias. Y el móvil no dejaba de sonar. No podía parar de leer las teorías que inventaban. Algunas, graciosas a más no poder.

—Y silenciarlo no era una opción, claro.

—¿Y no enterarme de todo? Soy tu padre, tengo que estar al tanto de lo que les ocurre a mis hijos. Imagínate que soy el último en enterarme de algo.

—¡Cómo podría ser eso! —Reí con desgana—. Siento decepcionarte, pero no quiero hablar del tema. Y os va a tocar cerrar el grupo.

—¡Ja!, ni locos. Que tu cumpleaños está a la vuelta de la esquina y es una fuente de información valiosísima. Que luego nos volvemos locos pensando qué regalarte.

—*Papa,* faltan seis meses para mi cumpleaños.

—Seis meses no es nada. Sabes que no soy un padre que se meta en la vida de sus hijos; si no quieres contarlo, no tienes por qué hacerlo, aunque estoy convencido de que es lo mejor para ti y que te vendría bien. Soltar las cosas nos ayuda a analizarlas mejor. Y, lo reconozco, que no lo hagas me preocupa más. Nos tememos lo peor y, claro, cómo vamos a apoyarte si no sabemos lo que ha ocurrido.

Sonreí y miré distraída por la ventana. El mar estaba en calma y los bañistas disfrutaban del día en la orilla. El tráfico nos obligaba a circular despacio y nos permitía descansar de la tensión de la jornada.

—Puedes seguir con tu retahíla de chantaje emocional, pero no voy a compartir nada.

Mi padre hacía referencia a la semana anterior, cuando mi madre me llevó un plato de croquetas y un argumentario completo para que tomara una decisión. Manuel, mi primo segundo, me había contado una parte de nuestro pasado que yo desconocía. Y yo le había desvelado las piezas que le faltaban, completando entre los dos el puzle de una relación fallida. Descubrimos a la vez que habían truncado nuestras versiones y habían estrangulado con mentiras nuestra historia de amor. Conocer la realidad me llevó a tomar una decisión difícil. Esa noche debatía conmigo misma si debía darle una nueva oportunidad al amor de mi vida, aun sabiendo que éramos tan distintos —y asumir que el fracaso estaría presente en cada página —, o si cerraba el libro de manera drástica y ponía punto final a lo que no pudo ser. Cuando deliberaba qué hacer, mi madre llegó con el plato de croquetas, la comida favorita de Manuel. Sus palabras fueron muy acertadas: o asumía lo que sentía por él y luchaba, o me iba de la aldea. Mi familia quería saber si había tenido el valor de llevarle las croquetas y habíamos arreglado nuestra relación o si no había ido y la cosa seguía en un punto muerto, sin posibilidad de avanzar.

—No hay nada que contar —confirmé con tranquilidad—. ¿Desde cuándo os metéis en mi vida?

—Desde que tu primer amor te confesó que nunca dejó de buscarte y de quererte. Es un argumento férreo para estar atentos al desenlace.

—Pues no quiero hablar y tenéis que respetarme —ordené sin llegar a estar molesta.

—Lo siento, hija, ya sabes lo que nos gusta un chisme.

—Ahora cuéntame qué te pasa a ti. Al final de la mañana, se te ha cambiado el semblante y me tienes preocupada. Y cuando tu cabeza barrunta, algo estás tramando.

—Tenemos nuevos problemas —soltó de sopetón—. Y no te van a gustar. Abren un harén al final de nuestra calle, en los locales del fondo, y no quieren a nadie a su alrededor. Van a recolocar algunos puestos.

—*Papa,* un harén no pueden abrir allí. Debiste entenderlo mal.

Mi padre sonrió. Lo había llamado «*papa*», sin acento, como solía hacer antes de marcharme del pueblo para estudiar fuera. Tardó unos segundos en recopilar toda la información que tenía en su memoria sobre el lugar.

—El encargado me ha dicho que van a abrir un sitio de esos árabes donde se dan baños y se frotan con unas esponjas raras como si no hubiese un mañana. Y dice que es de lujo, de los que amablemente te piden una tarjeta de crédito en la entrada y luego te van ofreciendo cosas cada treinta segundos para cobrarte hasta por respirar un poquito de aire. Los nuevos dueños no quieren ahí delante a nadie. Hay que recolocarlos.

Reí a carcajadas mientras él luchaba por mantenerse indignado sin que la risa se le contagiara.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Eso es un hamam, no un harén. Un harén es donde estaban las concubinas, ya sabes, con sus velos, y el sultán disfrutaba del privilegio de ser hombre e inhumano. Y un hamam es un lugar de baño —expliqué sin dejar de reír.

—Pues, sea lo que sea, nos ha fastidiado, porque, si nos libramos cuando abrieron los bares centrales, esta vez nos afectará.

La risa se me cortó de golpe. Pensar que me cambiaban de sitio y perdía la cercanía de Carmen y Modou, los vecinos actuales, me preocupó.

—Pero ¿se saben ya los cambios? ¿Nos afectan? —pregunté inquieta.

—Claro que nos afectan. Los cuatro puestos son más antiguos que nosotros, por lo que tienen prioridad en la recolocación. Pero en el fondo hemos caído de pie. Solo van a desplazarnos unos metros…

—¿Cómo que van a desplazarnos unos metros? ¿Vamos a perder nuestro sitio?

—Sí, van a meter un puesto entre Carmen y nosotros.

—No puede ser —protesté consternada—. No nos pueden separar de Carmen.

—Pues claro que puede ser, donde hay patrón, no manda marinero. Y suerte que he conseguido que solo fuera uno, porque en un principio querían meter dos, así que por mí, fetén. La buena noticia es que van a poner a Ana y Jano, de modo que no se va a romper la camaradería de la calle. Que es lo importante.

Suspiré aliviada. Jano era uno de los mejores amigos de mi hermana Susana. Él y su madre, Ana, importaban ropa bordada a mano de varios países. Eran dos personas amables y serviciales. Teníamos una relación muy cercana, que se extendía fuera del mercadillo; aun así, me apenaba perder la proximidad a Carmen. Ser su vecina me permitía ayudarla cuando su puesto estaba lleno o cobrarle cuando tenía a varias personas esperando.

—Has sido tú quien ha propuesto que se pongan en ese lado, ¿no? No quieres perder de vista a Modou. El muchacho te preocupa.

Y lo entiendo, que estemos cerca es lo que hace que el Inglés se controle a la hora de gritarle.

—Espero que Carmen lo entienda y no se enfade. Si los hubiesen metido en el otro lado, entre nosotros y el Inglés, hubiésemos perdido el contacto visual con Modou. Estoy convencido de que sería perjudicial para nuestro amigo.

Modou vendía zapatos con su jefe, un hombre al que todos detestábamos por la forma tan brusca de tratarlo. En muchas ocasiones habíamos tenido que intervenir ante los malos modos del Inglés.

—Déjame que yo se lo cuente a Carmen. Me llegaré una tarde a su casa esta semana.

—Quiero ir contigo. Y no es por la tarta que hace Carmen, es porque creo que debo decírselo yo.

—Ni lo pienses. Los dulces han pasado a formar parte de tu historia.

Mi padre me miró con cara de pocos amigos. Seguía con una tristeza inusual en la mirada.

Llegamos a casa pasadas las cinco de la tarde. El sol no daba tregua y podías sentir cómo penetraba en la piel mientras descargábamos la furgoneta.

—Vete a descansar —me ordenó mi padre—. Luego descargo yo lo que queda y repongo las cajas en cuanto el tiempo refresque.

En cada mercadillo había unos requisitos de montaje distintos, lo que nos obligaba a vaciar la furgoneta y volver a llenarla cada día. En algunos lugares nos exigían una carpa, mientras que en otros era necesario montar la parada con hierros de una medida concreta.

Incluso el color de los toldos de la parte superior variaba de una ubicación a otra.

Entré a saludar a mi madre, que como siempre trajinaba en la cocina. Pelaba papas con un movimiento rápido y ágil. Le di un beso en la mejilla y la achuché con fuerza. Percibí el olor a fruta fresca de su perfume.

—Hay pollo con almendras en la nevera. Siéntate y te lo comes; o llévate la fiambrera, si lo prefieres, que ese perro tuyo querrá salir. Intenté al mediodía darle un paseíllo, pero el suelo quemaba con ganas. Y acuérdate de que el lunes nos vamos para tu casa. Tu tío comienza la obra el martes y necesita que todo esté quitado de en medio.

—Sí, no se me olvida, ya he empezado a esconder los chocolates y los frutos secos.

—¡Los encontraré! —gritó mi padre desde el baño.

Mi madre y yo nos miramos convencidas de que así sería.

Me marché a mi casa con el presentimiento de que algo no iba bien. Era cierto que el lugar que ocupara tu puesto era determinante para las ventas. Algunas calles eran menos transitadas por los extranjeros y eso podía condicionar los beneficios. Pero si permanecíamos casi en el mismo lugar tampoco nos afectaba demasiado. No entendía de dónde nacía la preocupación de mi padre.

No tenía ni idea de que lo que me estaba ocultando cambiaría el rumbo de nuestra vida.

3
Paco

Estaba más perdido que el barco del arroz. Me sentía desorientado, sin posibilidad ninguna de hallar la solución a un problema que no sabía si existía o solo era fruto de mis miedos. No tenía claro si era una buena idea contarle a mi mujer lo que había sucedido en el mercadillo. Cabía la posibilidad de que no volviera a verla nunca más, y la preocupación que le iba a generar sería innecesaria.

Que mi familia pudiera leer siempre en la expresión de mi cara lo que ocurría en mi cabeza me había ahorrado la toma de muchas decisiones.

—Paco —ordenó—, siéntate ahora mismo en el sofá y cuéntame qué es lo que te pasa. Esa cara que me traes no me anuncia nada bueno.

—Nada, nos han cambiado de sitio. Nos han quitado de la vera de Carmen, y eso a tu hija no le ha hecho mucha gracia.

Mi mujer se sentó a mi lado y me miró a los ojos con dulzura. Guardó silencio esperando a que contara algún detalle más. Me conocía muy bien y sabía que le estaba ocultando información.

—Vale, está bien —confesé sin remedio—. Ha pasado algo, pero no quiero que te preocupes.

—Suéltalo ya, que me estás poniendo muy nerviosa. ¿Te has puesto malo otra vez? —me preguntó con preocupación.

—No es eso, estoy bien. Es alguien con quien me he encontrado hoy. Alguien que hacía casi treinta años que no veía.

Los dos nos quedamos en silencio. No hizo falta que dijera nada más. Nena se sentó a mi lado.

—No puede ser. ¿Ella? ¿Qué te ha dicho?

—Nada. No se ha acercado. Tan solo me ha mirado de lejos. Creo que su intención era saludarme, pero ha visto mi cara y ha frenado en seco.

—Paco, ¿crees que…? —No pudo terminar la frase.

—Esperemos que no. Han pasado demasiados años. Y nos prometió que nunca lo contaría.

—Eso es lo que me preocupa. En tantos años una puede cambiar de opinión, pensar que lo que hizo no estuvo bien y tener remordimientos de conciencia. A ver si ahora nos busca para contar la verdad.

—Nena, no nos vamos a preocupar por algo que no ha pasado y que posiblemente no ocurra. —La abracé intentando que se calmara.

—Si nuestros hijos se enteran, no lo quiero ni pensar. Las niñas puede que nos lo perdonaran algún día, pero nuestro hijo… no lo iba a entender. No quiero ni imaginar cómo le afectaría.

El timbre de la puerta nos sobresaltó. Nos compusimos rápidamente y fui a abrir.

—Buenas tardes, Paco, espero no molestar.

Peter estaba plantado en la puerta. Con su atuendo de dos piezas de lino, sus ojos azules grandes y expresivos y su pelo rubio, parecía más un extranjero que un lugareño. Aunque todos le llamaban Peter,

para nosotros siempre sería Perico, el compañero de lecturas de Mara. Cuando eran unos chavales, intercambiaban los libros como si fueran un tesoro; se citaban una vez a la semana en el autobús para canjear una aventura por otra. De adultos se reencontraron en la misma profesión y habían retomado esa amistad sin perder la complicidad que los unió en la infancia. Muchas fueron las tardes que pasó en mi casa por pura necesidad. Su madre luchaba con todas sus fuerzas, trabajando doce horas al día, para sacar a sus hijos adelante.

—Hombre, don Pedro, qué alegría verle. Mara no está aquí, hemos llegado hace un rato. Si no está en casa, seguro que ha ido a darle un paseo a Bosco.

—Bueno, no vengo a hablar con Mara. Es con usted con quien quiero charlar un rato. Si no es mucha molestia… —dijo con timidez.

—Claro que no, hijo, pasa, no te quedes en la puerta. Pero no me llames de usted, que me haces sentir más viejo de lo que soy. Y, como ves, estoy hecho un chaval.

Saludó a mi mujer con dos besos afectuosos y comentó con gracia lo difícil que era llamarla por el apelativo que todos utilizábamos. Mi mujer se llamaba Matilde, pero todo el mundo la llamaba Nena. A Peter le daba cierto pudor utilizar un apodo tan cariñoso.

—Pero si me llamas Matilde no voy a contestar —bromeó ella mientras volteaba la tortilla de papas.

—Vamos a tomar algo fresco fuera. Luego termino de descargar. Llévame en ese cochazo que tienes. Tira para el chiringuito de mis primos y nos tomamos un par de granizadas, que se han comprado una máquina nueva y las hacen riquísimas.

Conversamos durante todo el trayecto sobre temas triviales. Peter estaba nervioso y noté que no sabía cómo empezar. Nos costó un buen rato encontrar aparcamiento. La playa estaba llena de bañistas que, en el intento de broncearse, habían adquirido un rojo estilo gamba de Huelva muy llamativo.

En cuanto puse un pie en el chiringuito, mi familia corrió a saludarme. Siempre mostraban alegría al recibirme, y el sentimiento era recíproco. Nos acomodaron en una mesa apartada y, sin que pidiéramos, nos colocaron delante dos granizadas de fruta fresca recién hechas.

—Dime, muchacho, ¿en qué puedo ayudarte? Imagino que tiene que ver con Mara. Espero que no vengas a pedirme su mano, mira que tienes una competencia muy complicada.

El chico se echó a reír.

—No, no vengo a pedir su mano. Ganas no me faltan, pero sí esperanzas; sé que no tengo posibilidades —bromeó algo más relajado—. Quiero pedirle…, pedirte opinión sobre algo. Es una decisión que tengo que tomar y no sé qué hacer.

Me acomodé en la silla. Los únicos clientes del salón eran una pareja joven que apuraba el café mientras miraban sus respectivos teléfonos. De la cocina salía un olor a natillas que embriagaba todos los rincones del restaurante.

—Encantado de poder ayudarte. Cuéntame —me ofrecí.

—Llevo muchos años siendo director del mismo colegio, como ya sabes. Y estoy muy bien, no te lo voy a negar. Soy una persona valorada y querida. Pero hace unos meses recibí una petición de ayuda que ahora se ha reiterado. Un colegio de Marbella, del centro, está en una situación crítica. Las matrículas han bajado, el

profesorado está desmotivado y los alumnos no son capaces de convivir de forma adecuada. Hay conflictos continuos, que se multiplican en la calle y acaban en verdaderas batallas campales. Quieren formar un equipo pedagógico nuevo e implementar medidas para reflotarlo. No es algo sencillo, la situación en el barrio es muy complicada, pero creo que puede ser una oportunidad muy bonita.

—Ya. Hablamos del barrio de las Cuatro Aguas, ¿cierto?

—Sí. Casi la mitad de la población es gitana y el resto son migrantes. Es un barrio muy complicado. Hay reyertas con armas de fuego, y la violencia y la pobreza se dan la mano.

—Y quieres que te ayude porque no quieres ir solo. Te quieres llevar a Mara contigo.

El chico me miró sorprendido. Tampoco había sido muy difícil la deducción. Había acudido a mí para pedirme consejo. Y estaba claro que mi hija era la persona perfecta para acompañarlo.

—Como siempre, no te equivocas: quiero que Mara forme parte del equipo. El problema es que acaba de aterrizar en el instituto y tendría que pedir un año de excedencia. Y sé que no será una tarea fácil convencerla. Por eso quería hablar contigo. Para que me orientaras acerca de cuál es la mejor manera de que no me juegue nuestra amistad. Ahora que ha regresado, no quiero volver a perderla. Su visión de la educación es justo lo que necesito. Es creativa, innovadora y luchadora. Sus clases no son las convencionales, juega con el aprendizaje, y eso a los niños les encanta. Le importan sus alumnos y se implica. Es la persona perfecta para formar parte de este equipo pedagógico. No sé si podría hacer esto solo, pero con ella estoy convencido de que lo conseguiría.

—Muchacho, no es tarea fácil. Aunque, si el proyecto te ilusiona, seguro que podrás contagiarle tus anhelos. Los dos sois unos apasionados de vuestra profesión. Trabajar contigo le parecerá un buen aliciente. Además, es un barrio con población gitana, eso puede ser un añadido. Pero tienes que ir con calma o te llegará el no antes que la posibilidad de que acepte.

—Pero no sé ni cómo empezar.

—Llévala allí. Que conozca el centro escolar, que conozca el barrio. Que descubra sus callejuelas, su gente y sus historias. Atráela con cualquier excusa. Incluso contándole la verdad. Dile que te han llamado y que quieres conocer la realidad en el contexto. Que te gustaría que te acompañara para que te dé su visión del punto de partida. Creo que Mara tiene una amiga en ese centro. Recuerdo alguna conversación al respecto, porque, si no voy mal encaminado, es un centro concertado.

—Sí, es una congregación religiosa la que lo dirige. Eso es algo que también me preocupa. Sé que Mara es atea.

—No te preocupes por eso, Mara puede convivir perfectamente con los valores cristianos; al fin y al cabo, son muy parecidos a los nuestros. Compartir, tratar al prójimo como te gustaría que te tratasen y todo lo demás no le va a resultar ajeno. Aunque pueda asustarla un poco, no tiene por qué ser determinante para que no acepte.

—Seguiré tus consejos. Muchas gracias. —Tomó una buena bocanada de aire antes de proseguir—: Pero hay otra cosa que deseo pedirte, y esta vez no tiene que ver con Mara. El centro quiere que forme parte del equipo un mediador intercultural. La dirección conoció en un encuentro de centros educativos una experiencia que

se lleva a cabo en Barcelona. Tienen una figura dentro del colegio que ejerce a la vez de mediador y de educador, «promotor escolar» la llaman, y está dando muy buenos resultados. Quieren copiar la buena práctica. En definitiva, es un enlace entre el centro y las familias, y me parece que eres la persona perfecta. Nos gustaría que nos echaras una mano en la parte de mediación.

—Sé quiénes llevan esa iniciativa en Barcelona. Mi amigo Miguel Ángel forma parte de ese proyecto. Claro, cuenta conmigo para lo que necesites. Conozco cómo están funcionando y cuáles son las labores que desempeñan. Afortunadamente, la iniciativa privada aporta la cuantía necesaria.

—Nosotros también la tendríamos. Hay una entidad bancaria que se haría cargo de los sueldos de los monitores. No hay problemas en ese aspecto.

Charlamos durante un rato, acompañados por dos trozos de tarta de chocolate con helado de dulce de leche que mi prima Zaira plantó frente a nosotros sin opción a rechazarlos.

Me gustaba ese muchacho. Tenía un fondo noble que se transparentaba en su forma de comunicarse, tan sencilla como correcta. Decliné su ofrecimiento de llevarme a casa. Quería pasar un rato en el chiringuito y aprovechar la oportunidad que me brindaba estar fuera de la órbita de la censura de mi familia para golosinear, que eran pocos los momentos en que se me permitía tal cosa.

Entré en la cocina con la esperanza de que me invitaran a una ración de natillas recién hechas. El olor me tenía totalmente cautivado. Alba, la hija de mi prima, me recibió con un afectuoso abrazo. Siempre había tenido una relación cercana con esa

muchacha, que había heredado de mi abuela el don de cocinar como los ángeles, además de sus ojos almendrados y su piel tostada. Me dio a probar todos los postres que tenía preparados para esa noche; disfrutaba con orgullo de que alguien valorara sus creaciones. Me puso tres trozos de tarta de queso en un recipiente para llevar. Le pedí un pedazo de brownie, con la confesión de que lo escondería para que no me riñeran. Alba sonrió con picardía y me lo guardó en una caja de servilletas vacía.

Me despedí de toda la familia, que comenzaba a preparar las mesas para la cena.

Caminé despacio hacia la aldea. Me corroía la duda de si podría esconder mis inquietudes con la misma facilidad con la que había escondido el brownie de chocolate.

4
Mara

Después de dar un largo paseo a Bosco, el agotamiento me tumbó en el viejo sofá a leer un libro. Todos los sábados acababa cansada, sin ganas de hacer absolutamente nada. Mi plan más apetecible era continuar con la novela que tenía empezada. Escuché el maullar de un gato y Bosco se marchó a husmear al patio. No había pasado la primera página cuando la luz se apagó. Me levanté y salí a la calle para comprobar si el apagón era general o solo afectaba a mi casa. Cuando me cercioré de que el problema no afectaba a los vecinos, llamé a mi hermano para que me diera instrucciones; era muy manitas y tenía el don de saber pautarme las indicaciones necesarias, en modo remoto, para arreglar los pequeños desastres caseros que yo creaba a menudo.

—Hola, hermano, se me ha ido la luz —conté preocupada—. No quiero llamar al *papa,* por si está ya descansando. Dame alguna pista de lo que puedo hacer.

—Tienes que mirar si han saltado los plomos —habló mi hermano —. Pero espérate, que nos acercamos. Estamos en casa de Arabia, que nos ha invitado a merendar.

—Hasta ahí llegaba, pero no he sido capaz de encontrarlos.

La casa de mi prima estaba al principio de la aldea. Mi hermano no tardó ni cinco minutos en entrar por la puerta. Me sorprendió que también lo acompañara mi hermana. Ambos me saludaron con un abrazo afectuoso y un beso en la mejilla.

—Equipo de rescate listo —bromeó mi hermano con gesto divertido—. Veamos dónde está esa caja de fusibles.

—No te puedo dar muchas indicaciones porque no tengo ni idea. Debería estar en la entrada de la casa, pero no la veo —dije.

—Estas casas solían hacerse por añadidos —contó mi hermana—. Cuando apretaba la necesidad, sacaban una habitación de la nada para los nuevos miembros de la familia, por lo que es posible que el cuadro de la luz se encuentre en la que fue la habitación original. Solo debemos averiguar cuál es.

—Voy a llamar a Manuel, él tiene que saberlo —anunció mi hermano.

—¡No! —grité sin poder controlarme—. No quiero que venga Manuel, vamos a intentar encontrarlo nosotros solos.

Mis dos hermanos se miraron y se rieron a la vez.

—Dejad de actuar como si yo no estuviera. Vamos a buscar los dichosos fusibles —les regañé dándoles la espalda.

—¿Tienes una linterna? —preguntó mi hermana.

—No, pero podemos utilizar la de mi móvil. No sé dónde lo he puesto, voy a buscarlo.

No veía absolutamente nada y fue imposible dar con él.

—Creo que me lo he dejado en la furgoneta del *papa* —confesé contrariada.

—Pues vamos *apañaos* —exclamó Susana—. Aquí el muchacho le ha dado el móvil a su mujer para que se fuera a casa con las niñas y

yo no tengo batería en el mío.

—Ah, pero el cargador sí que lo tengo en la mesa. Espera… —anuncié como si hubiese encontrado la solución.

—Mara, no sé cómo piensas cargar el móvil de tu hermana si no tienes luz. Tenemos que llamar a Manuel. Vamos a abrirnos la cabeza con un mueble, cada vez se ve menos. Escóndete en el cuarto, si quieres, y Susi y yo nos encargamos.

—No puedo ser tan infantil —pensé en voz alta—. Voy a buscarlo.

Salí decidida y molesta. No me gustaba nada la idea de tener que hablar con él. Y mucho menos pedirle ayuda. Respiré hondo para insuflarme fuerzas. Cuando pulsé el timbre me di cuenta de que su coche no estaba. No tuve más alternativa que ir a buscar a mi padre. Él conocía la casa y estaba segura de que sabía dónde se hallaba el cuadro de la luz.

Lo encontré en el porche, enderezando unos hierros castigados por el viento de la semana anterior.

—Ya has olido la tortilla que tu madre acaba de hacer, ¿no? Ahora iba a llevarte un trozo.

—No, vengo a por una linterna, me he quedado sin luz. Están mis hermanos en casa, pero no damos con los fusibles.

—Claro que no dais. Es que la casa original comenzaba en la cocina, se encuentran dentro de la despensa. Voy con vosotros, que está visto que esta familia no hace nada sin mí.

Entró a lavarse las manos y puso a mi madre al corriente de su participación en mi rescate.

Cuando llegamos, mis hermanos estaban sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la parte inferior del sofá. Mi padre les iluminó la cara con un chorro de luz.

—*Papa*, apaga eso —protestó mi hermano—. Me has deslumbrado.

—Eso es normal, es el efecto que causo cuando entro en una habitación. Deslumbro por mi belleza innata. Vamos a ver qué le pasa a la luz de esta casa. El cuadro está en la despensa.

—No lo hubiésemos encontrado ni en cinco días —rio Susi.

Como sospechaba mi hermano, el automático había saltado.

—Algo está haciendo contacto porque, si lo subo, baja de nuevo.

Mi madre interrumpió la conversación. Vimos el plato que llevaba en las manos antes que a ella. La tortilla desprendía un aroma intenso y todos nos acercamos a coger un trozo.

—¡Ni se os ocurra tocarla! —Golpeó a mi hermano en la mano—. He traído pan y alioli que acabo de hacer. Mara, pon las servilletas y algo de beber. Voy a preparar unos bocadillos.

Nos sentamos todos en la mesa del salón, iluminados por la linterna de mi padre. Bosco se acercó a exigir su ración. Nos comimos un bocadillo cada uno, no sin antes pelearnos como cuando éramos niños por el trozo de tortilla más grande.

—No os mováis, que tengo una sorpresa. Voy a por el postre —anunció mi padre.

A los pocos minutos apareció con tres pedazos de tarta de queso y un brownie de chocolate.

—He estado en el chiringuito y Alba me la ha dado. Para que veáis que soy un padre generoso, lo comparto con vosotros.

—Lo compartes para no ser un padre divorciado —replicó mi madre.

Cortó la tarta en porciones pequeñas y las dispuso en una bandeja ovalada que cogió de uno de los cajones de la cocina.

—¿Qué hacías tú en Las Cuatro Esquinas esta tarde? —pregunté con curiosidad—. Si te he dejado en la casa derrotado.

—He ido a ver a la familia. Hacía semanas que no pasaba por el chiringuito.

Observé como mi padre miraba a mi madre. En esa complicidad obtuve la certeza de que me estaba ocultando algo. Lo conocía muy bien. Siempre se llenaba de movimientos inseguros cuando no estaba contando toda la verdad.

—Mara. —Mi hermano me miró fijamente—. Necesitamos que nos digas qué pasó con Manuel. No has querido que lo llamemos y…

—Está bien —interrumpí—. Os lo voy a contar. Pero no quiero hablar nunca más de este tema. Y son mis últimas palabras. No he visto una familia más cotilla que esta.

—Espera, hija —dijo mi padre—. No digas nada. Vuelvo en cinco minutos. No empieces a contarlo sin mí.

—Pero ¿a dónde vas ahora? —pregunté intrigada.

—No tardo nada. Mientras tanto, podéis hablar de la mercancía nueva que ha traído el Jenaro y que ha sido un bombazo. No me mires así. No es que la haya probado, es que todo el mundo habla de ella.

Les conté a mis hermanos que todos los comerciantes pasaron por el puesto de nuestro primo para probar unas chucherías nuevas. Las culpables del éxito eran unas golosinas liofilizadas que se habían puesto de moda. A los cinco minutos exactos, apareció mi padre con un cubo de palomitas recién hechas.

—No puedo creerlo. Has ido a hacer rosetas. Y has hecho un paquete entero.

—Es que no podía ser de otra manera. No tienen mucha sal, pero como están tan crujientes ni se nota.

Mis hermanos sonreían. Mi madre nos miraba feliz. Mi padre se llenaba la boca de palomitas, pero no era capaz de estar callado ante las bromas de sus hijos. En muy pocas ocasiones estábamos los tres hermanos solos. En la mayoría de las reuniones familiares nos acompañaban sus parejas y mis sobrinas.

Todos me miraban mientras engullía grandes cantidades de palomitas de maíz. No sabía por dónde empezar. Lo que ocurrió aquella noche me avergonzaba y dolía a partes iguales.

—No sé cómo he llegado a esta situación. Solo quería leer un libro tranquila, tumbada en el sofá, y de repente estoy aquí, con mi familia al completo, deseando que les desvele toda mi intimidad.

Se escuchó una voz que provenía de la entrada. Saludó elevando el tono.

—Pues ya estamos todos —susurró mi padre al reconocer a quién pertenecía—. Pasa, Manuel, directo al salón. A Mara le salta el automático e intentábamos encontrar una solución.

Manuel entró despacio, como si temiera molestar. Se sorprendió al ver a toda la familia comiendo palomitas en el salón. Enseguida se sintió observado y trató de llevar la conversación hacia la falta de luz.

—Está aquí, en la alacena. Si no suben los plomos es porque algo no va bien. —Intentó accionar sin éxito el diferencial—. Deben de ser los enchufes del patio; se mojan con la *rociá* de la noche y hacen contacto. Mañana llamo a tu tío para que se pase a echar un vistazo. Me vuelvo a casa, que…

—Siéntate un rato con nosotros, ¿dónde vas a estar mejor acompañado que aquí? Además, estábamos comiendo palomitas porque Mara estaba a punto de contarnos algo —anunció mi padre.

En ese momento lamenté que no se permitiera arrojar un bol de palomitas a la cabeza de un padre. Lo deseaba con todas mis fuerzas y me enojaba que mis principios me lo impidieran. No sabía qué decir, así que pedí ayuda a mi hermana con la mirada. Esta asintió.

—Mara nos estaba contando que tiene una receta nueva de croquetas. Y justo nos iba a explicar cómo las hacía.

Mi hermano se tapó la boca con la mano para ahogar la risa. Yo no me pude contener y le lancé un puñado de palomitas a mi hermana. Fingió enojarse y me tiró otro puñado que me dio en la cara. Mi padre se interpuso para frenar nuestra cruzada, pero lo único que consiguió es que las rosetas le golpearan por los dos lados. Manuel nos miraba divertido.

—El padre es peor que las hijas —murmuró mi madre sin parar de comer.

Mi hermano sacó una cerveza de la nevera y se la ofreció a Manuel, que se acercó a uno de los recipientes que mi madre había repartido y comenzó a comer palomitas. No le duraron mucho, porque Susana se las quitó cuando se le acabó la munición. Paramos por puro agotamiento. Mi madre cogió la escoba y comenzó a barrer.

—Estos hijos míos no van a crecer nunca —farfulló fingiendo indignación.

—*Mama*, perdona, habla con propiedad. Son tus hijas, porque tu hijo está aquí muy callado y se ha guardado las ganas de meterse en la pelea. Y no porque no me hubiese gustado participar, sino

porque no quería posicionarme. Las dos son mis hermanas y luego podría pasarme factura. Con una trabajo y la otra me cuida las niñas.

—Hablando de croquetas… —dijo Manuel sonriendo con ironía—. Nena, las del otro día estaban muy ricas. Muchas gracias. Me las acabé todas de una sentada.

Me miró a los ojos y vio que mi ira estaba a punto de salir por alguna parte. Reaccionó con rapidez.

—Será mejor que me vaya. Mañana a primera hora te soluciono lo de la luz.

—Sí, será mejor que nos vayamos cada uno a su casa —confirmé —. Estamos muy cansados y podríamos decir algo de lo que nos arrepintamos.

Empujé a Manuel hacia la puerta y se resistió de forma dramática. Nos vimos iluminados por el foco de luz, que mi padre apuntó hacia nosotros. Cerré la puerta en cuanto Manuel puso un pie fuera y corrí a reñir a mi familia.

—Voy a tardar mucho tiempo en perdonaros esto.

—Tengo helado de locas —anunció mi padre—. Lo tenía guardado para una ocasión especial, y una reconciliación lo merece. Paquito, anda, llégate a por él. Ya veréis qué rico está.

Me rendí tumbándome en el sofá. Que hubieran elaborado un helado con el dulce favorito de mi padre, las locas, era un motivo más para aumentar su ingesta de azúcar.

Mi familia me había agotado. Me había dejado sin fuerzas.

Pero cuando los vi allí repartiéndose el helado, mientras se reían de las mejores jugadas de la noche, me di cuenta de lo afortunada

que era. Con ellos tenía siempre la seguridad de no estar nunca ni sola ni aburrida.

5
Paco

El domingo era el único día de la semana en que me tomaba un respiro. Para que pudiera descansar, mis hijos menores trabajaban en Estepona, otro de los mercadillos donde obteníamos buenos beneficios. Ana y Jano, los que iban a ser nuestros nuevos vecinos, también tenían un puesto en Estepona, en la parte de atrás de nuestra calle, de ahí que Susana y Jano se hicieran grandes amigos. Eran los dos únicos españoles de toda la zona izquierda.

Dormí a ratos, alternando el duermevela con las pesadillas de callejones oscuros que engullían con brusquedad a mi familia sin que yo tuviera posibilidad de alcanzarlos. Mi mujer me acompañó en silencio; fingía estar durmiendo. Me levanté al alba, no podía permanecer más en la cama. Cuando un problema me rondaba la cabeza, el sueño no llegaba. Una tras otra, veía pasar las horas sin quedarme dormido.

Nena preparaba el café cuando salí de la ducha.

—Siéntate, anda, que menuda noche me has dado.

—Lo siento, no he podido pegar ojo. Échale tres cucharadas colmadas al jarrillo, que necesito algo fuerte para mantenerme en pie.

En casa se preparaba el café en puchero: se vertía molido en agua hirviendo y se colaba la mezcla después de unos minutos de reposo. Le agradecí a mi mujer que no me riñera cuando me eché dos cucharadas generosas de azúcar.

—Tenemos que tomar una decisión —me dijo mientras llevaba el pan y el aceite a la mesa.

—Ya la tomaremos cuando llegue el momento —respondí con desgana.

—No, Paco, tenemos que anticiparnos a los problemas. Y saber qué le vamos a decir si se nos complica la situación. Y no hay muchas alternativas. O lo negamos, o decimos la verdad. Y creo que negarlo va a empeorar las cosas. Así que será mejor que busquemos la forma menos dolorosa de contar la verdad. No tengo ni idea de cuál es la mejor manera de hacerlo y me va a costar la misma vida sacarla a la luz. Es que me imagino el momento y me entran unas ganas de llorar que no lo puedo soportar.

—No hay una forma menos dolorosa. Les va a afectar y no nos van a perdonar que les hayamos mentido. Llevan toda la vida, Nena, toda la vida sin saber la verdad —comenté cabizbajo.

—Te recuerdo que la única persona que sabía toda la verdad está muerta. No pudimos hacer otra cosa. Tampoco es que fuera una decisión fácil para nosotros. Pero no sé si resultó la más acertada. Aunque no me arrepiento, lo volvería a hacer una y mil veces.

—Ya, pero esa mujer… No puedo olvidar su mirada. Algo me dice que volverá. ¿Y si nos chantajea? Puede que nos pida dinero a cambio de su silencio.

—Paco, no seas peliculero —me dijo mientras me servía una rebanada gruesa de pan tostado—. Te vio en un mercadillo, no en

un yate. Nuestra economía se transparenta en nuestra ropa. Sabe que no hay donde rascar. Además, ella siempre supo que éramos humildes. Y te recuerdo que fue una buena persona. Le dijimos la verdad. Porque no podemos olvidar que le dijimos toda la verdad y nos apoyó cuando se lo pedimos.

—Hace tantos años de eso…

Unos pequeños golpes en la puerta nos anunciaron que alguien iba a entrar. Las puertas de la aldea siempre estaban abiertas, sobre todo en verano. Era Manuel, que necesitaba las llaves de la casa de Mara. Él siempre había tenido una copia, por si alguna vez mi hija se las olvidaba dentro, pero cuando nos vinimos a vivir aquí nos las dio a nosotros, por si necesitábamos ir. Las quería para encargarse de la electricidad.

—Voy contigo, hijo, que mi hermano ya hace rato me mandó un mensaje diciendo que venía de camino.

—Me temo que el arreglo va a ser aparatoso, porque ahora todo está estipulado de otra manera, con marcadores independientes —dijo Manuel.

Caminamos hasta la casa de Mara comentando los cambios en las construcciones actuales. Mi hermano era cualquier cosa menos puntual. Su «ya voy en camino» podría resolverse unas cuantas horas después. Lo conocíamos y contábamos con su medida del tiempo tan personal.

El sol apretaba para recordarnos su poderío y la humedad del ambiente era superior a la de los días anteriores. Un grupo de niñas jugaba en la calle, entre ellas las hijas de Manuel, que se acercaron a saludarnos. Las chiquillas me dieron un beso con cariño y, sin

mediar palabra, corrieron con sus amigas, una compañía mucho más interesante que la nuestra.

Mara no estaba en casa; se había marchado a la playa con Marusella y no llegaría hasta el mediodía. Tenía el presentimiento de que Manuel quería hablar conmigo y había ido a buscarme con la excusa de la avería eléctrica.

—Manuel, si no sueltas lo que estás barruntando, el pensamiento va a salir de tu cabeza con vida propia.

Manuel sonrió. Nos sentamos en el porche, en los balancines que mi hija había pintado de un celeste turquesa.

—No sé cómo llegar a Mara. Creo que el otro día se hizo una idea equivocada. Pero no me deja hablar con ella. No quiere escucharme. Después de nuestra conversación de la semana pasada, cuando le expuse mis sentimientos y todo lo que pasé cuando rompimos, me fui para mi casa. Me sentí vacío, con una angustia que no me dejaba respirar. No fue fácil de digerir. Lo pasé muy mal, no sabes cuánto. Estaba metido en la ducha cuando me interrumpió Macarena, la chica que me lleva las cuentas. Traía unos papeles para que se los firmara, los necesitaba para el lunes con urgencia. Y entonces apareció Mara. No me dejó hablar. Me soltó el plato de croquetas y salió corriendo. Imagino que vio el coche de Macarena y pensó lo que no era. Es lo que he deducido porque, aunque le he dado un millón de vueltas a lo que le ha podido molestar, no me coge el teléfono y no me abre la puerta.

—No me cuadra nada lo que me cuentas, muchacho. Mara no es una persona celosa y no me puedo creer que actuara de esa manera. Nosotros no hemos conseguido que soltara prenda. Imagino que le afectó mucho lo que le contaste; emocionalmente

fue duro y eso la volvió inestable. Si no insistes, corres el riesgo de que piense que has cambiado de parecer.

—Paco, si llevo queriéndola toda la vida, no voy a cambiar ahora mis sentimientos. Eres su padre y esto puede sonar mal, pero durante muchos años deseé con todas mis fuerzas no amarla.

—Te entiendo, hijo, sé a lo que te refieres. Vuestros caminos se separaron de una forma muy abrupta. Y los dos sufristeis mucho por esa separación. No sabes cuánto me he martirizado con la duda de si hice lo correcto o me equivoqué. Tomé una decisión difícil que posiblemente no fuera la acertada. Fue muy duro arrastrar a mi familia lejos de aquí. Toda su vida estaba en esta calle. Los separé de su entorno, de sus amigos, de su mundo.

—Hiciste lo que creíste mejor para tu familia. Mi padre no te lo hubiese puesto fácil. Yo era un adolescente y seguía pegándome con la correa. Creo que fue la mejor decisión. No la más fácil, pero sí la más acertada.

—Gracias, hijo, me alegro de que lo veas así. Y seguro que lo aclaras con ella. Siento todo lo que tuviste que pasar. Cuando eras un niño, hablé con él cientos de veces. Y me escuchaba. Le pedía que no os pegara, que dejara de haceros la vida imposible. Pero los buenos propósitos se le olvidaban en la siguiente borrachera. A pesar de todo, tengo buenos recuerdos de nuestra infancia.

El ruido de una furgoneta cortó nuestra conversación. Mi hermano jaleó su llegada con la alegría que nunca se le despegaba del cuerpo, bailoteando y abrazándonos con ceremonia. Se pusieron manos a la obra y, tras charlar un rato, regresé a casa para comerme un bollo de leche que tenía guardado en mi caja de

herramientas. Desde que el médico me había prohibido el azúcar, mis escondrijos me surtían para no perder la alegría de vivir.

Me preocupaba Manuel. Le tenía aprecio, el muchacho había sufrido mucho. La muerte de su mujer y de su madre le habían golpeado fuerte. Lo que para mí resultaba una incertidumbre, al igual que para ellos mismos, era si él y Mara serían capaces de tener una convivencia como pareja. Tenían personalidades muy distintas. Mi hija era una defensora nata de los derechos de la mujer y digamos que Manuel seguía anclado en modelos un poco caducos. De lo que no tenía duda era de que se querían. Pocas veces en la vida me tropecé con un amor más auténtico y duradero.

Pensando en la forma de echarles una mano sin parecer un entrometido, me fui a coger leña para preparar el fuego. La aldea estaba situada en el campo, cerca del núcleo urbano, pero con las ventajas de los insumos que proporciona la naturaleza. Caminando podías encontrarte con el mar en unos minutos. Era un emplazamiento privilegiado, que se convirtió en un sitio vetado cuando varias familias gitanas se asentaron en él. Su permanencia y la expansión de las familias hizo que nadie quisiera edificar cerca. Es que el valor de lo que nos rodea disminuye con nuestra presencia. Esta afirmación es tan cierta y absurda que nunca la comprenderé, y pasan los siglos y esta premisa no cambia lo más mínimo. Miraba a mi alrededor y pensaba en la estupidez del ser humano. Era un entorno precioso que proporcionaba una calidad de vida inmejorable.

Mara llegó justo en el momento en que cargaba el último acopio de leña. Con las mejillas sonrojadas por el sol, llevaba un libro en una mano y sujetaba la correa del perro con la otra. Vestía una

especie de harapo con hilos de colores al que, por mucho que mirara, yo no conseguía encontrarle la forma.

—Todos los domingos traes un libro y nunca lees ni una sola página —apunté sin parar de faenar.

—Hoy no vienen las niñas, están en un cumpleaños. Y mis hermanos van a llegar más tarde, porque es el cumpleaños de Jano y se iban a tomar algo con ellos. Así que voy a poder leer.

—Vaya, y tu padre te está esperando para que le ayudes a cortar la verdura. Que, por ayudar a tu tío con la electricidad, se me ha hecho tarde —mentí.

—¿Qué te ha dicho de la avería? ¿Qué se ha roto? —me preguntó Mara.

—Una ruina, eso es lo que es. Tienes que cambiar toda la electricidad de la casa. No puede apañarse, está muy vieja.

—¿Le has pagado?

—No, no lo ha arreglado. Lo acabo de ver pasar, le faltaban materiales. Mañana los traerá, pero Manuel dice que lo paga él. El muchacho y yo hemos estado hablando un buen rato y, mira, la paella sin hacer. Hoy comemos a las seis de la tarde. Si es que cuando una conversación es interesante, no soy capaz de dejarla —dije pensativo.

—Ya. ¿Me vas a decir qué te ha contado o vas a seguir dándole vueltas? —me increpó Mara fingiendo malestar.

—Nada, hija, sabes que no soy un padre chismoso, que no me gusta meterme en vuestros asuntos, pero me ha mencionado que saliste como alma que lleva el diablo cuando viste que estaba la muchacha de las cuentas en su casa —dije de seguido, a toda velocidad, casi sin respirar.

—Bueno, ¿y qué se supone que debía hacer? ¿Quedarme y encender una vela?

—Solo estaba allí para que firmara unos papeles. Mara, tú nunca has sido una mujer celosa, no sé qué te está pasando. Siempre has sido una mujer segura de ti misma.

—*Papa,* cuando me abrió, Manuel estaba sin camiseta. No son celos, es un poco de amor propio.

—Sí, me lo ha dicho, se estaba duchando. Te recuerdo que estuvo trabajando con nosotros toda la tarde.

—No doy crédito. O sea, a ti te parece normal que me confiese que yo soy el amor de su vida y un rato después esté con otra. Es que a mí muy coherente no me parece. Cómo no quieres que esté dolida. Es más, hace mucho tiempo que no me sentía tan humillada.

—Mara, estaba allí por trabajo, no puedes sacar esa conclusión. Lo mismo esos sentimientos que afloraron te lo están revolviendo todo y ves las cosas con un prisma un poco más dramático de lo que es en realidad.

—*Papa,* la chica se asomó por la cocina y estaba casi desnuda. Se escondió rápido, pero pude ver que lo único que llevaba puesto era un tanga. Uno muy sexy, por cierto, ideal para la ocasión.

Me quedé perplejo.

A Manuel se le había olvidado darme esa parte de la información.

6
Mara

A mi padre también le sorprendió la actitud de Manuel. El padre de Manuel y mi padre eran primos hermanos. Siempre vivieron en la misma calle y, aunque mantuvieron una relación cercana, nunca fueron amigos. Mientras que mi padre era un miembro de la comunidad noble y querido, el de Manuel fue un hombre tosco y autoritario que no desprendía mucha simpatía. Mi padre no soportaba los castigos físicos a los que sometía a Manuel y el trato que le daba a su mujer. Los padres de Manuel nunca fueron felices juntos. La pobre mujer vivió toda la vida encerrada en un matrimonio que la asfixiaba y condenaba a una vida indigna. Recuerdo con nitidez las humillaciones y las frases que tenía que soportar en su día a día. Mi padre adoraba a Manuela. Ella y la Redonda se habían criado con él en tiempos muy difíciles. Compartieron el hambre y las travesuras en una calle en la que la pobreza era la gran protagonista. Mi padre intentó convencer a su amiga para que no se prometiera con su primo, lo que originó un malestar perenne entre los dos. El padre de Manuel no le perdonó ese agravio.

Mi padre cambió de tema con sutileza. Centró la atención en los ingredientes que cortaba. Cocinar con él podía convertirse en toda

una aventura. Con sus ocurrencias reías a carcajadas y, si en ese momento manejabas uno de sus cuchillos extremadamente afilados, te jugabas la integridad de todos los dedos. Me recordaba una vieja anécdota de la familia cuando mi madre nos trajo una bandeja de boquerones fritos. Estaban abiertos por la mitad y al morderlos apreciabas las horas que habían macerado en limón, ajo y perejil.

Ella también andaba preocupada. En ningún momento pensé que podría estarlo por el mismo motivo que había opacado el carácter de mi padre el día anterior. La tuve que llamar varias veces para que me atendiera.

La miré en la distancia. A sus cincuenta y cinco años conservaba una belleza natural que adornaba con una sonrisa y un brillo de labios. A pesar de tener un carácter afable, de parecer tímida y discreta, no había ni una sola decisión en mi familia que no pasara por ella. Si no la creía adecuada, nunca nos contradecía ni lo expresaba abiertamente, pero movía cielo y tierra para que nosotros mismos encontráramos el error.

Agradecíamos que las estrategias educacionales de mi madre nos convirtieran en adultos autónomos y críticos, capaces de analizar con detalle los comportamientos y los sentimientos de los demás. Nos había educado para mover la cabeza y el corazón al unísono.

Mi cuñada llegó unos minutos antes que mis hermanos, que manifestaron con gestos divertidos su agotamiento. Cuando le dieron a mi padre el dinero recaudado, este sonrió orgulloso. El calor convertía el trabajo en el mercadillo en una tarea de extrema dureza, pero soportarlo se veía compensado con las recaudaciones altas que nos proporcionaba el turismo.

—Qué alegría, no se os ha dado mal el día. Lavaos las manos, que ya está el arroz —ordenó mi padre mientras guardaba el dinero en su mesita de noche.

Hablamos de mi casa y sus problemas de electricidad, de la reforma de la casa de mis padres y de los cambios en el mercadillo. El almuerzo de los domingos se disfrutaba con conversaciones animadas que nos ponían al día de la vida de los demás.

—Mara, no te has enterado, pero Jano y Ana se vienen a nuestro lado —me anunció mi hermana.

—Claro que me he enterado, si me lo dijo el *papa* ayer —corregí.

—No, no me refiero a Puerto Banús, me refiero a Estepona. Lucas, el de las gafas, se ha jubilado y ellos han pedido ese puesto para estar a nuestro lado. Así podemos cubrirnos mejor para ir al baño o cuando uno de los dos tengamos alguna urgencia. Los chicos del puerto se han acercado hoy para decirles que se lo han aceptado. Ya pueden instalarse el próximo domingo.

—Ah, pues entonces van a ser nuestros vecinos en dos mercadillos. En Puerto Banús también.

Mi hermana estaba contenta. Le agradaba tener cerca a sus amigos. Nos contó animada las anécdotas del día, entre las que se incluía la simpática despedida que le habían preparado a Lucas.

Mi padre refirió a mis hermanos las novedades del mercadillo del sábado y ninguno de los dos se alegró del cambio. La cercanía de Carmen era muy apreciada por ambos.

—Que conste que Ana y Jano son lo mejor que nos puede tocar, pero estos cambios nos enseñan que es todo muy frágil, que hoy estás aquí y mañana te pueden mandar a Fernando Poo —aclaró mi hermano.

Mi padre sonrió. Su hijo había utilizado una frase que su abuelo repetía con frecuencia. Que lo tuviera presente era un orgullo para él.

—Ya sabemos que allí es así, estamos en un sitio privado. No es como el de abajo, que pertenece al ayuntamiento, o el del parking, que se lo han quedado en propiedad. Nosotros estamos de alquiler y allí no hay nada nuestro. Suerte que no nos han cambiado, podían habernos mandado a la plaza con tu primo. Y allí nuestra mercancía no se vende igual —añadió mi padre.

—A mí no me parece que sea para tanto —opinó mi hermana—. Jano y Ana ayudarán a Carmen porque son dos de las personas más generosas que he conocido nunca.

Mi padre nos sirvió un plato de arroz a cada uno y colocó la paellera en el centro de la mesa por si alguien quería repetir.

—Paco, hoy el arroz te ha salido espectacular —le elogió Elo, mi cuñada.

—Es que hoy le he ayudado yo y se nota mi toque. Yo le he echado las especias, y eso marca la diferencia —anuncié.

Mi padre me tiró un trozo de pan a la cabeza que yo esquivé con destreza. Bosco, mi perro, lo cazó al vuelo y se puso a jugar con él.

La sobremesa se alargó hasta el anochecer. Cuando regresé a mi casa, coincidí con Manuel, que estaba entrando en la suya. Me detuve unos metros antes, sin que me viera, para no sentirme forzada a saludarlo.

Me llevé una sorpresa cuando comprobé que mi tío me había hecho un apaño temporal y tenía luz en el salón. A los pocos minutos me di cuenta de que me había vuelto a dejar el móvil, esta vez cargando en el dormitorio de mis padres. Saqué a Bosco y fui a

recuperarlo. Cuando me estaba acercando, vi a mi padre salir apresurado. Se subió a la furgoneta y se marchó.

—¿A dónde va el *papa* con esa prisa? —le pregunté a mi madre.

Se quedó callada sin darme una respuesta. Me di cuenta de que estaba intentando inventar una excusa, pero no pudo improvisar con rapidez.

—*Mama,* ¿qué pasa? No me preocupes, si ha pasado algo quiero saberlo.

—No pasa nada, confía en mí. Tu padre mañana te lo contará todo. Pero no te angusties, que no es nada grave. Ha salido a hacer un recado, no es nada importante.

—Y si no es nada grave, ¿por qué no me lo cuentas? —cuestioné con preocupación.

—No puedo contártelo ahora, Mara. Todo está bien, descansa. —Me dio un beso en la mejilla y entró en el dormitorio a por mi teléfono.

Me marché sin entender nada.

Y sin creer a mi madre.

7
Paco

No suelo prestar mucha atención al teléfono. A última hora de la tarde, cuando me dispuse a cargarlo, me extrañó tener varias llamadas perdidas de Carmen. Calibré que no era nada urgente; si hubiese ocurrido algo grave, habría contactado con alguno de mis hijos. Carmen era una mujer fuerte, de carácter, con una forma de afrontar la vida valiente y decidida. En la juventud, nuestras vidas coincidieron en muchos derroteros. De ese convenio nació una amistad duradera, de fuertes cimientos, alimentada por miles de horas compartidas y consejos filiales. Los dos luchamos para que nuestros hijos tuvieran unos estudios universitarios, que no repitieran los patrones que, por nuestras circunstancias personales, les habíamos mostrado. En mi caso, mis tres hijos tenían profesiones fuera del mercadillo, aunque venían varios días a la semana para ayudarme. Mi hijo era informático y mi hija Susana daba clases de diseño en una escuela. Y Mara había cumplido su sueño de ser profesora de secundaria. Las hijas de Carmen también tenían trabajos estables, profesionalizados y con buenos sueldos. Detrás de todo eso había muchas horas de esfuerzo, muchos madrugones y sinsabores. Había visto a Carmen llegar al mercadillo recién parida, con la niña encajada en el regazo y el cansancio anudado en la

cintura. La había visto enferma, con fiebre, aguantando un frío que te calaba hasta los huesos. Nunca le ayudó nadie. Su marido se limitaba a dejarla en la calle junto a un manojo de hierros, una ración de malos modos y las cajas con la mercancía esparcidas por su tenderete.

Carmen se convirtió en mi amiga el primer día que su marido se olvidó de ir a recogerla. La vi cabizbaja esperando en el borde de la carretera, sentada sobre una caja de mercancía mientras le daba el pecho a la cría. Paré la furgoneta porque mi conciencia no me permitía otra opción; necesitaban un poco de sombra y un asiento más cómodo. Ese día descubrí que era una superviviente, que estaba atrapada en un matrimonio sin amor en el que su presencia y su opinión no contaban para nada. Carmen era un cero a la izquierda para su marido, y él tenía una vida propia en la que solo existía un protagonista. Pasamos una hora hablando y desgranamos una biografía de hastío y conformismo que se aferraba con fuerza a quien tenía en brazos. A las dos horas, cargamos las cajas como pudimos dentro de la furgoneta y la llevé a casa. Cuando abrió la puerta, su marido estaba dormido en el sofá, borracho como una cuba. Al despedirnos, Carmen me dio un abrazo y me susurró un «gracias» que germinó en una bonita amistad. Durante años no me fui del mercadillo si no había ido a recoger a Carmen. Los olvidos eran tan frecuentes que, de manera inconsciente, reorganizaba mi mercancía para abrir la posibilidad de poder meter la suya.

Admiraba cómo montaba su puesto sin la ayuda de nadie, su agilidad para mover los hierros y alzarlos con sus manos pequeñas, así como la seguridad de saber lo que hacía. Tenía el don de conocer a ciencia cierta lo que iba a vender. Pero lo que más valoraba de ella

era su forma de enfrentarse a la vida con humor, bromeando constantemente sobre su mala fortuna y sus pesares.

Me angustió su tono seco y distante. No le exigí ninguna explicación, tan solo atendí su orden y salí con premura. En cuanto llegué, le mandé un mensaje al teléfono para avisarla.

Estaba esperando en la puerta de su casa cuando oí los gritos. Carmen vivía en una casa grande de un antiguo barrio de pescadores. Eran casas antiguas, cotizadas por los especuladores para sangrarlas como estancias turísticas.

—¡Arranca! —me gritó desde la distancia.

Me metí rápido en la furgoneta e hice lo que me pedía. Me di cuenta de que su marido estaba en la puerta y por su actitud podría jurar que estaba maldiciendo. Estacioné en cuanto lo perdimos de vista y encontré el espacio suficiente para detenerme con comodidad.

—No me mires así, que tienes los ojos como si te fueras a echar las gotas del oculista —me dijo alterada.

Rompí a reír. Carmen elaboraba esas frases tan gráficas con un arte que no se podía aguantar.

—No sé cómo te estoy mirando, pero sé cómo ha salido tu marido, que si me llega a coger me despeluca.

Carmen comenzó a reír. Era una risa nerviosa que se me contagió enseguida. De repente se paró y arrancó a llorar. Cuando la miré, asombrado por el cambio de rumbo, mi cara debió de hacerle gracia porque estalló de nuevo en risotadas.

—A ver, Carmen, aclárate, que me cuesta seguirte. O reímos, o lloramos, pero no podemos hacer las dos cosas a la vez.

Carmen se volvió a reír con ganas soltando unas carcajadas que casi la hacían ahogarse.

—¿Me vas a contar lo que ha pasado?

Carmen se puso seria de repente y reemprendió los lloros.

—Bueno, mejor no me lo cuentes. —Le ofrecí un pañuelo de papel.

—Lo he dejado, me he ido de casa. No aguanto más.

La miré asombrado. Pensé que era una pelea más de esas que mi amiga acumulaba a sus espaldas.

—Y te vas con una mano delante y la otra detrás, porque en esa mochila de tu nieta no llevas tus cosas —le dije señalando el bulto que había echado en la parte de atrás al sentarse.

—Llevo una muda y las pastillas de la tensión y del colesterol.

—Carmen, eres muy joven, no tomas pastillas ni de la tensión ni del colesterol.

—Pero él sí —respondió sonriendo.

—Vamos a echar calma, que no quiero tener que ir a verte a la cárcel. No puedes quitarle la medicación.

—No pretendo matarlo, solo quiero que me valore. Que se entere de una vez que en su puñetera vida no ha hecho nada. Todo se lo he tenido que resolver yo, y eso incluye ponerle las pastillas al ladito de la leche todas las mañanas.

—Nunca entenderé cómo has soportado tanto.

—Ni yo tampoco. Pero puedo asegurarte que ya no lo soporto más.

—Carmen, vamos a ver, no tienes que irte tú. Si la casa la has pagado con el sudor de tu frente… Que él no ha puesto ni un euro, que no ha doblado la espina dorsal en su vida —recordé.

—Lo he intentado, le he dado mil vueltas a cómo echarlo y se lo he dicho por activa y por pasiva, pero no lo entiende. Así que no me ha quedado otra que marcharme yo, lo que es un problema porque no tengo donde ir.

—Tienes tres hijas que te recibirán con los brazos abiertos, Carmen. Son buenas gitanas que no dejarían nunca a su madre en la calle.

—Lo sé, pero una está muy lejos y la otra vive con su suegra, y la que me queda acaba de irse a vivir con el novio a un estudio y no puedo dormir sobre el microondas —dijo con tristeza.

—Te vienes a casa. Te quedas con nosotros el tiempo que haga falta.

—Pero vosotros mañana tenéis que iros a casa de Mara. Van a empezar vuestras obras, me lo contó tu hija el sábado.

—No pasa nada, te quedas durmiendo en los escombros. Te ponemos un colchoncillo en medio, y cuando vengan los albañiles te vas al campo. El otro día encontré un orinal de mi abuela que está en buen estado; te lo plantamos por si te surge la necesidad —bromeé mientras arrancaba el coche.

—No he querido llamar a Mara porque sé que no está bien, se lo vi en los ojos ayer. Tiene una tristeza que no puede disimular.

—No pasa por su mejor momento, pero, vamos, que hubiese venido igual, aunque agradezco que me hayas llamado a mí, que tu *marío* no está para muchos trotes.

—¿A dónde vas? No podemos irnos, tengo que coger mis cosas para el mercadillo —afirmó cuando vio que tomaba el camino que llegaba a casa.

—¿Cómo que coger? —pregunté.

—Hombre, tengo que coger mis faldas y mis hierros, están en mi furgoneta.

—Carmen, no pasa nada si un día no trabajas.

—Déjate de rollos, que tengo muchas cosas que pagar. Mañana me quitan el autónomo, me pasan la hipoteca y me toca pagar el trastero.

—Carmen, dime que la furgoneta no está aparcada en la puerta de tu casa.

—No, en la puerta no, pero sí a veinte metros —confirmó mi amiga.

—¿Y cómo piensas hacerlo sin que se dé cuenta? Porque va a escuchar el ruido y va a salir. Y yo no tengo problemas, voy a llevar un hierro en la mano —dije envalentonado.

—Lo haremos en silencio. Vamos a esperar a que se haga un poco más de noche, a que se quede frito. Ya llevaba unas cuantas cervezas, no durará mucho. Pero hay otro problemilla… —Me miró sin atreverse a hablar.

—Suéltalo ya —urgí subiendo el tono de voz.

—Que no tengo las llaves.

—¡No puede ser verdad!

—¿Qué quieres que haga? He salido *escopeteá*. No me ha dado tiempo a pensar en todo.

—¿Y me quieres explicar cómo piensas sacar la ropa y los hierros de la furgoneta sin las llaves? Si estás pensando en romper un cristal, te recuerdo que los dos somos gitanos y en dos segundos estaremos en el cuartelillo.

—Algo se nos ocurrirá, digo yo.

—Vamos a ver, Carmen. No es mejor que dejes mañana el mercadillo y que por la tarde vengamos con tranquilidad y hablemos con él…

—Ni loca —me interrumpió—. No puedo faltar mañana. Estamos en temporada alta. No voy a perder mil euros. ¿Tú lo dejarías?

—Vale, pero es que no sé cómo vamos a entrar en la furgoneta sin que nos detengan los civiles.

—La puerta del conductor está medio rota, hace como para querer abrir. Si le metemos un gancho, yo creo que lo conseguimos.

—Carmen, estás loca *perdía* si crees que me voy a poner con un gancho a abrir la furgoneta, que nos detienen. Que si llamo a mi mujer y le digo que estoy en el cuartelillo le da un infarto —protesté.

—¡Lo hago yo! —me gritó alterada—. Tú solo tienes que ponerte en paralelo a mí para que no se me vea mucho. Entro y luego me ayudas a romper la mampara de separación de la parte de atrás, que para eso no tengo fuerza.

—Yo creo que lo mejor es que te escondas y que yo entre a por las llaves. Se las pido por las buenas. El no ya lo tenemos. Le digo que te he llevado a mi casa para que se te pase el berrinche y que mañana te traigo de vuelta. Así lo calmo.

—No te las va a dar —reiteró mi amiga.

—Déjame que lo intente. Escóndete, que no te vea, no vaya a ser que quiera salir a hablar contigo y se líe parda.

Me acerqué a la casa de Carmen de nuevo y aparqué detrás de su furgoneta. La puerta principal estaba encajada. Di un par de pasos sin atreverme a entrar y escuché un sonido estridente que me asustó. Tardé unos segundos en darme cuenta de que el marido de mi amiga estaba roncando como un condenado.

Salí deprisa de la casa, pero no vi a Carmen. Me dirigí a mi furgoneta y me di cuenta de dónde estaba.

—¿Cómo te escondes ahí? La madre que te parió, Carmen, ahí te hubiese visto nada más salir.

—Pero si me he metido en los pies, no se me puede ver nada —dijo mientras salía de la parte inferior del copiloto.

—Tienes una peluca de rizos difícil de esconder —reí.

—¿Me quieres decir qué ha pasado? ¿Se ha negado? Si es que es un malaje.

—Qué va, está roncando en el sofá. Pero no sé dónde están las llaves. Si me das pistas, entro y las busco.

—Entro yo contigo. Vamos.

No hice el intento de disuadirla, sabía de antemano que era una batalla perdida. Entró de manera sigilosa. Yo la seguí procurando no hacer ruido. Sin querer tropecé con un jarrón y el estruendo casi lo despierta. Carmen me echó una mirada asesina y el marido se revolvió en el sofá. Vi las llaves encima de la billetera y con la alegría olvidé que debía estar mudo. Solté un «¡las encontré!» que despertó al susodicho.

Cuando le dio tiempo a reaccionar, los dos habíamos salido corriendo. Fuimos en dirección a la furgoneta de Carmen y nos subimos con rapidez. Arranqué por puro instinto, pero no nos perseguía nadie.

—Cierra mi furgoneta, anda. Mañana por la mañana vendré con Mara y me llevaré la mía. —Le ofrecí mis llaves para que la cerrase de forma remota.

—No sé qué va a ser de mí, no sé dónde voy a ir a parar, pero te puedo asegurar que si no te tuviera a ti sí que estaría perdida.

Porque yo con ese *malnacío* no vuelvo.

La miré de reojo. Mi amiga estaba llorando en silencio.

—No puedes estar perdida si tienes puertos a los que llegar, Carmen. Y sabes que mi familia siempre será un puerto seguro.

Carmen me miró con agradecimiento. Hicimos el resto del camino sin decir una palabra. Ella necesitaba tranquilidad y yo, pensar en la mejor manera de ayudarla, que no iba a ser fácil.

Se bajó de la furgoneta en silencio. Mi mujer esperaba en la puerta con un abrazo cálido para calmar su ánimo.

Mi amiga me pareció más pequeña, frágil y valiente. Y podía ver en su rostro que había tomado la decisión correcta.

8
Mara

Me volví a casa intranquila. En mi familia no se solían guardar secretos, y las pocas veces que nos habíamos ocultado alguna cosa entre nosotros, el asunto tenía que ver con la dificultad de exponer problemas de salud graves. Por eso la escena que acababa de presenciar me preocupaba. Pensé que mi padre había tenido que salir corriendo a calmar los ánimos de alguien. O a prestar dinero a uno de sus hermanos, lo que era muy usual.

Al llegar a mi casa, me topé de frente con Saray y Coral, dos de las niñas de las que fui tutora el año anterior en el instituto.

—¡Mira qué reguapas que van mis primas! —dije con burla—. Las dos niñas más bonitas de la aldea la abandonan.

—Pero solo por un rato. Vamos a tomar un helado a la heladería del Arroyo. Vente, no vamos a regresar tarde —me invitó Saray, la hija de Manuel.

—Os lo agradezco, y me apetece mucho, pero estoy agotada. Otro día os acompaño y os invito yo.

—Entonces pediremos el más grande de la carta —bromeó Coral —. Y no te creas que lo vamos a olvidar, esta semana venimos a por ti y te obligamos.

Saray se acercó y me dio un beso en la mejilla. Coral la imitó y al aproximarse pude oler su perfume, dulce y almizclado. Las dos eran muy distintas, pero tenían una bonita amistad que iba más allá de los lazos de sangre que las unían. Mientras que Saray lucía una melena rizada y su estilo era juvenil y desenfadado, Coral llevaba el pelo lacio, por debajo de la cintura, y era muy clásica vistiendo.

Me volteé a mirarlas. Caminaban riendo por alguna confidencia.

Cuando entré en mi casa, me encontré a Bosco muy enfadado. Lo mimé con una de sus golosinas favoritas y su ánimo mejoró. Se puso de pie sobre las dos patas traseras para auparse hasta la ventana. Una gata anaranjada nos miraba desde el exterior. Era Luna, una minina callejera que alguien atropelló en la aldea siendo una bebé y se quedó a vivir en sus calles. Perdió un ojo y una oreja, y su carácter tierno y afable la había salvado de ser una felina callejera sin cuidado humano. Entraba y salía de todas las casas, las mujeres la llamaban para darle las sobras de la comida y solía dormir en los pies de quien le apetecía.

Hasta entonces nunca había entrado en la mía porque Bosco no le gustaba demasiado. Luna se coló por la ventana y comenzó a olisquear toda la casa sin perder de vista a mi perro, que se había quedado petrificado por la invasión de la intrusa. Antes de que los dos se encontraran frente a frente, decidí sacarlo a dar una vuelta.

La tarde comenzaba a refrescar. Me encantaba el lugar por donde solía pasear a Bosco. Mudarme a la casa de Manuel fue la única solución posible cuando me concedieron mi nuevo destino. Los elevados alquileres de la Costa del Sol no me permitieron encontrar ningún alojamiento que pudiera asumir. En la vieja casa de mi Yaya pagaba un alquiler simbólico que apenas cubría los gastos

mensuales de luz y de agua y los anuales de contribución y basura. Pero tenía sus inconvenientes. Podía oír el coche de Manuel al salir por las mañanas y conocer a qué hora regresaba. A veces me despertaba su voz, susurrando al amanecer, mientras paseaba a su perro. Coincidíamos varias veces al día al entrar o salir de casa, o cuando caminábamos por los alrededores con nuestra mascota. No era fácil superar mi decepción teniéndolo tan presente.

Seguí mi paseo centrándome en la necesidad de que Bosco se desfogara. El valle estaba seco, lleno de trozos de ramas y plantas muertas, y era difícil caminar sin pincharse. Le solté la correa y corrió de un lado a otro gozando de su libertad. No sé cuánto tiempo estuvimos disfrutando del atardecer, del aire puro y de nuestra mutua compañía. Cuando regresamos, la noche comenzaba a refrescar con una brisa suave que acercaba el olor del mar.

Me disponía a tomar una infusión sentada al fresco cuando aparecieron Saray y Coral y me ofrecieron un helado que me habían comprado en su visita al pueblo.

—Te hemos traído uno grande, de medio litro. Mi padre nos ha dicho que tu favorito de pequeña era el helado de turrón con trocitos. Espero que no se haya equivocado.

—Muchas gracias, no teníais que haberos molestado. Pero habéis acertado.

Sentí un hormigueo en el estómago. El helado lo había pagado Manuel y contenía un mensaje que yo era capaz de descifrar. Cuando éramos niños, nos sentábamos en el porche de mis padres a comer uno de ese mismo sabor. Metíamos los dos la cuchara en el recipiente acorchado y nuestros padres nos reñían para que cada uno se sirviera una porción en su propio vaso.

—Me ha encantado ver a Carmen, me ha dicho que puedo empezar este sábado a trabajar con ella. Estoy muy contenta —me contó Saray.

—¿Te has encontrado a Carmen en la heladería? —pregunté extrañada.

—No, la acabo de ver ahora mismo. Cuando nosotras llegábamos, ella entraba en casa de tus padres —me aclaró Saray.

—No sabía que estaba allí —murmuré pensativa.

—Me parece que no te vas a comer el helado sola. —Coral sonrió.

Me despedí agradeciéndoles el gesto, cogí el recipiente y me fui a casa de mis padres. No era extraño que Carmen viniera a casa, pero era inusual que lo hiciera a esas horas y sin avisar. Me apresuré porque quería averiguar lo que pasaba y, en cuanto entré, vi que mi amiga estaba sentada en el sofá, entre mis padres, estrujando con fuerza un pañuelo de papel en la mano. Me miró unos instantes y le brillaron los ojos. Se levantó y me dio un emotivo abrazo. Lloraba sin decir una palabra.

—¿Alguien me va a explicar qué está pasando? —pregunté con inquietud.

—No pasa nada, Mara. —Carmen guardó silencio unos segundos —. Me he ido de casa, es que ya no podía más.

—Para no pasar nada, es bastante importante. ¿Y por qué estás llorando? —cuestioné—. Tendríamos que estar brindando con champán. Debiste hacerlo hace muchos años.

—Tienes toda la razón, pero no he tenido fuerzas. Ahora que he dado el paso, no dudes que es definitivo. No voy a volver a tenerlo cerca nunca más.

Mi madre me regañó con la mirada. No era el momento de reproches.

—Necesito que me ayudes —rogó mi padre—. He traído la furgoneta de Carmen y quiero ir mañana de madrugada a recoger la nuestra. Tengo que traerla y cargarla.

—Mejor vamos ahora —apunté—. Tienes que meter los hierros de Carmen en tu furgoneta y recolocar toda tu mercancía para que quepa la suya. Y tampoco es que me haga mucha gracia que se quede toda la noche allí sin que nadie la conozca en el barrio. Aunque no esté cargada, nunca se sabe.

—Tienes razón, vamos juntos en tu coche y yo me traigo la furgoneta para acá. Así no tenemos que madrugar tanto. La cargamos ahora entre los dos.

Cuando fui a por las llaves de mi coche, me di cuenta de que Manuel había aparcado detrás y me lo había encerrado. Si quería sacarlo, tenía que pedirle que moviera el suyo. Me sentí rabiosa por su forma de forzar un encuentro.

Abrió la puerta y me recibió con una sonrisa pícara que me demostraba que había caído en su trampa.

—Necesito sacar mi coche —dije enfadada.

Manuel me miró con cariño. Cerró la puerta tras él y acercó el cuerpo al mío.

—Mara, tenemos que hablar, no podemos seguir así.

—No hay nada de lo que hablar. Mi padre me está esperando. Por favor, saca el coche.

—Dame solo cinco minutos, por favor. Dime al menos qué es lo que he hecho mal, qué es lo que te ha molestado tanto. Entre

Macarena y yo no hay nada, lo sabes de sobra. Habla conmigo antes de que me vuelva loco.

—Manuel, no es el momento. Tengo que llevar a mi padre, es una urgencia.

—¿Qué ocurre? ¿Puedo ayudarte?

Suspiré hondo y no me quedó otra opción que contarle la verdad.

—Dile a tu padre que me espere dos minutos, que me visto y lo llevo yo. Quédate tú con Carmen, ahora te necesita.

Estuve a punto de rechistar, pero pensé que su ofrecimiento tenía sus ventajas. Si Manuel llevaba a mi padre, yo podría preparar mi habitación de invitados para Carmen y nos quedaría un rato para charlar a solas.

Me volví resignada a casa de mis padres, tras mi silencio como aceptación de su propuesta. Mi padre se marchó con Manuel. Carmen cogió su pequeña mochila y se vino conmigo. Nos sentamos en mi sofá con una tableta de chocolate y unos cuantos bombones de avellana envueltos en colores brillantes.

—Tú sí que eres una buena amiga —me dijo dándole un mordisco a la tableta de chocolate.

—¿Cómo estás? Algo muy grave ha tenido que pasar para que des el paso.

Carmen perdió por unos segundos la mirada en el horizonte. Intuí que la bloqueaba algún recuerdo que le hacía daño. Respeté su silencio hasta que la necesidad de contarlo le empujó las frases que le costaba compartir.

—Llevo muchos años aguantando malos modos, Mara, eso no es un secreto. Nunca encontró en mí la mujer amorosa y servicial que esperaba. De eso soy totalmente culpable. —Hizo una pausa para

morder otro trozo de chocolate—. Pero pocas veces me levantó la mano…

—¿Te ha pegado? —interrumpí muy exaltada—. No puedo creerlo Carmen, te lo he preguntado muchas veces y siempre lo has negado. «Pocas veces» ya me están empezando a parecer muchas.

—Solo ha sido en contadas ocasiones. Y me defendí con tanto ahínco que del guantazo no pasó. No te vayas a creer que me quedé quieta. La primera vez que me dio un bofetón me defendí tirándole el mando a distancia a la cabeza y le tuvieron que echar dos puntos. Y la segunda me dio un puñetazo en el estómago que me tumbó en el suelo y no pude defenderme. No vayas a pensar que quedó ahí la cosa. Le corté el pelo por la noche con tan mala leche que tuvo que raparse al cero. Además de quemarle cinco pantalones y tres camisas con la plancha. Pero hay otros golpes que van doliendo más. Los que te recuerdan constantemente que «no vales para nada», que mi cuerpo «da mucho asco», que soy «más fea que pegarle a un padre» o que «ningún hombre me tocaría ni con un palo». Eso duele mucho si viene de la persona que se supone que te tiene que cuidar y querer.

—Ay, Carmen, debiste dejarlo hace mucho. No sé cómo has podido aguantar tantas vejaciones.

—Yo era muy niña cuando me casé, y lo hice convencida de que era lo correcto. Aunque tenía claro que el matrimonio no iba a ser fácil sin estar enamorada, pensé que le cogería cariño y que tendríamos un hogar bonito y lleno de amor a las niñas. Ni un solo día de mi vida he sentido algo parecido al cariño. Ni una palabra amable, ni un gesto que me indicara que estábamos creando un hogar. Lo único que recibí fueron malos modos, quejas y lamentos.

No cocinaba como su madre, no sabía peinarme como su hermana y no sabía maquillarme como su cuñada… —Cogió un pañuelo de la mesa para secarse las lágrimas.

—Cocinas mejor que su madre y no necesitas ni maquillarte ni peinarte. Tu melena de rizos es la más bonita del mercadillo. Tienes luz propia, amiga, eres única. Y si ese malaje no ha sabido verlo es porque es un topo inculto que no tiene dos dedos de frente.

—No debí casarme con él. No tuve coraje suficiente. Han sido demasiados años de dolor, de aguantar los gritos que pregonaban mis miserias por la ventana y me avergonzaban. No lo habría soportado si no hubiese sido por Marcos. Él es el amor de mi vida. No he dejado de amarlo desde que lo vi siendo una niña en el portal de aquel corralón. Y lo más bonito es que él siempre ha sentido lo mismo. Ha sido lo que me ha mantenido cuerda, lo que me ilusionaba y daba fuerzas para tirar de mis hijas y mi casa.

—¿Se lo has contado?

—Todavía no. Lleva tres años viudo y en cada encuentro me ha rogado que dejara a mi *maríó* y me fuera a vivir con él. Pero nunca fui capaz. No es fácil separarse siendo una mujer gitana.

—Carmen, no digas tonterías. Las mujeres gitanas tenemos el mismo derecho a decidir por nosotras mismas que las demás. La libertad es una máxima de nuestro pueblo.

—Cuando me casé, asumí que lo hacía para toda la vida. Y que nada iba a cambiar esa realidad. Pero ya no puedo soportar más humillaciones.

—Parece que te hayas casado hace tres siglos —bromeé.

—Yo no quiero ni pensar la que va a liar mi *maríó*. Esto puede acabar en tragedia, porque su familia es muy complicada. Y no va a

aceptar un abandono.

—Tengo una amiga que siempre me dice: «Cuando lleguen los problemas, buscaremos las soluciones». Es muy sabia. Y esa amiga tiene una familia que ella ha escogido y que la va a apoyar siempre. —Sonreí señalándola con el dedo.

Carmen desenvolvió un bombón y se lo metió en la boca despacio.

—Este simple gesto, comer chocolate, hubiese desencadenado una bronca. Una hora de reproches, de pegarme pellizcos en la barriga, de decirme: «Con lo gorda que estás y sigues cebándote como una cerda». Tenía que comer a escondidas para no escucharlo.

—Carmen, el que tiene la barriga y el comportamiento de un cerdo es él. Si no alcanza a atarse los cordones de los zapatos… —Intenté contener mi indignación para que mi amiga se sintiera libre de seguir desahogándose—. Nunca me has contado nada. Debiste decírnoslo, lo habríamos puesto en su sitio.

—Por eso nunca lo hice. Sabía que te causaría dolor y que no podrías cambiar las cosas. Me preocupan mis hijas. No se lo van a tomar nada bien. No sé cómo se lo voy a decir.

—Mira, Carmen —dije de forma pausada—. Entiendo que no te separaras con tres niñas pequeñas, para no hacerles daño y que no se perdieran el día a día con su padre. Eso puedo entenderlo. Pero ahora tus hijas son adultas.

—Y también adoran a su padre. No van a entender que lo deje solo. Y sin un techo, porque la casa está a mi nombre. No soy tonta, aunque después de esta conversación pueda parecerlo.

—Tus hijas lo entenderán antes de lo que piensas. Ellas han visto cómo te trataba y quieren lo mejor para ti. Además, han sido tus cómplices en muchas ocasiones. Tú eres joven y bonita y tienes

derecho a rehacer tu vida. Es cierto que muy bien no lo has hecho, llevando una relación paralela todos estos años. Pero tu marido nunca te ha tratado con respeto. No es que se mereciera otra cosa.

Percibía el miedo que sentía mi amiga. Se enfrentaba a un futuro incierto, a puertas que nunca se había atrevido a abrir. Y había esperado en el umbral sin saber que esas puertas nunca habían tenido cerrojos. Se sentía perdida, sin saber cuál era su lugar en el mundo y cómo resolver todos los conflictos que se avecinaban.

Hablamos hasta muy entrada la madrugada. Yo escuchaba sus historias sin expresar en voz alta todos los juicios de valor que se amontonaban en mi cabeza. Me di cuenta de que el daño que habría sufrido su autoestima habría sido irreversible sin Marcos a su lado. Él rebatía cada crítica, cada humillación, cada acto vejatorio que Carmen sufría con el amor incondicional que le profesaba.

Preparamos la habitación y la dejé sola, convencida de que no iba a dormir por mucho que se sintiera en un lugar seguro al cabo de tanto tiempo.

Abrí la puerta de la calle para que entrara un poco de fresco antes de acostarme. Manuel estaba sentado en el porche con una copa de vino. Me preguntó con la mirada si todo iba bien. Yo asentí con un gesto. Habíamos aprendido a comunicarnos sin hablar siendo niños, cuando nuestros padres no nos permitían jugar a solas por miedo a las travesuras que inventábamos.

Nos quedamos un rato observándonos en la distancia, sin decirnos nada. Analizaba lo que su mirada me hacía sentir. Cómo me removía por dentro.

Me di cuenta de que Manuel estaba ahí. Y tuve la seguridad de que siempre lo estaría para mí.

9
Paco

Me metí en la cama sospechando que iba a tardar mucho rato en conciliar el sueño. Mi mujer se sentó a mi lado con la espalda pegada al cabecero. Los años compartidos me daban pistas suficientes para saber que íbamos a tener una larga conversación.

—Le he dicho al niño que vaya contigo mañana al mercadillo —anunció categórica.

—Pero si mañana vamos a Torrox. Le toca a Susana, y ya viene Mara para acompañar a Carmen; no es necesario que venga él también —rebatí en un tono suave.

—Paco, piensa un poco. El marido de Carmen va a ir a buscarla, sabe perfectamente dónde estará. Y no quiero que te encuentre solo.

—No cabemos todos en la furgoneta, Nena. Y el mercadillo es un espacio público, no creo que el marido de Carmen vaya allí sabiendo que empeoraría las cosas.

—Los niños pueden ir en el coche de Mara y tú, con Carmen en la furgoneta. Así aprovechas y vas hablando con ella. Si aparece el marido de Carmen, que aparecerá, alguien tiene que quedarse en tu puesto, y no creo que Carmen esté muy allá para estar pendiente

del suyo. Si Mara se queda en uno y Susi en otro, el niño puede estar contigo. Su marido no va a presentarse allí él solo.

—Tienes razón. —Me acerqué para darle un beso en la mejilla—. Como siempre. Pero no te preocupes, porque el marido de Carmen no es un hombre violento. Además, ya tengo pensado lo que le voy a decir. Le voy a pedir unos días para convencer a Carmen de que vuelva a casa.

—¿Estás loco? No vas a convencer a Carmen de nada. Y no tiene que volver a casa. Cuanto más lejos esté de ese hombre, mucho mejor.

—Claro que no, pero él no lo sabe. Y es la única manera de ganar tiempo y de que el ambiente se calme. Ahora debe de tener un agua de levante difícil de bandear. En unos días, los ánimos se habrán calmado y podremos hablar. No voy a dejar a Carmen sola, no te preocupes. Pero le tengo que hacer creer que sí para ganar tiempo.

—Los cuñados de Carmen son de armas tomar. Me quedo intranquila. Tiene uno que es más bruto que un *arao*. Me da miedo que empiece una pelea y te pille en medio.

—No te preocupes, no va a pasar nada. Sí que tenemos que ir pensando cómo lo vamos a hacer. En casa de Mara no cabemos todos. Y a la nuestra le quedan unas cuantas semanas de obras.

—Quién te ha visto y quién te ve. Te recuerdo que, cuando esta casa era más pequeña, dormíais ocho hermanos y tus padres. Y no estáis *descoyuntaos*. En esa casa hay tres habitaciones. Solo tenemos que despejar la que está llena de trastos. Mara se queda en la suya, Carmen usa la de invitados y nosotros dormimos con los trastos.

—Soy un viejo decrépito al que no necesitáis para nada.

—Menos mal que te has dado cuenta —rio mi mujer tapándose la cabeza con la sábana.

Los dos pegamos un salto cuando vimos que algo caía en el suelo de la habitación.

—¿Qué ha sido eso?

Encendí la luz con rapidez. Mi mujer sonreía, lo que me daba pistas para dejar de preocuparme.

—Es una gatita que vive en la aldea. Debía dormir aquí cuando estaba la casa en venta y no entiende ni de escrituras ni de papeles, sigue sintiendo que este es su hogar. Anda, duerme, que mañana tienes que madrugar.

El apetito de la gata me sirvió de despertador. A las cinco en punto, sintió la necesidad de que la alimentasen y se subió a mi barriga pensando que era el mejor sitio de la casa para conseguir algo que engullir. No puedo decir que no fuera inteligente; estaba claro que, con un solo ojo, su poder de observación era considerable. Me levanté y troceé un par de lonchas de jamón que la gata devoró al instante.

Paquito llegó antes de la hora, como era habitual en él. Le serví el café que le tenía preparado y un par de rosquillas.

—Buenos días, me ha parecido ver a Susana echando gasolina. ¿Necesitas a toda la *troupe* hoy contigo? ¿No te basta con tu hijo más fuerte y decidido?

—Cosas de tu madre, que piensa que no soy capaz de cuidarme solo. Carmen se ha ido de casa y está durmiendo con Mara. Tememos que venga el marido. Susi se queda en un puesto y Mara en otro, por si nosotros tenemos la necesidad de solucionar las cosas.

Mi hijo se atragantó con el café al recordar quién era el cuñado de Carmen.

—No veas la mañana tan movidita que nos espera. Vámonos ya, que al menos nos pille todo con el puesto montado. Esto va a ser épico. El Montana tiene mucho amor propio y muy pocos modales, así que no va a ser fácil. Si la cosa se complica, tú sal corriendo, que ya tienes una edad. Ya me quedo yo defendiendo el buen nombre de la familia.

Le pegué un puñetazo en el hombro en señal de protesta. Paquito quiso venir conmigo en la furgoneta, así que cambiamos los planes. Me gustaba ir en la carretera detrás de ellas; si tenían algún percance, podía ayudarlas.

Cincuenta y cinco minutos después, estábamos descargando la mercancía en el mercadillo de Torrox. Nuestro puesto estaba en la misma calle que el de Carmen, uno casi frente al otro. Desde donde estábamos, podíamos ver perfectamente cómo mis hijas ayudaban a Carmen a colgar sus faldas. Terminamos de montar temprano y nos fuimos a desayunar por turnos. Carmen pidió coincidir conmigo y mis hijos no necesitaron explicaciones.

—Pídeme un sombra doble y un pitufo a la catalana, que voy al baño —me dijo mi amiga.

Unos madrileños escucharon atónitos la comanda. Les estaba explicando que solo se trataba de un café con leche y un bollo de pan que tenía ese nombre cuando vi entrar a tres hombres en el bar. No los reconocí hasta que uno de ellos preguntó a la camarera si había visto a Carmen, la del puesto de las faldas.

La chica, al ver que yo negaba con la cabeza, mintió a los recién llegados. Les dijo que era nueva y que no conocía a los vendedores

de mercadillo. Me acerqué al extremo de la barra, dejé las llaves de mi furgoneta en el mostrador e hice un gesto a la camarera señalando el baño. Ella entendió que eran para que se las diera a Carmen.

—Señores, soy Paco Flores, el de la aldea —dije—. Carmen ha pasado la noche en mi casa. Vamos a sentarnos en esta esquina, que estaremos más tranquilos y podemos charlar un rato.

Los hombres accedieron y la chica corrió al baño a darle las llaves a Carmen. Mi amiga se escabulló en cuanto pudo para esconderse en la furgoneta hasta que yo la avisara.

—Paco —habló Montana, el cuñado de Carmen—, mi hermano me ha dicho que posiblemente esté contigo. Eso no está bien. Lo que tú has hecho no se hace.

—Totalmente de acuerdo. —Vi su cara de desconcierto—. Pero ya sabéis cómo es Carmen de cabezona. Y era venir conmigo a casa o quedarse a dormir debajo de un puente. Y yo soy un gitano de bien, no hubiese permitido que la mujer de ningún amigo pasara la noche en la calle. Y estoy convencido de que Sebastián estaba tranquilo sabiendo que se encontraba en mi casa, un hogar decente con mi mujer y mis hijos. Yo me puse en su lugar, no perdonaría a ningún gitano de mi entorno que dejara a mi mujer durmiendo en la calle.

Los vi dudar. Uno de ellos se rascó exageradamente la cabeza.

—Carmen tiene que volver a su casa. No puede dejar a mi hermano tirado como una colilla.

—Y estoy en ello, pero no es fácil. Carmen se ha enterado de cosas que le han dolido en el alma y que cuesta aceptar. Y me vais a perdonar, pero entiendo que esté enfadada.

—No creo que sea tan grave, seguro que habrá sido una bronca sin importancia. Nada justifica que una mujer se vaya de casa.

—Hombre, ahora no estamos de acuerdo. Si te enteras de que tu mujer te pone los cuernos, no creo que quieras esa noche compartir la cama con ella. Perdóname, pero cuando te enteraste de que tu mujer se lio con tu primo, el de las castañetas, ¿no te dolió? Tardaste mucho en perdonarla. Recuerdo que estuvisteis… ¿Cuánto? ¿Dos años separados?

—Tres meses —contestó avergonzado.

—Hay que darle tiempo, y sobre todo hay que darle espacio. Sebastián puede estar tranquilo, porque de mi casa no va a salir. Y si quiere saber cómo está, puede echarme el teléfono cuando quiera. —Me envalentoné ante el gesto de desconcierto que les invadía la cara—. Y si ella no quiere volver, ha sido él quien ha roto el compromiso, no quiero reproches que le amarguen la vida. Que todos los que estamos aquí sentados sabemos dónde va tu hermano todos los viernes y sábados por la noche. Carmen es mi familia. Y toda mi familia y yo vamos a defender y a apoyar lo que ella decida. Pero no te quepa la menor duda de que intentaremos convencerla de que no rompa su matrimonio.

—Hablaremos con mi hermano. Seguro que no es para tanto, será un desliz sin importancia —dijo Montana muy serio.

—Y si hay que volver a encontrarse para solucionar las cosas, quiero que vengas tú, Montana, que eres un hombre centrado que tiene educación y sabe hablar las cosas como lo hacen los gitanos, con la palabra por delante.

En ese momento vi a mi hija Mara, que llegaba seguramente preocupada por mi tardanza. Le hice un gesto con la cabeza y

entendió que no debía interrumpirme.

—Eso está hecho —dijo Montana orgulloso—. No te preocupes, si hay que hablar algo con Carmen, lo haremos con tu palabra. Eres un hombre de respeto y conseguirás convencerla de que vuelva, estoy seguro.

Se levantó y me tendió la mano a modo de despedida.

Le pedí a la camarera que calentara los cafés, pero nos preparó otros nuevos.

—No te he visto muy necesitado de ayuda —bromeó mi hija, que estaba esperando en la puerta—. Es más, me dio la sensación de que eran ellos los que la necesitaban.

—Calla, hija, que me he tirado el mayor farol de mi vida. Y ha funcionado.

—¿Qué les has contado? —preguntó Mara intrigada.

—Que Carmen se ha ido porque se ha enterado de que su marido se la pega con otra. Y los primos se han quedado más *callaos* que en misa. ¿Te acuerdas del día que vimos a la mujer del Montana con otro en Campanillas? Pues se lo he soltado. Y la empatía ha hecho el resto. No le ha sentado muy bien, pero, como él se separó de su mujer cuando lo descubrió, no ha podido decirme nada cuando le he argumentado que Carmen se encontraba en la misma posición.

—*Papa*, ¿en serio le has recordado que su mujer le puso los cuernos? Tú no aprecias la vida.

—Desayuna, anda, que Carmen está escondida en la furgoneta. Voy a buscarla y me quedo en mi puesto.

Cogí la comanda de Carmen, me bebí lo que me quedaba del café y salí con prisas. Me volví para darle las gracias a Almudena, la camarera que siempre nos atendía. En cuanto llegué a la altura de

mi furgoneta, vi los rizos de Carmen sobresalir del hueco en el asiento del copiloto. Llevaba un rato doblada sobre sí misma, escondida en una postura muy incómoda.

—Ricitos de oro, sal de ahí, que ya estás fuera de peligro y tienes que estar muy *perjudicá* —indiqué abriendo la puerta.

—¿Se han ido ya? —Carmen miró a todos lados con la mano en el pecho—. Dime que no te han hecho nada. Han venido los tres más cazurros de toda su familia.

—Se fueron hace rato, pero tenía que desayunar —bromeé—. Anda, tómate el tuyo antes de que se enfríe.

Carmen me miró fijamente hasta asegurarse de que estaba bien y que no me había metido en ninguna pelea. Cogió el café y el bocadillo, pero no salió de la furgoneta.

—Suéltalo ya. Venían con cara de pocos amigos, no ha podido ser todo una balsa de aceite —me increpó mi amiga, impaciente.

—Mujer de poca fe. Soy un negociador nato. Pero tengo que darte dos noticias que no te van a gustar. La primera es que tu marido te pone los cuernos. Y la segunda es que lo sabe toda su familia. Con eso y un poco de peloteo barato, aquello de que «eres el mejor para tratar estos temas por tu saber estar y tu educación», he ganado como dos meses de tiempo.

—No entiendo nada.

Le expliqué mis intenciones de camino al puesto. Carmen se rio a carcajadas al comprobar mi manipulación. Y, como sospechaba, no le afectaron para nada los escarceos de su marido.

—No te puedes imaginar la indignación que voy a manejar. Voy a hablar con Paquito para ver si puede conseguir pruebas. No me

mires así, tu hijo es informático. Estoy convencida de que algo podrá hacer —anunció mi amiga.

Pasamos la mañana entretenidos. De vez en cuando miraba a Carmen. Estaba feliz, parecía más joven y liviana. Mara y Susana la acompañaban. Cuando recogimos, le pedí a mi hijo que se viniera a comer porque Carmen necesitaba su ayuda.

Nos sentamos a la mesa en casa de Mara. Nena había preparado una fuente enorme de porra antequerana y pollo al ajillo. Carmen contó a Paquito lo que necesitaba, y su cabeza comenzó a funcionar veloz.

—Un momento, hermanito, creo que te lo voy a poner muy fácil —anunció mi hija Susana—. Cuando le entró un virus en el móvil al marido, lo reseteaste y, como no tenía correo electrónico para abrir la sesión, le pusiste el de Carmen, el que utiliza para entregar los papeles del mercadillo. Te descargaste todas las aplicaciones con esa dirección de correo. Incluido el Google Maps, que le enseñaste a usar. Puedes conseguir los históricos y las estadísticas.

Carmen lo confirmó y mis hijos comentaron con complicidad que tendrían los datos en cinco minutos.

Los miraba y no daba crédito. Cómo, con un simple correo y consultando el historial, que yo no sabía ni que existía, podían conocer todas las ubicaciones por las que alguien había transitado.

—Estamos vendidos —expresé a Carmen—. Ya ves, con un poco de conocimiento pueden saber hasta dónde hemos comprado el pan.

—¿Cómo que un poco de conocimiento? —protestó mi hijo—. Somos los mejores informáticos de la Costa del Sol. Te lo puedo demostrar. ¿Quieres que te desplume en un solo clic?

Todos rieron por la expresión de mi cara.

Comimos con alegría y Carmen sopló la tarta, en la que Susana había puesto una vela.

—Por tu nueva vida, Carmen. —Mara se puso de pie—. Que disfrutes de cada día de tu vida y no olvides nunca que aquí tienes a tu familia. Te mereces ser muy feliz y nosotros queremos compartir esa felicidad contigo.

Carmen alzó la copa de vino dulce que le había servido mi mujer.

—Quiero agradeceros a todos vuestro apoyo. Sé que no es el mejor momento para una visita. —Miró el montón de trastos que se amontonaban en el salón después de que mi mujer despejara la habitación—. Sois lo mejor que tengo. No sé cómo agradeceros todo lo que hacéis por mí.

—Una tarta de las tuyas podría ser un buen principio —dije sabiendo que me iba a ganar una buena regañina.

Brindamos de nuevo y tomamos café con unos pastelitos que exigieron un esfuerzo extra para hacerles un hueco en nuestros cargados estómagos. Mara se marchó al atardecer a dar un paseo con Peter, que vino a recogerla en su coche. Carmen y mi mujer fueron a mi casa para inspeccionar cómo habían empezado las obras.

Cuando me quedé a solas con mis dos hijos, me pidieron que me sentara. Por las caras me di cuenta de que algo ocurría.

—*Papa*, cuando hemos bicheado el historial del *marío*, hemos visto algo que no le hemos dicho a Carmen —aclaró mi hija.

No podía creer lo que mis hijos me contaban.

—Tenemos que decidir qué hacer. Si se lo contamos o no.

No fue una decisión nada fácil.

10
Mara

No me extrañó que mi padre saliera airoso de la conversación con la familia de Carmen. Tenía un don para encontrar el cauce adecuado, utilizar los argumentos más convincentes y envolverlo todo con una gracia innata que conseguía convertir el proceso en algo simple y fácil de resolver. Sabía que esta vez la mediación no había sido nada sencilla. Para algunas personas mayores que una mujer gitana abandonara su hogar era un acto imperdonable, muy difícil de aceptar en los tiempos que vivíamos. Un sector conservador de mi pueblo se empeñaba en mantener vivas las tradiciones ancestrales y para defenderlas utilizaba un ideario obsoleto y caduco. A mi padre los alegatos tan sólidos e inamovibles lo desesperaban e indignaban, y lo impulsaban a cambiar las cosas con determinación.

Sospechaba que Carmen no iba a pasar mucho tiempo en mi casa. Tenía una historia de amor esperando. Solo había visto a Marcos un par de veces, sin que nos presentaran oficialmente, pero fueron suficientes para darme cuenta de cómo miraba a mi amiga.

Me di una ducha rápida y me puse ropa cómoda. Peter necesitaba hablar conmigo. Quería proponerme algo y debía de ser urgente, por la premura con la que solicitó verme. Me recogió al atardecer, cuando toda mi gente seguía inmersa en una merienda interminable.

—Me encanta tu familia —anunció mi amigo después de necesitar un buen rato para salir de mi casa—. Sabes cuándo entras, pero es difícil saber cuándo vas a salir. Siempre tengo la sensación de que quieren cebarme para luego devorarme.

—No digas eso. No te han obligado a comerte cinco pastelillos. Los has engullido por voluntad propia.

—Es que tú no eres consciente de lo poco que sirve la fuerza de voluntad en tu casa. No hay nada que hacer. Los manjares son irresistibles y tu familia, muy persuasiva. En mi vida había probado un bizcocho como el que ha hecho tu madre. Y menos mal que me ha dado un trozo para el desayuno de mañana; si no, hubiese tenido que venir a por él. —Mi amigo rio a carcajadas—. Lo que nunca entenderé es como no estáis más gordos, si os pasáis la vida comiendo.

—Será que comemos sano. El bizcocho que te llevas es de zanahoria y remolacha, sin azúcar añadido. Es una receta de mi abuela. En su época, el azúcar no estaba al alcance de todo el mundo y se buscaba la vida. Recuerdo cuando me contaba cómo su padre cortaba cañas de azúcar para endulzar el café.

—Aun así, Mara, reconoce que la frecuencia de vuestras comidas no es la normal.

—Llevas toda la razón. No paramos de comer cuando estamos juntos. Cuando nos separamos, seguimos una dieta de pepino y lechuga para compensar —bromeé.

Decidimos ir a dar un paseo por La Cala de Mijas, un entorno natural hermoso y alejado de nuestro pueblo y de las continuas interrupciones que se producían cuando Peter se tropezaba con los padres de los alumnos de su colegio.

—Esto es precioso —comenté mientras paseábamos por uno de los puentes cercanos a la orilla del mar.

—Necesito pedirte algo, Mara. Me han solicitado ayuda desde un colegio de Marbella y tengo que preparar un proyecto para el equipo directivo. Necesitan crear un plan de centro desde cero. Es un barrio complicado, con una pobreza acentuada y un alto porcentaje de niños y niñas gitanos. Creo que eres la persona adecuada para ayudarme. También le he pedido a Maru que participe. Tienen presupuesto y nos dan carta blanca para que lo enfoquemos como queramos. Lo único que nos han pedido es que sea un proyecto aterrizado, que les sea útil.

Conocía ese colegio. Mi amiga Marina trabajaba allí y, aunque no nos veíamos a menudo, me tenía al tanto de todos los problemas con los que se encontraba.

—¿De qué realidad partimos? —pregunté para establecer un punto de partida.

—De la más desoladora. Profesores cansados de no obtener resultados. Un fracaso escolar fuera de todas las estadísticas y un nivel de absentismo que da miedo. El barrio tiene unos altos índices de paro, de delincuencia y de venta de droga. La violencia en las calles se ha acentuado con la llegada de diferentes grupos étnicos. Hay una lucha de poder entre nigerianos, marroquíes y colombianos. Y, por supuesto, los gitanos, que siguen teniendo la mayoría de las casas y de los alquileres, en su mayoría ilegales.

—Ese es uno de los grandes problemas del barrio. Antes, una familia podía afrontar un alquiler de cuatrocientos euros. Ahora, por ese dinero no pueden conseguir ni una habitación. El alquiler turístico los ha asfixiado. Tienen que convivir varias familias en

espacios reducidos, sin intimidad. El nerviosismo aumenta y los conflictos suben como la espuma. Llevo unos días con mis padres y con Carmen y ya siento que me falta el espacio. No quiero imaginar qué sucede cuando tienes que convivir con desconocidos en lugares aún más pequeños.

—¿Puedo contar contigo? Tendríamos que trabajar con tres pilares: infantil, que lo llevarías tú, primaria, que lo llevaría Maru, y secundaria, que lo llevaría yo. Solo hay que establecer una metodología, una forma de trabajo alternativa y crear un eje transversal que una todo el colegio.

—Lo has dicho como si fuera muy sencillo. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Dos días.

—¿Estás loco? No lo conseguiríamos ni en dos meses.

—Solo tenemos que plantear posibilidades, no hay que elaborarlo ahora.

—No te entiendo. —Me detuve y me senté en una roca.

—Tan solo vamos a exponer lo que nosotros haríamos, lo que cambiaríamos. Las necesidades que priorizamos. Luego elaboraremos el proyecto.

—Pero es una tarea muy difícil si no conocemos el barrio, el colegio y los profesores.

—Por eso tenemos mañana a primera hora una cita con su director. Luego pediremos unas pizzas y estaremos trabajando hasta bien avanzada la tarde. Un par de días después, iremos al centro y plantearemos nuestra línea de trabajo.

—Veo que lo tienes todo más que pensado. —Sonreí.

—Por supuesto, la tuya de cuatro quesos —bromeó.

—No tengo muy claro por dónde empezar. Pero será cuestión de que nos aterricen en el centro. No sé por qué me has escogido, hace un siglo que no estoy en infantil. En los últimos años he trabajado en secundaria.

—Eres perfecta por eso mismo. Tienes una visión de infantil diferente, la que te dan las clases de secundaria. Pero en el fondo siempre serás maestra de infantil. Conoces las necesidades de dos etapas, lo que es perfecto para que construyamos la de primaria.

—Muy seguro te veo, pero, si es por echar una mano, podéis contar conmigo. Mi amiga Marina me ha contado que la realidad no es fácil. Y no te hablo solo del barrio. En el interior del colegio también se cuecen habas —añadí sin explicar los detalles, para no traicionar la confianza de Marina.

—Está claro, el colegio no ha caído en picado por el barrio. Es el interior lo que hay que solucionar. Por eso quieren personas externas que les pongan las pilas y los saquen del largo letargo en el que se encuentran. Piensa que es un concertado, allí la contratación del profesorado lleva el carisma de una empresa religiosa.

—Maru nos puede ayudar, ella es muy práctica estableciendo planes de trabajo. Siempre los aterriza.

—Lo sé, por eso la he escogido. La conozco desde hace muchos años. Sus padres tenían una librería en el pueblo.

—Me alegro mucho, es alguien muy importante para mí. En poco tiempo se ha ganado mi confianza y mi admiración.

Caminamos un rato más, compramos una granizada en un puesto ambulante y regresamos a la aldea.

Encontré a mi padre sentado en mi balancín, charlando con Manuel. Hablaban en voz baja para no despertar a mi madre y a

Carmen, que ya dormían. Di las buenas noches e intenté entrar para evitar una conversación con Manuel, pero no me lo puso fácil.

—Mara, necesito hablar contigo, es solo un minuto.

—Manuel, es muy tarde, estoy cansada y mañana tengo que madrugar. Hablamos en otro momento.

Mi padre me miró con reprobación, lo que me hizo considerar la posibilidad de hablar con Manuel durante cinco minutos.

—Está bien. Voy a sacar a Bosco, puedes acompañarnos.

Le puse la correa a mi perro, arrepentida de mi decisión. No me quedaba energía para discutir y la conversación pendiente necesitaba de una alta dosis de concentración para no perder las formas.

Estuvimos caminando varios minutos en silencio.

—Mara, no podemos seguir así. No quiero seguir así. Eres parte de mi familia y no quiero sentirme incómodo si decido tomar una cerveza con tu padre en el porche o si me apetece que mis niñas inviten a su familia a cenar. Por el amor de Dios, somos adultos. Me he perdido muchas reuniones familiares y no quiero perderme más. Se lo prometí a mi madre. Y no quiero volver a huir, como en el pasado, para evitar el dolor de verte. Decidas lo que decidas, no estoy dispuesto a salir de tu vida. O lo llevamos de la mejor manera posible, o será un infierno para los dos.

Me cogió de la muñeca y me acercó unos centímetros. Su presencia me aceleraba el corazón, me desconcentraba. No podía dejar de mirarlo. Mi cabeza me pedía que continuara mi camino, que me alejara de él. Pero mi corazón estaba allí plantado disfrutando de su presencia, de todo lo que me provocaba respirar a escasos centímetros.

—Manuel, no es fácil para mí… —comencé a hablar.

—Nunca voy a dejar de amarte —me interrumpió mientras me cogía la cara con suavidad—. Y estoy convencido de que, si me dieras una oportunidad, podría hacerte feliz. Pero voy a respetar que no queramos lo mismo. Y voy a poner de mi parte para que la convivencia no nos haga daño a ninguno de los dos.

Me volvió a coger de la mano y me acercó un poco más. Me dejé llevar. Su contacto hizo que todo mi cuerpo reaccionara. Nuestra química era tan fuerte que el mínimo roce despertaba cada célula de mi piel.

—Está bien —dije unos instantes después—. Yo también voy a poner de mi parte. Intentaré que nuestra relación no afecte a nuestras familias. Y que las niñas puedan disfrutar de una cena en condiciones de vez en cuando.

—Menos mal. —Suspiró de forma exagerada—. Tener a tu madre enfrente y no disfrutar de su comida era toda una condena. Y Saray te echa de menos.

Bajé la cabeza. Me sentí culpable. Le había prometido a su abuela, antes de morir, que cuidaría de ella. Y en el intento de alejarme de su padre, lo había hecho también de Saray.

—Tengo que preparar un trabajo con Peter y Maru estos días, pero la semana que viene llevaré a las niñas al cine. Así paso tiempo con ellas.

—Te lo agradezco. No voy a volver a preguntarte qué es lo que te molestó tanto, pero sí que quiero dejarte claro que entre Macarena y yo no hay ni habrá nada.

Algo se removió dentro de mí al escuchar su nombre. Volví a recordar la escena: ella, en la cocina, escondiéndose con coquetería;

la cara de felicidad de Manuel, cuando me abrió la puerta, y el cambio que experimentó al descubrir que era yo quien estaba en el umbral. Sentí la necesidad de huir, de meterme de nuevo en mi habitación de adolescente, donde nadie podía hacerme daño.

—Es muy tarde —dije de forma brusca—. Esta mañana nos hemos levantado muy temprano, necesito descansar.

—Gracias por escucharme —me dijo mientras me daba un beso en la mejilla.

—Mañana mi madre va a hacer croquetas, así que te llevará unas cuantas.

—Por cierto, se me ha olvidado decírselo a tu padre, pero mañana por la mañana no van a tener luz. Tu tío tiene que terminar el arreglo. Pero dile a tu madre que puede freír las croquetas en mi casa.

—Ja, que te lo has creído. Mi fuego es de gas, no necesita electricidad. Y no me llegaría ninguna si las friera en tu casa. Y gracias por el helado.

—No hay de qué. Por cierto, Saray va a trabajar con Carmen el sábado. Tengo que ir por la mañana a Puerto Banús a ver un par de caballos y a Benahavís a firmar un contrato. Puedo llevar la furgoneta de Carmen, si queréis; son sábados muy fuertes y no os va a caber todo en una, si tenéis que ir los tres.

—Sería estupendo, pero ¿cómo te vas a mover después de un sitio a otro?

—Tengo un amigo que me va a acompañar, le pediré que me recoja.

—Pues te lo agradecería mucho, porque se lo iba a pedir a mi hermano. No me atrevo yo a llevar ese vejestorio de tales

dimensiones, y es la única mañana que puede descansar, porque hoy le hicimos trabajar.

—Ya me ha contado tu padre que hoy habéis ido en modo familia numerosa. Es un crac en las relaciones internacionales.

Sonreí. Tenía toda la razón.

Nos despedimos deseándonos las buenas noches.

No me sentía del todo cómoda en una situación en la que tendría que fingir que no pasaba nada entre nosotros. No iba a ser fácil para ninguno de los dos. Pero Manuel tenía razón. No podíamos permitir que afectara a las niñas y al resto de la familia. No debíamos repetir los errores del pasado. Y tenía claro que me acompañaba para evitar que condujera la furgoneta de Carmen; él sabía que me creaba inseguridad. Sospechaba que ese contrato lo podía firmar en cualquier otro momento.

Intenté asumir la distancia que nos separaba, aunque algo dentro de mí me decía que era temporal.

11
Paco

Desde que esa mujer había vuelto a mi vida, no conseguía descansar. No podía quitarme de la cabeza su imagen mirándome fijamente. Casi siempre acababa por despertarme sudoroso, con el miedo encajado en la memoria inmediata y el presentimiento de que el pasado nos iba a estallar en la cara. A mi mujer le ocurría lo mismo. No lo hablábamos para no sumar los fantasmas que nos perseguían por separado.

Aquella mañana no tenía la necesidad de despertarme temprano, pero tampoco podía dormir y me levanté al amanecer. Me di una ducha y tomé el desayuno escuchando las noticias en la radio.

Mara no me esperaba. Vi su cara de sorpresa cuando Peter nos recogió muy temprano.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No vas hoy al mercadillo? —preguntó al verme.

—Van tus hermanos. Peter me pidió que os acompañara. Quiere que esté con vosotros porque necesitan una figura de mediador intercultural.

—No me dijo nada, pero me alegro de que vengas. La tarea no pinta nada fácil.

—Pensé que sería una bonita sorpresa —informó mi amigo mientras se ponía el cinturón y nos pasaba una caja de galletas de mantequilla—. Coged fuerzas por si no nos dan de desayunar. Nos han pedido introducir una figura, la del educador-mediador del pueblo gitano, y no conocía a nadie mejor para formar a los aspirantes que tu señor padre.

—No sé si nos va a ser de ayuda —bromeó mi hija para provocarme—. Dejó el colegio hace mucho, estará bastante oxidado.

—¡Niña, qué dices! De qué voy a estar oxidado, si sigo siendo el hombre de respeto más solicitado de la comarca. Y el que mejores resultados obtiene. Os ayudaré en lo que pueda.

—No le hagas caso a tu hija, Paco. Te está tomando el pelo. Ella sabe mejor que yo que eres la persona perfecta para orientarnos en cómo conseguir que el barrio forme parte de la escuela y viceversa. Y para ellos es importante que esos mediadores estén instruidos por alguien que conozca la cultura. No hay una buena relación entre la comunidad educativa y las familias.

—Yo escucharé —afirmé—. Y vosotros hacéis las preguntas. Me he traído una libretilla para tomar notas.

Mi hija miró con burla mi libreta gastada. La había abrazado con una de las gomas elásticas amarillas que usaba para casi todo y que tanto desesperaban a mi familia por la dificultad al desatarlas.

Peter nos informó de que Maru no se uniría a nosotros hasta la hora de comer. Yo, por si acaso, me metí en la boca una galleta y la engullí enseguida con la esperanza de que me diera tiempo a zamparme otra antes de llegar al destino.

Aparcamos en la puerta del colegio. El aspecto del barrio impresionaba. La basura se amontonaba en las calles y las pintadas

de las paredes no hacían presagiar nada bueno. Los mensajes de los muros eran hirientes y algunos tenían faltas de ortografía. Frente al colegio había una pequeña tienda de comestibles con mucho trasiego. Los niños corrían por la calle en ropa interior y zapatillas de estar por casa. Nos llamó la atención un crío de unos ocho años que salió del establecimiento con una botella de cerveza.

—Veo que cumplir la ley no es una de las prioridades de este comercio —comentó mi hija mientras esperábamos a que nos abrieran la puerta.

Nos atendieron enseguida. Un hombre alto y de aspecto serio nos hizo entrar en una sala donde había muchas sillas y taquillas. Supuse que era la sala de reunión de los profesores.

A los pocos segundos, otro señor nos hizo pasar a un despacho.

—Me llamo Ignacio y soy el director pedagógico. Os ha abierto Diego, el director titular. Se unirá a nosotros en unos minutos. Hay dos directores porque él es de la congregación religiosa y yo lo soy del colegio, para que nos entendamos. En primer lugar, quiero agradeceros que hayáis aceptado nuestra propuesta. Las matrículas están bajando y estamos condenados a desaparecer si no ponemos remedio. Las familias se están llevando a los niños fuera del barrio y tenemos que luchar para recuperarlos. Es una obra social muy importante para la congregación, los alumnos y las alumnas de este centro no pagan ninguna cuota. Intentamos ofrecer actividades extraescolares y servicio de comedor para que los niños pasen el menor tiempo posible en las calles del barrio. Antes de empezar esta reunión, vamos a dar una vuelta por la zona. Voy a llamar a Diego, que nos quiere acompañar. Podéis llevar el bolso y las cosas de valor sin problema, yendo con nosotros estáis seguros.

Ese comentario me dejó muy claro lo que nos íbamos a encontrar. Había venido un par de veces al barrio, pero no había pasado de la calle principal. El aire se enrareció cuando caminamos calle arriba. Unos niños se bañaban en una piscina hinchable instalada en medio de la acera; tenía el agua marrón y charcos oscuros a su alrededor. Los críos saltaban sobre ella, golpeándose en el trasero de forma escandalosa. Junto a ellos, un grupo de jóvenes jugaba a las cartas en varias mesas con patas quebradas a las que no les quedaban más de unas horas de vida estable. Nos adentramos un poco más y el deterioro de los bloques de casas se hizo muy evidente.

—Aquí viven sobre todo nigerianos y marroquíes. Los bloques están destruidos por dentro. Los ascensores son vertederos de basura que llevan años sin limpiarse. Los niños están en la calle hasta altas horas de la noche y el ruido de la música hace imposible un descanso adecuado. Es normal encontrarse a tres familias en un mismo piso.

Mara observaba con atención a los niños que jugaban en la calle. Podía ver reflejado en su cara lo que estaba sintiendo. Mi hija no podía con las injusticias. Y aquel barrio era la personificación de la pobreza. Tenías que mirar al suelo con frecuencia porque los excrementos de los perros cubrían toda la acera. El aspecto de los edificios era desalentador. Ventanas sin cristales, portales con las puertas rotas y un olor nauseabundo que brotaba de las alcantarillas y no te permitía respirar con normalidad.

Recorrimos varias calles más. Cuando terminamos, tenía un nudo en el pecho difícil de describir. Nos sentamos en el despacho del director para que nos contaran lo que querían de nosotros.

—Necesitamos un proyecto de centro fuerte y coherente, con una pedagogía innovadora que funcione. Queremos abrir el colegio al barrio y que haya un espacio de convivencia y seguridad. Nuestro profesorado está cansado y en muchas ocasiones desmotivado. Llevan años luchando y los logros son escasos.

—¿Cuántos niños promocionan cada año? —preguntó Peter.

—Este año solo cinco alumnos han finalizado la ESO —respondió Ignacio.

—¿Y el índice de absentismo infantil? —se interesó Mara.

—Muy alto. Todos los meses tenemos una media de diez niños absentistas en cada aula. Pero varía de un curso a otro. Marina, la profesora de infantil, es la que menor índice tiene.

—¿Y la participación de los padres? ¿Vienen cuando los llamáis? —pregunté yo con el ánimo de parecer un profesional que sabía de lo que hablaba.

—No. Es muy frustrante. Programamos actividades de todo tipo, pero no nos funciona nada. Sabemos que hay un choque cultural y que hay algo que se nos está escapando. Por eso queremos contar con mediadores. Una gran parte de nuestro alumnado es gitano. Necesitamos acercarnos al barrio, bajar las barreras que impiden que lleguen a nosotros.

Asentí con la cabeza fingiendo una seguridad que en ese momento no sentía. Había estado en contacto con el mundo educativo por mis inquietudes y las conversaciones con Mara, que solía compartir conmigo su día a día, pero no tenía formación al respecto. Eso sí, había devorado todos los libros a mi alcance sobre el tema.

—Aunque es un colegio religioso —apuntó Diego al sentarse con nosotros—, hay mucha población marroquí. Es curioso, porque hay otros colegios públicos en la zona y, aun así, somos el primer centro que escogen.

—También es cierto que tenemos los mejores resultados académicos del distrito, y creo que somos los más disciplinados. Las normas y las rutinas son muy importantes para nosotros —aclaró Ignacio.

—¿Cuántos profesores hay en el claustro? —preguntó Peter.

—Somos cuatro en infantil, nueve en primaria y doce en secundaria. Hay dos limpiadoras y tres hermanos que nos ayudan en la portería y el comedor. No son siempre los mismos. Nuestra congregación tiene diez colegios en España y van cubriendo las plazas según las necesidades.

—¿Cuál es la ratio por clase? —intervine para parecer un sabiondo que hacía preguntas interesantes.

—En infantil tenemos veinticinco alumnos por clase. En primaria hay dos cursos que tienen veintitrés y en secundaria van disminuyendo según subimos de curso. Hay treinta en primero y quince en cuarto.

—¿Colaboráis con el barrio? —volví a preguntar, envalentonado por lo bien que iba la conversación.

—Sí, con el Secretariado Gitano y la Junta de Distrito. Participamos en las actividades de la biblioteca y en todas las que nos proponen desde el centro de salud, la comisaría y el ayuntamiento.

—¿Qué actividades complementarias tenéis? —consultó mi hija.

—Vamos a distintas excursiones. Os he sacado una memoria de este curso para que la veáis. En ella hay una evaluación por

trimestres. También os dejamos el documento con nuestro carácter propio y nuestro plan de convivencia.

Habló durante un rato de las familias, de sus problemas y de la falta de disciplina de los alumnos. Nos levantamos para ver el centro y Mara me hizo un gesto con la cabeza para que mirara. En la ventana había un niño pequeño de unos cinco años con la cara llena de churretes que nos observaba con los ojos muy abiertos.

Diego lo echó con malos modos. Me hizo sentir incómodo y mi hija me miró advirtiéndome de que no abriera la boca.

Nos enseñó el comedor, la biblioteca y el resto de las aulas. Las clases de infantil eran preciosas, llenas de colores vivos. Me llamó la atención que todo estaba recogido en cajas, como si fueran a hacer una mudanza.

Nos cruzamos con las limpiadoras y no nos las presentaron. Nos ofrecieron un café que adiviné que lo era porque lo había visto salir de la cafetera. Si fuera por el sabor, jamás habríamos acertado qué contenía aquel brebaje.

—Te vas a tener que traer un termo con café —susurré a Peter.

Mara me riñó por el cuchicheo, pero a Peter le hizo gracia mi comentario.

Nos despidieron de forma cortés y educada, y volvieron a agradecernos nuestra colaboración.

Cuando nos subimos al coche para marcharnos, se me ocurrió algo.

—Esperad, vamos a dar otra vuelta —dije—. Creo que hay alguien que nos puede proporcionar algo de información extra.

Nos acercamos a la tienda y pedí tres botellas de agua.

—Hemos estado en el colegio y con este calor hemos salido secos.

—Es que hace mucho calor —me contestó el tendero—. Y los curas, como siempre, no dan ni agua.

—Eso ha sido así toda la vida. —Intentaba provocar una conversación para recabar información.

—Pero ya podían haber cambiado las tornas. Y en este colegio tienen muchas actividades para los niños, y las cosas como son, ayudan a muchas familias con lo que les sobra en el comedor. Antes era peor.

—El Diego me ha parecido muy serio. Los alumnos se tienen que cuadrar con él.

—No es para tanto, es buena gente. Solo que es mayor, de la vieja escuela, y ya se sabe. Pero, vaya, que algunos profesores tienen tela en ese colegio. En todos lados cuecen habas. Si no fuera por Marina y por las limpiadoras, que son encantadoras y tienen encandiladas a todas las familias, ese colegio hubiese cerrado ya.

Me despedí y me encontré de frente con la cara de asombro de mis acompañantes.

—Es que no doy crédito —afirmó mi hija.

—No seas exagerada, ya sabes de quién podéis tirar. ¿Marina es la chiquilla de los Geranios?

—Sí. Está trabajando aquí desde hace algunos años. Y no me ha contado nada bueno, lo ha pasado muy mal para encontrar su hueco.

—¿Marina es gitana? —preguntó Peter.

—Sí, su familia es muy conocida. Vendían geranios por los mercadillos de toda Málaga. Su padre y yo jugamos al fútbol en el mismo equipo cuando éramos chavales.

El chiquillo que se había asomado a la ventana estaba apoyado en nuestro coche esperando con una cara de pillo que nos hizo sonreír a todos a la vez.

—Caballero —le dije poniéndome a su altura—, usted debe de echar mucho de menos el colegio porque parece tener muchas ganas de volver.

El niño sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Quién es tu profe favorito o favorita? —preguntó Peter.

—La seño Marina. Es la más buena —dijo mientras salía corriendo.

—Esta tarde la llamamos, creo que nos puede ser de gran ayuda —anunció Mara.

—Voy a ir pidiendo las pizzas. Maru nos espera en su casa, nos vamos a reunir allí.

—Un momento —puntualicé—. Espero que no penséis darme de comer un trozo de pizza para almorzar. Este cuerpo necesita algo más que un pedazo de pan con queso y tomate.

—Está todo pensado, Paco. Maru ha comprado unos cartuchos de pescado frito en un chiringuito de total confianza. Y en el mensaje que me ha mandado añadía que, al saber que eran para ti, han puesto un extra.

Estaba seguro de que sería un trozo de la tarta que hubiese preparado esa mañana Alba.

El día no podía tornarse más agradable.

12
Mara

Aunque me sorprendió que mi padre nos acompañara, me encantó que Peter lo hubiese convencido. No conocía a nadie que supiera más de mediación que él. Había leído todos los libros editados al respecto y visionado todas las entrevistas, documentales y ponencias que había encontrado en internet. La responsabilidad de ser el hombre de respeto de mi familia nunca le pesó, pero siempre quiso estar lo más preparado posible para asumirla.

Dejó el colegio muy joven, con la resolución de volver cuando la economía familiar mejorara. Pero eso no fue posible. Pertenecer a un grupo de trabajo en educación era un reto del que, sin duda, disfrutaría, aunque su intervención solo fuera durante un corto periodo de tiempo. Y estaba segura de que, desde que se lo comunicó Peter, no había parado de leer sobre el tema.

Me impresionó el barrio. El abandono y la dejadez se palpaban en cada centímetro cuadrado. Las diferentes culturas se unificaban en una pobreza espesa, latente y excluyente que bloqueaba las posibilidades de ver más allá de esas calles. Me llamó la atención la cantidad de niños que cruzaban las carreteras sin la supervisión de un adulto.

Mi padre estaba demasiado callado. Imagino que andaba valorando por dónde empezar a trabajar.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Peter.

—Creo que hay mucho trabajo por delante. Tienen las instalaciones, tienen la población y los medios, pero no tienen la forma. Me parece que es un centro muy complejo y que es importantísimo ir todos a una. Ahí puede estar la clave —opiné.

—Si algo hemos sacado en claro es que saben que tienen un problema y que quieren encontrar la solución, y que esta pasa por contar con Marina. Creo que ella nos puede informar de las fortalezas y las debilidades del centro.

Los dos miramos a mi padre, asombrados. Regañé a Peter para que devolviera la atención a la carretera.

—*Papa*, dos horas en un colegio y ya hablas como si hubieses pertenecido a un claustro toda la vida. Qué barbaridad —comenté admirada.

—No es casualidad. Me he puesto las pilas. Desde que me lo dijo tu amigo, no he parado de mirar cómo funciona un colegio y de consultar la documentación que tiene que ver con la mediación. Incluso he llamado a Barcelona para que me cuenten su experiencia con los mediadores. Los llaman promotores y es una práctica muy interesante.

Mi padre no dejaba de sorprenderme. Aunque mi madre siempre presumía de que yo había heredado su inteligencia, mi capacidad resolutiva era, sin duda, una herencia paterna.

—Me encanta esa motivación, Paco. Luego, cuando nos paguen y te dé tu parte, lo celebraremos con una buena paella.

Pude ver la cara de sorpresa de mi padre. No esperaba que el trabajo fuera remunerado.

—¿Qué pensabas, que ibas a trabajar por amor al arte? —le pregunté—. Estos trabajos se cobran bien. Llevan muchas horas de esfuerzo.

—Pues ese extra me va a venir muy bien para comprarle a tu madre un regalito para la casa, que va a quedar como nueva. Buscaré un barco bonito para poner en el nuevo mueble de escayola.

Me volteé con brusquedad a mirarlo.

—No puedo creerlo. No serás capaz —le amenacé.

—¿No te gustan los barcos, Mara? —me preguntó Peter.

—Los barcos han sido el foco de conflicto más grande de nuestra historia familiar. —Estuve tentada a guardar silencio al respecto, pero Peter me miró expectante—. Resulta que aquí el caballero le prometió a mi madre un regalo estupendo, maravilloso e inolvidable para su cumpleaños. Cuando desempaquetó el regalo y se encontró con una horrorosa maqueta de madera de un barco de vela, no te quiero contar la que se organizó en la fiesta.

—En mi defensa tengo que decir que el barco era una maqueta preciosa. No le faltaba un detalle, con su proa, sus velas, su nombre pintado de azul… Vamos, una monería. Y mira si fue un regalo inolvidable que llevamos dos décadas hablando de él —argumentó mi padre.

—*Papa,* el barco no podía ser más feo. Y lo peor no fue eso, lo peor fue la expectativa que habías creado. La *mama* pensó que te la ibas a llevar de viaje a París o que le ibas a regalar una joya preciosa. No un barco de vela que al único que le gustó fue a ti.

—No es para tanto —defendió Peter—. ¿Quién no ha sido poco afortunado en la elección de un regalo alguna vez? Te recuerdo que, cuando éramos pequeños, me regalaste para mi cumpleaños una caja de cereales.

—Eso no cuenta —me defendí—. Tenía seis años y un presupuesto escaso. Pero no compré una marca de cereales cualquiera, compré los que más te gustaban, los más azucarados. Eran justo los que tu madre no te dejaba comer.

—Eso digo yo, muchacho, no fue para tanto.

—¿En serio dices eso? ¿No fue para tanto? —repliqué—. No hubiese sido para tanto en ese momento y en ese cumpleaños, quieres decir, pero es que en el siguiente te luciste de nuevo.

—Estoy ansioso por saber lo que le regalaste esa vez —anunció Peter.

—No te lo vas a creer. Apareció con una caja enorme. Mi pobre madre abrió el regalo ilusionada y, ¡oh sorpresa!, dentro había otro barco. Un modelo totalmente distinto pero igual de feo, o peor, que el del año anterior. La cara de mi madre era un poema.

Peter estalló en risas.

—Es que era más bonito, a ver si le gustaba. Además, el mueble de escayola tenía dos huecos, uno a cada lado. Por pura simetría, pedía a gritos otro barco.

—Para gritos, los de mi madre cuando abrió el regalo. Y encima él, embobado mirando el barco. Y ahora dice que le quiere comprar otro… Pues que sepas que te lo tira a la cabeza sin contemplaciones.

Peter tuvo que parar el coche, porque con el ataque de risa que nos dio a los tres no podía conducir.

—Paco, creo que tienes que buscar una alternativa. El barco no es una opción.

—Está bien, me habéis convencido. Le compraré otra cosa.

—Llévatela a un balneario bonito, que le den chorros por todos lados —le dije conociendo su opinión sobre esos establecimientos.

—Sí, esos sitios donde te cobran hasta por el vaso de agua del grifo. Ni loco. Ahora nos toca pensar cómo nos vamos a ganar ese dinero, porque chica tarea es la que tenéis en este laboratorio.

—¿Tenéis? —saltó Peter—. Querrás decir «tenemos». Estás en el ajo, no lo olvides. A ver si te piensas que la pizza y el *pescao* frito es gratis. Se descuenta del total.

—Este es mi sino. No he ganado el dinero y ya me lo estoy gastando —argumentó mi padre fingiendo pesar.

—Mira el lado bueno, la prima Alba te habrá puesto una buena ración y un postre gratis.

—Estoy *enmallao.* Un hombre no puede sobrevivir con dos galletas y un café infernal. No me mires así, el colegio será muy amigo de Dios y todo lo que tú quieras, pero el café lo han traído del infierno. Yo creo que es el causante de que ese centro no ande. Con esa gasolina no llegan a buen puerto.

Llegamos a casa de Maru, que nos esperaba con la mesa puesta. El día mejoró para mi padre cuando vio la ensalada de pasta, y la fritura disipó todas las dudas sobre si se quedaría con hambre.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó Maru.

—Pues es un barrio como Las Tres Mil Viviendas, Palma Palmilla o Los Asperones. Pobreza y marginación son las dos palabras que mejor lo definen —resumió mi padre.

—Pero el equipo directivo tiene muchas ganas de empezar a trabajar. Hay que presentar el proyecto el viernes. Si lo aprueban, tenemos hasta septiembre para elaborarlo con calma.

—No es mucho tiempo —concluyó Maru—. Debemos centrarnos cada uno en una etapa para ser más operativos.

—Yo me ocupo de los padres y la mediación —añadió mi padre, que me sorprendió una vez más.

Como sospechaba, Alba había mandado cuatro trozos de brownie de chocolate y unas natillas con una nota que decía: «Para mi goloso favorito». Entre dulce y dulce, expusimos en una lluvia de ideas lo que cada uno pensaba que podía mejorar la convivencia.

—Creo que he tenido una idea buenísima—anunció mi padre—. Si el trabajo de los mediadores es remunerado, podríamos contar con antiguos alumnos del colegio. Los podemos escoger de las diferentes etnias. Yo les daría unas cuantas clases de cómo resolver un *enredao* y haría un seguimiento de los líos más grandes, incluso intervendría si fuera necesario.

—Yo iría más allá —anuncié—. Quiero que ese equipo ayude con el absentismo. Por lo que he captado, hoy están trabajando ese tema de forma equivocada. Lo están haciendo de manera general.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Peter.

—Quiero decir que no todos los niños faltan al colegio por el mismo motivo. Algunos lo hacen porque su madre o su padre no valoran la educación, pero a otros no los llevan a clase los días de descanso de los padres porque es el único tiempo que tienen estos para pasar con sus hijos. Son problemas distintos y hay que buscar soluciones diferentes —añadí.

Continuamos debatiendo toda la tarde. Peter nos llevó a casa convencido de que íbamos por muy buen camino. Decidimos que al día siguiente cada uno trabajaría de forma individual y que nos volveríamos a reunir el jueves por la tarde, cuando mi padre volviera del mercadillo, para poner en común nuestras conclusiones.

Cuando llegamos a mi casa, mi padre contó con entusiasmo a mi madre y a Carmen todo lo acontecido en el día. Carmen estaba radiante, sus ojos brillaban de una manera muy especial. Estaba maquillada y me di cuenta de que llevaba un vestido de mi madre.

—Carmen, estás preciosa.

—Me han invitado a cenar. Nos vamos a un restaurante de Puerto Banús. Nunca he cenado en un restaurante. Lo más que he ido ha sido a comerme un menú con mis hijas al bar de la esquina. Tu madre me ha prestado este vestido. Y espero que no te importe que haya utilizado tu maquillaje.

—¿Cómo me va a importar? Estás preciosa. Pareces otra, nunca te había visto tan guapa.

—Gracias, mi niña, por primera vez en mi vida me siento tan libre y tan feliz que se me nota por fuera. Y eso que no me queda miembro de la familia de mi *marío* que no me haya llamado para decirme lo desalmada que soy.

—¿Con quién vas a cenar, Carmen? —preguntó mi padre.

—Viene a recogerme Marcos.

—Siéntate, Carmen, que tengo que contarte algo. Creo que no es conveniente que vayas a cenar sola con Marcos.

—*Papa*, ¿por qué dices eso? Ella es libre para ir a cenar con quien quiera. Y en Puerto Banús no la va a ver nadie.

—Precisamente ese es el problema. Cuando Susana y Paquito entraron en el historial de Google del móvil de tu marido, vieron los históricos de sus desplazamientos. Puso la aplicación para llegar hasta aquí. Posiblemente te vigila desde algún lugar de los alrededores. Si te ve salir con Marcos, puede que te siga y te monte un pollo.

—Pues eso lo arreglamos en un periquete —sentenció mi madre—. Date una ducha rápida, que nos vamos a cenar con ellos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó mi padre.

—Anda que no. No ves que Carmen está ilusionada y se ha arreglado. Pues nos vamos con ellos y nos sentamos en otra mesa para que tengan intimidad.

—¡Qué disparate! —exclamó Carmen—. No os vais a sentar en otra mesa. Cenamos juntos. Y será una de las mejores noches de mi vida.

—Llama a Marcos y dile que te espere en el parking del centro comercial de Fuengirola. No nos va a seguir hasta allí, dejamos el coche de Mara y nos vamos juntos —planeó mi padre con audacia.

Carmen hizo lo que le pedían, y mis padres se marcharon a alistarse.

Treinta minutos después salían por la puerta, contentos por disfrutar de una velada improvisada. Yo fui a dar un largo paseo a Bosco, sin perder de vista la casa de Manuel. No lo había visto en todo el día y lo echaba de menos. Cuando regresé de la caminata, su coche no estaba, así que me di una ducha y me metí en la cama.

Estuve durmiendo un par de horas hasta que unos fuertes golpes me despertaron. Me levanté asustada. El marido de Carmen, borracho, golpeaba mi puerta con la firme intención de derribarla.

13
Paco

Marcos me agradó desde el primer momento. Su forma de mirar a Carmen, de cuidarla, y su esfuerzo por que fuera feliz me confirmaron que su amor era sincero. Estaba enamorado de mi amiga. Supongo que, por la comparación inevitable con lo vivido con su marido, pensé que era un buen candidato para hacerla feliz. El hombre nos esperaba nervioso al lado de su coche, frotándose las manos. Y percibimos su esfuerzo por agradarnos, por ser correcto, educado y extremadamente amable.

Aparcamos el coche de mi hija y nos fuimos en el suyo. Nos llevó a cenar a un restaurante de lujo en el centro de Puerto Banús. Mi mujer me hizo una advertencia en la puerta que me esforcé por cumplir.

—Hemos venido a que Carmen disfrute de la velada. No a que te hinches de comer. Este es un sitio fino donde lo importante no es la cantidad, sino lo bonito del plato; no quiero ni una queja en voz alta ni un comentario gracioso.

Murmuré una aprobación y entramos en ese paraíso de platos reducidos a precio de oro. El local era precioso. La decoración se basaba en flores de distintos colores, que iban desde el crema hasta el rosado pastel. Los techos y las paredes estaban cubiertos de rosas

y peonías con tanta delicadeza que tenías la sensación de encontrarte en un jardín inmenso. Carmen me miró y me sonrió. Los dos pensamos lo mismo. Adornar nuestro puesto así resultaría muy llamativo.

—Voy a hacer fotos para que Susi, algún día, nos copie la idea para nuestro puesto. Es una maravilla de bonito —me susurró Carmen al sentarnos.

Mi familia llamaba a ese tipo de restaurantes «el chorreón en plato grande». Normalmente te servían en un plato gigantesco una porción minúscula de pescado o carne, colocada justo en el centro, y la decoraban con sumo cuidado con chorreones de salsas de diferentes colores por toda la loza. Visualmente era muy bonito, no se podía negar, pero te quedabas *enmallao* de hambre. Si mirabas a tu alrededor, no había ni una sola persona con sobrepeso, lo que era de entender si esas porciones eran la base de su dieta diaria. No nos sirvieron pan y se lo pedí al camarero, que me miró como si le hubiese exigido que cometiera un sacrilegio.

La conversación fue amena. Marcos y Carmen nos contaron cómo se conocieron, aunque me entró un nerviosismo extraño al descubrir que era guardia civil. Se me fue pasando con las *delicatessen* que pidió para compartir y que fui devorando con la prudencia que nacía de tener la mirada de mi mujer clavada en mi persona.

La cena fue muy agradable. Si llego a saber que había un señor quitamigas en el salón no hubiese pedido el pan. O lo mismo fue la condena por pedirlo. Cada vez que le daba un bocado, como estaba tan crujiente, el mantel se llenaba de unas migas minúsculas. El señor se acercaba con rapidez con una especie de hoz y las recogía en un santiamén. No sabía cómo expresarle sin ser grosero que las

migas también eran mías y que las iba a pagar, así que opté por callarme. Hay profesiones que no tienen mucho sentido en mi mundo, entre ellas la que descubrí aquella noche. Como yo era el único que comía pan en todo el salón, el señor no me quitaba ojo de encima. Resultaba comprensible porque, para una vez que tenía trabajo, quería estar a la altura.

—Otra vez viene el señor Migas a por mí —susurré mientras levantaba los brazos para facilitarle la labor.

—Paco, por favor, quieres dejar de hacer tonterías —me ordenó mi mujer al verme desmenuzar trocitos de pan por todo el paño.

—Solo intento alegrarle la noche. Mira qué aburrido está, no tiene trabajo. Le doy vidilla. Así su jefe puede ver que hace bien su labor.

—O dejas de hacer tonterías, o le digo a Marcos que vas a pagar tú la cena —amenazó en cuanto el guardia civil se levantó para ir al baño.

Mi mujer sí que sabía cómo hacerme callar.

El postre, sin duda, fue lo mejor de la noche. Una degustación que escogió Carmen, segura de que era de mi agrado. No me hubiese atrevido a pedirla porque su precio equivalía a lo que Carmen y yo pagábamos por el alquiler de un día en el mercadillo. Los dulces olían de maravilla, eran preciosos; nunca había probado nada tan exquisito. Si no hubiese sido porque en cada bocado las elaboraciones parecían explotar y me echaba un nuevo lamparón en la camisa, la cena hubiese sido perfecta.

Cuando pedimos la cuenta, Marcos no nos dejó pagar y yo sentí un alivio fácil de entender. Argumentó que había escogido el sitio él y que la próxima vez invitaríamos nosotros.

Carmen le contó que nuestra familia era la dueña de un chiringuito donde se comía el mejor pescado frito de la Costa del Sol. Imagino que lo hizo para que no nos gastáramos nosotros otro dineral en la convidada de vuelta. Me sentí aliviado y le guiñé un ojo a Carmen. Volvimos al centro comercial a buscar el coche y dejamos un poco de intimidad a la pareja para que se despidiera.

—Para ser guardia civil no parece mala gente —comenté a mi mujer cuando nos quedamos solos.

—No, no lo es. Solo hay que ver cómo trata a Carmen. Se le nota a la legua que está enamorado de ella, y eso es justo lo que nuestra amiga se merece. No al malaje que ha tenido todos estos años a su lado, que lo único que ha hecho es tratarla con la punta del pie.

—Le queda mucho por vivir, y seguro que lo consigue, aunque sé que el individuo y su familia no se lo van a poner fácil.

Carmen se subió al coche como una adolescente que necesita la aprobación de su grupo de iguales. Ansiosa por conocer qué nos había parecido.

—Es un encanto y muy atractivo, hacéis muy buena pareja —confirmó mi mujer.

—Muy atractivo, tampoco. Es un señor con buena presencia —corregí mirando a Nena todo lo fijamente que pude.

—Le habéis caído superbién. Pero ha sido porque Paco no ha tenido que pagar la cuenta —se carcajeó Carmen.

—No sé por qué me dais tan mala fama. Con lo generoso que soy. Hoy, sin ir más lejos, cuando me han dicho que me iban a pagar mi trabajo como mediador en el colegio donde he ido con Mara, lo primero en lo que he pensado es en comprarle un bonito regalo a mi mujer —conté con orgullo.

—Dime que no has pensado en un maldito barco. Paco, que te lo tiro a la cabeza.

—No, mujer, ¿cómo voy a pensar en eso si sé que no te gustan? Hay una maqueta de tren preciosa que vi el otro día…

Carmen se rio a carcajadas ante los pellizcos que empezó a darme mi mujer.

Cuando llegamos a la puerta de la casa de Mara, nos encontramos con una escena que nos hizo sospechar que algo no iba bien. Mi hija tenía una infusión entre las manos y parecía haber llorado. Manuel le pasaba el brazo por encima en actitud protectora.

Nos bajamos con rapidez del coche.

—¿Qué te pasa, Mara? —preguntamos los tres casi a la vez.

—Todo está bien, no os preocupéis. Pero hemos pasado un mal rato. Sebastián se ha presentado borracho como una cuba y casi tira la puerta abajo. Suerte que Manuel estaba en casa y ha podido echarme una mano.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Carmen angustiada.

—No, a mí no. Manuel se ha llevado unos cuantos empujones. Como Sebastián había bebido mucho y no tenía la puntería muy fina, le ha sido fácil esquivar los golpes.

—Y porque estoy en forma —apuntó Manuel con sorna.

—¿Dónde está? —interrogó Carmen enfurecida.

—Se lo han llevado el marido de la Redonda y su hijo a tu casa. Ha costado un par de horas convencerlo para que subiera al coche, pero era eso o llamar a la policía, y Manuel ha podido disuadirlo.

—Tengo que irme de aquí, no quiero ocasionar más problemas —afirmó Carmen.

—Tú de aquí no te mueves —ordenó mi padre—. Tiene que aceptarlo. Está pataleando como un niño pequeño. Se ha quedado sin nada. Sin chacha, sin dinero y sin cuidadora. No podemos esperar otra cosa, porque muchas habilidades no tiene. Anda, vamos a la cama, que mañana hay mercadillo y no nos vamos a poder levantar. Pero ni se te ocurra pensar que debes irte de aquí. No te lo vamos a permitir.

Nos despedimos y dejamos a Mara y a Manuel hablando en el porche. Solo pude dormir un par de horas. Un ruido que llegaba del exterior me desveló. Preocupado, presté atención por si era Sebastián de nuevo, que venía a molestar, pero tardé pocos segundos en darme cuenta de que eran Manuel y Mara, que estaban riendo. Si seguían hablando era buena señal. Me levanté en silencio, sin despertar a nadie, y cogí mi libretilla. Comencé a apuntar ideas para la reunión de la tarde.

Me sentía en desventaja. Los jóvenes llevarían proyectos serios escritos en ordenador, y allí estaba yo, anotando ocurrencias llenas de faltas de ortografía en una libreta con más años que la polka. Solo me animaba el hecho de que tenía muchas horas de experiencia. Y que creía poder hacerlo bien. Pero me ofuscaba un sentimiento de inferioridad que no quería compartir con nadie. Me esforzaría y lo sacaría adelante, como había hecho otras muchas veces en las que la ignorancia nunca fue un obstáculo, sino un motor para encontrar el conocimiento. La pobreza de mi formación me entristeció muchas veces en mi vida. Llevaba pegado a la piel un complejo de inferioridad originado por los cientos de comentarios racistas y clasistas que me regalaron en el camino. Jamás llegaría a olvidar esa frustración que me llevé al mercadillo por primera vez,

junto con un carrito lleno de pedazos de sandía pinchados con un palo de madera. Yo quería seguir en el aula para aprender y conocer países e historias de científicos que cambiaron el mundo, pero lo único que tenía era una familia grande y hambrienta. Supongo que por eso insistí tanto en que mis hijos estudiaran. No quería que se sintieran nunca inferiores. Que nadie los mirara por encima del hombro.

Busqué en mi móvil cómo hacer un proyecto de mediación. Cuando tuve delante un modelo, me sentí más aliviado.

—¿Qué haces aquí escondido? —me preguntó Mara.

—Estoy trabajando en nuestro proyecto. Necesito más tiempo que vosotros, sois más jóvenes y estáis más acostumbrados.

—¿Qué es lo que te preocupa y no te deja dormir? —Mi hija parecía leerme la mente.

—Que vosotros lo vais a tener todo redactado y muy bien preparado y yo no soy capaz de llevar más que unas cuantas ideas en una libretilla.

—No tienes que preocuparte por eso. Defenderás con esas notas y esa cochambrosa libreta las ideas mucho mejor que nosotros. No hay nadie en este lado del mundo que sepa más de esto que tú.

Mi hija me abrazó por detrás y me plantó un beso en la frente.

—Pero es que quiero que me den el mismo dinero que a vosotros —anuncié con fingido pesar.

—No lo dudes. Peter es muy justo y seguro que te dará cincuenta euros por lo menos.

Abrí tanto los ojos que sentí que se me estiraban.

—Y yo que pensaba que por lo menos serían trescientos…

—Si te digo la verdad, no lo sé. Creo que me dijo que con la formación y todo eran tres mil euros, pero no sé en qué habrá cerrado.

—No puede ser tanto dinero, hija, si no son más que unos pocos días de trabajo.

—*Papa,* no se cobra por las horas de trabajo. Se cobra por un conocimiento que has tardado años en adquirir. Un mecánico que te arregla el coche no te cobra por la media hora que tarda en cambiar una pieza. Lo hace por saber cambiarla de forma correcta. Él tuvo que invertir tiempo en aprenderlo. Igual pasa con esto. Maru y Peter tienen muchos premios y prestigio en el mundo de la educación. Están pagando por que los mejores les hagan el proyecto que necesitan.

—Te entiendo, hija, pero me siento como un impostor, yo no tengo estudios.

—Imagínate un cabrero que lleva una piara de cabras a pastar. Dásela a Peter, a ver cuánto tarda en perderlas todas. En cambio, si le das a un cabrero una clase, lo mismo les enseña a los niños cosas útiles que no olvidarán. Tendemos a pensar que las profesiones que tienen un título académico detrás son las más importantes. Pero eso no es real. Eres la persona con más habilidad que he conocido nunca para mediar. Y es lo que necesitamos. De qué nos serviría tener a un profesor universitario que supiera mucha teoría, pero que no hubiese hecho una mediación de dos familias enfrentadas en su vida. Y estarás de acuerdo conmigo en que en ese colegio hace falta mucha palabrería de la buena.

—Espero hacerlo bien, hija. No me gustaría avergonzarte por nada del mundo.

Mara se puso en cuclillas a la altura de la silla de la cocina en la que yo estaba sentado.

—¿Cómo me voy a avergonzar de ti? Eres el hombre más sabio, justo e inteligente que conozco. Hoy, cuando miraba a Sebastián, pensaba justo eso. Qué suerte he tenido al criarme en un hogar sin gritos, sin alcohol y sin malos tratos. Y lo pensaba también al mirar a Manuel. Ver al marido de Carmen me ha recordado a su padre y a su forma de arreglar las cosas, que era muy parecida. Yo he sido una afortunada en la vida. Mi familia es maravillosa. En el amor no he tenido tanta suerte, pero no se puede tener todo.

—Gracias, hija, yo también he tenido mucha suerte. Me han tocado unos hijos algo despistados, pero buena gente.

—No soy despistada. No me digas eso.

—Bueno, considerando que te has dejado la puerta abierta y tu perro se acaba de ir a dar una vuelta por el mundo, podría argumentar lo contrario.

Mara pegó un salto y echó a correr detrás de Bosco.

Mi mujer salió de detrás de la puerta de nuestro dormitorio. Por su manera de sonreír, había escuchado nuestra conversación.

—Ojalá nunca descubra que no somos tan buenos padres como cree —murmuró—. Porque le iba a herir en lo más profundo de su alma.

Consternado, bajé la cabeza. Tenía toda la razón.

Ninguno de los dos sabíamos que quedaba poco tiempo para que lo descubriera.

14
Mara

La noche fue larga.

El mal rato que pasé por la aparición del marido de Carmen me dejó el cuerpo cortado y una sensación amarga que no se despegaba. Los gritos y las malas formas me producían malestar; nunca los gestioné bien y no había desarrollado herramientas para defenderme. Me bloqueaba, perdía mi voz y mi resolución en el mismo instante en que me enfrentaba al conflicto.

Hubo un momento que noté a Sebastián tan alterado que pensé que iba a agredirme. Justo entonces apareció Manuel e intentó calmarlo. Los gritos pusieron en alerta a los vecinos, que vinieron enseguida a prestarnos apoyo.

Sebastián se derrumbó y rompió a llorar cuando se vio rodeado de personas que no respondían a su agresividad, que solo intentaban calmarlo. Sabía que había perdido a Carmen y, con ella, todo lo demás. Se dio cuenta de que no había trabajado nunca y que no tenía modo de mantenerse por sí mismo. Ella había tirado siempre de su familia sin la ayuda de nadie. Cogió tantos mercadillos como pudo, incluso doblando cada noche de verano en los nocturnos, para dar a sus hijas todo lo que necesitaban. Con el tiempo aprendió a esconder el dinero, a ofrecer a su marido lo justo para que los ratos

en el bar le dieran un respiro y a tener la nevera llena de vino barato. Con eso se aseguraba de que cada noche se quedaba dormido en el salón y no compartía con ella el lecho que sus hijas ocupaban cuando las despertaban las pesadillas. Carmen inventó un mundo para las niñas, que se acostumbraron a ver a su padre borracho y tirado en el sofá.

Manuel no me dejó sola. Se sentó conmigo en el porche y me hizo una tila. Me sostuvo las manos temblorosas para que no se me derramara el líquido. En ese contacto nos quedamos quietos, disfrutando de la cercanía y la calma. No sé si fue por lo nerviosa que estaba o por no saber qué decir, pero me sorprendí haciendo un comentario inapropiado.

—Vaya pies más feos que tienes —solté de golpe.

Manuel me miró asombrado.

—Tú tienes la culpa. Se me deformaron mucho cuando mi padre me quitó la bicicleta y las zapatillas para que no fuera a buscarte. Estuve semanas caminando de un pueblo a otro y tuve que hacerlo en chanclas de playa. Tenía los pies llenos de ampollas, pero no paré hasta dar contigo.

—No sé qué hubiese sido de nosotros si aquella tarde no me hubieses visto con el novio de mi amiga. La vida hubiese sido muy distinta —solté sin pensar.

—Puede que empezáramos un noviazgo y no llegara a buen puerto. Éramos muy distintos; tú querías ir a la universidad y seguro que los celos hubiesen hecho mella en mí. Te recuerdo que no lo llevaba del todo bien. Tenía celos hasta del aire que te rozaba.

—Estabas muy influenciado por tu padre, Manuel. Él no me quería. No me consideraba lo suficientemente buena para ti.

—Creo que era todo lo contrario. Creo que sabía que tú eras muy valiosa y que yo siempre sufriría por no estar a tu altura. Quiso evitar que padeciera cuando llevara una vida contigo y me abandonaras por otro mejor.

—Cuando mi abuela materna, María, se enteró de nuestra relación, me dijo algo que nunca olvidaré. Aún la recuerdo haciendo punto en el salón de la casa de mis padres, con las gafas en la punta de la nariz y una sonrisa en los labios. Me sentó en el sofá, me miró a los ojos y se puso pálida. Me dijo que tu padre nunca nos dejaría ser felices, que haría todo lo posible por separarnos. Me aconsejó que, si lo que sentía era valioso, me hiciera fuerte para vencerlo. Y no se equivocó.

—Duele mucho asumir que tu padre fue una mala persona, Mara. Trató muy mal a mi madre durante toda la vida y nunca le conocí un acto de bondad. Me horroriza la idea de ser como él. A veces, cuando regaño a las niñas, siento un miedo atroz. No quiero copiar ni uno solo de sus comportamientos.

—Tú eres clavadito a tu madre, que siempre estaba dispuesta a ayudar a todo el que lo necesitaba. En tu casa nunca os faltó de nada gracias a ella. Se pasó la vida fregando escaleras para que tuvieras un futuro mejor que el suyo.

—Saray se parece mucho a ella. La recuerdo en sus gestos y en su manera de relacionarse con sus hermanas pequeñas. No sabes cómo le agradezco todo lo que me ayuda. Gracias a ella, sus hermanas tienen una figura de referencia que las trata con cariño. Y también gracias a ti, que te quedas con ellas cuando lo necesito, es mucho más fácil.

—No tienes que agradecerme nada. Quedarme con las niñas es un placer. Me encanta pasar tiempo con ellas. Es como volver a tenerte de pequeño en mis brazos, pero con la diferencia de que ahora mando yo, porque soy más grande y más fuerte.

Manuel rio a carcajadas. Me encantaba su risa. Me transportaba al pasado, a las tardes de travesuras y juegos en las que no había nada mejor en el mundo que estar a su lado e inventar trastadas que nos hacían olvidar la realidad.

Llegaron mis padres y Carmen, que se preocuparon cuando me vieron tomando la segunda tila de la noche. Hablamos durante un buen rato y, tras calmar a nuestra amiga, se fueron a la cama. Manuel y yo continuamos sentados en el porche, charlando sobre nuestro pasado. Cuando consultamos la hora, faltaba poco para el amanecer. La mirada con la que me despidió Manuel había recuperado la ternura de antaño, la que compartimos toda la infancia y juventud. Nuestra manera de acercarnos era mágica, como si el tiempo no hubiese transcurrido. Los sentimientos que me unían a él se emborronaban con facilidad, la vida se encargaba de ello, pero siempre estuvieron ahí e impregnaron mi presente de un pasado que ninguno de los dos pudo olvidar.

No conseguí conciliar el sueño. Me di cuenta de que mi padre tampoco. Miraba su libretilla y anotaba frases sin cesar. Estaba preocupado por la reunión en la que teníamos que concretar nuestras ideas para el colegio. Intenté calmar sus inseguridades, aunque, en cuanto se marcharon al mercadillo, cogí su vieja libreta y traspasé sus notas a un documento de Word.

Lo hice sonriendo. Aunque solo había escrito algunas frases y palabras sueltas, tenía información suficiente para crear una buena

propuesta. Estaba convencida de que eso le daría seguridad. Llamé a mi hermana para anular nuestra cita del desayuno y terminé mi parte del proyecto. Seleccioné metodologías, estructuré espacios de aprendizaje y propuse un método de lectoescritura ecléctico que elaboré mezclando varias alternativas existentes en el mercado. A media mañana, me interrumpió el timbre de la puerta. Pensé que mi madre había olvidado las llaves al ir al mercado, así que abrí la puerta sin mirar.

Cuando me encontré a Macarena en la entrada, con un vestido blanco vaporoso, una carpeta en la mano y una sonrisa falsa, me arrepentí al instante de no haber sido más prudente.

—Hola, perdona que te moleste, pero tengo que dejarle esta documentación a Manuel y he olvidado la llave de su casa en mi apartamento. ¿Tendrías una para abrirme? Creo que me comentó en algún momento que te había dado una para emergencias. Así le voy preparando el almuerzo y le doy una sorpresa —me dijo fingiendo simpatía.

—Lo siento, no puedo ayudarte —le mentí—. No tengo ninguna llave. Saray la olvidó el otro día y no me la devolvió, pero puedes dejarme los documentos. Luego se los doy, cuando venga.

—No hace falta, me acerco a su trabajo y así lo invito a comer, pero gracias de todas maneras. También quería disculparme por la escena del otro día. Siempre nos vemos en mi apartamento, ya sabes, por las niñas, pero estábamos solos y…

—No tienes que pedir disculpas. Manuel está soltero y puede hacer lo que quiera con su vida. No era mi intención interrumpir —añadí con un tono muy desagradable.

—No interrumpiste, querida, todo lo contrario. Las croquetas estaban riquísimas y nos vinieron genial para no tener que salir a cenar.

—Siento ser descortés —dije cortando la conversación—, pero estoy trabajando y tengo que entregar unos documentos en unos minutos.

—Claro, perdona, no quería entretenerte. Nos vemos en otra ocasión, a ver si quedamos un día para cenar los cuatro. Peter es encantador y muy amigo de mi hermana. Podemos ir al restaurante de mi hermano, a Manuel le encanta.

Cerré la puerta pensando que me moriría de hambre antes que sentarme a su mesa. Intenté analizar si el rechazo que me provocaba era por los celos o por el simple hecho de que se trataba de una mujer detestable. Posiblemente hubiera una mezcla de las dos cosas.

Llamé a mi hermana para desahogarme. Tras contarle lo ocurrido, me confirmó lo que yo pensaba.

—No es trigo limpio. No me gusta nada. No creo que Manuel tenga una relación con ella.

—Lo vi con mis propios ojos, Susi.

—Bueno, no descarto que hayan tenido algo, pero no es tan importante como lo que te está haciendo creer. Ella está loca por echarle el lazo, pero ya te digo yo que Manuel no siente lo mismo.

—Anoche estuvimos tan a gusto, fue una conversación tan agradable que otra vez volví a pensar que podríamos comenzar algo. Pero, como ves, me ha durado poco. Las ilusiones que me hago con Manuel nunca se mantienen en el tiempo. Se caen como un castillo de naipes, cada vez con más rapidez.

—Tiempo al tiempo. Vuestros sentimientos son sólidos y de ahí tiene que brotar algo bonito. Manuel te quiere, y creo que nadie tiene dudas sobre eso.

—Tampoco es que me sirva de mucho que el hombre que me quiere se acueste con otra.

—Es que no acabo de creerlo, Mara. Si no llegas a verlo con tus propios ojos, no me lo creo. Si es una insulsa… Manuel no puede tener tan mal gusto.

—Igual me pasa a mí, pero lo vi. Te dejo, que tengo que terminar el proyecto. Te llamo luego.

Con el desánimo que me provocó el encuentro con Macarena, me costó terminar de redactar los documentos. Los mandé para que los leyeran mis compañeros. Maru ya había enviado el suyo y le eché un vistazo antes de la reunión. Su visión era muy interesante y encajaba perfectamente con lo que mi padre y yo habíamos propuesto. No vimos la de Peter hasta que nos reunimos por la tarde en mi casa.

Mi madre y Carmen se fueron de compras para dejarnos trabajar. Los cuatro nos sentamos en la vieja mesa del salón.

—Chicos —anunció Peter—, habéis hecho un trabajo estupendo. Sobre todo tú, Paco. Tengo que reconocer que tus ideas me han impactado. Ese esquema, con las partes más importantes que has escaneado al final, me parece que deja todo muy claro.

Mi padre se quedó callado hasta que le pasé el documento que había sacado por la impresora. Al texto redactado le había añadido sus apuntes escaneados.

—Gracias, hijo, pero tengo que reconocer que Mara me ha ayudado a ponerlo tan bonito.

—Si las pruebas de diagnóstico de la Junta de Andalucía nos indican que la lectura y las matemáticas son dos puntos débiles —comenzó Peter su exposición—, deberíamos buscar algo que uniera a todo el colegio en torno a esas dos troncales. Un plan de lectura me parece muy buena opción para empezar. Y habría que encontrar una propuesta para las matemáticas.

—Creo que el peor error de la escuela es que obliga a leer. Esa obligatoriedad es lo que hace que se pierda el encanto. La lectura es una opción de ocio, una oportunidad para pasar tiempo en una actividad placentera. Los maestros tenéis que darle la vuelta a eso.

—Es muy interesante eso que dices, *papa*, pero ¿cómo hacemos que lean sin obligarlos? En esta época que nos ha tocado vivir, hay mucha competencia para llenar el tiempo de ocio. Y leer exige un esfuerzo y una concentración que hoy día no se estilan. Si no les obligamos, ni siquiera se acercarán.

—Estamos buscando algo transversal, ¿no? Que nos sirva de nexo a las tres etapas. Y lo que tienen en común son los déficits. Busquemos alguna fortaleza que los una —sugirió Maru.

—Los niños y las niñas gitanos son muy creativos, pero no se fomenta en las escuelas. —Me llevé el dedo índice a la sien antes de proseguir—: Se me ha ocurrido una idea… ¿Y si son los mayores los que crean las actividades de animación a la lectura para los más pequeños? —propuse.

—Hay muchas experiencias de apadrinamiento lector que han dado muy buenos resultados —añadió Peter.

Debatimos durante un rato sobre las propuestas hasta que tuvimos clara la definitiva.

—Hay un problema muy serio con el absentismo —resalté—. Debemos empezar a actuar desde infantil hasta secundaria.

—Lo que más me preocupa a mí —añadió Peter— es que los viernes sube muchísimo en todas las etapas. Hemos de darle la vuelta a eso y convertir el viernes en el día más atractivo. Y creo que tengo una idea: rompamos las clases a media mañana y hagamos otro tipo de actividad. Podemos plantear distintos talleres y que cada alumno se apunte al que le guste. Así querrán ir los viernes al centro.

—¿Y mezclar todos los cursos? —preguntó Maru—. Puede ser una locura, pero daría resultado si hacemos una buena planificación. Incluso podemos comenzar por ciclos y luego, cuando lo tengamos controlado, disponerlo por etapas. Habría que plantear la organización de una manera muy clara. Y escoger unas actividades para esos talleres que no generen mucho caos, que se puedan controlar con facilidad.

—Tenemos distintas culturas. Este me parece el momento de ponerlas en valor. Podemos dar la vuelta al mundo en estos talleres —aportó Maru.

Nos encantó esa idea. Comenzamos a trabajar en ella y en treinta minutos ya la teníamos redactada.

—Nos quedan las familias. No se acercan a la escuela. Y hay que buscar la forma de atraerlas —habló Peter.

—Si seguimos con el mismo tipo de actividades, no vamos a conseguir nada —argumentó mi padre—. Tenéis que encontrar propuestas que les interesen a ellos, no a los maestros. Mirad las de este curso pasado: comenzaron con «Taller de control de rabietas» y siguieron con «Alimentación equilibrada». Yo, como padre, no iría.

Sobre todo porque voy a descubrir lo que hago mal. Y a nadie le agrada eso.

—¿Y qué actividades proponemos? —cuestionó Maru.

—Las que interesen a las madres y a los padres de hoy día.

—Son madres jóvenes, y a los jóvenes solo les interesan las redes sociales, el TikTok y el Instagram. Y el maquillaje y los perfumes. Eso también es de su interés.

—Pues ahí lo tenéis —sentenció mi padre—. Enseñadles a crear vídeos para TikTok, proporcionadles las herramientas para que lo hagan con cabeza. Y dadle una vuelta de tuerca más. Educadlos sobre qué se debe mostrar y cómo se guarda la privacidad cuidando de los tuyos. Una parte muy importante sería que aprendieran a poner filtros en los dispositivos de sus hijos, para controlar lo que ven.

Lo teníamos. Teníamos todo preparado para presentarlo.

Estábamos tan ilusionados que no nos dimos cuenta de que ya éramos parte de ese proyecto.

15
Paco

Mi padre nos dejó en legado una buena educación, un amor desmesurado por la familia y la certeza de que los problemas nunca llegan solos. Siempre se acompañan de un malestar pegajoso que no nos deja analizar la realidad con claridad. A todos los miembros de mi familia se nos solía empañar y paralizar la agilidad natural para resolverlos. Por eso, una de las estrategias más valiosas que nos enseñó fue que debíamos salir de ellos para visualizarlos como si pertenecieran a otra persona, y así analizarlos desde la distancia. Transmití a mis hijos los consejos de mi padre, reconociendo en ellos la herencia más valiosa que pudiera entregarles. Tampoco es que tuviera mucho más que ofrecer. El rendimiento de mi trabajo nunca nos proporcionó grandes lujos, pero sí nos brindó la posibilidad de vivir sin necesidades. No fue hasta que ellos comenzaron a trabajar cuando nuestra economía mejoró. Pagaba a mis dos hijos un sueldo por ayudarme en el mercadillo. Una cantidad simbólica en invierno que aumentaba en verano, cuando las ventas subían. Ellos aprovechaban ese extra para hacer mejoras en su casa o irse alguna vez de viaje. Mara era la única que no aceptaba mi dinero. Se mantenía en sus trece de que no necesitaba que la remunerara, que con su sueldo tenía más que suficiente. Yo se lo agradecía en

silencio, sin grandes aspavientos, pero con un sentimiento de orgullo que se engrandecía en el pecho.

No me podía quitar a esa mujer de la cabeza y, cuando volvían los fantasmas, sentía que perdía ese equilibrio tan presente en mi vida. Me invadía un miedo atroz: que la verdad saliera a la luz y mis hijos no nos perdonaran los errores del pasado.

Manuel nos ayudó aquella mañana. Saray empezaba a trabajar con Carmen, cosa que me alegraba; le venía bien el apoyo en el momento tan complicado que vivía. Mi amiga estaba feliz. Tenía una sensación de libertad que le había cambiado el brillo de los ojos y le proporcionaba una sonrisa imborrable. Marcos insistía en que se fuera a vivir con él. Y todos sabíamos que era cuestión de tiempo que aceptara. Ya habían perdido demasiados años.

El mercadillo en verano suponía una experiencia muy dura; no solo por las altas temperaturas, sino también por la cantidad de gente que había que soportar. Raro era el día que uno no perdía la paciencia con alguna clienta que se empeñaba en comprar la mercancía al precio que ella estipulaba. También eran comunes los insultos a los artículos como si uno no estuviera presente. Esos momentos en los que se hablaba de las prendas con desprecio y sin el más mínimo reparo se convertían en los más difíciles para Carmen y para mí. No resultaba nada fácil morderse la lengua cuando alguien te decía «Esto en dos lavados ya no existe» o «Aquí solo hay porquerías». No concluía un solo día de mercado sin esos comentarios.

Ana y Jano se colocaron por primera vez en su nuevo sitio. Podía ver la tristeza en los ojos de Mara. Los escasos metros que nos habían desplazado eran mucho más que eso. Alejaban la posibilidad

de vigilar ante los robos o de ayudar en los momentos de prisa. Aunque Jano demostró desde el primer minuto su generosidad y movió su furgoneta para que entrara la nuestra, el cambio nos volvió nostálgicos y apáticos. Y tengo que reconocer que la mercancía de los nuevos vecinos me fascinó desde el instante en que la vi. Tenían productos de varios países, todos bordados a mano. Sus vestidos y sus sombreros destacaban en una calle llena de ropa de colores. Nuestras camisetas, con diseños originales y únicos, se vendían muy bien en verano. Quizá porque una camiseta artesanal del país visitado era un regalo perfecto para los seres queridos.

Mara bromeó durante mucho rato con un incidente que ocurrió ese día. Contaba muerta de la risa que le di a mis nuevos vecinos un recibimiento que nadie olvidaría en muchos años. Cuando me agaché a colocar los hierros, el pantalón de lino no soportó lo que escondía y se partió en dos, dejando mis posaderas al descubierto. A Ana y a Mara les dio un ataque de risa al ver mis calzoncillos rojo amapola con corazoncitos amarillos asomar por la costura abierta del pantalón negro.

—¿Qué os pasa? —pregunté con la intención de que me contaran el chiste y reírme yo también.

—*Papa,* se te ha roto todo el pantalón por detrás —me informó mi hija desternillada.

Cuando me toqué el culo del pantalón, me di cuenta de que la raja no podía ser más grande.

—Válgame, que no tengo en la furgoneta una muda. A ver qué me pongo ahora.

Carmen me echó una de sus faldas por encima y mi aspecto ridículo les alegró aún más la mañana. Y es que uno sirve para todo:

lo mismo monto un puesto y vendo ropa que hago reír a carcajadas.

—Ahora te compras un pantalón en los franceses —me aconsejó Carmen.

—Sí, en eso estaba pensando yo. En gastarme cien euros de buena mañana. Me cojo un imperdible en medio y me hago unos pantalones bombachos con esta falda.

Saray tiró todo un perchero al suelo con el desequilibrio que le dio la risa. Avergonzada, lo recogió con tanta rapidez que Carmen no tuvo tiempo ni de echarle una mano.

—Paco —me llamó Modou—. Yo tengo unos pantalones en la furgoneta.

Fue peor el remedio que la enfermedad. Mi amigo medía casi dos metros, por lo que, si los cortaba por la mitad, me daría para dos pantalones. Me los remangué con gracia y pude hacer el apaño. Sobraba tanta tela en la bajera que me costaba guardar el equilibrio.

El Inglés, el jefe de Modou, no estaba muy contento con el cambio, a pesar de que solo lo habían desplazado unos metros. Eso sí, en ese trecho había perdido la posición esquinada privilegiada que le permitía echar el ojo a las muchachas que iban a la playa. Y tampoco es que le agradara la risa de buena mañana. Para nosotros, ese hombre interminable, más largo que un día sin pan y de piel negra como el carbón, era mucho más que un compañero. Y cuando sufría un trato inadecuado por parte del malaje del Inglés, lo sufríamos con él.

Los primeros clientes llegaron cuando Carmen, Modou y Mara tomaban café, como cada sábado, en la puerta de la sucursal bancaria. Fue mi sobrino, que tenía un puesto de golosinas en la plaza, el primero en darse cuenta de que algo no iba bien. A las diez

vino a robarle el último trago de café a su prima e invitarme a desayunar. Nos sentamos en el bar de la plaza, que estaba inusualmente tranquila aquel día.

—Tito, el mercadillo de abajo está lleno de gente. Acabo de llevarle una caja de chucherías al primo de mi padre y estaba todo petado. Y el del parking, igual, se pegan empujones los guiris en los puestos. No entiendo por qué nosotros andamos vacíos. Son ya las diez de la mañana. Esto debería encontrarse lleno de turistas.

Jano, que se comía un perrito caliente en la mesa de al lado, escuchó el comentario de mi sobrino y se levantó. Miró hacia la carretera y nos compartió una circunstancia a la que no habíamos prestado atención.

—No están pasando los coches. Debe de haber ocurrido algo abajo, porque no están dejando que suban los vehículos —comentó con preocupación.

Era muy curioso cómo las noticias se propagaban en cuestión de segundos por todo el mercadillo. No necesitábamos ni grupos de mensajería instantánea ni pamplinas. El boca oreja corría más rápido. En dos minutos, todos los comerciantes andaban preocupados por el asunto. El otro mercadillo estaba situado en una cuesta muy pronunciada y desembocaba en el aparcamiento donde se encontraba el segundo mercadillo, adyacente al nuestro. Si la carretera se cortaba allí, los clientes no podían subir, lo que significaba que la mitad no llegaría a nosotros por el intenso calor. Y los que consiguieran vencer la pereza de caminar cuesta arriba a cuarenta grados ya se habrían gastado el presupuesto en los puestos de los comerciantes de abajo y del aparcamiento. Eso, en el mes de más turismo del año, era una noticia nefasta. Para colmo, el

estacionamiento para los vehículos estaría muy alejado de nuestros puestos, lo que también suponía un gran inconveniente para todos los comerciantes que tenían mercancía pesada.

Jano se ofreció a ir a investigar y yo le acompañé. Me asombró la cantidad de personas que caminaban cuesta arriba en comparación con los escasos turistas que llenaban nuestras calles.

—Esto no pinta nada bien —anunció Jano cuando vio a la policía local cortando el acceso a la carretera.

—Buenos días. ¿Ocurre algo para que se corte la calle? —pregunté con amabilidad.

—No ocurre nada, es que la calle se va a cortar ahora los sábados.

No podíamos creer lo que oíamos.

—¿Cómo que se va a cortar? —interrogó Jano—. No se puede cortar, la gente no llega arriba.

—Señor, nosotros solo obedecemos órdenes. Nos han pedido que se corte la calle y es lo que estamos haciendo. No le puedo dar más información.

Jano y yo nos miramos estupefactos. Los primeros puestos de la calle no daban abasto para atender a todo el público que abarrotaba la calzada.

—Paco, esto no puede ser verdad. Creo que nos acaban de joder el verano.

Compartimos la noticia con los compañeros y pudimos comprobar la cara de preocupación de todos los comerciantes. El verano nos servía para compensar el invierno. Sin las ventas de esos meses a pleno rendimiento, muchos no conseguirían sobrevivir.

Santiago, el vendedor de plantas, fue el primero en venir a mi puesto, muy enfadado.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó moviendo los brazos de forma exagerada—. Quieren arruinarnos. ¿Que cerremos? No he vendido ni una planta. Quién se la va a llevar andando con lo que pesan. ¿A quién se le ha ocurrido cerrar la calle? ¿A qué lumbreras? Los de abajo se estarán frotando las manos. No lo puedo entender, Paco, de verdad que no. A los del mercadillo de abajo no les afecta para nada tener detrás la carretera abierta y a nosotros nos joden la vida.

—Ya no la tienen a la espalda, Santiago —le dije—. Como no pasan coches, han abierto los puestos por delante y por detrás. En vez de una calle peatonal, ahora hay dos. Imagino que es lo que han querido conseguir, aunque no entiendo muy bien el fin.

—El fin ya te lo digo yo —anunció Santiago—. El ayuntamiento recauda en ese mercado y en este no, porque esto es privado y nosotros pagamos al centro comercial. Y le importamos una mierda al ayuntamiento, así que, cortando la calle, van a poner más puestos abajo y también ingresarán más. Y te apuesto lo que quieras a que más de uno de aquí se va a pegar de tortas por coger los puestos nuevos que se van a crear. Es nuestra ruina. Solo se puede entrar por abajo y nosotros vivimos del verano. A ver quién es el valiente que sube la cuesta a cuarenta grados. Solo nos va a llegar gente joven con poco nivel adquisitivo. Esto es la ruina de todos los artistas de arriba. ¿Cómo van a vender cuadros o esculturas? Es imposible que se las lleven andando.

Los ánimos no se calmaron. Todo lo contrario, fueron empeorando cuando el público se volvió intermitente e incluso llegó a desaparecer de las calles en las horas en las que más afluencia se esperaba. Estábamos desolados.

Carmen era la única que no había parado de vender. Tenía el privilegio de ser la primera de la calle. Sus clientas, exhaustas por el calor, se solían parar en la cafetería que tenía a la izquierda. Muchas examinaban su mercancía al sentarse en el bar de la plaza.

—Esto no se puede mantener la semana que viene o nos vamos todos a pique —dijo Ana con una sentida preocupación. Había invertido mucho dinero para esos meses.

—Lo que no sé es si podremos hacer algo. He llamado al encargado, pero no me ha cogido el teléfono. Está para una bulla —critiqué con desgana.

—Ya lo he dicho muchas veces. Que es muy fácil venir, hacer el sorteo de los puestos que sobran y luego irse a desayunar. Pero que aquí tiene que haber alguien para solucionar estas cosas —exclamó Jano contrariado—. Que pagamos un dineral y tenemos un servicio de pena.

El llanto de un niño pequeño nos hizo girar la cabeza. Venía llorando con desesperación y no había ningún adulto cerca.

—Ese niño se ha perdido —anunció Mara corriendo hacia él.

Encontrarnos a niños perdidos era muy común. Los padres se despistaban un segundo y el pequeño se desorientaba. Normalmente, no se tardaba más de un par de minutos en reunirlos. Mara cogió al niño de la mano y lo metió en mi puesto para poder hablar con él. El crío no era capaz de calmarse. Mi hija mandó a Saray a por una botella de agua al bar. Los gritos aumentaron cuando Jano le tomó la mano para intentar tranquilizarlo. El niño agarró la botella y se la bebió de un trago con desesperación.

—Voy a dar una vuelta por si veo a unos padres buscando a un niño pequeño. Saray, ve tú al mercadillo de abajo. Jano, date una

carrera hasta el mercadillo del parking. Serán fáciles de identificar —afirmé.

Después de dar dos vueltas, volvimos extrañados. No encontramos a nadie buscando al zagal.

—Puede ser que este niño no se haya perdido en el mercadillo —dijo Mara—. Este niño no habla, y no es porque no entienda el español; tiene autismo y posiblemente se ha salido de una casa, se ha desorientado y se ha perdido. Hay que llamar a la policía.

—Mejor aviso al simpático de abajo, que van a tardar menos que si los llamamos por teléfono.

Salí corriendo cuesta abajo en busca de los amigables representantes de la ley.

—Hola de nuevo —les saludé.

—Señor, ya le hemos dicho que no vamos a abrir la calle, no insista más.

—No vengo por ese asunto. Nos acabamos de encontrar a un niño. Está desorientado y creemos que puede ser autista. Hemos buscado a los padres en los tres mercadillos, pero no hemos dado con ellos.

El niño seguía llorando con la misma intensidad cuando regresé con mi escolta, que por supuesto subió la calle en coche, abriéndose paso entre el gentío. Pero en cuanto el pequeño vio a los policías, se agarró con fuerza a la falda de Mara, escondiéndose detrás de ella. Tras comprobar que no tenía ninguna identificación, llamaron a la comisaría central para dar el aviso. No fue nada fácil separar al niño de mi hija. Se lo llevaron en brazos berreando, aunque Mara se ofreció a acompañarlos para calmarlo.

—Son unos desagradecidos que se creen en un escalafón superior. Menudo mal rato lleva el chiquillo. Mara, menos mal que te has dado cuenta de que era autista. No sé cómo lo has hecho, pero al menos le has evitado un interrogatorio que no iba a poder contestar —dijo Carmen.

—Las maestras tenemos una visión diferente, somos capaces de detectar pequeños detalles que escapan al resto del mundo. Y esa mirada sin contacto visual y esos movimientos estereotipados, junto con esa incomunicación, los he visto muchas veces, Carmen, y cada vez están más presentes en las aulas. —Mi hija se quedó observando el bar de enfrente durante unos segundos con cara de preocupación. Entonces gritó—: ¡Corre, *papa,* ven a ayudarme, que se está liando! Hay dos alumnos míos que se están peleando en el bar.

Una pareja joven estaba discutiendo con otra y la situación se estaba volviendo violenta. Mara corrió y se interpuso entre las dos chicas. Yo hice lo mismo entre los dos chicos, que se amenazaban levantando los puños.

—Mírame, Tansy —ordenó mi hija—. Tienes que calmarte, ven conmigo.

—No. Quiero partirle la cara a esa guiri. Me ha echado la cerveza en el bolso, la inútil. Y es muy caro. Maestra, tú sabes que no soy chunga, pero es que he tenido mucha paciencia. Llevo un rato aguantando impertinencias.

—Vamos a mi puesto. Ven. —La cogió del brazo y se la llevó dándole pequeños empujones.

Yo me llevé al chaval, que seguía echando sapos y culebras por la boca.

—Vamos a calmarnos, hijo —le dije sujetándole los hombros para que no se pusiera en el punto de mira de su contrincante—. Uno tiene que evitar siempre las peleas, pero cuando va con las personas que quiere, mucho más. No podemos ni hacerlas sufrir ni exponerlas a que sufran daño alguno. Esos dos motivos tienen que calmar tu ira.

—Y ¿qué hago? ¿Dejo que le vacile a mi novia? Esa guiri se ha reído en nuestra cara.

—Creo que esa pareja ha bebido lo suficiente como para reírse del mundo sin tenerse en pie. Lo más coherente en estos casos es cambiarse de sitio. Te ahorras el mal rato.

—Es que encima ni se han disculpado, se han reído a carcajadas —me contestó el muchacho, algo más tranquilo.

—No están en condiciones de valorar nada. Están muy perjudicados. Y si le pegas un puñetazo y por su estado se abre la cabeza en una mala caída, tú te buscas la ruina para el resto de tu vida. No merece la pena. Estas cosas se solucionan con inteligencia, que es lo que a ellos les falta.

Carmen nos observaba como si asistiera a un partido de tenis. Miraba a la izquierda y veía a Mara hablar con su alumna, pero giraba enseguida el cuello a la derecha para no perderse ningún detalle de mi conversación. Un ruido en el bar nos sobresaltó. La chica extranjera que había provocado el altercado se había caído de la silla, lo que hizo que Juan, uno de los camareros, pidiera ayuda a Jano para que llamara a la policía. Mara había conseguido calmar a Tansy.

Cuando la policía se llevó a la pareja, ya habían roto varios vasos y habían importunado a la mayoría de los clientes.

—Tienes que templar los nervios en situaciones como esta —aconsejó Mara.

—Lo sé —reconoció su alumna—. Pero no es fácil. Me ha puesto atacada. Siento mucho que me hayas tenido que ver así.

—Me quedaría más tranquila si me aseguraras que ante una situación como esta vas a utilizar la cabeza. Con eso doy por bien pagado el mal rato.

—Te lo prometo. —La chica se acercó a Mara y le regaló un tierno abrazo.

Cuando se marcharon, Carmen se plantó delante de mí con los brazos en jarra y una sonrisa en los labios.

—¿Qué? —pregunté.

—Tu hija tiene una visión docente en todo lo que hace; es maestra y le sale de forma natural. Pero tú, amigo, tú eres un maestro de la vida. Le has enseñado a ese muchacho en dos minutos una lección para siempre. Eres único. Menudo trabajo le hemos dado hoy a los *pestañís*. Anda, vete a dar una vuelta antes de irnos y pregunta a los compañeros qué vamos a hacer. Porque esto hay que solucionarlo antes del sábado que viene. Y lo peor es que tenemos que poner de acuerdo a todos los comerciantes. Va a ser una odisea.

A una hora del cierre, hice lo que me sugirió mi amiga y me encontré el ambiente peor de lo que esperaba. Todos los vendedores coincidían en la preocupación y el desconcierto. Aunque las ventas habían sido buenas, no eran las esperadas para esa fecha del año. Y la mayoría apostaba por que fuera nuestro encargado el que tramitara la protesta, un parecer que yo no suscribía. Expresé mi opinión donde sabía que sería apreciada y recogí las aportaciones de todos los que compartían mi urgencia por solucionar el problema.

Volvía a mi puesto cabizbajo cuando me la encontré de frente. Llevaba a un niño pequeño de la mano mientras reñía a una adolescente de brazos cruzados y ceño fruncido. Nos volvimos a mirar a los ojos y susurramos al cruzarnos un saludo corto, escueto y rápido que salió por inercia, no por intención. Doblé la esquina rápido y la perdí de vista.

Llegué al puesto con la sensación de que mi corazón había dejado de latir. Me senté en la silla que Modou utilizaba para que sus clientas se probaran los zapatos.

Mara se acercó y me dio un poco de agua.

—¿Estás bien? —preguntó mi hija—. Tienes mala cara.

—Sí, ha sido que he estado un rato al sol hablando y no me he dado cuenta. Atiende, hija, que estoy bien.

Desde donde me encontraba, pude ver que esa mujer volvía y me buscaba. Cómo miraba a mi hija, que atendía a una señora. Pero no me vio observándola. Se marchó unos segundos después.

Me quedé allí sentado sabiendo que no tardaría mucho en encontrarme.

16
Mara

Estaba impaciente por que Peter expusiera el proyecto en el colegio y conocer el resultado. Mis hermanos nos habían ayudado la noche anterior a elaborar una presentación espectacular, muy profesional y dinámica. Maru y yo habíamos quedado en la playa para dar un paseo a primera hora de la mañana. El mar estaba tan calmado que las olas dibujaban pequeños bordados de espuma en la orilla. Me encantaba caminar a esa hora. Los extranjeros no habían llegado y las gaviotas deambulaban entre las dunas buscando algo que comer.

—Buenos días —me saludó cuando me puse a su altura—. Hace un día estupendo para que salgan las cosas bien.

—Falta menos de media hora para que lo presente. Va a estar todo el claustro. Debimos ir con él. No sé por qué ha preferido hacerlo solo.

—Tiene sus motivos —me informó mi amiga—. Está muy acostumbrado a presentar proyectos. Por eso su colegio dispone siempre de dinero; convence a todos los organismos públicos y privados de que apuesten por él. Lo hará muy bien.

—Si no digo que no, Maru, pero el apoyo moral, el estar ahí…, no sé. Aunque estoy segura de que lo hará genial, de eso no tengo dudas.

—Lo van a aceptar. Nadie puede negarse a un proyecto tan atractivo. Y nos va a tocar trabajar este verano, porque eso no se hace en dos días. Si lo cogen, va a ser una bonita aventura. No solo por trabajar con vosotros dos, que es un lujazo, sino por lo que significa a nivel profesional. Creo que el primer año que he sentido algo emocionante en mi trabajo ha sido cuando has llegado tú y has alborotado, con tus peticiones, todo mi mundo escolar.

—Pues para estar aburrida has ganado varios premios a nivel nacional. No dudes de que voy a seguir dándote mucho trabajo —anuncié a mi amiga.

Maru bajó la mirada y se puso muy seria.

—Tengo que decirte algo. Quería hablarlo contigo, pero no sabía muy bien cómo abordarlo. No es fácil.

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—No te preocupes, no pasa nada. Se trata del año que viene. Posiblemente, no esté en el instituto. Voy a pedir un año de excedencia.

—¿Cómo? ¡No puedes dejarme sola! —me arrepentí enseguida de mi tono infantil.

—No quiero dejarte sola, créeme. Es más, estoy aquí hoy para convencerte de que te vengas conmigo.

—No te entiendo.

—Peter y yo implementaremos el proyecto del colegio que está presentando en este momento. Es un mero trámite, ya está aprobado. Y queremos que te vengas con nosotros.

—¿Yo? ¿Ir a dónde? —Estaba muy confusa.

—Queremos que seas la coordinadora de infantil. Solo será un año. Mara, por primera vez en mi vida estoy cerca de alguien que

valora mi trabajo. Sé que va a ser duro, que no será fácil, pero creo que resultará una experiencia única.

Encontré en los ojos de Maru todas las respuestas.

—Imagino que todo será más fácil por el rubio de ojos azules que te va a acompañar. Lo siento, no me había dado cuenta de nada. No hubiese sospechado nunca que Peter y tú…

—No, no, entre nosotros no hay nada. Nunca hemos tenido el más mínimo acercamiento. Todo el pueblo sabe que está enamorado de Rocío, la hermana de Macarena. Creo que el único que no se ha dado cuenta es el marido de ella.

—Pero estás enamorada de él. La historia con Rocío ha terminado. Y no ha sido ahora, hace meses que se acabó.

—Soy muy buena disimulando —se burló mi amiga—. Y por nada del mundo quiero que él lo sepa. Pasar tiempo trabajando a su lado me hace muy feliz. Me enamoré de él cuando tenía doce años. Recuerdo exactamente el momento en que lo vi entrar en la vieja librería de mis padres. Llevaba una camisa de cuadros horrorosa y unas gafas de pasta marrón que le ocupaban casi toda la cara.

—Nunca le digas eso. Era su camisa favorita y le partirías el corazón. Es curioso que nuestros caminos se cruzaran en el pasado y que nos hayamos vuelto a reencontrar. Creo que mi padre y yo contribuimos durante muchos años a tu economía familiar —reí con ganas.

—No existí para él hasta hace dos días —exageró mi amiga—. Y eso que nos encontramos dos veces al año en las reuniones del distrito. Trabajar cerca de Peter me parece una aventura maravillosa. Y sería perfecta si te vinieras con nosotros. Eres la maestra que ese centro necesita. Los tres podemos conseguir grandes cosas.

—Te recuerdo que ese centro tiene ya una maestra gitana que hace un gran trabajo.

—Y ella misma te ha dicho que no puede más. Que está luchando sola.

—Acabo de aterrizar. No puedo marcharme ahora. He luchado mucho para tener una plaza estable, para no cambiar de rumbo en cada curso. Tenéis que entenderme.

—Claro, pero tú entiende que te queramos a nuestro lado. Vamos a intentar convencerte. Sobre todo Peter. No está seguro de aceptar si tú no vienes. Infantil es una etapa que desconoce.

—No me parece justo ese chantaje emocional, Maru. Podéis hacer un buen trabajo los dos. Marina os ayudará desde infantil. Yo no voy a irme con vosotros. Lo siento, pero no puedo. He batallado mucho por conseguir la estabilidad.

Maru parecía contrariada y triste, aunque yo estaba segura de que no esperaba otra respuesta. Me conocía lo suficiente para saber que me sentía muy cómoda en secundaria. Y que me encantaba mi instituto.

—Está bien. Pero no quiero que tomes una decisión ahora. Solo pido que te lo pienses. Hasta el catorce de agosto tienes tiempo para decidir.

—Pues vamos a desayunar, que nos lo hemos ganado.

Cruzamos la carretera para ir a La Cubana, un bar colorido y moderno que ofrecía comida a todas horas. Escogimos dos desayunos completos, que nos sirvieron en unos platos enormes de colores brillantes.

—¿Qué tal va la cosa con Manuel? —preguntó mi amiga.

—No sé muy bien qué decirte. Nos hemos instalado en una especie de tregua en la que él se esfuerza por demostrarme que está dispuesto a todo para dar una oportunidad a nuestra historia y yo no puedo olvidar la imagen de la chica en ropa interior en su cocina.

—Imagino que fácil no es, sobre todo por el momento. Ibas a abrir una puerta que se cerró hace años y te encontraste con un portazo en toda la cara. Y encima con Macarena. Una de las mujeres más falsas e hipócritas de este mundo. No puedo con ella.

—No sabía que la conocías tanto.

—Más bien la he sufrido. Me hizo *bullying* en el colegio. Era la más alta, la más guapa y la más engreída. Se encargaba de hundir en la miseria a toda la que le hacía sombra. Me desarrollé muy pronto y mis curvas fueron el centro de muchas miradas. No pudo soportarlo. Creo que me hice psicóloga para poder evitar que otros niños vivieran lo mismo. No permitía que nadie me hablara ni me invitara a un cumpleaños. Si alguien establecía lazos conmigo, ella se encargaba de romperlos a tirones. Suerte que tenía a mis primas, que me dieron un grupo de iguales para salir y entrar.

—No tenía ni idea de que hubieses pasado por eso. Es que tienes unos ojos preciosos y una cara muy bonita. Imagino que la envidia se la comía. Siempre he intuido que no era buena persona, pero no tenía nada sólido en lo que basarme. Pensé que eran celos.

—No, tu intuición es acertada. Y no sabes lo caro que lo pagué. Hasta que se lo conté a mis padres y fueron a buscar a los suyos. Solo hizo falta una conversación para que no se repitiera.

—¿Qué les dijeron tus padres? —pregunté intrigada.

—Que si me volvía a molestar una sola vez, se encargarían de contar a todo el pueblo a qué se dedicaba su hija en el colegio. Que pondrían carteles en todas las calles avisando a las demás familias de que no permitieran que sus hijas se acercaran a Macarena. Ella no se me arrimó más. Desde entonces nos miramos en la distancia, las dos a punto de tirarnos de los pelos —rio con ganas.

Peter nos interrumpió para contarnos por teléfono que todo había salido bien. Habían aceptado la propuesta y había notado que se trataba de un grupo de profesores bastante interesado. Teníamos que ponernos a trabajar. Cuando nos anunció la cifra a la que ascendía el pago, las dos abrimos la boca.

—Madre mía, eso es mucho dinero —afirmé.

—Con la Iglesia hemos topado, querida —argumentó mi amiga.

Rechacé que Maru me llevara y regresé caminando. Me paré en el obrador Tejeros para comprar unas tortas locas para mi familia. Sonreí al imaginar la cara que pondría mi padre cuando le dijera la cantidad que le correspondía.

Cuando aún me faltaban varias calles para llegar a la aldea, me tropecé con Manuel, que iba en coche para su casa.

—Sube, anda, que hace mucho calor. Te llevo.

—Gracias, las locas iban a llegar derretidas.

—Por eso me merezco una, ¿no crees?

—Te la doy en cuanto lleguemos. No se puede comer conduciendo.

—Dámela ya, que estoy muerto de hambre. Tú me la sostienes y yo le doy bocados.

—¿Tú desde cuando no comes? —pregunté risueña.

—No te lo vas a creer, pero no me acuerdo. Creo que lo último que comí fue ayer al mediodía.

Cuando le acerqué el dulce por tercera vez, me mordió adrede en un dedo.

—Te has quedado sin la loca. No voy a poner en juego mi integridad física —dije antes de meterme el trozo que quedaba en la boca.

Manuel me imitó haciendo un gesto gracioso con la cara y no pude aguantar la risa. Espurreé todo el hojaldre en su coche.

—Ha sido por tu culpa —me defendí—, me hiciste reír con la boca llena.

—Espero que no tengas planes para esta tarde, porque vas a estar limpiando mi coche hasta que reluzca. Y luego a lo mejor te invito a tomar un helado. —Se paró para analizar mi reacción—. Prometiste a las niñas que las llevarías. Y es más, quiero que sepas que se van a pedir el más grande y que pagas tú.

—Lo que me apetece de verdad es comida china. Como a ellas les encanta, me las llevo y luego te llamamos para el helado.

—Me niego a comer algo que no sepa lo que es, pero… —Se lo pensó unos instantes—. Os acompañaré. Antes pasaré por tu casa para invitar a tus padres. Si hay que ir a un chino, que sea en familia, por lo que pueda pasar.

—No creo que logres convencer a mi padre. Lo hemos intentado varias veces, pero tiene tu mismo ADN. Se niega a probar la comida internacional.

—¡Os recojo a las nueve y media! —me gritó cuando ya me había bajado del coche.

Pude oír el chillido de alegría de las niñas tras contarles su padre que iban a cenar a un restaurante chino. Cuando llegué a casa, mi madre estaba cocinando.

—No prepares la cena, nos han invitado a cenar. Manuel nos va a llevar a un chino.

—Hija, qué poco aprecio tienes por tu vida —anunció mi madre.

La cabeza de Manuel apareció por el umbral de la puerta.

—Solo venía a invitar también a Carmen, no recordé que estaba aquí.

—Gracias, Manuel, pero Carmen ha quedado con su marido para hablar. También va a tener una noche muy movidita.

Ayudé a mi madre a terminar de adobar el lomo y a freírlo en abundante aceite. El lomo en manteca *colorá* era uno de los platos estrella que nunca podían faltar en mi casa. Mi madre lo elaboraba en cuanto se acababa la reserva en la despensa.

—Es muy socorrido, hija. Que vienen ocho a comer, pues le pones su tajada de lomo. Lo mismo te salva un desayuno o un almuerzo que una cena —me contaba mi madre mientras lo volteaba con cuidado—. Y a tu padre le encanta. Mañana hacemos rosquillas.

—También te puedo ayudar a descansar. Nos vamos las dos a un spa y que se apañe mi padre —dijo—. *Mama*, quiero preguntarte algo, pero no quiero que te preocupes. ¿Tú ves al *papa* bien? El sábado en el mercadillo otra vez le dio como una bajuna rara. Y me preocupa.

Mi madre se quedó unos segundos pensativa.

—No, no le pasa nada que no sepas. Está muy agobiado por el mercadillo de Puerto Banús, al fin y al cabo es el que nos da de comer. Pero no te preocupes, que está bien. Sabes que tu padre se

ofusca y le cuesta salir de sí mismo. Luego inventa soluciones, se crece y supera el abismo.

—No sé, tengo un pellizco en el estómago que me dice que algo no va bien.

Mi madre me miró con atención. Se acercó secándose las manos en su viejo delantal.

—No te angusties, todo está bien —me susurró con cariño.

Mi intuición no me había fallado nunca. Y estaba segura de que mis padres me ocultaban algo.

Solo esperaba que no fuera nada grave.

17
Paco

El verano fue inquietante, lleno de incertidumbres que nos hacían titubear en las decisiones importantes. Con menos efectivo del esperado, por el cambio de rumbo de los acontecimientos, las compras del invierno se dudaban, debatían y se repensaban más veces de las necesarias. Las ventas fueron la mitad de los años anteriores y muchos comerciantes tenían la certeza de que se quedarían por el camino aquel invierno. Dolía asumir la derrota, siendo ganadores en lucha, empeño y decisiones tomadas. El alquiler del puesto, las cuotas de los autónomos y los impuestos no se podían liquidar si no se tenía un remanente procedente del verano.

Ana resultó ser una señora instruida que se desenvolvía por igual en sus bordados y en la mesa de los políticos. Movió cielo y tierra, recogió firmas y unificó peticiones que presentó en todos los sitios donde se las admitieron. Pero lo único que conseguimos fue convertirnos en los observadores privilegiados del florecimiento del mercadillo de abajo, que se desplegaba con éxito en mercancías variopintas hasta entonces nunca vistas y que encontraban un paraguas de triunfo asegurado. Familias enteras que se habían jugado todo lo que tenían a la carta ganadora de julio y agosto se

veían con un género veraniego condenado al almacén improvisado de sus hogares. Los más afectados fueron Santiago, mi querido amigo de las plantas, y mi sobrino, que había invertido en golosinas lo que no era capaz de vender, junto con los pintores y escultores.

Los comerciantes hicieron algunas propuestas interesantes. Entre ellas, hablar con el aparcamiento cercano para ofrecer tiempo gratis de estacionamiento a los clientes, convencer a los *influencers* locales para que nos ayudaran y realizar campañas de publicidad que pusieran en valor nuestra mercancía, con mucha presencia artesanal. Y aunque todas fueron bien acogidas, no hubo tiempo material de ponerlas en marcha. El fin de semana más importante del año estaba a la vuelta de la esquina y no podíamos hacer nada para atraer al público. Cuando llegó el esperado puente de agosto, lo afrontamos sin desmoralizarnos, pero a media mañana ya sabíamos que no llegaríamos ni a la mitad de las ventas de años anteriores. Las calles estaban vacías y los comerciantes de los puestos de abajo habían sido muy inteligentes: compraron la mercancía que más se vendía en nuestros puestos. Al final de la jornada, Santiago no aguantó más y se rompió. Todos vimos que se sentaba en su furgoneta para que nadie lo viera llorar. Solo, con la cara oculta entre las manos, escondía su pena y la soltaba antes de irse a casa. Tenía dos hijos estudiando en la universidad y el verano era su principal fuente de ingresos. No había vendido ni una sola de sus macetas. Dolía en el alma ver el sufrimiento cercano y que la impotencia fuera nuestra única compañera.

—Mara, date una vueltecita con Saray, que hay que ayudar a Santiago. No podemos permitir que, después de veinte años aquí, este hombre lo pierda todo, incluida la dignidad —pidió Carmen.

Mi hija supo de inmediato lo que su amiga le estaba pidiendo. Saray y ella cargaron con las plantas que pudieron encajar en las caderas y comenzaron por el lado izquierdo para que Santiago no las viera. Fueron ofreciéndolas a todos los comerciantes. No hubo ni uno solo que las rechazara. Para nuestro asombro, cuando Modou compró un pequeño rosal, el Inglés le pidió a Mara que le trajera tres. En menos de media hora, el puesto de plantas estaba casi vacío. El chico le enseñó a Santiago el fajo de billetes y este no podía creer el milagro. Cuando comprendió lo que sus compañeros habían hecho por él, volvió a la llantina, esta vez más emotiva y sonora.

Estaba acarreando mis últimos bártulos cuando la vi acercarse deprisa. Mi corazón latía tan fuerte que temí que se escuchara en todo el mercadillo. Me quedé quieto sabiendo que era inútil evitar el encuentro. Mara estaba con Modou, ayudándole a doblar el toldo, y Saray y Carmen seguían recogiendo.

—Hola —me dijo con un tono altivo.

—Hola —le devolví el saludo, nervioso.

—Ha pasado mucho tiempo. Creo que tenemos una conversación pendiente —soltó de golpe.

—No lo sé —dije—. Pero podemos hablar cuando quieras.

—He pensado mucho en vosotros todos estos años. Creo que me equivoqué.

No podía controlar la respuesta nerviosa de mi cuerpo, que amenazaba con doblarme en el suelo como una hoja caduca. Intentaba que no se me notara y, en esa concentración, por unos segundos, perdí el contacto con la realidad.

Estiró la mano y me dio una tarjeta con su nombre y su número de teléfono. Me miró fijamente a los ojos y se marchó sin despedirse. Mara se acercó con cara de preocupación.

—¿Quién es esa mujer? —me preguntó.

—Una clienta de hace muchos años —mentí.

—Pues te ha mirado como si te perdonara la vida —comentó mi hija.

—Ayuda a Carmen y Saray, que les queda mucho y estoy muerto de hambre.

—¡Venga ya! ¡Muerto de hambre! Qué cosa más rara. Si te has comido tres bocadillos esta mañana, ¿cómo puedes estar muerto de hambre? Eres un saco sin fondo. No sé cómo no estás más gordo.

—Tengo mucho cuerpo y un cerebro que gasta mucha glucosa, qué culpa tengo yo —repliqué con gracia.

Nos marchamos con la tristeza de haber perdido la mejor oportunidad del año, la impotencia de no poder evitarlo y la angustia por los que no habían vendido nada. Todos sabíamos, de primera mano, lo que dolía eso.

—Este sábado va a ser el desastre de un montón de familias —argumenté antes de ponerme el cinturón.

—Y lo peor es la frustración de no poder hacer nada —confirmó Mara.

—Sí que podemos hacer. Podemos luchar, podemos pelear y nunca darnos por vencidos. Oye, no me has contado nada del colegio. ¿Habéis terminado ya el proyecto?

Mi hija captó mi intención de cambiar de tema y sonrió.

—Sí, ya solo nos quedan las correcciones. Nos ha quedado genial. Peter y Maru están deseando empezar.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Yo qué?

—Que si no te animas a participar con ellos. ¿No te gustaría llevar a cabo el trabajo que habéis preparado? Sé que te lo han propuesto. Lo sé desde el primer día que Peter vino a contármelo.

Mara suspiró. Puede verle en la cara todas sus dudas, sus incertidumbres ante el reto que le planteaban sus compañeros.

—No lo sé, *papa.* A veces pienso que debería participar. Intentar hacer algo por la población gitana que vive allí. Pero, por otro lado, no me apetece nada meterme de lleno en un claustro como aquel. Además, te lo voy a reconocer, que sea religioso es lo que más me ha frenado. No creo que yo cuadrara en un centro así.

—Es un centro concertado en un barrio marginal. No creo que la etiqueta religiosa pese más que el resto.

—Tienes razón, pero tengo muchas dudas —admitió.

—Mara, sé que te lo estás planteando en serio. Te conozco. Por la oportunidad de hacer algo útil por esos niños. No hay otra cosa más atractiva para ti que las causas perdidas.

Los dos sonreímos.

—Me ha entrenado mucho tener una causa perdida como padre.

—Imagínate ya el camino que tienes ganado. Práctica no te falta. —Me reí.

—Si no lo hago, sé que me voy a arrepentir. Pero si lo hago, también. La dureza del trabajo es extrema. Niños y niñas sin normas, sin rutinas, sin conocimientos previos… Es una mezcla explosiva.

—Eso no puedes saberlo. Lo mismo encajas a la primera y todo es un camino de rosas.

—En realidad debería haberme decidido ya. Tengo que enviar la petición de excedencia con quince días de antelación. Pero no me voy a ir.

—Sé que estás dudando si hacerlo o no.

—¿Y cómo lo sabes? No lo he dicho en voz alta.

—Soy tu padre y te conozco. Además, trabajar con Peter y Maru es un gran aliciente, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que son dos grandes profesionales. Y lo maravilloso que sería trabajar con tu padre, que también ha aceptado.

—¿Vas a colaborar con ellos? —preguntó asombrada.

—Sí. Como trabajan dos tardes a la semana, los lunes y los martes, los acompañaré en una de ellas. Voy a coordinar el grupo de mediadores. Cuando termine la formación, comenzaré a ponerles tareas y me encargaré de supervisarlos. No te voy a negar que es un reto para mí. Y te voy a pedir que me prestes todos los libros que tengas que me ayuden a entender cómo funciona un colegio.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No quería condicionarte. Quería que lo decidieras por ti misma, no que te vengas al colegio por mí. Por supuesto que me encantaría que estuvieras, pero puedo consultar mis inseguridades en el sofá de tu salón.

Mara se quedó callada pensando en lo que acababa de contarle.

Llegamos a casa antes que Marcos, que conducía la furgoneta de Carmen. Me sorprendió que mis hijos también se encontraran allí. Estaban muertos de la risa. Cuando quisieron contarme lo que les hacía tanta gracia, lo único que consiguieron fue desternillarse mucho más.

Mi hijo tenía un arte especial a la hora de contar los hechos cotidianos. Se atragantaba con su propia risa y era inevitable no reír con él. Nos sentó bien olvidarnos del mercadillo por un rato. Cuando nos sentamos a comer, Carmen se levantó y golpeó su vaso de refresco con un tenedor, produciendo un suave tintineo.

—Os hemos reunido aquí porque tenemos algo que deciros —comunicó risueña—. Marcos y yo nos casamos. Y me gustaría que Paco fuera mi padrino. Y esta va a ser una boda con un vestido blanco precioso. Y ¡el convite lo va a pagar el novio!

Estallamos en aplausos. Rodeamos a Carmen y la cubrimos de besos y abrazos. Marcos la miraba sonriendo. Lo felicitamos y nos sentamos a comer.

—Estaré encantado de hacer de padrino —anuncié—. Será un honor llevar a esta bella dama del brazo. Espero tener tiempo para ir a comprar un traje que sea merecedor de la ocasión.

Pasamos la tarde celebrando la noticia. Invitamos a nuestros familiares y amigos a una fiesta de compromiso improvisada en la que hubo música y baile. Que se uniera toda la calle a una celebración era tan fácil como mandar un mensaje de texto convocándolos. Nunca había visto a mi amiga tan feliz. Carmen se había casado por el rito gitano, por lo que no tenía papeles que la ataran a su marido. En nuestros matrimonios no había contratos que romper ni juzgados que visitar, lo que simplificaba la tarea.

Curiosamente, el momento en que mi amiga encontró su equilibrio y estabilidad coincidió con cuando yo perdí la mía. Estaba pensativo, inquieto, aunque intentaba disimularlo. No sabía cómo decirle a Nena que tenía que llamar a esa mujer, que quería hablar conmigo. Hasta que se llevara a cabo el encuentro estaríamos muy nerviosos.

Me iba a costar reunir el valor para hacerlo. Manuel se unió a la fiesta y pude observar cómo miraba a Mara cuando bailaba. Sabía que no habían avanzado. Igual que sabía que amaba a mi hija con todas sus fuerzas.

—No pierdas las esperanzas. —Me senté a su lado para animarlo —. Estoy seguro de que en algún momento olvidará lo que vio en tu cocina y tendréis una oportunidad.

Manuel puso cara de extrañeza.

—¿Qué se supone que vio Mara en mi cocina? —preguntó con interés.

—Vaya, he metido la pata. Voy a coger un bocadillo.

—De aquí no te mueves hasta que me cuentes qué vio Mara en mi cocina —ordenó Manuel sentándome en la silla.

—Hijo, qué va a ver, a la Macarena en paños menores.

—Paco, no he tenido en mi cocina a ninguna mujer en paños menores que sea mayor de cinco años desde que murió mi mujer.

—¿Cómo que no? Mara la vio. Dice que ella se escondió, pero que la vio perfectamente.

—En la cocina estaba Macarena. Si no recuerdo mal, fue a por un vaso de agua, pero tenía puesto su vestido, eso te lo puedo asegurar. Y no se lo quitó en ningún momento.

—Pues, muchacho, creo que esa chica no es trigo limpio y te ha jugado una mala pasada.

—No puede ser. No la creo capaz de hacer algo así. ¿Qué sentido tiene?

—Manuel, esa chica bebe los vientos por ti. Y me da que no es de fiar. Me bastó una sola conversación, la noche que coincidimos en el

restaurante, para darme cuenta de que muy equilibrada no es que esté. A la muchacha le falta un hervor.

—No está enamorada de mí. Siempre me está contando todos sus ligues. Discúlpame, pero tengo que hablar con tu hija.

Manuel se acercó a Mara, la cogió de la mano y se la llevó a su casa. Mara se molestó no por la brusquedad, sino por la rapidez y la sorpresa con las que la abordó.

Tenían una conversación por delante muy interesante.

Y yo tenía otra que no sabía cómo afrontar.

18
Mara

La fiesta de compromiso de Carmen contó con la improvisación y las ganas, con el ánimo y la alegría que impregnan las cosas que se hacen desde el corazón. Sus hijas llegaron para celebrarlo con su madre, y mi calle no podía estar más llena de gente bonita que bailaba y cantaba. Los vecinos trajeron barras de pan y chacinas, bebidas y todo lo que encontraron apropiado en la despensa. No había nada en el mundo que me asombrara más que la capacidad que mi familia tenía para improvisar una fiesta en unos minutos. Mi madre, cómplice de Carmen, había preparado bandejas de papas aliñadas, ensaladillas de naranja y bacalao y unas fuentes grandes de gambas cocidas. Sonrió cuando vio llegar a Saray y Coral. Ambas llevaban en las manos bandejas con comida. Sospeché que también estaban avisadas con antelación.

Coral comenzó a dar órdenes que todos obedecieron. Cambió las mesas y las sillas de posición, creó un espacio entre ellas a modo de escenario y recolocó todas las bandejas, acercándolas a los comensales. Sacó de una bolsa que perteneció a su abuela unos pequeños jarrones que situó entre la comida, los llenó de flores frescas e hizo unos cuantos nudos con unas cuerdas naturales. El talento de Coral para la decoración era un don natural que esperaba

que pudiera potenciar muy pronto, con los estudios que comenzaría en septiembre.

Saray no se hizo de rogar. Cogió a su jefa y la puso en el centro. Pidió a mi hermano y a mi cuñado que tocaran la guitarra y arrancaron a bailar. Carmen la seguía con soltura; el arte que le corría por las venas se lo ponía muy fácil. Nos reímos mucho cuando colocaron a Marcos en el centro, que no había conocido el ritmo en su vida.

Carmen pidió a Saray que bailara sola. Cuando ella bailaba, el mundo se detenía para admirarla. Era inexplicable cómo el movimiento de sus manos, el vaivén de sus caderas y su perfecto taconeo te emocionaban hasta ponerte la piel de gallina. Tanto si eras una experta en flamenco como si no habías visto en tu vida un baile, la sensación que provocaba era la misma. Saray rozaba la perfección en cada movimiento y el público lo percibía.

Manuel la miraba con orgullo. Disfrutaba viendo a su hija bailar y recibiendo los halagos de los familiares que contemplaban el espectáculo.

Ayudé a mi madre a partir el pan y a sacar la bebida del frigorífico. Me sorprendió la llegada de Maru y Peter. Imaginé que los había invitado mi padre. Los dos me abrazaron a la vez y se unieron a las tareas de organización.

—Nunca había estado en una fiesta gitana, pero no pienso perderme ninguna más —comentó Maru mientras no perdía de vista a las niñas que bailaban—. Cómo baila Saray. Estoy loca por ver bailar al padre.

—Pues no lo vas a ver. Manuel está de luto y no bailará. La muerte de su madre es muy reciente. Si por él fuera, no estaría en una

fiesta. Pero tiene que cumplir su promesa.

—¿Le prometió a su madre que se iría de fiesta? —preguntó Maru extrañada.

—Se quedó viudo muy joven. Su mujer murió de cáncer. Durante muchos años no asistió a las celebraciones familiares por el luto. Su madre murió en un momento en que él empezaba a salir y a reencontrarse con los suyos. La pobre mujer le hizo prometer que no le guardaría luto y que disfrutaría como si ella estuviera a su lado.

—Ya entiendo. Sabes que no te quita ojo, ¿verdad? No puede ser más guapo. Tiene una sonrisa dibujada. Es el gitano más atractivo que he visto nunca.

—No me había dado cuenta. —Sonreí mirándola de forma simpática.

—Me has hablado de él en estos meses, y lo vi en el instituto, pero no lo recordaba tan guapo. Tener frente a tu casa a esa tentación explica muchas cosas.

Peter se acercó a nosotras. Llevaba un brebaje de un color extraño en un vaso.

—Tu madre me ha dicho que es sangría y yo me lo he creído. El primer vaso me ha parecido demasiado dulce, pero después del segundo creo que es mi bebida favorita.

Le quité el vaso y pegué un sorbo.

—Ay, madre, que la hemos liado. Esto no debería estar tan dulce.

Corrí hacia mi padre, que hablaba con Marcos y dos de sus primas.

—*Papa,* la sangría tiene un color muy raro. Y no te quiero contar el sabor. Sabe a almíbar.

Mi padre se quedó quieto por un momento. Vertió un poco en un vaso y la probó.

—Ya me ha encontrado tu madre el sirope de arce. Lo escondí en una botella de tinto. Ha pensado que era vino y lo ha usado para la sangría. Madre mía, qué empalagoso está.

—Pero es muy espeso, ¿cómo lo ha podido volcar sin darse cuenta? —pregunté extrañada.

—Calla, que no ha sido ella. Ha sido el señor guardia civil el que lo ha volcado. Él solo ha cumplido órdenes, que es a lo que está acostumbrado, no le podemos culpar. El pobre hombre ni ha preguntado.

—Vamos a retirarla, que aquí hay mucha gente mayor y le puede dar una subida de azúcar a alguien.

—No podemos retirarla, niña, que apenas tenemos bebidas. Échale un par de botellas de vino y la mezclas. Así disimulamos el dulzor. Voy a por naranjas. Estaban muy fuertes y eso la equilibrará un poco.

—*Papa*, un litro de jarabe. Un litro… No creo que se disimule ni con diez botellas de vino y cinco kilos de naranjas. No quiero ni saber para qué guardabas todo ese jarabe de arce.

—*Pancakes*. Las tortitas de toda la vida, hija.

—¡Cómo! —exclamé extrañada.

—El jarabe de arce, que lo compro en la tienda inglesa para las tortitas. Están buenísimas.

Le dediqué una mirada a mi padre que lo hizo huir de la escena. Entré en la cocina, pero no encontré más vino. Le pregunté a mi prima Lucía si ellos tenían en casa y en diez minutos apareció con dos botellas.

Desde donde estaba podía ver a mi padre reírse. Nunca iba a dejar de esconder sus golosinas, aunque eso nos metía en líos de forma continua. Hablaba con Manuel y por sus gestos pude deducir que alababa el talento de su hija.

Peter y Maru se acercaron a mí.

—Es una pena que no vengas con nosotros. Haríamos un equipazo. Podríamos cambiar el mundo.

—Lo haréis muy bien sin mí. No creo que encajara en un colegio como ese. Demasiadas misas para mí —bromeé.

—No puedo creer que un par de horas de misa te alejen de una realidad por la que te gustaría luchar. Todavía estás a tiempo.

En ese momento vi que a Manuel le cambiaba el semblante. Primero pareció confuso y luego, enfadado. Se levantó de repente y caminó hacia donde estábamos. Me cogió de la mano y sin mediar palabra tiró de mí con rapidez.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? —pregunté muy molesta.

Manuel me guio al interior de su casa. Cogió el teléfono y vi que marcaba el número de Macarena.

—Hola, Manuel. —Se escuchó una voz melosa y dulce—. Estaba pensando en ti en este momento.

Intenté marcharme, pero Manuel me lo impidió.

—Macarena, quiero consultarte algo. Hay un rumor en la aldea muy extraño sobre que nosotros tenemos algo. ¿Sabes de dónde ha podido partir?

—¿Un rumor? Qué tontería…, no puedes hacer caso a los rumores. Lo mismo es que la gente ve la química que tenemos y se imagina el resto.

—¿El resto? Nunca ha habido nada entre nosotros —afirmó contundente—. Y no me agrada que haya rumores que envuelvan y creen problemas a mis amigas. Solo quería estar seguro de que no tenías nada que ver.

—¿Cómo voy a tener algo que ver? No digas bobadas. Qué sentido tendría eso…

—Eso digo yo, porque no tendría ningún sentido. Si te llega algo y te enteras de quién ha podido difundir tal tontería, házmelo saber.

Me tuve que tragar la risa para que no me oyera. Manuel me hizo una señal para que hablara.

—Hola, Macarena. Soy Mara, encantada de saludarte. Quería pedirte disculpas por la conversación del otro día. Fui un poco antipática. Es que no sabía muy bien cómo tratar a una mujer que es tan mezquina que se quita el vestido en la cocina para que otra piense lo que no es. Y que viene a mi casa a hacer un nuevo numerito para darme a entender que tiene algo con mi novio.

Manuel abrió los ojos y la boca a la vez al oír la última frase.

Macarena colgó el teléfono.

Manuel me miró a los ojos mientras se acercaba lentamente.

—¿Has dicho «mi novio»?

—Bueno, es que quería darle en toda la cara.

—Ah, solo lo has dicho por eso, por darle en toda la cara.

—Solo por eso.

Manuel se acercó hasta que no quedó ni un solo centímetro de distancia entre nosotros. Me cogió la barbilla de forma delicada apoyando tan solo la yema de los dedos.

—Yo no he deseado nada con tanta fuerza en mi vida —me susurró rozándome los labios.

Comenzó a besarme de forma suave, descubriendo despacio el interior de mi boca. Cuando sentí que sus manos me recorrían la espalda, pensé que me derretía como un helado. No quería separarme de sus labios. Quería que ese beso durara toda la vida.

—Besarte es lo mejor de este mundo. Y no quiero ser tu novio. Quiero serlo todo. Y te prometo que voy a esforzarme cada día de mi vida para que seas la mujer más feliz del universo. Déjame, Mara. Déjame quererte.

Sentí tanta emoción que rompí a llorar en silencio. Lo que me hacía sentir Manuel era indescriptible. Nunca había sido tan feliz, tan plena, jamás había vivido tantos sentimientos bonitos como en ese momento en sus brazos.

—Tú también puedes hablar, si quieres —me animó—. Ya sabes, puedes decirme algo bonito.

—No tienes los pies tan feos —alcancé a pronunciar sin dejar de besarlo.

—Siento mucho el malentendido. Imagino que no tuvo que ser fácil para ti verla en mi cocina en ropa interior. No podía ni imaginarlo. Pero debiste hablarlo conmigo. Te hubieses ahorrado mucho sufrimiento. Nos hubiésemos ahorrado mucho sufrimiento.

—Tienes toda la razón. No supe hacerlo de otra manera. Cuando la vi allí, semidesnuda, y me abriste la puerta con esa sonrisa… No podía imaginar que lo hacía por pura maldad. Es que no se me pasa por la cabeza que nadie sea capaz de hacer semejante chiquillada.

—Mara, la sonrisa era por verte. Había tenido la conversación más difícil de mi vida. Que vinieras después significaba que no me cerrabas la puerta, que tendríamos una oportunidad. Verte me dio

esperanzas. Pero cuando me soltaste el plato de croquetas y te marchaste, todo se volvió turbio de nuevo.

—Se me partió el corazón. Cuando la vi allí…

—Lo siento tanto, ni siquiera se me pasó por la cabeza que ella fuera capaz de hacer algo tan mezquino. Pensé que todo había sido producto de tu imaginación. Y que confundiste las cosas.

—No es una buena persona. Y está loca como una cabra.

—Dejemos de hablar de ella. ¿Quieres que anunciemos nuestro apalabramiento ahora? Tienes aquí a toda la familia, a Modou, que acaba de llegar, y a tus amigos más cercanos.

—No, no quiero quitarle protagonismo a Carmen. Además, mi padre se ofendería si no le haces una *pedía* en condiciones. Tienes que pedirle permiso para comenzar a salir juntos. ¿O crees que no te va a preguntar por las intenciones que traes?

—Creo que tu padre conoce de sobra mis intenciones.

—Puede ser, pero no te perdonaría si le quitas un motivo para celebrar una fiesta.

—¿De verdad quieres una fiesta de *pedía*? —preguntó desconcertado.

—Claro que no. Pero me gustaría comunicar a mi familia que comenzamos una relación formal de una manera bonita.

—Pensaremos algo juntos —sugirió Manuel.

Me volvió a besar con suavidad.

—Tenemos que irnos. No quiero que nos echen de menos.

Cuando volvimos a la fiesta, mi hermano cantaba un bolero y los novios bailaban en un círculo que habían formado los invitados. Mi padre sacó a bailar a mi madre y Manuel hizo lo mismo conmigo. Me

sorprendió el gesto, que rompía su luto. Todo el mundo comenzó a aplaudir y yo me ruboricé. Nuestra química era muy evidente.

Vi a Saray y a Coral con cara de sorpresa. Con mímica me preguntaban si estábamos juntos.

—Creo que hay alguien que necesita explicaciones —dije.

Me solté de Manuel y lo acerqué a Saray para que bailara con ella. Los vi cuchichear y deduje que Manuel le estaba contando al oído que comenzábamos a ser una pareja. Saray no pudo evitarlo y corrió hacia mí.

—No hay nada en este mundo que me haga más feliz. Nada que deseara más —me susurró llorando de emoción—. Por una vez, la vida me da y no me quita. Me haces muy feliz, Mara, no sabes cuánto. Eres la mejor madre que la vida me puede dar. No puedo ser más afortunada. Y te voy a ayudar. Siempre que necesites bregar con él, yo te ayudo. No es fácil, pero te quiere mucho.

La abracé emocionada. La muchacha no podía dejar de llorar y todo el mundo me estaba mirando. Mi padre se acercó a mí sonriendo.

—Los efectos del jarabe de arce, ya ves. Todo está demasiado azucarado hoy, demasiado empalagoso.

—Ya hablaremos tú y yo del jarabe de arce —le reproché.

—Y creo que no es lo único de lo que tenemos que hablar.

Mi hermana y mi hermano se acercaron a preguntarme y no les pude negar lo evidente. Fueron a felicitar a Manuel, que intentaba disimular su alegría para no robarle el protagonismo a los novios.

—No se te da nada bien guardar secretos —le dije a Manuel, sorprendiéndolo por la espalda.

—Qué dices, llevo toda una vida guardando un secreto de familia muy importante. Y no te creas, que me ha costado lo mío.

—¿Y me lo vas a contar? —le pregunté mientras lo abrazaba para bailar.

—Claro. Para demostrarte que sé guardar secretos. Sé quién le dio el pavo al perro en la última Nochebuena de nuestra tía francesa.

—¡No te creo!

—Y lo he sabido durante todos estos años.

—¿Quién fue?

—Yo.

Los dos nos echamos a reír.

Estábamos haciendo lo que más nos gustaba en la vida, lo que nos acompañó en nuestra infancia: reírnos juntos.

SEGUNDA PARTE

19
Paco

Agosto terminó con el halo romántico que impregnan las relaciones que resurgen del pasado para disfrutar de una oportunidad en el presente. No pude contagiarme de la sensibilidad que parecía flotar en el ambiente. Aunque intentaba disimularlo, en mi cabeza daba vueltas, como en un vendaval, la tarjeta de visita que guardaba en mi cartera. Tenía que llamar, enfrentar el problema y solucionarlo. El miedo era el causante de que no pudiera marcar el número de teléfono.

No encontré el momento de compartirlo con mi mujer, de contarle que iba a tener un encuentro con ella. Las celebraciones y las circunstancias que nos hacían convivir como sardinas en lata no me lo ponían fácil. Con la decisión que impulsa las cosas que hay que hacer, me resigné al mal trago. Así pasaría los nervios de la noche previa yo solo. Con las manos temblorosas, sin saber muy bien qué decir, la llamé al número que indicaba la tarjeta. Tras una conversación de dos frases y media, sin ninguna consistencia y con la única intención de establecer una cita, quedamos en vernos la tarde siguiente en el centro comercial de Marbella. Me excusé con mi familia y me planté allí convencido de que sus argumentos no me iban a gustar y que iba a pasar un momento muy incómodo. Llegué

con treinta minutos de antelación. Gasté el tiempo sobrante en una tienda de libros y me compré un par de títulos interesantes. A la hora acordada, me senté en la cafetería a esperar. Me distraje leyendo la contraportada de las nuevas adquisiciones y no la vi hasta que la tuve frente a mí.

—Siento llegar tarde —dijo con timidez.

—No te preocupes, solo llevo esperando diez minutos. ¿Qué quieres tomar?

—Un zumo de naranja natural, por favor.

Pedí a la camarera dos zumos y me acomodé en mi silla intentando no parecer nervioso. Sandra no había cambiado mucho. Tenía el mismo porte elegante y la misma sonrisa aniñada de cuando la conocí.

—Estás fantástica, parece que los años no han pasado para ti —afirmé con sinceridad.

—Eso es lo que yo quisiera, que me veo en el espejo y no me reconozco. Siempre me pregunto quién es esa mujer mayor que me mira. ¿Y tu mujer? ¿Está bien? —preguntó con interés.

—Sí, muy bien, gracias.

—Me alegro. Mi marido murió hace algunos años y la vida no ha sido la misma desde que no está, todo se me hace cuesta arriba. Le echo mucho de menos.

—Lo siento mucho —dije con sinceridad—. ¿Tienes hijos?

—Sí, tengo dos, una niña y un niño. El niño trabaja en Francia, es cocinero en un restaurante. Yo he vivido todos estos años en Cádiz y me acabo de mudar con mi hija aquí, a Marbella. La pobre tiene dos críos, y el pequeño tiene problemas. Necesita a alguien que le eche

una mano. Está separada y trabaja demasiado. Y a mí me encanta pasar tiempo con mis nietos.

—Yo también tengo dos nietas. —Saqué el móvil para enseñarle una foto—. Dos vivarachas de cuidado que no paran de inventar trastadas.

Sandra miró las fotos sonriendo. Ya me sentía un poco más relajado y con fuerzas para sacar el tema que nos atañía.

—Cuéntame, ¿qué es lo que quieres que hablemos?

—Durante todos estos años, he tenido sobre mi conciencia lo que hicimos. Cometí el error más grande de mi vida. Nunca debí hacerlo. Y me siento muy mal por ello. Yo era muy joven y no alcancé a valorar las consecuencias que iba a tener. Me dejé llevar por el corazón. Cuando fui madurando, me fui dando cuenta de la gravedad de lo que hice.

—Sandra, tú no hiciste nada. Tan solo ayudaste a una familia que lo necesitaba. Una familia que pasaba por el momento más doloroso de su vida. Y fuiste generosa. No puedes sentirte culpable por eso. Solo nosotros somos culpables.

—No lo entiendes. Cometí un delito. Si alguna vez se sabe, no sé qué podría sucederme…

—No lo va a saber nadie. Han pasado muchísimos años. Y la única persona que sabía la verdad murió hace diez. El delito lo cometimos nosotros. Tú solo nos hiciste un favor. Un gran favor que te agradeceremos siempre.

—Lo siento mucho. Imagino que fue un duro golpe.

—Sí, lo fue. Pero estamos bien. Tengo una familia muy bonita. Y no quiero por nada del mundo que eso cambie. Si la verdad saliera a la luz, mis hijos no me lo perdonarían.

Sandra bajó la cabeza. Mis nervios se evaporaron. Me di cuenta de que no tenía intención de hacerme daño. Tan solo compartía conmigo la necesidad de calmar su conciencia. Hablamos durante unos minutos de nuestros respectivos trabajos, de nuestra vida y de la forma en que el destino nos unió en un momento decisivo y nos hizo encontrarnos casi treinta años después en la calle de un mercadillo. A la media hora, parecíamos dos amigos que llevaban muchos años sin verse.

—¿Cómo es? —preguntó antes de irse.

—Es inteligente y tiene el sentido del humor más agudo de este mundo. No puedes estar con él sin reír. Es la alegría de mi casa. Adora a sus hermanas y… —Hice una pausa de unos segundos—. Y no soportaría saber la verdad. Tampoco ganaremos nada si se lo contamos. No vamos a reparar nada y no vamos a acallar nuestra conciencia. Han pasado demasiados años.

Sandra asintió.

Hablamos durante algunos minutos más de forma distendida. Nos contamos nuestras penas. Ella, el problema de su hija por haberse enamorado de la persona equivocada, y yo, nuestro problema en el mercadillo. Me marché con una sensación extraña a la que no sabía poner nombre. El alivio que sentí al asegurarme de que Sandra no diría la verdad se frenó con la angustia que ella sufría, con su malestar por no haber hecho lo correcto. Estaba convencido de que guardarlo tantos años sin compartirlo había dañado su conciencia. Al hablarlo conmigo, parecía mucho más tranquila. O eso quería creer yo.

Cuando llegué a casa, me di cuenta de que todos habían estado buscándome.

—¿Dónde te metes, alma de cántaro? Anda, corre, que te están esperando en la radio. Van a hablar del problema del mercadillo. Ana está allí. A ver si os escucha alguien que os dé un poco de luz.

En su desesperación por encontrar soluciones al cierre de la carretera, mi vecina había escrito a todos los medios de comunicación, pero ninguno se hizo eco de nuestras quejas. Fue una sorpresa que Esther Luque, de la Cadena SER, nos entrevistara. Además de Ana y un servidor, también se escucharon las voces de Santiago y de Anás, el chico de la cerámica. Resultó una experiencia amena, pero no nos abrió ninguna puerta. Hablamos todos de una forma correcta y expusimos ante los oyentes lo que nos estaba ocurriendo. Pero no encontrábamos la solución.

No éramos capaces de organizarnos y contratar a *influencers* que nos ayudaran a dar visibilidad a nuestro mercadillo. Necesitábamos ponerlo de moda, que se hablara de él y que volviera a tener un público fiel que nos visitara en vacaciones. Algunos no entendían cómo una persona, por darnos dos minutos de protagonismo en una red social, podía cobrar una suma de dinero tan desorbitada. A mí también me parecía desmesurada. Mi hija Susana había ido esa misma tarde a negociar con el aparcamiento, pero en cuanto le vi la cara supe que los acuerdos no eran los esperados.

—No ha podido ser, *papa* —me explicó con tristeza—. Ellos llenan todos los sábados el parking; no nos necesitan y no van a perder dinero. Lo único que nos ofrecen es reservarnos unas plazas para nuestros clientes, pero debemos abonarlas al mismo precio que ellos tienen estipulado para el público en general. Y las tenemos que comprar por adelantado, quiero decir que habría que pagarlas antes.

—Eso y nada es lo mismo. No nos sirve —afirmé.

Mi mujer entró en el salón y se plantó delante de Susana, mirándola extrañada.

—¿No habías quedado con tu prima para ver los vestidos de novia?

—Lo he retrasado. Estaba muy cansada y no tenía ganas con este calor de vestirme y desvestirme toda sudorosa.

—Pues no puedes dejarlo mucho, que la fecha se te cae encima —recordó mi mujer.

—Vamos a cenar a un italiano con Ana, Jano, Carmen y Marcos. No te hemos dicho que te vengas porque ya sabemos lo que piensas de los trozos de pan con queso y tomate. Solo me he pasado para comentarte lo del parking.

Estuve tentado de irme con ellos, a ver si me ayudaban a encontrar la solución. En cuanto se marchó, mi mujer me hizo sentarme. Si Nena quería que me sentara para hablar conmigo, algo no iba bien.

—A tu hija Susana le pasa algo. No está como siempre.

—¿Qué le pasa? Yo la veo perfecta —comenté.

—Yo te digo que no. Tienes que hablar con ella.

—Como usted mande. Pero antes debo contarte algo: he estado charlando con Sandra.

A mi mujer se le cayó el trapo de las manos.

—¿Y no me has dicho nada? ¿Cuándo has ido? ¿Hoy?

—No quería preocuparte. Todo ha ido bien, cálmate. No va a contar nada. En un principio es verdad que me pareció fría y calculadora, pero, en cuanto comenzamos a hablar, me di cuenta de que no tenía malas intenciones, tan solo cargo de conciencia. Tras nuestra conversación, se tranquilizó.

—¿Estás seguro de que no va a decir nada?

—Completamente seguro.

Mi mujer respiró aliviada. Nos sentamos a cenar solos, hasta que llegaron Mara y Manuel. Querían comer algo rápido antes de recoger a las niñas de un cumpleaños.

Manuel agradecía la comida casera que tanto echaba en falta desde que su madre no estaba. Se deshacía en halagos en cada bocado que daba.

Cuando terminamos de cenar, Mara leyó un correo que le había llegado del mercadillo.

—No puede ser… —murmuró mi hija.

Si teníamos pocos problemas, acababan de llegar unos cuantos más.

20
Mara

No sé cómo acepté.

Supongo que caí en su trampa.

Mis amigos me demandaron ayuda para ultimar las dinámicas de profesores de los primeros días. Nos reunimos en casa de Maru, delante de una tarta de manzana y dos botellas de horchata. Estaban tan emocionados, tan ilusionados, que me dieron cierta envidia. No me sentía así por la vuelta al instituto. Yo no tenía ese sentimiento en mi interior, esas ganas de comerme el mundo, de pertenecer a un grupo para luchar por un mismo ideal. Recordé por qué me había hecho maestra. Qué es lo que me movía y dirigía mi forma de enseñar. Y eso estaba mucho más cerca de lo que ellos soñaban que de mi realidad. Tenían un proyecto, una aspiración que cumplir. Y en ese deseo de mejora estaban implicados muchos niños y niñas gitanos.

Cuando terminamos de elaborar las dinámicas para comenzar el curso, me di cuenta de mi error.

—Tenía que haberme ido con vosotros. Vuestra ilusión me da mucha envidia. Debí ser más valiente —confesé con sinceridad.

Los dos se miraron y sonrieron. Me abrazaron y casi me tiran al suelo.

—Bienvenida a nuestro equipo —dijo Maru.

—Pero si ya tenéis contratada a la nueva maestra de infantil —protesté.

—Te mentimos. Esperábamos que aceptaras en el último momento. Delegación no permite que contraten a nadie hasta que haya comenzado el curso.

Aunque sabía que había caído en la trampa que mis amigos habían urdido, no me importó. Cambiar las cosas en ese barrio era un reto muy bonito en el que me apetecía participar. Lo comuniqué en mi centro, y mis compañeras parecieron apenadas. El director fue el que más lo sintió. Me deseó suerte junto con la petición de que regresara pronto.

Aunque caminaba en una decisión propia, el primer día fue complicado. Lo nuevo me desequilibra y me crea una inseguridad difícil de digerir. La cercanía de mis amigos me ayudó mucho a vencer esos nervios iniciales que me provocaban los cambios. Además, el clima que se percibía en el colegio, en los claustros y en los equipos docentes era agradable. Fuimos bien acogidos y los compañeros prestaban especial atención a lo que proponíamos.

Convertirme en una pieza más del nuevo equipo pedagógico me entusiasmaba. Estaba formado por seis personas, pero en el trabajo diario seríamos tres, más mi padre, con el que contaríamos en momentos puntuales. Los dos directores estarían presentes para conocer las decisiones, pero no realizarían tareas de campo. Nuestra labor estaba muy clara y era conocida por todo el claustro: dirigiríamos la metodología, organizaríamos las actividades y distribuiríamos los recursos del colegio, y para ello unificaríamos los criterios desde infantil hasta secundaria.

Mi primer choque cultural fue en la convivencia inicial. Todo el claustro pasaba un día entero junto; desayunábamos y almorzábamos en un entorno campestre, en una de las casas espirituales de la comunidad religiosa. Aunque siempre daban inicio con una oración, y no me molestaba demasiado, esto fue distinto. Me enfrenté a mi primera misa. No quería llamar la atención, así que Maru y yo nos sentamos en el último banco de la capilla. Nunca fui una persona religiosa y tenía mis prejuicios contra las creencias que adoraban a un ser superior. La Iglesia me parecía un estamento obsoleto y oscuro que dictaba una cosa y hacía la contraria. En cambio, sabía que Peter y Maru eran creyentes y pretendía ser muy cuidadosa con mis comentarios. Los dos se sentían cómodos en ese entorno y no se llenaban de inseguridades cuando les daban un trozo de papel para leer en la homilía. Yo, en cambio, me sentía una impostora. Pasamos el resto del día trabajando por grupos, y eso ayudó a conocernos un poco mejor. Compartí las tareas con Espe, la profesora de apoyo que estaría conmigo los primeros días. Y con Isa, la otra maestra de infantil que, junto con Marina, formaba parte de mi equipo docente. Me iba a hacer cargo de la tutoría de tres años, un curso que recordaba con una mezcla de cariño y cansancio.

En los días previos a la incorporación de los alumnos, organizamos los talleres de los viernes y, por el entusiasmo general, éramos optimistas. Si funcionaban y reducían el absentismo, sería todo un logro.

La tutoría inicial con los padres fue una radiografía de lo que me iba a encontrar el resto del curso. Vinieron nueve de las veinticinco madres. Ni un solo padre. Eran todas muy jóvenes y no dejaron de utilizar el móvil durante la reunión. No fui capaz de captar su

atención y me dejaron muy claro que la participación en el centro no era de su interés.

—Esto es lo que tenemos. Madres jóvenes que deberían estar disfrutando de la vida —me dijo Marina cuando le comenté los resultados—. Una de tus madres, la de Alba, tiene cinco niñas. Y no ha cumplido los veinte. Es una antigua alumna, pero no finalizó la ESO. Para mí es una de las grandes frustraciones. Me pregunto qué hacemos mal con esas muchachas para que nada de lo que enseñamos abra un camino nuevo, en lugar de que repitan una y otra vez los patrones que las condenan a una vida sin metas ni ambiciones.

Miré las fichas de todos mis alumnos. Mi clase estaba compuesta por estudiantes marroquíes, nigerianos, colombianos y una cantidad interesante de gitanos. Intenté contactar con las familias que no habían ido a la tutoría, pero no lo conseguí. La mayoría había cambiado de teléfono.

El primer día lectivo tuvo un horario especial. Tan solo permanecimos en clase dos horas, para que los pequeños se fueran adaptando. No me gustó la forma en que se acogía a los niños a su llegada, pero no quise expresarlo en voz alta cuando me comentaron que se había hecho así durante más de treinta años. Los niños entraban llorando a un sitio extraño, donde se sentían abandonados, y se colocaban junto a la pared de un patio enorme separados de sus padres, a los que seguían viendo en la puerta, lo que aumentaba el llanto y las rabietas. Respiré aliviada cuando pude llevarlos al aula, algunos de ellos a rastras porque no querían entrar a clase.

Me llamó la atención la cantidad de niños que tenían chupete y no estaban dispuestos a separarse de él. Miraban a su alrededor con

miedo, como si yo fuera el enemigo, y no aceptaban mis palabras de consuelo. Cuando me vi en medio de ese caos de críos que lloraban, intentaban escaparse de la clase y pegaban patadas a todo lo que encontraban en su camino, me pregunté por qué había cambiado de trabajo. Uno de los niños se me quedó mirando y no debió de gustarle lo que vio, porque, al ponerme a su altura para hablar con él, se agarró a un puñado de mis rizos con la intención de quedarse con ellos para siempre. Me costó un buen rato soltarme. Espe no pudo ayudarme porque estaba evitando que uno de los pequeños hiriera a otro con un juguete que no soltaba. Había decidido que lo divertido era golpear a los compañeros para que lloraran con motivo. Cuando me agaché para recoger otro juguete, un avión aterrizó en mi cara. Y debió de ser un aterrizaje forzoso, porque, por la rapidez del vuelo, me dejó un morado de diez centímetros.

—Ayúdame a sentarlos en la alfombra, a ver si con las marionetas podemos calmarlos —rogué a Espe.

Mi compañera me regaló una sonrisa que venía a decir «qué ilusa que eres», pero intentó hacer lo que le pedía.

Un niño de pelo rizado sintió en aquel momento una fuerza interior que le indicaba que todos sus compañeros eran sus enemigos y se dedicó a pegarles como si se encontrara en misión oficial. Daba igual un tortazo que un tirón de pelo o un arañazo. Cualquier método era bueno para vencer al contrario. Decidí cogerlo en mi regazo y cantarle una canción.

Con frustración, comprobé que mis dotes musicales no interesaban a nadie. Dos de ellos lloraron con todas sus fuerzas en forma de protesta y la mayoría se levantó de la alfombra,

mostrándome sin reparo su desinterés. No había terminado la canción cuando sentí un líquido caliente corriendo por mis piernas.

—No puede ser verdad —dije en voz alta.

—Voy a llamar a la limpiadora.

—Dile que traiga cubos y bayetas —añadí mirando hacia el baño.

—¿Qué ha hecho ese niño? —preguntó Espe.

Mientras yo retiraba de mi regazo al pequeño que se me había orinado encima, otro crío se acercó a nosotras con los pantalones bajados y una enorme masa olorosa marrón entre las piernas, con la que, además de decorar el suelo, se había refregado todo el cuerpo.

—Madre mía, cómo se ha puesto de mierda —anunció Espe ante la evidencia.

En ese momento, un llanto sobresalió entre los demás. Una niña gritaba de dolor. El niño que se había orinado encima de mí le estaba mordiendo el brazo con fuerza. Nos costó separarlos y, mientras Espe le echaba agua a la niña y le activaba la circulación para que no se le quedara esa horrible marca, yo intentaba que el crío no volviera a hincarle el diente a alguien. Las dos gritamos a la vez cuando nos dimos cuenta de que el otro niño se estaba limpiando las manos llenas de heces en las mesas de la clase.

—En mi bolso hay una barrita de árnica para golpes. Échale, por favor —pedí a Esperanza mientras yo paraba al artista en ciernes que pintaba con material ecológico.

Un nuevo estruendo nos sobresaltó. Otra niña se había dedicado a volcar todas las cestas que contenían los materiales didácticos. Gritaba que quería usar su tableta, y que quería hacerlo ya. En su rabieta, destruyó aquello que encontró en su camino. Arrancó el

mural de la asamblea y destrozó todo lo que mi compañera de inglés había pegado en la pared con la ilusión de utilizarlo en su clase.

Espe encendió la pizarra digital y buscó unas canciones flamencas, en un intento de que se calmaran.

Algunos se levantaron y comenzaron a bailar. No me había dado tiempo a sonreír cuando otro estrépito nos avisó de que un alumno se había caído en el baño. Se había resbalado con la orina de un compañero, que había dejado un charco en el suelo, y se había dado en la cabeza con el váter.

—Será mejor que nos vayamos al patio —sugerí a Esperanza—. Allí jugarán en el tobogán y podremos controlarlos mejor. Quizá lloren menos.

Nos costó casi quince minutos conseguir que se pusieran en algo parecido a una fila y sacarlos al patio que ocuparíamos en los recreos. Por el camino, un empujón hizo perder el equilibrio a un niño, que derribó a una compañera. La niña cayó de boca y sangró por el labio superior.

—Voy a por hielo —anunció Esperanza.

Cuando salimos, nos encontramos con Diego, que revisaba la pintura del patio.

—No te desanimes —me dijo—. Los primeros días son los peores. Son niños que no tienen normas ni rutinas y que se encuentran de repente en un lugar ajeno donde lo único que hay son prohibiciones y límites. Pero aprenderán. —Desvió la mirada hacia el grupo y añadió—: Creo que esa niña se ha hecho caca encima.

Una cría que llevaba un vestido corto miraba espantada cómo le caía algo líquido por las piernas. Parecía que no lo hubiera visto nunca.

—Llevan pañales —me contó Espe—, pero se los quitan el primer día de colegio para que aquí les enseñemos a ir al baño. La mayoría no han obedecido en su vida una sola orden. Tienes un duro trabajo por delante.

No quise expresarlo delante de mi compañera, pero en ese momento dudé de que tuviera suficiente paciencia para conseguirlo. No pude recrearme en mi reflexión porque un niño había vomitado en el tobogán. Llamamos a la limpiadora, que tenía el cubo preparado.

—Esto es así todos los años, no te desanimes. Si vieras la de maestras que se han ido al segundo día porque no han podido con ello. Hubo una chiquilla que se marchó llorando el primero y ya no la vimos más. Pero a ti se te nota que tienes experiencia —me dijo en un intento de darme ánimos.

—No sé yo si la experiencia me va a valer de mucho —le confesé.

—Claro que te va a valer. Mira, te has colocado en el único sitio del patio donde tienes la visión completa de todo el espacio. Eso no lo ha hecho ninguna maestra el primer día. Siempre he tenido que ir yo y decirle: «Mira, muchacha, ponte ahí, que desde aquí no ves aquel rincón».

—No les puedo quitar el ojo de encima. Tengo algunos elementos de mucho cuidado. —Me reí.

Las dos horas se me hicieron eternas. No quería ni pensar en las cinco que me esperaban al día siguiente.

Cuando me subí al coche con Peter y Maru, no hizo falta que les contara cómo me había ido. Mi cara y mis pelos lo expresaban por mí. No tenía ni un solo rizo en su sitio.

—Parece que has metido los dedos en un enchufe —bromeó Peter.

—Nena, hueles regular —me anunció Maru.

—Muchas gracias a los dos. Sois los mejores compañeros de este mundo. Tengo los pelos de loca que tengo porque he corrido patio arriba y patio abajo durante dos horas para poder devolver enteros todos los niños a su familia respectiva. Y teniendo en cuenta que han vomitado y orinado encima de mí, tampoco es que huela tan mal. Mañana os venís conmigo a mi clase para que pueda peinarme y perfumarme.

Mis dos amigos se echaron a reír. Pero a mí no me hizo mucha gracia. Estaba derrotada, cansada y sobre todo frustrada.

—Hay un niño que me preocupa especialmente. Se llama Yeray. Tiene una agresividad fuera de lo normal. Ha sido horroroso.

—Sé quién es. La hermana mayor, Sara, está en segundo de secundaria, en mi tutoría. El padre acaba de entrar en la cárcel por malos tratos a la madre. Ese niño no ha visto otra cosa en la vida que palos y más palos. El padre tenía un historial interesante, había pasado por la prisión varias veces, pero hace unos meses le dio una paliza a la madre que la dejó medio muerta. No se ha celebrado el juicio, pero no le han permitido salir bajo fianza. La madre estuvo en la UVI un montón de días —contó Peter.

—¿Es el padre de la niña también?

—Sí, creo que sí. La madre es un encanto, pero está muy perdida, no sabe cómo educar a sus hijos. Ella no es del barrio. Acabó aquí cuando se casó con ese malnacido. La familia de ella la apoya mucho, siempre los ha ayudado económicamente. Me lo contó Diego, que al parecer tiene alguna relación de amistad con la abuela.

—He visto una niña con unas coletas rosas, la mar de graciosa. Iba conjuntada de pies a cabeza. No le faltaba un detalle. Qué mona —comentó Maru.

—Esa debe de ser mi Carmelilla. Es muy graciosa, pero tiene una mano también muy rápida. Le ha dejado los cinco dedos señalados a otro niño en la cara. No ha parado de pegar en las dos horas —conté un poco más relajada.

—Esa niña tiene un millón de seguidores.

—¿Cómo? —pregunté extrañada.

—Lo que oyes. Tiene un millón de seguidores en TikTok. Los padres graban todo, absolutamente todo, lo que hace la niña. Sus vídeos estrella son los de la comida. Tiene unas bandejas de colores con varios compartimentos y le ponen diferentes tipos de alimentos en cada hueco. En uno le ponen sopa, en otro patatas fritas, en otro pollo, etcétera. Y la niña come lo que le da la gana y tira al suelo lo que no quiere. Y a la gente le encanta ese tipo de vídeos. Las marcas le regalan las bandejas, los tenedores de colores y hasta la ropa que lleva. Si la buscas, estoy segura de que han grabado su primer día de colegio.

—O sea que tengo una estrella en clase. No me falta de nada —concluí resignada—. También me he dado cuenta de que hay un chiquillo, Rubén, que tiene algún problema.

—¿Ya te has dado cuenta en dos horas, Mara? —preguntó Maru.

—Hay cosas que son muy evidentes. Este niño tiene unos movimientos estereotipados muy llamativos. Cuando he apagado la pantalla digital para ir al patio, he provocado una respuesta que no había visto nunca. Ha gritado, ha pataleado y se ha golpeado la cabeza contra el suelo.

—¿Se autolesiona? —interrogó Peter preocupado.

—Sí, con mucha fuerza. Tienes que evaluarlo ya —pedí a Maru.

—Me pongo con ello. Mañana le mandamos la carta al pediatra, por si nos lo deriva a atención temprana.

—¿Ha ido a verte Damián? —Peter sonreía con picardía.

—Sí, vino a primera hora de la mañana a desearme suerte.

—A desearte suerte, qué detalle —se burló Maru—. Oye, y a mí no me ha deseado nada. Y no me importaría, eh, hacía mucho tiempo que no tenía un compañero tan guapo, tan alto y tan atento.

—No es para tanto —cortó Peter—. Es demasiado cortés. Da las gracias hasta cuando le das los buenos días. No me acaba de convencer.

—Imagino que nosotras vemos algo que tú no sabes apreciar —argumentó Maru burlona.

—Peter, tú me pareces mucho más guapo, más gracioso y más natural. —Le despeiné de forma cariñosa.

—Siempre has sido la más inteligente, Mara, no hay duda. ¿Tenéis planes para esta noche? Me han regalado cuatro entradas para un concierto. Y si me decís que sí, os cuento quién canta. Si no, no. Y tú, listilla, deja de mirarlo en el móvil —me ordenó Peter.

—Yo no tengo planes, pero si es un concierto plasta, no cuentes conmigo —se defendió Maru.

—Le pregunto a Manuel, pero creo que nos apuntamos.

—Vale, nos vamos todos al concierto de Manuel Carrasco en Granada.

Maru y yo nos miramos asombradas.

—Si Manuel no quiere venir, yo sí voy —reí.

—No creo que tu Manuel te deje sola en un concierto. Os recojo a las siete.

—¿A qué hora es el concierto? —preguntó Maru.

—A las nueve.

—Del pueblo a Granada hay casi una hora y media. Vamos a llegar muy justos, que luego habrá mucha cola —aclaré.

—No tenemos que hacer cola. Vamos a la zona vip.

—¿Cómo has conseguido cuatro entradas vip en el último momento? —interrogué intrigada.

—Soy un hombre con influencia. No os pongáis demasiado guapas. Os recojo a las siete. Si tu señora madre nos hiciera unos bocatas de tortilla para el camino, sería una velada perfecta. En la zona vip nos darán de comer cuatro bocados, pero somos gente de pueblo, así que necesitamos contundencia.

—Chaval, tú no eres el único que tiene influencia. Esos bocadillos los consigo yo con los ojos cerrados.

En cuanto Peter me dejó en la aldea, fui a hablar con Manuel, que aceptó encantado la invitación. Él habló con Saray y yo lo hice con mi madre.

—*Mama*, necesito una tortilla de papas y cuatro bocadillos para antes de las siete —anuncié sin saludar.

Había un silencio en la casa. Algo había pasado. Mi padre estaba muy serio, con cara de preocupación, y mi madre también.

—¿Qué pasa? —pregunté inquieta.

—Carmen está detenida.

21
Paco

Mara estaba agotada. Iba a mi lado en la furgoneta mirando por la ventana, pero su cabeza no estaba allí. El comienzo en el colegio no había sido fácil. Su clase era muy complicada y no conseguía que los niños le obedecieran. A eso se sumaba que trabajaba dos tardes a la semana en la escuela y otras dos con sus compañeros, para la organización del centro. Eran muchas horas de trabajo y coincidía con el inicio de una relación que también necesitaba de dedicación y tiempo compartido.

Cuando recibimos el correo anunciándonos los nuevos cambios, todos los comerciantes asumimos la llegada de problemas serios. El más importante era el relevo del encargado. No se nos informó si había sido decisión del empleado o de la empresa, pero todos sospechábamos que lo habían destituido. El nuevo responsable tenía unas funciones muy bien delimitadas que se nos explicaban en el mensaje con todo lujo de detalles. Leímos la interminable lista y quedamos anclados en el último renglón; una de sus funciones era penalizar a los comerciantes que no cumplieran la normativa. No se nos especificaba en qué consistían dichas sanciones ni cuáles eran las nuevas normas, pero nos temíamos lo peor. Esperábamos que

nos lo contaran ese mismo sábado, cuando el señor se presentara en nuestros puestos.

Mara me miró y pudo leer mi preocupación.

—Vamos a ver cómo escapamos hoy —habló mi hija.

—No tengo un buen presentimiento. La cosa no pinta bien. Es que me da a mí que esto no guarda relación con la carretera. Creo que es algo interno que ha coincidido en el tiempo, pero no va en la línea de buscar soluciones. Y tengo algunas ideas que ahora quiero exponer.

—Miedo me das, *papa*.

—La solución pasa por llamar la atención. Así que llamaremos la atención. Lo vamos a hacer tan escandalosamente bien que vamos a salir en todos los medios. Y vendrá el público, que al fin y al cabo es lo que necesitamos. No podemos quedarnos con los brazos cruzados viendo como nuestros negocios se van a pique.

—Creo que no quiero saberlo.

—Pues no te va a quedar otra. Voy a proponerlo hoy a los comerciantes, a ver qué me dicen. Lo he hablado con Carmen y le ha encantado la idea. También se lo he comentado a Ana y a Jano, y están de acuerdo.

—¿Cómo está Carmen? ¿Cómo la viste ayer?

—Todo lo bien que se puede estar cuando te han destrozado tu casa, tus recuerdos y tus pertenencias. Ese malnacido le quemó hasta las fotos de sus padres. Todo. Y no estoy justificando la violencia, para nada. Creo que no es la forma, pero no sé cómo hubiese actuado yo si alguien destroza todo lo que tengo. Lo mismo también le hubiese tirado la lámpara con la misma rabia.

—¿Tan mal estaba la casa?

—Peor, Mara, peor. Cuando llegué, la imagen era desoladora. Había rajado el sofá, las cortinas…, la ropa de Carmen que quedaba allí estaba hecha añicos. Los muebles de cocina estaban destrozados. Las puertas, arrancadas a patadas; los colchones, rajados y con el relleno esparcido por el suelo. Impresionaba. Las piezas del baño estaban partidas en trozos pequeños, al igual que los azulejos y los espejos. Todo. Y si no llega a aparecer Carmen, la tragedia hubiese sido peor, porque estaba a punto de meterle fuego a la casa. Sebastián es un niño pequeño con una rabieta enorme porque lo ha perdido todo. En el momento en que la abogada de Carmen le comunicó que se tenía que ir, que la casa estaba a nombre de ella, perdió el norte y los papeles.

—¿Qué le va a pasar a Carmen ahora?

—Nada grave. Sebastián no se va a atrever a ponerle una denuncia. Saldría perdiendo. Si ella lo denuncia por malos tratos y todos los daños de la casa, los testigos que puede presentar Carmen lo hundirán en la miseria. Pero el mal rato no se lo quita nadie. Y tampoco es que se sienta muy orgullosa de su acción. A ver si ahora no la molesta más y la deja ser feliz.

»Anoche hablé con Marcos y me pareció muy buena la idea que él le plantea. Quiere prestarle a Carmen el dinero para arreglar la casa y luego venderla. Esas casas están muy cotizadas. Con el dinero de la venta, le devuelve a él lo prestado y se compra un apartamento. La idea es que siga viviendo con Marcos y lo alquile. Así, Carmen tiene algo suyo que le genera ingresos para seguir disfrutando de la vida. Se quita de en medio la casa y los problemas con Sebastián.

—Al final los guardias civiles no van a ser tan malos —bromeó mi hija.

—No te creas, es que siempre hay excepciones.

Cuando llegamos, Jano y Ana ya habían descargado y movieron su furgoneta para que pudiéramos estacionar nosotros la nuestra.

—Buenos días —saludó Ana dándome un abrazo—. Hoy estamos todos ansiosos por conocer al nuevo encargado. Creo que lo hemos visto pasar, con traje de chaqueta y un montón de papeles bajo el brazo, pero no se ha presentado todavía.

—Mi *papa* no está muy optimista —anunció mi hija—. No espera nada bueno.

—Ni nosotros —gritó Jano desde la carretera.

—¿Cómo está Carmen? —preguntó Ana.

—No lo ha pasado nada bien, ha sido un duro golpe. Pero tiene el apoyo de sus hijas, y eso le ha animado mucho.

—Qué suerte tiene —comentó Ana—. El mío lo único que hace es darme trabajo.

—Mamá… —Jano se puso a su altura—. Verdad tenía que ser. Tienes un hijo ejemplar. Todo el mundo te lo dice. Te ayuda en todo lo que puede y es una bellísima persona, ¿qué más puedes pedir?

Me encantaba la relación que tenían nuestros vecinos. Se pasaban el día pinchándose, pero no había broma que escondiera lo que sentían el uno por el otro. Los dos eran personas cultas, con estudios, que ofrecían un trato exquisito al público. Ver a madre e hijo pelear de forma dialéctica, con frases ingeniosas y divertidas, era un aliciente más para disfrutar de los sábados por la mañana.

Carmen llegó tarde. Marcos intentó ayudarla a montar el puesto, pero mi amiga se manejaba mejor sola. Cuando él se marchó a hacer unas gestiones, nosotras nos tomamos el café con Modou, que aquella mañana estaba especialmente feliz. Carmen traía un termo

nuevo que le había regalado su prometido y que mantenía el café ardiendo.

—¿Tú tienes algo que contarnos? —le preguntó mi amiga a Modou —. Últimamente estás muy feliz.

—¿Yo? —contestó Modou ruborizándose—. No, yo estoy feliz porque tengo amigas que me quieren.

—¡Ay, amigo! Tú te has echado novia —exclamó Carmen.

—Carmen es una gitana muy bruja —rio Modou.

—Me alegro—comenté—. Te mereces que te quieran mucho.

—Es una clienta de aquí —contó Modou—. Ella tiene un chalet muy grande con piscina muy caliente.

—Estoy segura de que lo caliente es la piscina. —Carmen se echó a reír y nos contagió.

Jano se acercó a nosotros para saber de qué nos estábamos riendo. Cuando se lo contamos, felicitó a Modou.

—Jano, tú también deberías buscarte una piscina caliente —aconsejó Carmen—. Que eres muy joven y muy guapo.

—Mejor que no, Carmen, que todas las piscinas en las que me meto al final resultan pantanosas.

Comenzamos la jornada de buen humor. Ana no dejaba de mirar a Carmen, atenta por si necesitaba algo. Saray ya había empezado las clases y Carmen nos comentó cuánto la echaba de menos.

—Es una pena que esto no dé rendimiento para pagar otro sueldo, porque me ayudaba mucho y me venía muy bien su compañía. Es un amor de chiquilla —se lamentó.

Un grupo de comerciantes se reunió en el bar para escuchar las ideas de mi padre. Por las carcajadas que estaban dando, podía

deducir que la propuesta de mi progenitor iba en su línea y llevaba un punto de locura.

—Jano, ¿sabes lo que está tramando mi padre?

—Claro, no se habla de otro tema hoy. Y te voy a decir una cosa: me parece una idea genial que estoy seguro de que va a dar resultado. Los del mercadillo de abajo tienen los días contados.

—¿Te importaría evitar que sea la única del mercadillo que no lo sepa?

—Tu padre ha propuesto que todos los comerciantes nos disfracemos de una temática distinta cada semana. Es decir, el próximo sábado nos disfrazaremos de los años sesenta, y el siguiente, de un tema distinto. El objetivo es que los clientes quieran subir a ver de qué nos hemos vestido ese día. Evidentemente, habrá de todo, gente que se lo curre más y gente que se lo curre menos. Pero somos setenta puestos con una gran cantidad de artesanos, que suelen ser muy creativos, así que yo creo que puede funcionar.

—Cómo no he podido adivinarlo —pensé en voz alta—. Con lo que le gusta un disfraz. Pero tengo que reconocer que es una buena idea. No sé cómo la habrán acogido los demás comerciantes.

—Pues menos el Inglés, que dice que no hace el payaso, todos muy bien. No ha habido nadie que se haya negado. Todo lo contrario, la mayoría piensa que va a ser divertido. Sobre todo cuando nos toque disfrazarnos de animales de la selva.

Me eché a reír. No me imaginaba a mis compañeros de mercadillo caracterizados de esa guisa.

—Será mejor que los disfraces se prioricen por estaciones del año. Ya dejamos lo de la fauna para el invierno.

—Yo he propuesto uno de los temas —anunció Ana—. Y creo que va a ser la sensación. Mi tema son las princesas Disney. Santiago ha propuesto flores y plantas, cualquiera le dice que no.

Carmen, que la había escuchado, se echó a reír.

—Tu padre se disfraza de Esmeralda. No tiene ningún problema. Estoy deseando verlo.

Un señor con traje de chaqueta nos interrumpió. Se presentó como el nuevo encargado. Nos quedamos unos segundos callados sin saber qué decir, esperando a que el hombre hablase. Llamé a mi padre y a Jano, que estaban riendo con un grupo en la plaza.

—Buenos días. Mi nombre es Ernesto y voy a ser el nuevo encargado. Les dejo las nuevas normas del mercadillo y las nuevas tarifas. La semana que viene se volverá a pintar el suelo para que las marcas queden muy claras.

—Hemos visto que van a imponer sanciones —comentó Jano—. Nos gustaría que nos explicara en qué van a consistir.

—Ahí lo tienes todo explicado —contestó el señor—. Solo hay que leerlo.

—Sé que aquí está, pero, cuando lo lea, quien no estará es usted para resolver mis dudas. En cambio, si nos hace un breve resumen, intercambiamos opiniones de manera rápida.

—Yo no puedo perder el tiempo. Si tienen alguna duda cuando lo lean, me escriben un correo.

—Vaya —comentó mi padre—. Siento que le hayan hecho un contrato de tan pocas horas y no tenga tiempo para atendernos, lo mismo deberíamos reclamarlo. Se supone que con nuestra cuota pagamos el sueldo de una persona para que nos atienda. No se

preocupe, que lo haremos, no queremos que tenga unas condiciones de trabajo tan pésimas. Hablaremos mañana mismo con el director.

El señor miró a mi padre con cara de pocos amigos. Carmen se esforzaba en aguantar la risa y Jano no podía disimular la cara de satisfacción por la manera en que mi padre lo había puesto en su sitio.

—Hagan lo que crean conveniente. De todas maneras, me pasaré a última hora para comprobar que se recoge dentro del horario establecido.

En cuanto se hubo marchado, Carmen expresó en voz alta lo que pensábamos todos.

—Nos llueven los problemas. Verás lo que este zagal va a liar. No tiene ni idea de lo que es un mercadillo. Es más, creo que hoy ha sido la primera vez que ha pisado uno.

Leímos con atención el papel que nos había dado. Además de los horarios de montaje y recogida, había anotada una lista interminable de normas de absurdo cumplimiento.

—¡Madre del amor hermoso! No podemos comer ni beber en los puestos, dice. ¿Qué pretende, que estemos seis horas a cuarenta grados sin beber agua? —se quejó Ana—. Ya estoy viendo yo a todos los comerciantes bebiendo agua en la mitad de la carretera. Pero a este hombre cómo se le ha podido ocurrir una cosa así.

—Mejor me parece la que dice que toda la decoración tiene que ser blanca y neutra. A las Argentinas les va a dar un ataque al corazón. Solo tienen ropa clara; si ponen el fondo blanco no se las va a ver —añadió Carmen.

—¡Hostia con las penalizaciones! —exclamó Jano—. Que nos ponen multas, señores. Y no son pequeñas. Hasta trescientos euros.

Y esperad a leer lo mejor. A la segunda penalización te quedas sin montar un sábado, y a la tercera te expulsan. Y ojo que te sancionan por llegar cinco minutos tarde o por salirte cinco centímetros de tu puesto. Si cinco centímetros te desplaza ya el viento en invierno… Yo creo que este señor tiene como misión oficial sacar pasta de algún lado. Nos vamos a quedar más solos que la una.

—No habéis leído la última —indicó mi padre.

Nos miramos los unos a los otros sin poder creer lo que allí ponía. Carmen se indignó, arrugó el papel y lo estrelló contra el suelo.

—Esto no puede ser verdad —dijo muy enfadada.

Imposible que lo pudiéramos cumplir.

22
Mara

La primera semana en el colegio fue una locura. La falta de control de los esfínteres no me permitía dar clase. La limpiadora no se podía alejar de mi aula porque la necesitaba cada cinco minutos. Seguí el consejo de Marina: cada vez que un niño se orinaba encima, llamaba a su madre para que lo cambiara. Estaba sola en el aula, Espe ya se había incorporado a primaria. En el momento en que me ponía a cambiar a un niño, la clase comenzaba a tirar los juguetes por los suelos y reinaba el caos. Me di cuenta de que la mayoría de mis alumnos no conocía el significado de la palabra «no». Las rabietas eran tan frecuentes que, cuando llegaba a casa y me metía en la cama, seguía escuchando niños llorando a mi alrededor.

Mi compañero de primaria venía a verme cada mañana, a ofrecerme ánimos, a traerme una manzana o un puñado de cerezas. Era muy atento y encontré en él un gran apoyo para rellenar el papeleo propio del colegio, que nosotros desconocíamos. Los protocolos de absentismo eran absurdos, se cumplimentaban por triplicado, y los cuadernos tutoriales tenían apartados que sin su ayuda nunca hubiese sabido cumplimentar. Mis amigos se burlaban de ese interés y las bromas eran continuas. Yo agradecía su ayuda, el ánimo que me daba y el refuerzo que encontraba en las palabras

que dedicaba a mi trabajo. Ocupábamos los minutos previos al comienzo de las clases charlando. Me contaba anécdotas de maestras que habían pasado por allí y habían abandonado la tarea por considerarla imposible.

Maru y yo nos reunimos para analizar la forma de enfrentar las primeras tutorías. Había tres alumnos que me preocupaban en especial, y quería ponerme cuanto antes a trabajar con los padres. Eso, unido al trabajo de los lunes y martes por la tarde y el del equipo pedagógico, nos hacía pasar muchas horas juntas.

—¿Cómo estás? —le pregunté en medio de una conversación sobre el colegio.

—Estoy feliz. Me siento muy cómoda y tengo muchas demandas de los profesores. Lo que siempre he querido. Estoy en un trabajo en el que me siento útil.

—No me refería a eso.

—Bien, no te preocupes. Trabajar a su lado no me hace daño. Soy buena disimulando. Cada vez me llama para más cosas. Incluso hemos quedado un par de veces para tomar algo.

—Me doy cuenta, Maru. No tiene ni idea de lo que sientes por él. Si lo supiera…

—No, Mara. Si él sintiera lo mismo por mí, ya hubiese pasado algo entre nosotros. Y no quiero que sepa que estoy enamorada de él y piense que no puede ser natural para no hacerme daño. Necesito que las cosas sigan así. Soy feliz. Venga, organicemos tus tutorías.

Respeté su petición con la sospecha de que Peter también comenzaba a sentir cosas por ella, pero que tampoco se iba a arriesgar a demostrarlo. Era muy tímido y prudente, y no se lanzaría sin tenerlo muy claro. Maru nunca se lo iba a confesar, así que se

quedarían encallados eternamente en una relación que no prosperaría por la indecisión de los dos.

Mi primera tutoría fue con Raquel, la madre de Yeray. No conseguía avanzar con él. Además de su agresividad, tenía que tratar dos temas que eran muy complicados para mí. El niño no traía a clase un desayuno adecuado y su aseo era inexistente.

La cité un lunes por la tarde, el primero del calendario de tutorías. Oí voces en el pasillo que me anunciaron que alguien llegaba a mi clase. Raquel le reprochaba a Sara, su hija mayor, que vistiera con un top tan corto que apenas le ocultaba el sujetador.

—Tu padre te lo llega a ver y te mata —la regañaba malhumorada.

—Mi padre no está. Y a mí me gusta. Y no se me ve. No me lo va a ver nadie —le contestó la niña.

—Ya no vas a salir más sola ni a la puerta de la calle —la amenazó.

Me acerqué a la entrada de mi clase para recibirlas.

—Pasad, encantada de conoceros. Tomad asiento, por favor —les ofrecí un par de sillas que había tomado prestadas de la biblioteca.

—Ya sé lo que me vas a decir, que mi niño es muy malo y que pega mucho —soltó Raquel de sopetón.

—No, no voy a decirte eso, creo que esa información ya la tienes. —Sonreí para que se tranquilizara—. Te he llamado para que trabajemos juntas. Y podamos cambiar las cosas.

Raquel se desconcertó. No esperaba esa respuesta. Miró al suelo emocionada.

—Es que ya no puedo más. No puedo con él. Mi madre me intenta echar una mano, pero ella tampoco puede. No hace caso de nada. Tiene que hacer en cada momento lo que él quiere. No lo puedo

llevar a ningún lado sin que me monte un escándalo. Estoy muy *aburría*.

—Tiene tres años, Raquel. Si ahora me dices que no puedes con él y no ponemos remedio, ¿qué pasará cuando tenga diez?

—Que será igual que su puñetero padre, que casi me mata.

Me quedé callada unos segundos. Me costaba continuar ante ese argumento tan desgarrador.

—No va a ser fácil, pero estoy segura de que, si trabajamos juntas, podemos conseguir que su comportamiento mejore. Aunque no es solo eso lo que me preocupa.

—¿Qué más te preocupa?

—Tu hijo no tiene una alimentación adecuada. No puede traer para desayunar una bebida energética y media tableta de chocolate. Con ese desayuno, lo único que consigues es que se ponga más nervioso. No le estamos metiendo en el cuerpo ningún nutriente.

—¿Y qué hago? Si es que no quiere otra cosa. Él no come, no come de nada. No hay ninguna comida que le guste. Solo quiere yogur y algunos dulces, no todos. Si no tienen chocolate, no se los come. No prueba un puchero, ni unas lentejas, nada. Lo mato y no se come ni una cucharada.

—La piel de tu hijo te está diciendo que su alimentación no es la adecuada. Tiene granos y está tan seca que se produce heridas al rascarse. Te propongo una cosa: apúntalo al comedor del colegio. Así probará otros sabores y poco a poco aprenderá a comer.

—No servirá. No va a querer probar nada y la va a liar. Porque tú no sabes la que lía en mi casa, lo tira todo por los aires. Mancha las paredes, la mesa y todo lo que pilla.

—Podemos intentarlo. Si no funciona, lo valoramos y lo quitamos.

—Vale, pero es que voy a tener más problemas. Tú ves que me has llamado porque es muy malo, pero en la primera semana ya me va a llamar la monitora del comedor para decirme lo mismo.

—Raquel, no te he hecho venir porque tu hijo sea muy malo. Te he llamado porque necesitamos trabajar juntas para mejorar su comportamiento, no para quejarme de él. Voy a explicarte algo. Imagínate que, cada vez que te veo, te digo que eres muy fea. Y que cada vez que te ven tus amigas, te dicen que eres muy fea. Tu familia te repite constantemente que eres feísima. Llegará un momento que asumirás que eres fea y te comportarás como una persona fea que no tiene interés en arreglarse ni en lucir bonita. Tu hijo lo único que escucha a su alrededor es lo malo que es. Se lo recuerdas constantemente, se lo recuerdan tu familia, tus amigos y su hermana, ¿cierto?

—Todo el mundo se lo dice. Es normal, es que es muy malo. No lo puedo llevar al parque, no me puede acompañar al supermercado, es que no puedo hacer nada con él. Y encima tengo que trabajar, y mi madre, la pobre, tampoco puede hacer gran cosa. Ella me ayuda mucho, pero Yeray no le hace caso en nada. Y luego está la grande, que no colabora, y también me llamará ya mismo su tutor, porque aquí donde la ves es peor que el otro. Solo quiere estar en la calle y el móvil. No quiere nada más.

—*Mama,* qué pesada eres. No es para tanto. También te ayudo en la casa, pero eso no lo cuentas —exclamó Sara de buen humor.

—Me temo que no es el mal de tu hija sola, la mayoría de los adolescentes están igual.

—Me ayudas, pero me mato contigo para que lo hagas —le respondió la madre sin dejar de mover la pierna.

—Por lo pronto vamos a empezar por el pequeño —anuncié sonriendo—. En un principio vamos a acordar que te vas a esforzar por darle un desayuno equilibrado y una ropa adecuada. Hace mucho calor y no puede venir con manga larga; se agobia porque suda y su comportamiento empeora.

—Es que esa es otra. Se tiene que poner lo que él quiera. Y si quiere la camiseta de Spider-Man, esa le tengo que poner.

—Raquel, es que la adulta eres tú. Él no tiene que tomar las decisiones. Él sabe crear el clima, con las rabietas, para salirse con la suya, pero eso tiene que cambiar. Y tiene que cambiar ya. Igual que no lo dejarías ir solo a la calle, no puede decidir ni qué comer ni qué vestir. Tiene tres años, no sabe lo que es adecuado y lo que no. Otra cosa es que él, a veces, decida qué camiseta le gustaría más de las opciones que tú le des.

—Es que lo tengo que matar a palos. Y no sale solo a la calle porque tengo la llave echada desde que se escapó y arrancó el coche del padre.

—Sabes que los palos no solucionan nada porque… ¡Qué me dices! ¿Que arrancó el coche del padre? —Me arrepentí al instante de mi primer comentario.

—Claro que lo sé, pero es que su padre casi me mata a palos. Y este niño desde chico no ha visto otra cosa. Si no tenía la comida lista, me pegaba; si la tenía lista, me pegaba porque no le había preguntado lo que quería. Hiciera lo que hiciera, me pegaba. Y un día, en esas peleas, el niño cogió las llaves del coche y se fue a la calle con otro amiguito, que tiene tres años más que él. Yo estaba debajo de la cama para que mi marido no me diera más palos. Menos mal que lo vio el padre de la Carmelilla y lo bajó del coche; si

no, lo echa a andar y se va. Se hubiese matado. Desde ese día tengo la llave *echá* para que no se me escape.

Le cogí la mano en señal de cercanía.

—Pero eso ha terminado. Ahora tienes que sacar a tus hijos adelante. Y esta semana vamos a cambiar estas tres cosas. No le vamos a decir más que es un niño malo. Y tú vas a decidir qué desayuna y cómo se viste. La semana que viene nos vemos y vamos avanzando.

Acordamos una hora y se marchó agradeciéndome los consejos. Sara me dedicó una mirada amable y me susurró una despedida. Era una niña preciosa que ya había visto demasiadas cosas terribles. La relación con la madre parecía ser complicada, pero, a pesar de eso, las percibía unidas.

Le mandé un mensaje a Maru para avisarla de que ya había terminado. Esa tarde no nos volvíamos para el pueblo. Acompañaríamos a mi hermana a ver vestidos de boda. Peter se unió al plan con un interés que nos asombró. Nunca hubiésemos imaginado la afición de nuestro amigo por los vestidos de ceremonia.

—No me lo perdería por nada del mundo. Mirad lo que he traído. —Nos enseñó unas pizarras pequeñas—. Es para puntuar del uno al cinco cada vestido. Soy fan de los programas de televisión en los que se prueban trajes de novia. No me pierdo ni uno.

Maru y yo nos reímos del entusiasmo de nuestro amigo. Mi hermana nos esperaba en una de las tiendas más lujosas de Málaga. No tenía intención de comprarse un vestido allí ni le alcanzaba el dinero, pero era uno de los mejores sitios para encontrar un estilo propio.

Nos atendió una señora muy elegante. Hizo preguntas a la novia sobre el lugar de la celebración, la decoración y la temática de la boda.

—Tiene que gustarme sobre todo a mí —interrumpió Peter a la señora—. Se lo voy a regalar yo y no tenemos límite en el presupuesto.

Las tres tuvimos que tragarnos la risa. La señora miró el traje de chaqueta de Peter, calibrando si era de marca y si en realidad tenía el dinero suficiente para comprar el vestido que deseara.

Mi hermana le explicó que no quería un vestido de corte princesa ni nada clásico. Buscaba algo original, de estilo bohemio y que fuera diferente a lo que estaba de moda.

Se probó más de diez vestidos, y con todos estaba preciosa. Su piel morena y su pelo negro azabache contrastaban con el blanco de la tela.

Fingió que estaba indecisa entre dos modelos y que necesitaba tiempo para tomar una decisión.

—No te ha gustado ninguno —le dije.

—Es que en todos me he sentido muy extraña.

—Cuando te pones el vestido adecuado, tienes que sentir que es el tuyo —argumentó Peter emocionado—. Pero el de encaje con las mangas vaporosas era maravilloso. Parecías una ninfa del bosque. Nos reímos del entusiasmo de mi amigo, que nos sorprendía por lo desconocido. Peter y Maru se pararon a comprar un helado y yo aproveché para hablar con mi hermana.

—No quieres casarte —le solté a bocajarro.

—No es que no quiera, es que tengo muchas dudas. Llevamos una racha en la que lo único que hacemos es discutir. No estoy segura,

Mara. Esa es la verdad.

Abracé a mi hermana sin poder seguir con la conversación. La conocía muy bien y sabía que sus dudas tenían nombre propio.

Cuando llegué a casa estaba agotada. Manuel ayudaba a mis padres a llevar sus últimos trastos. La obra había finalizado y volvían a su casa.

—Acuesto a las niñas y vengo un rato contigo —me dijo mientras me daba un beso en el cuello.

—Mejor nos vemos mañana, estoy agotada. Voy a darme una ducha, preparo unas clases y me acuesto.

—Mara, ¿va todo bien? —preguntó inquieto—. Últimamente estás siempre cansada y apenas nos vemos.

—Claro que va bien. Pero manejar a veinticinco niños llorando cinco horas al día me deja agotada. Eso sí, un masaje en la espalda apenas me quitaría tiempo y me vendría genial.

—Voy a decirle a Saray que acueste a las niñas y vengo enseguida. Ve preparando el aceite.

Manuel llegó pocos minutos después. Me dio un masaje y me fue contando su día con tanto entusiasmo que evaporó mi cansancio. Pasamos un par de horas charlando y riendo. Cuando lo miraba a los ojos, veía un hombre enamorado que sería capaz de hacer cualquier cosa por mí. Igual que cuando éramos niños y me evitaba todas las broncas de mi familia. Le pedí que se quedara a dormir conmigo y mandó un mensaje a Saray para que lo avisara si necesitaban algo.

—No creo que ese trabajo que tienes ahora esté pagado. Sigues trabajando durante horas después de llegar a casa. Y estás tan cansada que no tienes vida.

—Los tres años siempre son así. Es un curso muy duro. Los que deciden no entienden que veinticinco niños es una cantidad imposible para una sola profesora —me quejé acurrucándome en sus brazos.

—Los políticos que deciden deberían de pasar un día en tu clase. Seguro que después cambiaban de opinión. Ahora duérmete, que mañana te esperan veinticinco espíritus libres.

Cuando puse el móvil a cargar, me di cuenta de que tenía un mensaje de mi hermana.

Solo una frase para anunciar lo que ya sospechaba.

No quería casarse.

23
Paco

El grito de mi mujer se escuchó en toda la aldea. Nena no se solía enfadar, y mucho menos montar un escándalo, así que eso solo podía significar una cosa: había encontrado el escondite de todo mi arsenal alimenticio.

Sin decir ni una sola palabra, se marchó dando un portazo. A los treinta minutos estaban mis tres hijos en casa.

—La *mama* nos dijo que viniéramos, que tenía que hablar con nosotros —dijo Paquito preocupado.

—No es nada grave, es un *aberrunto* de los suyos. Algo me habrá encontrado escondido.

—¿No sabes qué te ha encontrado? —preguntó Susana.

—No, ha salido como si la persiguiera el diablo. Y no he podido ir detrás porque venían vecinos. No me ha dicho ni mu. Solo he escuchado un grito y un portazo.

—De verdad, no puedo creer que no dejes de comer dulces. Sabes que tienes el azúcar cada vez peor. Solo espero que no te haya cogido aceitunas, porque eso va a ser imperdonable. Tenías la tensión tan alta el domingo que casi te da algo.

—Si os digo la verdad, hay posibilidades de que me haya descubierto un poco de todo.

—¿En serio? No tienes remedio, *papa,* no lo tienes —afirmó Paquito disgustado.

Mi mujer apareció con unas gafas negras y el talante muy serio, como si estuviera recién llegada de un entierro.

Sin hablar, se fue directamente a la caja de juguetes de mis nietas. Con movimientos bruscos, que daban mucho miedo, fue poniendo sobre la mesa todo mi arsenal. Dos bolsas de papas fritas, dos botes de toreras y cinco de aceitunas, dos paquetes de tortas de algarrobo y dos de galletas, tres tabletas de chocolate y una bolsa de rosquillas fritas. Me lanzó con furia unas cuantas chocolatinas que no recordaba ni que las tenía.

—Quiero separarme —dijo dejándonos a todos con la boca abierta —. Y lo quiero ya.

Mis hijos me miraron como si yo tuviera la clave para hacerla cambiar de opinión. Pero yo estaba tan sorprendido que no me salían las palabras.

—No creo que sea para tanto… —alcancé a decir.

—¿Que no es para tanto? Hace un mes te dio una subida de azúcar que casi te lleva para el otro barrio. No te puedes imaginar lo mal que lo pasé, y, como me pediste que no se lo contara a nuestros hijos, tuve que comérmelo yo sola. Las horas en el hospital se me hicieron eternas. Creí que estabas muerto cuando te vi desmayado en medio del salón. Casi tienen que coger otra camilla para mí. Me tiro la vida en la cocina intentando que tu dieta sea lo más variada posible, que los platos sin sal sepan a algo. Paso horas haciendo dulces sin azúcar para que no los eches de menos. Nos sacrificamos todos comiendo sin sal por ti. Leo libros, busco recetas atractivas que puedas comer. ¿Y tú qué haces? Tú comes a escondidas. Eso no

es querer a una persona. Tú no me quieres, no me valoras. Y lo peor es que no valoras tu vida. Te vas a morir un día de estos y yo no quiero estar presente.

—Pero, *mama* —intentó mediar Paquito—. Tampoco hay que ponerse así. Y tienes que avisarnos cuando os pase algo. No podéis iros al hospital sin decírnoslo.

—Claro, es que soy una exagerada. Tu padre tiene el azúcar por las nubes, se está matando poco a poco y yo soy la exagerada. ¿Sabéis qué os digo? Que lo veáis morirse vosotros, porque esta que está aquí no va a vivir esa experiencia.

No sabía qué decir. Tenía toda la razón. No podía quitársela. No es que me quisiera matar, es que no podía vivir sin comer dulces. Llevaba haciéndolo toda mi vida. Después de cada comida, tenía la necesidad de comer algo que llevara azúcar. Me encantaba y lo disfrutaba. Era un goloso sin remedio. Quizá un adicto que no sabía acabar con su problema.

Mara se fue detrás de su madre a nuestro dormitorio y yo tuve que aceptar las regañinas que me cayeron de mis otros dos hijos. Unos minutos después, mi mujer salió por la puerta de mi casa portando una maleta pequeña, y mis hijos la siguieron, dejándome completamente solo.

Ninguno se volvió para ver cómo estaba, imagino que formaba parte de mi castigo. Me lo había ganado a pulso. Al menos saber que ella no estaba sola me consolaba.

Me quedé sentado en el sofá con una tristeza que hacía muchos años que no sentía. No sabía qué hacer. No me apetecía hablar con nadie. Me encontré con los ojos de mi suegra, que me miraba desde la fotografía del mueble del salón. Ella sabría qué hacer, qué decir y

cómo solucionar el problema. Mi suegra había sido una de las personas que más me habían marcado en mi vida. De carácter tímido e inteligencia práctica, siempre estuvo cerca y siempre nos ayudó a mejorar nuestra vida. Aunque nació en la aldea, desde pequeña quiso conocer mundo. Aprendió a leer y escribir sin la ayuda de nadie, y, aunque quiso ser maestra, la vida no se lo puso fácil. Cuando comenzó a estudiar, su padre murió y tuvo que volver al hogar para ayudar a su madre. Su vocación frustrada se quedó viviendo en su cocina, donde atendía a los niños que no conseguían terminar los deberes o a los adultos que no lograban rellenar algún formulario. Enseñó a leer a Mara antes de que fuera al colegio y siempre tuvieron una relación muy especial. Cuando murió, mi hija sufrió la pérdida de su abuela y de su eterna compañera de vida. Leían libros juntas, escribían relatos y disfrutaban compartiendo su amor por las letras. Me pregunté qué me aconsejaría ella. Qué me diría en ese momento.

Mara entró cuando estaba tirando a la basura los causantes de mi mal, con la firme intención de no volver a caer en la tentación.

—Lo tienes bien empleado. Y no he venido para dramatizar más el asunto.

—Estaba pensando en tu abuela. En lo que me diría ella si estuviera aquí.

—Te hubiese dado con el tarro de aceitunas en la cabeza. La *mama* tiene toda la razón.

—Lo sé. Lo que no sé es cómo arreglarlo ¿Está muy enfadada?

—Está muy decidida. Quiere que llame a la prima para que empiece a mover los papeles.

—Madre mía. Yo sin tu madre no sé vivir —le dije emocionado—. A ver cómo lo arreglo.

—Lo hemos hablado cientos de veces contigo. Ha sido tu decisión y son tus consecuencias. Tienes que afrontarlas.

—No puedo afrontar perder a tu madre. Voy a ir a hablar con ella, ¿dónde está?

—Se ha ido a casa de su hermana. Creo que no es buena idea. Además, debemos irnos en un rato. Ana y Jano nos están esperando.

Lo había olvidado. Habíamos pedido cita para hablar con el director del centro comercial. Cuando leímos el último punto del escrito, vimos claro que era inviable. En esa norma nos indicaba que todos los comerciantes teníamos que usar una carpa de unas dimensiones determinadas y que ya no se podrían montar las paradas con hierros. Nos preocupaba que estábamos en una zona de mucho viento y las carpas saldrían volando en cuanto soplara poniente. Pero lo que sí salió de la reunión con el director fue la sorpresa que nos llevamos.

Nos encontramos con Ana y Jano en las oficinas del centro comercial. Carlos, el director, nos esperaba en su despacho y nos hizo pasar enseguida.

—Imagino por qué estáis aquí. Sabía que las penalizaciones no iban a sentar muy bien.

—No estamos aquí por las penalizaciones, aunque evidentemente no es algo que nos agrade. Nos parece una postura muy infantil que poco va a mejorar la convivencia y los malos resultados de las ventas futuras. Estamos aquí por algo que nos preocupa aún más: las carpas. El viento sopla muy fuerte, sobre todo en nuestra zona y

en la del mirador. Las carpas saldrán volando —afirmé con seguridad.

—Por eso hemos seleccionado un tipo en concreto. Son carpas fuertes, que tienen una estructura férrea y llevan cortavientos.

—Las hemos mirado en internet —argumentó Jano—, y son calcadas a las que tenemos en Estepona. Allí no hace ni la mitad de viento y lo pasamos muy mal los días que sopla con fuerza. Por eso sabemos de lo que hablamos. Esas carpas no son adecuadas para este mercadillo.

—Ernesto ha estudiado a fondo nuestro mercado. Es un hombre con experiencia. Ha organizado exposiciones en París, Londres y Ámsterdam. Creo que vamos a ganar con el cambio. Ahora el mercadillo no está uniforme, no se ve equilibrado visualmente. Ambas partes somos conscientes de que el corte de la carretera ha sido un duro golpe. Y todos nuestros esfuerzos son para mejorar. Detrás del papel que se os ha dado, hay muchas horas de trabajo, de buscar la fórmula para reflotar el mercado. Solo espero que lo valoréis y que colaboréis.

—¿Y todo pasa por nosotros? ¿El centro comercial no propone ninguna acción para mejorar la afluencia? Alguna campaña de publicidad en las redes sociales, anuncios en las guías turísticas… Se me ocurren muchas cosas que se pueden hacer desde este despacho, además de ponernos multas por llegar cinco minutos tarde. Con eso lo único que vais a conseguir es que nos demos tortas por los aparcamientos y que se forme un caos en la carga y descarga. —Ana estaba muy enfadada—. Tampoco entendemos lo de las nuevas marcas. Hay comerciantes que llevan treinta años en

el mismo sitio y nunca han tenido un problema de apropiación de terreno por parte de sus vecinos.

—Pues es muy fácil de entender —se defendió el director—. No todas las paradas miden igual. Algunos puestos son más grandes que otros. Y eso no es justo.

—Es todo lo contrario —intervino mi hija—. Si Carmen tiene el puesto más largo del mercado es porque dentro de su plaza hay una palmera que le quita mucho sitio. Si no lo tuviera así de grande, no podría colocar su mercancía.

—Pues tendrá que aprovechar la palmera para exponerla. A partir de este sábado, los puestos van a estar medidos y todos serán exactamente iguales.

—¿Qué se está haciendo para que se vuelva a abrir la carretera? —preguntó Jano visiblemente molesto.

—Hemos rellenado una instancia en el ayuntamiento, pero nos han contestado que son temas de seguridad ciudadana y que no la van a abrir al público. No podemos hacer nada más.

Carlos dio por terminada la reunión. Se levantó de repente y nos indicó la salida. Nuestro nivel de frustración era muy alto cuando salimos a la calle.

—Apuesto lo que quieras a que la empresa de carpas tiene algo que ver con el tal Ernesto. O es suya o de un familiar. Va a hacer el agosto con nosotros. Sesenta carpas a quinientos euros cada una son treinta mil euros —calculó Ana.

—Las nuestras no, desde luego. Voy a buscar unas idénticas por internet y, aunque sean más caras, las voy a comprar en otro comercio —afirmó Jano.

—Avisa cuando las encuentres y compramos cuatro, lo mismo nos hacen un descuento. Las medidas no te digo que no, pero obligarnos a comprar en una tienda suena a chiringuito sacapasta muy descarado.

—Me preocupan muchas cosas, pero sobre todo me preocupa la zona del mirador. Nosotros podemos amarrar nuestras carpas unas a otras y conseguir un poco más de estabilidad, pero allí, que están solas, lo tienen muy complicado. Por no hablar de Carmen, que tiene el sitio con más ventolera. Si ella pone una carpa, el primer día de viento se queda sin ella —comenté.

—Tenemos unas pesas que utilizamos en Estepona. No son la panacea, pero algo hacen.

Nos marchamos con una sensación de frustración que no era un buen augurio.

Fui todo el camino callado, pensando en cómo solucionar las cosas con mi mujer. No tenía ni idea de por dónde empezar, así que le pedí consejo a Mara.

—Creo que tienes que darle tiempo. Está muy enfadada, y con motivo. Tiene toda la razón en lo que te recrimina. A ver cómo amanece mañana y vamos viendo.

No había pasado ni una sola noche de mi vida separado de ella. Me fui a dormir sin cenar. No quería vivir el resto de mi vida así, con una cama grande y vacía. Aunque al principio pensé que su respuesta había sido desmesurada, poco a poco fui recapacitando y di importancia a lo que ella sentía.

Solo tenía clara una cosa: no quería dormir el resto de mi vida sin ella.

24
Mara

La rutina me fue ayudando a mejorar las clases, pero los avances eran muy lentos. No podía trabajar los conceptos básicos al ritmo que me hubiese gustado.

Cuando llegábamos al cole, mis amigos y yo pasábamos por la tienda de comestibles de Kiko. Comprábamos agua y algo de comer para media mañana. Aunque podíamos llevarlo de casa, la parada era obligatoria como lugar referente y fuente de información. Allí nos enterábamos de los chismes del barrio. El vendedor nos contaba qué familias no iban a asistir aquel día porque habían tenido redada o porque habían asistido a una fiesta de cumpleaños que se celebraba por todo lo alto hasta altas horas de la madrugada. Kiko era muy amigable y nos contaba las cosas con tanta gracia que siempre entrábamos al colegio de buen humor. Aquella mañana bromeamos sobre un chichón enorme que tenía el tendero en la cabeza.

—Tengo la cabeza dura —rio mientras nos lo contaba—. Pero la caja de seis botellas de dos litros de refresco era aún más dura. Y de la cabeza bajó a la espalda. Me duele a rabiar. Hoy vais a tener un buen día. Las salamanquesas no van a ir. Se ha pedido uno de sus hijos y están todos en Jerez. Ellos son los culpables de que tenga

este golpe en la cabeza; me metieron prisa para que les diera las bebidas y me tiré la caja encima.

Nos marchamos al colegio sonriendo.

Aunque el clima de mi clase había mejorado mucho, no era el adecuado. Carmelilla necesitaba llamar continuamente la atención y tenía que ser la ganadora en todo. Si no era la primera en los juegos o en la fila, las rabietas se escuchaban en todo el barrio. Yeray no dejaba de pegar, y me sentía frustrada ante el poco efecto que había surgido la tutoría con su madre. Los desayunos no habían mejorado y la ropa seguía siendo inadecuada. Un yogur y un refresco de cola era lo más equilibrado que había llevado al colegio desde nuestra conversación. Y Rubén no dejaba de hablar sin parar. Sus estereotipias desesperaban a sus compañeros, que las vivían como algo molesto. Y para colmo, la hora del desayuno era una lucha constante para que no se comiera los bocadillos de los demás. Algunos, los más espabilados, cuando no querían seguir comiendo, se lo daban para que la prueba del delito desapareciera.

Aquella mañana estaba un poco nerviosa. Se celebraba una misa de inicio de curso en la que participaba todo el colegio. Nosotros también estábamos invitados.

—No entiendo qué hacen los niños de tres años en una misa, de verdad. Me parece una pérdida de tiempo y de energía, porque, decidme, cómo consigo que veinticinco críos permanezcan sentados en unos bancos escuchando algo que no les interesa —me quejé a mis amigos en nuestra reunión de equipo.

—Tranquila, Mara, no será para tanto, ya verás que se portan muy bien. Yo iré contigo y me pondré detrás con los de sexto para echarte una mano —dijo Maru.

—El objetivo no es que escuchen la misa. El objetivo es que conozcan la iglesia y que formen parte del colegio. Nadie te va a exigir que estén atentos —aclaró Peter sin conseguir calmar mis miedos.

Aunque nos acompañaron los alumnos mayores, salir del colegio y bordear la carretera me pareció una experiencia terrible. Temía que alguno saliera corriendo y no me diera tiempo a cogerlo.

Y, como había pronosticado, la misa fue una actividad inolvidable. No fui capaz de mantenerlos sentados. Yeray empujó y echó al suelo a una compañera, y el llanto de la niña se convirtió en el centro de atención. La saqué fuera para calmarla y la cosa mejoró unos instantes, hasta que dos de mis alumnos decidieron que se querían ir con sus respectivas madres y me contagiaron la pena: yo también quería irme con la mía.

La misa, esa ceremonia que iba a ser corta y que tan solo pretendía acoger a todo el colegio, duró la hora y media más larga de mi vida. El micrófono del señor cura no funcionaba y los alumnos de secundaria se burlaban sin cesar hasta provocar la ira de los maestros, que no conseguían el silencio deseado. Y en medio del caos estaba yo, intentando sentar a unos niños que lo único que querían eran subirse al banco para saltar.

Maru se pasó toda la hora ayudándome. Trató de que los niños aburridos no inventaran travesuras con los objetos de la iglesia. No pudimos evitar que uno, ya harto, saliera corriendo hasta el altar y atropellara un jarrón enorme lleno de flores que debía de costar tres veces mi sueldo. La mirada que me echó Diego me anunció que me iba a caer una bronca de las buenas. Estaba recogiendo los pedazos del florero y calmando a mi alumno de espíritu libre cuando otro se

subió sobre la imagen de Jesús y lo abrazó con pasión mientras le pegaba sus mocos verdes en los pies. Fui a coger una toallita para limpiarlo, pero el grito del cura diciéndome «¡No lo toques!» se escuchó en diez kilómetros a la redonda.

A punto estaba del llanto y muy poco me faltaba para tirarme al suelo y llorar como uno de mis niños, cuando ocurrió algo inesperado que empeoró aún más las cosas. Yeray y Carmelilla decidieron salir del banco a jugar y no pude evitarlo. Se lanzaron contra el cura, y la niña se enredó en sus faldas y lo derribó. Las risas de Yeray resonaron en toda la parroquia contagiando al colegio entero. Tan orgulloso estaba el pobre hombre de que no había vertido el vino del cáliz que sostenía en la mano que se olvidó de que estaba rozando los ochenta y sus huesos eran frágiles. No se pudo levantar. Tuvieron que llevarlo al hospital.

Peter y Maru se me acercaron en cuanto pudieron para consolarme, pero nada de lo que me dijeron podía hacerme sentir mejor. Tenía unas ganas de llorar que no podía aguantar. Me sentía la peor maestra del mundo, en el sitio equivocado y sin fuerzas para seguir.

Cuando coincidí en el recreo con Marina, me calmó y me animó.

—En la promoción pasada, uno de los míos, que entonces tenía tres años, cogió una vela del altar y, ante los ojos de todo el colegio, prendió fuego a las cortinas. Tuvimos que evacuar y llamar a los bomberos. Hoy el día ha estado bien. Los tuyos se han portado genial. Estos niños son así, tienes que estar preparada para todo tipo de experiencias. En Navidad los llevamos a ver el belén y tardaron cinco segundos en crear un desierto árido en el portal. Lo derribaron todo —contaba mi amiga entre risas—. Se llevaron en los

bolsillos todas las figuritas del portal. Cuando nos dimos cuenta, tuvimos que ir a devolverlas. No te sientas mal. Todo el mundo ha visto que has hecho lo que has podido. Si ellos siguen pensando que es una actividad adecuada para un principio de curso de tres años, no es nuestra culpa. Estamos hartas de decir que no lo es. Tienen que asumir las consecuencias de las decisiones que toman.

Isa, mi otra compañera, también me animó. Ellas habían pasado por eso muchas veces y sabían cómo me sentía. Me reconoció que ya había superado el estrés que le provocaba durante los primeros años y que ahora no se alteraba. Era creíble, pocas cosas podían perturbar a Isa, se lo tomaba todo con una tranquilidad envidiable.

Para colmo, aquella tarde teníamos claustro. Hubiese dado lo que fuera por no asistir. Sentía como todos mis compañeros me miraban y mis mejillas se sonrojaban. Menos mal que Damián me echó una mano.

—Quiero hacer una propuesta. Como la clase de tres años tiene unas características especiales y estaba trazada una línea común de apadrinamiento lector, propongo que empecemos ya a realizar actividades tutorizadas. Si las adelantamos, creo que eso puede contribuir a que esos niños se integren. A los míos de sexto les vendrá bien esa responsabilidad y podemos comenzar por ayudar en la adaptación, como un paso previo a lo que estamos preparando.

Se acordó que la actividad sería de quince minutos al día, y yo propuse que se hiciera en la hora del desayuno, el rato más caótico que tenía. Damián y yo quedamos en vernos alguna tarde para preparar el proyecto. Por el camino tuve que aguantar la burla de mis compañeros.

—En tu casa. Para preparar un proyecto. Qué bonito, Mara, qué suerte tienes —comentó Maru risueña.

—Muchísimas gracias por vuestra ayuda, os recuerdo que he tenido un día horrible y que sois los mejores amigos del mundo.

Cuando llegué a casa, mi hermano me estaba esperando sentado en el porche.

—Esa cara necesita un helado de chocolate —le dije mientras le alborotaba el pelo.

Cogí un litro de helado de la nevera y dos cucharas, y abrí la sombrilla para que nos diera un poco de sombra.

—¿A qué hora terminas en ese colegio? Si es casi de noche ya. He venido a ver al *papa* y está hecho polvo. Susi dice que en el mercado estuvo hoy callado, que apenas le habló. Estoy preocupado. ¿Crees que la *mama* va en serio y se van a separar?

Le sonreí. Mi hermano siempre me había provocado una ternura inmensa. Desde pequeño lo había cuidado y mimado a partes iguales. No entendía cuándo se había convertido en un adulto que se preocupaba por los problemas de los mayores. El niño se había transformado en un hombre que cuidaba de su familia.

—Claro que no. Está intentando darle un escarmiento y que se tome en serio su salud. Pero no se va a separar.

Mi hermano metió la cuchara con tanta fuerza en el helado que traspasó el corcho. Los dos reímos.

—No quiero que el *papa* lo pase mal. No lo hace con mala intención, es que no puede evitarlo.

—Tiene que conseguirlo, es por su salud. Si no lo hace, nos va a dar un susto cualquier día de estos. La *mama* sabe lo que hace. No te preocupes.

—También hay otra cosa que me preocupa, pero no sé si debo contarlo.

—Pues has empezado muy mal. Es Susi, ¿no?

—¿Tú también te has dado cuenta? —preguntó mi hermano extrañado.

—Claro. Es muy evidente. No quiere seguir con la boda. Y yo sé por qué.

—Siente algo por Jano. Y Jano siente algo por ella. Tenías que ver cómo se miran. Creo que Ana también se ha dado cuenta.

—Le toca tomar una decisión. Nosotros lo único que podemos decirle es que estamos aquí y que la apoyaremos decida lo que decida.

—Lo he hablado con ella, pero no lo admite. Dice que es su amigo. Y de ahí no la sacas. Pero yo conozco a nuestra hermana, y se ha enamorado de él. Aunque entiendo que sea difícil de asimilar. Son amigos desde hace mucho tiempo, y que surja así, de repente, pues debe de ser raro.

—Quizá tenga que descubrirlo todavía. Lleva muchos años con su novio. No es un paso fácil. Pero es un indicador de que no estaba enamorada de él. Y mejor ahora que cuando esté casada y con niños, ¿no te parece? Le va a costar mucho dar el paso.

—A mí me costó romper con mi primera novia cinco minutos —dijo riendo.

Recordaba perfectamente esa historia. En la secundaria, mi hermano se enamoró de una compañera de su clase, una chica rubia de ojos azules. Fue muy divertido verlo obnubilado, con una sonrisa perenne que no se le borraba ni de noche ni de día. Todo iba bien hasta que alguien le descubrió a la novia que mi hermano era

gitano. Ella lo negó y aseguró delante de todas sus amigas que nunca saldría con un gitano. Mi hermano se enteró y tardó cinco minutos en ir a buscarla para terminar la relación.

—No todo el mundo tiene tu fortaleza —bromeé.

—¿Y tú? ¿Cómo vas con Manuel?

—Despacio. Vamos muy despacio. Somos muy distintos y adaptarnos nos va a costar un poco. Además, tengo tanto trabajo que apenas nos vemos.

—Nunca lo he visto tan feliz. Sabes que Manuel siempre ha sido especial para mí. Cuando era pequeño me trataba con mucho cariño, y eso no puedo olvidarlo.

—Te compraba las estampas y te daba monedas para ir al quiosco, lo recuerdo perfectamente.

—Y cosas que hacía a escondidas que tú no veías. Compraba caramelos Drácula y bombas de chicle y me los daba cuando nadie nos veía —rio mi hermano.

—Eras el más pequeño de la familia. Todos te mimábamos.

—Me alegra que estés con él. Creo que vais a ser muy felices. Y te voy a reconocer una cosa, Jano también me gusta mucho. Es un tío legal, diferente. Ya puede pasar por delante la chica más guapa del mundo que le da exactamente igual. Es un tío con personalidad que sabe apreciar el interior de las personas.

—Jano es todo un personaje. Pero a mí también me gusta. Es una de las personas más bondadosas que he conocido nunca.

—Oye, ¿te parece si llevamos al *papa* al chiringuito a cenar? Lo mismo le ayuda un poco —me preguntó mi hermano.

—Déjame que me dé una ducha y me ponga algo decente. Llama a casa, anda, para que no te esperen.

A mi padre le costó un poco aceptar la invitación. No quería que nadie le preguntara dónde se encontraba su mujer. Pero le convencimos de que dijera que estaba con su hermana, así no mentiría.

Ni el pescado frito ni los postres con los que mi prima Zaira le tentó le levantaron el ánimo. No eran buenos tiempos para él. Y yo sentía en el alma no poder ayudarle más.

—Recuerda que mañana por la tarde tienes la primera reunión con los futuros mediadores —le dije al despedirnos.

—No lo he olvidado. Voy a irme en el tren, para no llevarme la furgoneta, y luego me vengo con vosotros.

—Puedes irte con la Redonda, que va a mediodía para la casa de su hija. Tiene que recoger a su nieta de la escuela infantil. Vive muy cerca del cole. Así comes con nosotros. Solemos salir fuera, a un pequeño bar de menú que hay cerca.

Mi padre se metió en la casa. Sabía que no llevaba muy bien la soledad y dudé si quedarme con él un rato. Opté por dejarlo solo para que pensara en cómo solucionar las cosas con mi madre. Estaba segura de que algo se le ocurriría.

Llamé a mi hermana. Quería hablar con ella, pero no me cogió el teléfono.

Fui a casa de Manuel a saludarlo.

—Quédate esta noche conmigo —me pidió.

—No puedo. Si me quedo, no dormiré y mañana no podré con mi cuerpo. Y necesito ir después a echarle un ojo a mi padre. El día será largo.

—¿No crees que tu madre se está equivocando? —me preguntó transparentando su opinión.

—No soy nadie para juzgarla. Ella es mayorcita para saber lo que tiene que hacer.

—Claro, pero huir nunca es la salida. Los problemas siempre hay que enfrentarlos de cara. Si abandonas a la persona que quieres, no hay solución —argumentó.

—Lo mismo hay problemas que se ven mejor desde la distancia.

—Tu padre lo está pasando muy mal, Mara. Seguro que hay otra manera de solucionar las cosas.

Después de debatir durante unos minutos, me marché contrariada. Analicé el argumento de Manuel; aunque no tenía muy claro el porqué, me había desagradado. En todo momento había sido correcto y se había expresado con coherencia, pero me pareció que su opinión era sesgada y no tenía en cuenta las necesidades de mi madre. Intenté explicárselo, pero me encontraba con un muro. No fue capaz de empatizar con ella. Eso me desesperó. Supongo que Manuel no había tenido nunca una figura femenina que le expresara sus sentimientos y sensaciones, y por eso le era totalmente desconocida.

Cuando estaba a punto de meterme en la cama, sonó mi teléfono.

—Hola, hermanita, ¿puedo ir a dormir a tu casa? —me preguntó conociendo la respuesta.

Media hora después estábamos las dos en el salón, mi hermana llorando por la relación que había finalizado y yo preguntándome si no me vería de la misma manera muy pronto.

25
Paco

Cuando llegué al colegio, mi hija estaba preparándose para salir a comer con sus compañeros. Se unió a nosotros un profesor que no conocía y que me pareció muy educado y correcto, en especial con Mara, a la que no quitó ojo ni un solo instante.

No tenía mucho apetito, pero hice un esfuerzo y me pedí un menú. Desde que Nena se había ido, no conseguía dormir ni comer con normalidad. Mi hija no se encontraba mucho mejor. Tenía signos de cansancio que no había visto nunca. Sus ojeras eran pronunciadas y su semblante serio no se iluminaba con su sonrisa. Le estaba costando mucho que sus alumnos le prestaran atención. La veía en casa inventando material llamativo para sus clases. Creaba peces de colores con limpiapipas para que los niños los pescaran en barreños, números gigantes de purpurina que servían de disfraz y láminas interminables con formas y letras. Yo tenía alguna pista de cuál era el origen del problema. Todos sus alumnos, sin excepción, tenían un dispositivo electrónico. Niños de tres años con un móvil o una tableta en propiedad que manejaban con soltura. Sin límite de tiempo, sin restricciones y sin censura. Todo era rápido, inmediato, sin esperas. Sin utilizar la paciencia. Sin jugar con nadie, sin establecer esas relaciones tan necesarias para desarrollar la

empatía. Y los padres solo veían en esa alternativa de ocio un tiempo de calma y descanso. Ahí se estaba perdiendo la mayor riqueza que teníamos. La máquina no era el demonio, lo era la cantidad de horas que esos críos le dedicaban. Y así no disfrutaban de las experiencias esenciales de la infancia. Yo no era ni mucho menos un gurú de la educación, pero algunas cosas me resultaban evidentes.

En el restaurante nos atendieron con una rapidez asombrosa y en cuarenta y cinco minutos ya estábamos de regreso. No me preocupaba la reunión con los chavales, tan solo quería conocerlos y contarles los cuatro fundamentos básicos de la mediación. Había pensado que cada uno pusiera luego en común rasgos característicos de su cultura. Mara, que trabajaba por la tarde, se ofreció a venir conmigo, lo que también me dio mucha seguridad. No tuvo que actuar; los chicos se portaron muy bien y salí muy satisfecho de la primera formación. Utilicé un lenguaje cercano, les expliqué con ejemplos cuál sería nuestro trabajo y noté el entusiasmo de todos. Tendríamos una reunión semanal los martes por la tarde, en la que decidiríamos con qué familias debíamos intervenir e iríamos valorando cómo iban las mejoras. Todos eran exalumnos que estaban encantados de participar en la experiencia. Se me ocurrió que también podían mediar, a modo de prácticas, en los conflictos que surgieran entre los alumnos de primaria, y les pareció genial. También acordamos que realizarían actividades en infantil, las horas que en un principio tuvieran libres. En su papel educativo podían hacer un acompañamiento a aquellos alumnos que por sus circunstancias lo necesitaran. De regreso a casa, les conté a Peter y Maru lo contento que estaba con mi grupo, y ellos me

invitaron a que participara en las reuniones del equipo pedagógico. Me sentí muy halagado con la petición. Que contaran conmigo me hacía sentir valioso, y en ese momento, en que la separación me estaba afectando tanto, todo el tiempo que estuviera ocupado era bienvenido.

—Mañana tenemos convivencia —recordó Mara—. No sé muy bien qué convivencia voy a hacer con mis alumnos, si no consigo que vayan al baño solos. No acabo de entender por qué todo empieza en tres años cuando el periodo de adaptación debería ser sagrado.

—Háblalo con Diego —le recomendó Peter—. Creo que el enfoque está en que lo cambies de fecha, no en que lo anules. Visto lo visto en la iglesia, no creo que se oponga. Arguméntale que estás trabajando las rutinas y que se rompan no te beneficia.

—No sé si es buena idea. No me tiene mucha simpatía. Se queda escuchando en la entrada para ver si rezo con mis niños. Es evidente que no voy a rezar con unos críos que no saben hablar. Solo entiendo a seis de veinticinco. Por otro lado, tengo niños musulmanes y niños evangelistas. No me parece justo mostrar solo la religión cristiana.

—Estás en un colegio cristiano, no lo olvides —le recordó Maru—. Los padres conocen cuál es el ideario y saben que rezan todos los días.

—No puedo, Maru. Es más fuerte que yo. Sé que tengo que dar religión y que tengo que enseñarles a rezar. Pero te juro que no puedo. Siento que estoy haciendo algo que no debería hacer. No sé explicar lo que me ocurre, pero me veo como una impostora. Quizá debería darle una vuelta y que todo sea más lúdico, más infantil. En definitiva, más adecuado para su edad.

—Igual que les enseñas la religión cristiana, enséñales las otras. Hay canciones evangelistas muy bonitas que te pueden servir de rezo, y seguro que mi mediadora puede aconsejarte alguna canción musulmana —aporté.

—Tienes razón. Todo se me hace cuesta arriba. Mañana me vengo en mi coche, tengo una reunión con los padres de mi Carmelilla. Resulta que no pueden venir a otra hora porque hacen directos en TikTok. Es que si me lo dicen no me lo creo —comentó Mara.

—¿Es lo que les da de comer? Entonces es fácil de entender. Lo que no tengo muy claro es el daño que le está haciendo esa historia a la chiquilla —argumenté.

—Ya lo hemos valorado —habló Maru—. Y tenemos que intervenir por eso. La niña tiene un comportamiento insoportable. Le están reforzando conductas inadecuadas que se les van a ir de las manos. Lo graban absolutamente todo. Hasta cuando la bañan. Creo que por ahí sí que hay que meter mano, por el peligro que tiene. No va a ser fácil hacerles entender que son carne de cañón para redes de pederastas.

La tarde pasó rápido. Con el trabajo resultaba más fácil la situación. Intentaba ocupar mi tiempo para no echar tanto de menos a mi mujer. Tenía que preparar el disfraz del sábado y quería llevar también un par más, por si algún comerciante cambiaba de opinión y se unía al resto a última hora. Al llegar a mi casa, nos dimos cuenta de que Nena estaba con su hermana en el salón. Mi cuñada se fue con Mara para dejarnos un poco de intimidad.

—Me alegro de verte —le dije nervioso como un colegial.

—He venido a recoger mis cosas —contestó muy fría.

—No quiero que te vayas. Necesito que vuelvas, me estoy volviendo loco. No quiero vivir sin ti —solté de repente.

—No voy a volver. Hemos tenido esta conversación cientos de veces. No voy a ser testigo de cómo te matas. Tienes que tomarte una pastilla diaria para nivelar el azúcar y luego te atiborras a mis espaldas. No sabes lo que duele eso. No puedo quedarme aquí y ver cómo te da un yuyu. No eres consciente de lo mal que lo pasé. Y sé que se va a repetir en dos días.

—Lo sé. Tienes toda la razón. Voy a cambiar, te lo prometo.

—¿Sabes cuántas veces me has prometido lo mismo? Cientos de veces. Y ¿cuántas veces lo has cumplido? Ninguna. El médico te lo dejó muy claro. No puedes jugar con tu salud: si no dejas de comer azúcar, sufrirás serias consecuencias. Y yo no voy a hacerme cargo de esas consecuencias por tu actitud infantil. Si acabas en una silla de ruedas como tu padre, o en algo peor, yo seré la que me lo cargue a las espaldas. Estoy cansada de ser tu madre y tu enfermera. Estoy cansada de que te rías de mí.

—Yo no me río de ti. Nunca me he reído de ti. Eres lo más importante de mi vida.

—Pues has tenido una bonita forma de demostrarlo. Voy a quedarme a vivir con mi hermana. Te ruego que no me llames ni me mandes mensajes si no es para algo referente a nuestros hijos.

—Tengo que respetar lo que me dices, pero quiero que sepas que voy a demostrarte que he cambiado. Y que me voy a tomar en serio mi salud, tus recomendaciones y tu trabajo.

—Llega unos cuantos años tarde.

Me dejó solo en el salón. No podía creer lo que estaba pasando. Jamás imaginé que Nena me dejaría, que se iría de nuestra casa. La

había visto tan segura de su decisión que estaba asustado.

Mara entró sin hacer ruido. Me di cuenta de su presencia cuando estaba a mi lado.

—No ha ido muy bien, por lo que veo.

—No, Mara, creo que se ha ido para siempre.

—*Papa,* no se ha ido para siempre. Está intentando que seas consciente de cuánto te quiere y de cuánto te necesita. Lo hace para que te tomes tu salud en serio.

—¿Crees que va a volver? —pregunté esperanzado.

—Claro que va a volver, en cuanto hayas recapacitado y te hayas tomado en serio tu alimentación. Todas las semanas tenéis una riña por el mismo tema. Tienes que concienciarte de tu problema.

—No sé cómo puede ser tan buena encontrando cosas.

—Ha tenido mucho entrenamiento, tres hijos y muy poco espacio. Y lleva años ensayando la habilidad contigo.

—Me quedó más tranquilo con lo que me dices, hija. Gracias.

—No debería de habértelo dicho, pero no puedo verte sufrir.

—Ayúdame a preparar el disfraz del sábado. Estoy buscando los de mi cumpleaños, pero no doy con ellos.

—Las pelucas y los demás accesorios están en mi casa, en el altillo de mi armario. Puede que haya unas ocho, con las de mis hermanos, que también las guardaron allí, y creo que Coral también me dio la suya. Yo tengo un vestido blanco que me puede servir. Y unos pantalones de campana que puedo llevar para Ana o Jano.

—Me quiero poner lo mismo que me puse en mi cumpleaños, pero el pelucón habrá que lavarlo. Hay que buscarle un disfraz a Modou.

—Modou no necesita una peluca. Le viene de fábrica, pero Paquito puede dejarle su disfraz. Padre, no inventas nada bueno. Vas a liar

una que no te quiero contar. Verás el encargado cuando nos vea a todos disfrazados de los años sesenta. Debimos decírselo a Carlos. Al menos así estaría preparado.

—Qué va, hija, es mejor así. En este mercadillo es mejor pedir perdón que pedir permiso. Lo aprendí hace mucho. La semana que viene es de princesas Disney. Tienes que pedirme por internet un disfraz de Esmeralda que no sea muy caro. Mara, ¿qué más te preocupa?

—Nada, solo me preocupa mi clase. No puedo más, estoy agotada. No alcanzo a captar su atención y salgo muy frustrada. Tampoco acabo de encajar con los padres. Tengo un niño con necesidades educativas específicas y no consigo que su madre me escuche. Solo ve lo inteligente que es y que se parece a ella en el carácter. No asume que su hijo es TEA. No se relaciona con los demás y muestra movimientos estereotipados. Además de tener obsesión por los dinosaurios y ninguna sensación de saciedad. Debo tener cuidado o se come el desayuno de sus compañeros.

—No es fácil, hija. Quizá el enfoque debe ser otro. No te obsesiones con la etiqueta. Puede que esa madre no acepte lo que su hijo tiene, pero conoce sus limitaciones. Parte de ahí, ayúdale a que crezca. Cuando tenga confianza contigo, te escuchará. Llevas muy poco tiempo en su vida.

—No lo sé. Quizá tengas razón. ¿Quieres que vayamos a cenar a algún sitio?

—No te preocupes, no tengo apetito. Se me ha ocurrido algo para que tu madre vuelva. No sé si va a funcionar, pero voy a probar.

—Miedo me das. Descansa, que mañana madrugas.

Cogí mi vieja libretilla y apunté lo que me daba vueltas en la cabeza.

Tenía que funcionar.

26
Mara

Me levanté de mal humor. La noche anterior, Manuel y yo habíamos discutido. Quería ir a cenar y yo no tenía fuerzas para ducharme y arreglarme. Me reprochaba el poco tiempo que le dedicaba y no le podía quitar la razón. Le pedí que se quedara en casa, que prepararía la cena y pasaríamos un rato juntos. Todo iba bien hasta que Damián comenzó a mandarme mensajes con ideas para trabajar al día siguiente en el aula. No había tenido tiempo para quedar con él, y hacerlo de forma remota me pareció una buena idea. No podía recibir a sus alumnos sin haber preparado nada. Pero a Manuel le molestaba que nuestra conversación se interrumpiera cada dos minutos por un mensaje que debía contestar. Me sentía entre la espada y la pared. Sabía que le molestaba, como era lógico, pero Damián tenía que venir por la mañana a mi clase y no habíamos coordinado nada.

—Mara, no sé quién es Damián, pero es afortunado por disfrutar de tu atención. Me voy a casa, creo que he captado cuál es tu prioridad ahora mismo.

Intenté que no se marchara, pero fue inútil. Le expliqué que se trataba de un compañero que me estaba ayudando, pero no conseguí retenerlo. Me sentía mal por ello.

Desde que había comenzado en el colegio, no era yo misma. El cansancio me podía y la frustración de no lograr un clima adecuado me malhumoraba. Estaba aprendiendo a disfrutar de mis alumnos, a respetar sus espacios, a deleitarme con sus caritas cuando ponía una canción de flamenco. Ya había varios niños que identificaban el color rojo, y a ratos sentía que no estaba todo perdido. Comenzaba a mirar el entorno con otros ojos. El barrio era un mundo aparte, distinto a todo lo que había conocido antes. La pobreza estaba llena de matices que se me escapaban y tenía que empezar a valorar. Aquella misma mañana me di cuenta de que dos alumnos llevaban un desayuno similar. Cada uno portaba en su talega la mitad del mismo bocadillo y un zumo repartido en dos botellas de agua. Eran vecinos y seguramente a uno de los dos no le alcanzaba el dinero para la comida. Supuse que una de las madres estaba compartiendo el desayuno de su hijo con la otra. Me pareció un gesto precioso que me invitó a comprar zumos y desayunos variados para casos de emergencia. No era la primera vez que me pasaba, que un niño no trajera desayuno o que este fuera escaso, pero lo había solucionado dándole el mío. También observé que algunos niños tenían muy poca ropa. Una de mis alumnas venía siempre con la misma camiseta y la misma faldita vaquera. En cambio, otras familias nunca repetían modelo, como el caso de Carmelilla, que vestía ropa distinta cada día.

No había tenido muchas oportunidades de pasear por el barrio, pero era fácil enterarse de las cosas que ocurrían por los comentarios de los compañeros y por los aportes de Kiko, que cada mañana nos ponía al día. Llegué temprano y Luisa, la limpiadora, me abrió la puerta con una sonrisa. Era un encanto de mujer. En la

sombra llevaba el funcionamiento de todo el colegio. Abría la puerta, limpiaba los desastres y se ocupaba de llamar a los padres cuando los niños estaban enfermos. A veces, si el tiempo se lo permitía, nos traía una infusión con un pequeño bollo de pan con aceite, de los que sobraban en el comedor y que ella tostaba con cariño. Sabía dónde se encontraba cada objeto que podías necesitar y siempre estaba dispuesta a ayudarte. Era del barrio, conocía a todas las familias y sus informaciones resultaban muy válidas para mí.

—Qué temprano llegas hoy, acaba de entrar secundaria.

—Es que tengo cita con los padres de mi Carmelilla. Por favor, me avisas cuando lleguen, estoy en mi clase —le pedí con amabilidad.

—Empiezas el día fuerte, muchacha. Ahí poco tienes que rascar —me comentó con preocupación—. Y mira que es una familia buena, de las mejores. Pero la fama hace mucho daño…

La tutoría a la que me iba a enfrentar no era nada fácil. No tenía muy claro cómo decirles a unos padres que su hija se comportaba como una pequeña tirana que manejaba a sus compañeros a su antojo. Para nada fue como esperaba. Mis objetivos y mis argumentos acabaron en el cubo de la basura.

—Muchas gracias por venir. —Les ofrecí asiento—. Quería hablar con vosotros sobre ciertos aspectos que están dificultando el desarrollo de vuestra hija.

Los dos me miraron expectantes.

—Carmelilla necesita ganar y ser la primera siempre, y eso le dificulta el aprendizaje —proseguí—. Cuando no es la primera en participar en una actividad, la rabieta es tan descomunal que no puedo seguir trabajando. Se cierra en banda y no hay manera de que ni ella ni ninguno podamos continuar con la clase.

—Sí, es que ella tiene que ser la primera. Es que es una estrella, maestra, tiene más de un millón de seguidores.

—Tengo veinticinco estrellas brillando en mi clase cada día —argumenté—. Para mí todos son importantes. Y por eso estamos aquí. Os he llamado porque Carmelilla me preocupa. No sabe perder y no acepta las normas. Y eso le perjudica en el desarrollo. Y no es algo que yo pueda solucionar sola, necesito de vuestra ayuda.

—Es que yo no quiero que mi hija pierda —afirmó el padre con seguridad.

—En la vida es tan importante saber perder como saber ganar. Si no se aprende a perder, hay emociones que no se van a canalizar de forma apropiada. Como, por ejemplo, la frustración y la ira. Yo estoy convencida de que quieren lo mejor para ella, y lo mejor es que gestione sus emociones adecuadamente.

—Claro que queremos lo mejor para ella. Antes teníamos muchas necesidades y, ahora, desde que sale en el TikTok, todo nos va muy bien. Si le dan rabietas, pues qué le vamos a hacer. Es verdad que tiene muchos juguetes y mucha ropa, lo que yo no tuve. Ya aprenderá a perder cuando sea mayor, no le va a quedar otra —argumentó su padre.

—No es solo eso, creo que no me estoy explicando bien. Que esté expuesta en las redes no es el problema. Eso es una cuestión que ustedes, como padres, tienen que valorar. Yo lo que necesito es que su hija siga las normas y que acepte el no. No puede comer cuando ella quiera ni hacer en cada momento lo que le apetezca. Debe aprender a obedecer y a seguir unas rutinas marcadas por el adulto. Tiene tres años. No puede decidir por ella misma. Es mi obligación hablarles y señalarles lo que creo que su hija puede mejorar. Pero

evidentemente ustedes son los padres. Aunque sí me gustaría dejarles muy claro que en mi clase, en este colegio, durante toda su etapa escolar, su hija va a tener que cumplir las normas básicas de convivencia. Como ustedes entenderán, si ella trae para desayunar un bocadillo de jamón y el niño de enfrente lo trae de paté, ella no puede comerse el del niño porque le apetezca más.

—No, claro que no, pero tú le dices: «Carmelilla, mañana tu madre te lo trae de paté», y me lo comentas y al día siguiente yo se lo echo de paté.

—No tengo inconveniente en hacer eso, pero ella ha de entender que debe desayunar lo que lleva y que tiene que respetar lo de los demás.

—Muy optimista la veo —bromeó la madre—. Mi Carmelilla es una niña muy especial y no es fácil meterla en *verea.* Lo que voy a hacer es traer varias cosas y que se coma la que ella quiera.

No estaba avanzando nada. Tenía que plantearme de nuevo la forma de abordar el problema. Concluí pidiéndoles que tuviéramos la semana siguiente otra reunión, para que así pudieran pensar mientras tanto en lo que les había sugerido. Di por concluida la tutoría cargando una sensación de frustración enorme.

Damián entró en mi clase cuando yo estaba a punto de echarme a llorar.

—Me ha dicho Kiko que no habías pasado a por tu botella de agua y tu desayuno. Me ha dado fruta y frutos secos, que es lo que normalmente compras.

—Gracias, acabo de tener un encuentro con unos padres y no me ha dado tiempo a llegarme. Ha sido horrible.

—Oye. —Se acercó y me cogió la mano entre las suyas—. No te rindas. A veces no se consiguen los objetivos a la primera. Hacen falta muchas tutorías para que las cosas mejoren. No voy a bajar hoy con los míos porque no tengo muy claro lo que vamos a hacer. Si quieres, comemos juntos y lo hablamos.

—No puedo, mi padre necesita mi coche y tengo que llegar pronto.

—Bueno, nos compramos unas pizzas y nos las comemos en tu casa. Así comenzamos mañana.

No pude decirle que no, aunque en el fondo no me apetecía. Quería salir a las dos y desconectar, tirarme en el sofá y leer un libro tranquila.

Esa mañana me di cuenta de que mi estado de ánimo influía en mis clases. Estaba tan preocupada por lo mal que había ido con los padres de Carmelilla que no era capaz de centrarme en la docencia.

A media mañana, un alumno de sexto me trajo un bombón con una nota firmada por mi compañero que decía: «Con chocolate, todo es más llevadero». Me lo comí con una sonrisa e intenté animarme para que mis alumnos no padecieran mi hastío.

Cuando salimos del colegio, Damián se ofreció a comprar las pizzas y yo me adelanté para que mi padre no llegara tarde a arreglar unos asuntos del mercadillo de Estepona. Mis hermanos habían cogido su furgoneta.

Me gustaba hablar con Damián, era optimista y llevaba muchos años en el colegio. Conocía a las familias y me daba pistas de cómo abordar ciertos temas.

—Tienes que buscar el hueco para colarte —me aconsejó mientras nos comíamos un trozo de pizza en mi salón—. Lo importante es que

empieces a acercarte.

—Están totalmente cerrados. No ven ningún problema. Su hija ahora mismo es la fábrica que les da todo lo que soñaron. Pero no me fue mejor con la madre de Yeray el otro día. Esa chica no pasa por su mejor momento. La he visto tres veces, y las tres hemos llegado a acuerdos que no ha cumplido. Y no sé muy bien cómo decirle que su hijo huele mal, que no viene aseado. Ayer trajo para desayunar una bolsa de chucherías de esas modernas, que están deshidratadas. Cuando se lo refiero, su argumento es que no puede, que lo tiene que matar. Y estuve hablando con su hija mayor, Sara. No la vi bien, algo le ocurre a esa niña. No fui capaz de sacarle ni una palabra. Estaba tan triste y demacrada que me preocupó.

—Es una adolescente, habrá roto con su novio o algo por el estilo.

—No lo sé. Me dio la sensación de que quería contarme algo, pero que no se atrevía. Se quedó en mi clase, después de la última tutoría, con la excusa de ayudarme a arreglar los juguetes que su hermano había desordenado. Fue su mirada lo que me llamó la atención. Tenía unos ojos muy tristes, parecía desamparada y perdida. Pero lo único que conseguí arrancarle fueron dos palabras sobre su hermano.

—Encontrarás la manera. Muchas veces es tan fácil como crear lazos, coger confianza. Esa niña ha sufrido mucho. Quiere mucho a su hermano y ve que no pueden con él. Estoy seguro de que ayudarás a que el niño mejore. Verás como pronto confía en ti.

—No es fácil. Esa mujer carga con muchas secuelas y la educación de ese niño le viene larga. Pero me preocupa que a Sara le esté pasando algo. Es solamente una intuición. No sé cómo acercarme a ella, y mira que tengo experiencia con los adolescentes.

—En este colegio todo es algo más complicado. Tampoco es fácil quitar piojos y ya te tocará.

—No me digas eso… —me quejé rascándome la cabeza.

Justo terminé la frase cuando sentí que se abría la puerta de mi casa. Manuel estaba allí con un ramo de flores en la mano. Nos miró durante unos segundos sin saber qué decir.

—Perdón, no vi tu coche y pensé que no estabas. Quería dejarte una sorpresa. Imagino que tú eres Damián —se presentó—. No os interrumpo más. —Soltó el ramo sobre la mesa y salió sin darme tiempo a pronunciar una sola palabra.

—Creo que se ha enfadado —comentó Damián.

—No tiene motivos. Dame un segundo. —Salí fuera a buscarlo para hablar con él, pero su coche no estaba.

Me molestó su postura infantil. Unos minutos de conversación me hubiesen bastado para aclararlo todo. Pero Manuel se empeñaba en complicar las cosas.

Seguimos trabajando durante unas cuantas horas más. El tiempo pasaba muy rápido con un buen conversador que parecía tener la clave de todos mis problemas. Me contó sobre las familias y sobre cómo establecer relaciones cercanas, y me facilitó algunas nociones importantes para defenderme ante la titularidad del colegio, cuando creyera que la actividad no era adecuada para mis alumnos.

Damián les mandó un mensaje a Peter y Maru para que saliéramos a cenar algo, pero estos decidieron comprar comida china y traerla a casa.

No me preocupé por Manuel. Había tenido un comportamiento inadecuado que no estaba dispuesta a tolerar. No hacía nada malo.

Estaba trabajando. Y él sabía mejor que nadie que no lo estaba pasando nada bien.

Al día siguiente iría a hablar con él y seguro que arreglaríamos las cosas cuando se lo explicara.

Les enseñé a mis amigos los disfraces que estaba preparando para el sábado y decidieron probárselos. Pasamos un buen rato riéndonos de nosotros mismos y nos hicimos un álbum completo de fotos para burlarnos el resto de nuestra vida. Nos pitorreamos de nuestras pintas estrafalarias.

Resultó una noche muy agradable. A la una de la madrugada, Maru, que era la más sensata de todos, nos obligó a disolvernos para irnos a dormir. Teníamos que madrugar, y a Damián le quedaba casi una hora de camino.

Justo cuando nos estábamos despidiendo, nos llegó un wasap a todos a la vez. No era extraño que el grupo de los profesores recibiéramos mensajes a horas inapropiadas, sobre todo de los hermanos de la congregación, que nos recordaban algo que tendría lugar a la mañana siguiente.

Esta vez no fue uno de los avisos para que no olvidáramos la preparación de una actividad. Esta vez era algo muy grave.

Una de nuestras alumnas había muerto.

Había sido atropellada por un coche cerca del colegio.

Tenía catorce años.

Me dio un vuelco el corazón cuando leí que se trataba de Sara, la hermana de mi Yeray.

27
Paco

No fue una semana fácil para Mara. La comunidad educativa estaba consternada por la muerte de Sara. Que la atropellara un coche de madrugada fue un añadido que levantó cientos de rumores. Nadie, incluida su propia madre, sabía por qué se encontraba la chiquilla a esas horas en la calle. El misterio crecía en un barrio donde había ojos y oídos por todas partes. Que nadie viera nada, cuando el barrio nunca dormía, era cuanto menos extraño. El misterio levantó chismes de todos los colores que salpicaron a todas las nacionalidades que convivían en él.

—No llevas mucho ánimo hoy, se te nota en la cara. Y encima te voy a hacer disfrazarte —le dije a Mara cuando se subió en la furgoneta.

—No te preocupes, me va a venir bien. Ha sido una semana muy larga. Los niños están muy nerviosos, sobre todo Yeray, que ha tenido unos días terribles. Lo han traído al cole para quitarlo de en medio y el pobre está desubicado. No entendía qué le había pasado a su hermana y me hacía preguntas sin parar que hacían tragarme las lágrimas. No es fácil explicarle a un niño tan pequeño la muerte de un ser querido. ¡Si su madre no se tiene en pie! Menos mal que su abuela les está echando una mano. Es horrible, una niña tan

bonita con toda la vida por delante. No sé cómo se puede superar algo así.

—¿Y cómo se lo has explicado?

—Su madre le había dicho que estaba en el cielo. Así que seguí por ahí. Le dije que tenía un truco y que podía verla siempre que quisiera. Solo tenía que cerrar los ojos y allí estaría.

—No quiero ni imaginar el momento.

—Nadie te dice en la carrera cómo enfrentarte a estas realidades tan duras. Es algo que te coge desprevenida la primera vez que te pasa.

—La madre tiene que estar destrozada. Una niña tan joven, con tanta vida por delante. No sé si eso se puede superar alguna vez. ¿Se sabe algo de quién la atropelló? —pregunté.

—Nada. Se ha abierto una investigación y hay una inspectora haciendo preguntas por el barrio. Creo que el lunes viene al cole para hablar con nosotros. Ninguna niña debería morir así. Lo único que sabemos con certeza es que falleció en el acto. Al menos no sufrió.

—¿Y qué es lo que le pasa a Manuel? —pregunté cambiando de tema.

—¿Qué le pasa a Manuel?

—No puedes contestarme a una pregunta con otra pregunta. Le dije que se pasara anoche, que estaba haciendo sardinas asadas, y me respondió muy serio que no era buen momento. Añadí que había croquetas y no cambió de opinión.

—Lleva días sin hablarme. La cosa no va bien. Tampoco es que le esté dedicando todo el tiempo del mundo.

—No creo que Manuel se moleste porque tengas mucho trabajo. Hay días que él tampoco tiene un minuto libre.

—No es solo eso. El otro día tuvimos una discusión. Estábamos cenando y tuve que atender los mensajes de Damián. No me mires así, eran mensajes de trabajo que no pude evitar. Iba a venir al día siguiente con sus alumnos a mi clase y no estábamos coordinados. Los mensajes cortaban nuestra conversación y no le sentó nada bien. Se enfadó y se marchó a su casa. Y el colmo fue que vino a darme una sorpresa al día siguiente y la sorpresa se la llevó él. Entró a dejarme unas flores, pensando que no estaba en casa, para hacer las paces, y me encontró comiendo una pizza con Damián en el salón. No fue una presentación muy cordial. Y ya para acabar de rematar, me vio volviendo a casa a las siete de la mañana. No quiero ni pensar lo que se habrá imaginado.

—Y no has hablado con él para sacarlo de su error.

—El que tuvo un comportamiento infantil e inmaduro fue él. No tengo por qué ir detrás.

—Claro que no. La señora orgullosa no puede ir a aclarar las cosas. Es más importante tenerlo sufriendo por una tontería unos cuantos días. Tu postura no es menos infantil que la suya. No creo que te costara nada acercarte a su casa, hablar con él y resolver el equívoco. Te recuerdo que estuviste sufriendo por algo que creíste que existía. Deberías ser un poco más empática, hija.

—Yo no lo estoy haciendo sufrir. Sufre él solo, no soy culpable de cómo su cabeza retrógrada procesa la información.

—Mara, te estás equivocando. Cuando se quiere a una persona, y se la quiere de verdad, se evita su sufrimiento, si está en tu mano. En este caso no hay nada que indique que tengas que tragarte tu

orgullo. Manuel se siente muy inseguro, estáis empezando, y verte con ese chico en tu casa… pues no ha sido fácil para él. Y tú deberías saberlo mejor que nadie, que cuando viste a Macarena la liaste parda.

—Era distinto. La vi en ropa interior. Yo iba muy vestida y nuestra actitud era de compañeros de trabajo que estaban comiendo juntos.

—He estado sentado frente a Damián. Y créeme cuando te digo que su actitud no es de compañeros de trabajo. La forma de mirar de ese chico puede levantar ampollas. Tiene interés por ti. Y no solo eso, no va a parar hasta que consiga su objetivo. Es de los que piensan lo de «tonto tonto, que yo me lo monto».

Mara se echó a reír ante mi última frase. Sabía que tenía razón, así que no pudo rebatir mis argumentos.

—Es muy atento conmigo, pero nunca me ha insinuado nada. Sabe que tengo pareja y que no tiene nada que hacer. No soy una cría, sé cuidar muy bien los mensajes que mando. Y Peter y Maru me han ayudado en eso. Siempre hablan de Manuel en su presencia.

—No creo que lo perciba tan claro, pero me alegro de que lo tengas en cuenta. Cuando comenzaste una relación con Manuel, sabías que estas cosas iban a pasar. Que su inseguridad te iba a crear malentendidos. Tienes que ser más flexible ante estas cosas si quieres sacar esta relación adelante. Parece mentira que tú no seas capaz de comunicarte de forma adecuada.

—Lo haré. Hablaré con él. Ahora vamos a centrarnos, que lo que hay que sacar adelante es el sábado.

—Por cierto, hay otra cosa que quiero decirte. —Miré a mi hija sin articular palabra para crear expectación.

—¡Dime!

—De Jano. Mira a tu hermana Susana de una manera que se le transparenta hasta el último sentimiento. Y tu hermana se va a casar muy pronto. O no lo sé, porque ella lo mira igual.

—¿A ti hay algo que se te escape?

—Me lo ponéis muy fácil. Soy mayor y tengo cierta experiencia. Y esa historia va a terminar por herir por lo menos a una persona. Y aprecio a tu cuñado, no quiero que sufra.

—Creo que tiene que ser ella la que os cuente sus decisiones, no yo. Pero para tu tranquilidad se ha mudado a la casa de la prima Zaira, quiere coger un poco de distancia. No es definitivo, aunque necesita pensar y replantearse sus sentimientos.

—Eso quiere decir que ha roto su compromiso. No entiendo por qué se ha ido a casa de Zaira y no ha venido conmigo o contigo.

—También lo ha hablado con el niño.

—Y seguro que tu madre también lo sabe. Vamos, que soy el último en enterarme. Mi hija no vive en su casa y el padre es el último en enterarse, ¡qué bonito! Madre del amor hermoso, ¿qué es todo ese lío de furgonetas? No hay sitio para aparcar.

—Esto son las consecuencias de tener un horario y no calcular que todos a la vez no podemos descargar. Ese hombre nos va a llevar por la calle de la amargura —comentó mi hija con acierto.

Llevábamos años engranados de una forma muy efectiva. Todos sabíamos a qué hora llegar para encontrar aparcamiento. Algunos montábamos antes, y otros, que tenían menos mercancía o era menos pesada, lo hacían más tarde. Coincidir a la misma hora había convertido la descarga en un lío tremendo. Faltaba una hora para que se cumpliera el toque de queda y nos penalizaran. No entendía ese afán por cambiar las cosas que funcionaban bien. Cuando se

cambia algo debe ser para mejorar, y todos estábamos de acuerdo en que esta cosa en concreto iría a peor.

No me equivoqué. Estuvimos casi media hora esperando para descargar la furgoneta. Mi sobrino, que llegaba siempre el último, había tenido que venir antes para que no le sancionaran. Cuando cogió el sitio, tres compañeros le recriminaron lo que tardaba en descargar. Su furgoneta era muy grande y ocupaba mucho sitio. Tuve que echarle una mano para que la cola no acabara en trifulca a primera hora de la mañana.

—Dentro de veinte minutos tenemos una pelea a nuestras espaldas —comentó Carmen, que sacaba el café para Mara y Modou.

Ana y Jano habían sido previsores y habían llegado casi una hora antes de lo acostumbrado, al igual que el Inglés, que tardaba mucho en montar su puesto. Pero los que se presentaron a la hora acostumbrada, esperando el orden de siempre, se encontraron una cola que no eran capaces de solventar y, por lo tanto, serían penalizados.

Awa fue una de ellas. Estaba sola para montar su puesto y tardaba una eternidad en descargar todos sus bolsos. Dos chicas que estaban esperando y que llegaban tarde le recriminaron su lentitud de malos modos. Jano y yo tuvimos que intervenir cuando las dos le hablaron de forma poco amigable. Muchos fueron los comerciantes penalizados ese día. Mi sobrino y Modou, que ya habían terminado de montar sus paradas respectivas, ayudaron a todos los comerciantes que llegaron tarde.

—Os lo dije —nos recordó Carmen—. Y esto acaba de empezar. El Maqueado y sus ideas geniales nos van a amargar la vida.

—Hemos estado mirando las carpas, Carmen, vamos a comprarlas por internet. Salen doscientos euros más baratas —contó Ana.

—Te lo agradezco, pero no voy a comprar ninguna carpa. Ni voy a pagar ninguna penalización. Estoy desprotegida, no tengo a nadie a quien amarrarme. Si hace viento, salgo volando. Y cuando le abra la cabeza a alguien, a ver quién paga el pato. Voy a disfrazarme porque es algo que hemos decidido nosotros. Pero a lo que han decidido ellos le pueden dar viento fresco. Que no pienso hacerlo.

Mi amiga tenía razón. Los problemas solo acababan de empezar. Llevaba muchos años en el mercadillo y nunca había visto un ambiente tan crispado. Entre la carretera cortada y el nuevo encargado, la cosa pasaba de castaño oscuro.

Por fortuna, los disfraces fueron todo un éxito. Hasta el Inglés se puso una peluca que parecía sacada de una película de vaqueros. Con las risas nos relajamos y se calmaron los nervios.

—Espero que no venga mi chica hoy —dijo Modou—. Me da mucha vergüenza que me vea así.

—Pero qué dices, alma de cántaro, si cuando te vea con esos pantalones tan ajustados que marcan todo tu poderío va a subir la temperatura de la piscina unos cuantos grados más —bromeó Carmen.

—Carmen, deja al chico, que lo pones colorado —dije riéndome de las ocurrencias de mi amiga.

Di una vuelta por el mercadillo y todo el mundo comentaba lo mismo. Los nervios con las descargas a la misma hora habían sido muy desagradables. También había mucha preocupación, en la zona del mirador, por las carpas. El miedo a que salieran volando e hirieran a alguien estaba muy presente.

Me reí mucho viendo los disfraces de mis compañeros. Uno de los mejores era el de mi sobrino, que, con una peluca rubia y una felpa de flores, tenía un aspecto muy divertido. Gracias a su carácter alegre y a las bromas que gastaba a los demás, era el centro de atención de la plaza.

Cuando llegaron los primeros clientes, comprobamos que nuestro plan había surtido efecto. Los visitantes daban una vuelta completa por el mercadillo para ver todos los disfraces. La desesperación de los comerciantes por cambiar las cosas había hecho que aceptaran mi propuesta. Esta era su forma de jugar las últimas cartas.

El nuevo encargado fue directo hacia el puesto de Carmen. Mi amiga estaba preciosa, con una peluca afro y un vestido hippy amarillo chillón. La miró con altivez, pero Carmen no se achantó. Levantó el mentón y se acercó a oír sus demandas.

—La carpa tiene que estar la semana que viene —le exigió sin ni siquiera saludarla.

—No va a estar. —Carmen se puso las dos manos en la cintura, desafiante.

—Señora, si no tiene carpa no va a montar.

—Es que si pongo una carpa, salgo volando. Y cuando la carpa se cargue a alguien, ¿usted va a pagar la indemnización? Yo puedo asegurarle que eso va a pasar. ¿O se piensa que mis hierros pesan el doble que los de mis compañeros por puro capricho?

—Si compra la carpa que viene en las instrucciones, le puedo asegurar que no va a salir volando.

—Mire, joven, llevo aquí desde antes de que usted naciera. Y he tenido días en los que mis faldas han volado por toda la carretera. No tengo a nadie delante para amarrarme, y el viento me golpea de

frente cuando hace poniente. Una carpa no se puede colocar aquí sin que sea un peligro para los viandantes.

—Usted decide, señora. O pone una carpa, o no monta su puesto. Y el sábado que viene, el guardia de seguridad se va a encargar de que sea así.

Se paró en el puesto de Ana y Jano y dio las mismas instrucciones. Yo decidí irme a dar una vuelta y dejé a Mara atendiendo al amable señor. No quería cruzar con él alguna palabra de la que tuviera que arrepentirme más tarde.

Me paré con mi sobrino, que bromeaba con unas extranjeras.

—Esto del disfraz ha sido todo un éxito. He vendido el doble que el sábado pasado a esta hora —me dijo animado.

—No tengo muy claro que haya sido el disfraz. Hay un concierto en Puerto Banús de un artista de esos que canta como si tuviera un par de melocotones en la boca, pero, mira por dónde, gusta a la juventud y atrae a mucha gente. Veremos la próxima semana. Hemos mandado una nota de prensa a todos los periódicos locales y hemos hecho fotos a los disfraces más originales para enviárselas. Ana se cuida de hacerlo.

—Santiago se lleva la palma. Es un crac. No sabía que tenía tanto sentido del humor.

—Es desesperación. Lo está pasando muy mal y es como nosotros, no se va a rendir sin luchar. Creo que la mayoría ha aceptado la propuesta por rebelión ante el nuevo encargado. Y porque era intentarlo o echar el cierre.

—Ha pasado por aquí el *chigüili* ese y no sabe dónde tiene la cara. Nos va a meter en muchos líos. Verás ahora, porque si recoges después de las tres, te penalizan. Y a ver quién es el guapo que

cierra si hay gente en el puesto. No tiene ni luces ni dos dedos de frente ese hombre. Si nos hemos ido algunos días de verano a las cinco de la tarde… Porque la cuestión es vender. Y si nosotros nos quedamos hasta más tarde, no estorbamos a nadie. Ni nadie tiene que andar vigilando. Es que hay cosas que no puedo entender.

Mi sobrino se calló y supe inmediatamente el porqué. Una chica acababa de robarle un bolso a Awa. Justo delante de nosotros, con todo el descaro del mundo. Mientras una distraía a nuestra amiga preguntándole por los precios, la otra cogió el bolso y caminó hacia delante como si fuera suyo.

Me fui detrás de la chica, que se paró en el puesto de la Argentina a mirar la ropa. Le hice señas con la mano a la dependienta para que estuviera atenta. El guardia de seguridad pasó por allí en su paseo rutinario y le llamé.

—Le ha robado el bolso a Awa. Lo hemos visto mi sobrino y yo.

El guarda de seguridad no dijo nada y se situó detrás de la chica. Cuando su amiga se puso a su altura y le enseñó entre risas lo que había robado, intervino.

—Señorita, por favor, acompáñeme. Acaba de ser grabada por nuestras cámaras de seguridad y la policía viene para acá.

La chica se puso muy nerviosa y su amiga intentó quitarse de en medio, pero el guardia y mi sobrino, atento también a la escena, se lo impidieron.

Me marché a mi puesto con la seguridad de que arreglarían el asunto. Nunca entendería a las personas que robaban a la gente trabajadora que intentaba ganarse el pan. Una falta de empatía tan desmesurada me desconcertaba. Cómo se podía disfrutar de algo

que se había quitado a otra persona que se levantaba a las cinco de la mañana para sacar adelante a su familia.

Le conté lo ocurrido a Mara y comentamos con Carmen y Ana el aumento de los hurtos en los últimos tiempos. Rara era la semana que no sorprendíamos a alguien robando. Y normalmente eran chicas jóvenes que llevaban prendas de marcas caras.

Awa vino a darnos las gracias. No teníamos muy claro si estaba disfrazada o no. Su vestimenta era siempre original, con grandes túnicas de colores brillantes.

La recogida fue ordenada, y de forma inesperada conseguimos coordinarnos para salir antes de la hora penalizable. Pero la tensión se podía cortar con una navaja. Nadie quería trabajar así. Necesitábamos estar relajados, sin prisas en la carga y descarga. Tenía que ingeniar algo para mejorar la situación.

Mara estuvo muy callada todo el camino de vuelta. Imaginé que iría pensando en lo que le iba a decir a Manuel. Aunque mi hija me pidió que comiera con ella, preferí no acompañarla. Necesitaba estar sola para pensar y descansar. La muerte de la chica le había afectado mucho. Todo el barrio estaba crispado. No era fácil asumir que había un asesino viviendo entre ellos. Pensaban que se cruzarían con él en cualquier momento y los padres no dejaban a sus hijos jugar en la calle.

—Pásate mañana y desayunamos churros —la invité.

Se marchó despacio, cansada por una larga jornada que para ella no había terminado.

Yo seguía sufriendo en mi soledad. Buscando la manera de que Nena me perdonara, y escribiendo en mi libretilla con la esperanza

de que, al volcar mis reflexiones en el papel, obtendría la clave para volver a tenerla a mi lado.

Por otro lado, aunque sabía que Sandra no había llegado para desvelar el pasado, algo en mi interior me inquietaba, removido por aquellos recuerdos. Y tengo que reconocer que alguna vez, en esos momentos de soledad, se me pasó por la cabeza contar la verdad.

Toda la verdad.

28
Mara

Me di una ducha y me tumbé en el sofá. Estaba agotada. Mientras me comía una ensalada, abrí las redes sociales. Busqué el perfil de Sara, sin saber muy bien por qué. Sentí una punzada de angustia cuando la vi, tan bonita, sonriendo en las fotos. Siempre estaba acompañada de su amiga Lala. En el recreo, que coincidía en horario con el mío, las había visto juntas. Bromeaban y reían con sus compañeros, que no dejaban de revolotear a su alrededor. Lala era una niña de ascendencia africana de una belleza muy llamativa. Vi todos sus vídeos, y las dos bailaban coreografías de moda o se reían sin explicar el motivo. Me extrañó el hecho de que en la mayoría de las grabaciones llevaba ropa distinta y toda era de marca. Raquel, su madre, trabajaba de camarera en el centro comercial a media jornada, y con eso apenas podía pagar las facturas. Recordé que Raquel me comentó que su madre era enfermera en un hospital y las ayudaba económicamente, así que imaginé que a Sara la ropa se la compraba su abuela.

Hubo un vídeo que me llamó la atención. Parecía que le enviaba un mensaje a alguien. Frente a la cámara, llorando, se quejaba de su mala suerte y de la gente tan mala que había en el mundo. Pero no expresaba el motivo concreto de su llanto. Se lo mandé a Maru

para que me diera su opinión, y me prometió analizarlo. Algo le sucedió antes de grabar ese vídeo, que era muy reciente. En su rostro había un dolor, una angustia que me dejó muy mal cuerpo. Quizá tenía algo que ver con su muerte. La policía seguro que había preguntado a sus amigas, pero no estaba segura de que estas hubieran contado la verdad. Decidí que hablaría con Lala el lunes.

Me armé de valor para llamar a Manuel. Le pedí que viniera a casa y aceptó sin mucho entusiasmo.

No sabía muy bien por dónde empezar. Mi padre me había hecho recapacitar; había reflexionado sobre los sentimientos de Manuel y me sentía culpable. Lo echaba mucho de menos y quería encontrar las palabras adecuadas para arreglar las cosas. Tenía claro que no sería fácil.

Entró sin llamar y me saludó murmurando una frase que no llegué a entender.

—Veo que sigues muy enfadado —dije intentando romper el hielo.

—¿Crees que no tengo motivos? —preguntó en tono calmado.

—Lo siento, si te he hecho daño. No era mi intención, fue un cúmulo de circunstancias. Estoy desesperada con mi clase, Damián se ofreció a ayudarme y vino a casa. Quizá debí decírtelo, pero fue algo que no planeé. Mi compañero sabe que no lo estoy pasando bien y lo único que pretende es ayudarme. Necesitábamos coordinarnos para que cada uno de mis alumnos tuviera un padrino en su clase y ultimábamos los detalles. Luego tuvimos que irnos porque atropellaron a una alumna del colegio. Y me dolió en el alma cuando me viste aparecer de madrugada y me miraste de forma tan fría.

—Lo he leído en las noticias, no sabía que era de tu colegio. —Por un momento su tono fue más conciliador.

—Sí, murió en el acto. Es la hermana de mi Yeray. Te he hablado de él, es el niño que no para ni un segundo. Sara asistió a cada tutoría acompañando a su madre. Nadie sabe qué hacía la niña a esa hora en la calle y con quién estaba.

—No puedo entender cómo la madre no lo sabía. Era una niña, no tenía edad para andar en la calle a esa hora.

—Sara le dijo a su madre que se iba a dormir a casa de Lala, otra niña del colegio. Pero no llegó a ir. Ha sido una semana muy difícil. Y no tenerte cerca ha empeorado las cosas.

—Pero has tenido a Damián, y seguro que te ha echado una mano en todo —respondió casi sin pensar.

—La verdad es que sí, pero no he necesitado a mi compañero de trabajo, he necesitado a mi pareja.

—Ese es el problema, Mara, que, desde que hemos retomado nuestra relación, no me he sentido tu pareja. Has estado todo el verano trabajando en el proyecto del colegio y no tenías tiempo. Y ahora parece que tampoco encajo. Me hubiese gustado hacer una escapada, pasar un fin de semana juntos, tener un poco de intimidad. He anhelado estar contigo toda mi vida. Y siento que, ahora que lo he conseguido, estás más lejos que nunca. Y no quiero seguir así. Te quiero más que a mi vida, y enfadarme contigo me crea un malestar que me afecta demasiado. Intento que todo salga bien, pero no sé cómo hacerlo.

—Tienes razón. El comienzo de nuestra relación ha coincidido con un proyecto en el que me he involucrado demasiado. Y estoy agotada. No tengo ganas de nada y mi nivel de frustración por no

hacerme con la clase me tiene de un constante malhumor. Pero necesito que confíes en mí. Y que, si llegas a mi casa y estoy con un hombre, seas lo bastante adulto como para dejar que te explique. Luego, si no te gusta lo que ves, tienes derecho a enfadarte, pero al menos déjame explicarme.

—Mara, no te das cuenta… Hasta necesitas decidir cuándo puedo enfadarme y cuándo no. Perdóname por ser humano, por sentir celos. Aunque, fíjate, si tenemos en cuenta que la noche anterior no me prestaste atención por estar chateando con él, algún fundamento habría. No puedo enfadarme en el momento que tú quieras. Puede que sea un celoso insoportable. Seguramente. Pero, créeme, tu actitud no me ayuda. Sobre todo cuando llegas a casa a las siete de la mañana y no me das ninguna explicación de dónde has estado. Se hubiese solucionado con una llamada, un mensaje, algo. No te haces ni una idea de cómo me sentí. Todas las cosas que pasaron por mi cabeza. Creo que no pido tanto.

Tenía razón y no era capaz de hilar los argumentos para defenderme.

—Quiero a alguien que confíe en mí. Si no hay confianza, no podemos crear nada…

Manuel me interrumpió molesto. Se levantó sin dejar que terminara la frase.

—Tienes toda la razón. No podemos crear nada. Y ¿sabes por qué? Porque a mí me falta la confianza y a ti te sobran los argumentos para justificarte. A mí me sobran los sentimientos y está visto que a ti te faltan.

Salió y cerró la puerta de un portazo. Me quedé helada. Lo que pretendía ser una frase conciliadora, que terminaría en unas

disculpas por no haber creado esa confianza, se volvió un argumento hiriente que nos separó del todo. No pude terminarla.

Salí detrás en un intento de que continuara escuchando, pero lo único que alcancé a ver fue el polvo que levantó al arrancar el coche.

Me eché a llorar. No podía entender cómo lo había hecho todo tan mal. Cómo había sentenciado una relación antes de que empezara. Mi obsesión por ir despacio lo había ralentizado tanto que no había conseguido crear algo sostenible que nos mantuviera unidos.

No podía aceptar que Manuel había roto conmigo. El vacío que sentía en mi interior no me dejaba pensar con claridad. Me sentía sola. Contemplé mandarle un mensaje, pero el miedo de que las palabras lo alejaran todavía más me lo impidió.

Llamé a mi hermana para compartir con ella mi pesar.

—No dramatices, Mara. Es solo una pelea, y son muy frecuentes cuando se empieza una relación. Son parte del acople. Ya verás que en unos días te tropiezas con él, le pasas los brazos por los hombros y hacéis las paces. La reconciliación es la mejor parte de una discusión.

—No lo has oído. Lo tenía todo tan claro. Ha sido todo tan frío. Solo tengo ganas de llorar. No sé cómo puedo ser tan torpe.

—Es normal. Acabas de perder a una alumna, tu padre se siente el separado más triste de este mundo, Manuel no te entiende y el trabajo te tiene agotada. No es para estar tirando cohetes.

—Y te falta lo mejor. Tengo una hermana que tiene problemas y en vez de apoyarla le cuento los míos.

Susi guardó silencio.

—No tengo problemas. Solo he de tomar decisiones y asumir las consecuencias. No está siendo fácil. Eso es todo. Y sé que estás ahí. Con eso es suficiente.

—Y esa decisión… ¿está influida por un chico moreno y muy guapo que vende en el mercadillo?

—Sois muy pesados. Jano y yo solo somos amigos. Es cierto que nos llevamos muy bien y que nos reímos mucho juntos. Pero también me llevo muy bien con su madre y nadie me pregunta por mis sentimientos hacia ella.

—Está bien, no insistiré más. Si necesitas hablar, llámame. Mañana voy a llevar al pueblo al *papa*, desayunamos churros. Los domingos, desde que la *mama* se ha ido, son muy difíciles.

—Nos vemos mañana. Compra helado para el postre.

Me costó mucho quedarme dormida. No me quitaba a Sara de la cabeza. Leí las noticias que se habían publicado del caso. En todas resaltaban el hogar desestructurado, la condena por malos tratos del padre y la situación económica complicada de la familia. Me di cuenta de que este enfoque iba a tener un coste para Raquel. En la investigación iba a ser tratada como una madre que no había sabido cuidar a su hija. Tarde o temprano acudirían a mi clase a preguntarme. Solo esperaba que las trabajadoras sociales no vinieran al colegio a pedir un informe. Si tenía que dar mi testimonio, por mucho que intentara disimularlo, este sería desfavorable y le perjudicaría.

Tenía que conseguir hablar con Lala. Averiguar si esa noche estuvo con ella o si sabía dónde había ido. Lala era prima de una niña de mi clase, Amina, y venía a menudo a mi patio a preguntarme por ella. La muchacha se preocupaba por la falta de

vocabulario de su pequeña. Tenía miedo de que eso la aislara y no le permitiera tener amigos.

El alba me sorprendió sin dormir. Luna, la gata de la aldea, había decidido hacerme compañía y dormía boca arriba a los pies de mi cama. Bosco la miraba con la barbilla apoyada en el colchón, atento a cada uno de sus movimientos.

Me preparé un café y me lo tomé en el porche, sentada en mi balancín. A los pocos minutos vi llegar a Manuel. Estaba muy guapo, con la camisa blanca desabrochada y el pelo engominado hacia atrás. No me saludó. Tan solo me miró unos segundos, fijando sus ojos en los míos. Intenté que se encontrara con una mirada cálida y que viniera a hablar conmigo. Entró en su casa con rapidez, sin hacerme un solo gesto. Sus hijas no estaban dentro. Lucía, una prima de nuestros padres, había organizado una fiesta de pijamas para celebrar el cumpleaños de su hija y las había invitado. Sentí algo parecido a una punzada de celos al pensar que Manuel había estado toda la noche fuera de casa.

Me armé de valor para intentar hablar con él.

Cuando me decidí, lo vi salir con su perro. Me acerqué, pero su mirada me disuadió. No era un buen momento. Me guardé mis ganas y me bebí el resto del café.

No iba a ser fácil buscar la ocasión adecuada.

Calculé que mi padre ya estaría despierto y me acerqué a verlo. No hice ruido por si dormía. Pero no lo encontré. Seguramente habría ido a buscar leña para encender el fuego.

En la mesa del salón había dejado su vieja libreta roja. Estaba abierta con un bolígrafo que servía de tope. No pude evitar echar un vistazo a lo que había escrito. Su letra era de una caligrafía tan

perfecta que me recordó la de mis alumnos cuando comienzan con el aprendizaje de la escritura.

Me enternecí al leer lo que había escrito. Era un diario dedicado a mi madre. Le contaba lo que comía, las tentaciones que le atormentaban y cómo las iba venciendo. Todo estaba regado de frases de amor que expresaban cuánto la echaba de menos.

> Todo es muy difícil si no tengo tu risa, tu complicidad espantando mis miedos. Hoy me hice verdura a la parrilla sin nada de sal. De postre me comí una manzana asada con canela. No estaba tan buena como las tuyas, pero se podía comer. Mañana voy a comprar chocolate negro sin azúcar, para cuando me llegue la tentación y tenga que vencerla. Creo que he adelgazado, y no solo porque no esté comiendo dulces. Es por la pena de no tenerte cerca. Los días se me hacen eternos y me levanto sin ningún sentido. No sé vivir sin ti. No sé enfrentar las mañanas si no es con tu café y tus tostadas. Necesito que vuelvas a mi lado para poder disfrutar de la vida…

Me sorprendí llorando emocionada.

Cerré la libreta. No quería que mi padre me pillara leyéndola.

Le preparé un café de puchero y puse a tostar dos rebanadas del pan que saqué del congelador. Cuando mi padre llegó, un par de minutos después, el aroma del café y del pan tostado salía de la casa para invadir la aldea.

Mi padre me miró sin decirme nada. Por mi cara supo que la cosa no estaba nada bien.

Me abrazó en silencio.

No había lugar más acogedor que sus brazos. Me quedé un rato allí, sintiéndome una niña pequeña que necesitaba huir de sus problemas y esconderse en un lugar seguro.

—Anda, cómete un par de churros. Están recién hechos. Ya verás cómo encontramos las soluciones después.

No sabía si iba a encontrarlas, pero me sentía afortunada por no hallarme sola en la búsqueda.

29
Paco

El domingo siguiente, mi mujer me sorprendió viniendo a comer a casa. Apareció a las doce de la mañana con una cesta llena de productos frescos y el ánimo mermado por las noticias que le habían llegado. Soltó la compra en la cocina, me saludó y se dirigió a Mara para abrazarla.

—Hija, ¿cómo estás? ¿Cómo está la madre de esa niña? Me lo ha contado tu hermana esta mañana. Lo había visto en las noticias, pero no caí en la cuenta de que podía ser de tu colegio.

—Bien, estoy bien. Imagínate cómo está la madre. En el cementerio se desmayó varias veces. No podía aceptarlo. La abuela de la niña fue la que cogió un poco las riendas de todo, porque la madre no conectaba con la realidad. Fue muy doloroso. Y supongo que esto solo acaba de empezar. Tiene que aceptar algo muy duro, el día a día no va a ser fácil.

—Dios mío, qué espanto. Los programas de televisión se están poniendo las botas. Algunos dicen que la niña vendía droga con el padre y que se trata de un ajuste de cuentas.

—No puedo creer que digan eso. No va a ayudar a la madre. No hay nada de eso. El padre está en prisión, pero por otro asunto.

Yo miraba a mi mujer sin parpadear. No sabía cómo interpretar que estuviera allí. Mara se excusó y fue a su casa a trabajar un rato, simplemente para que pudiéramos conversar.

—Me alegro de que estés aquí —dije en cuanto nos quedamos a solas.

—No pienso perderme pasar tiempo con mi familia, y esta sigue siendo mi familia. Prepararé el pescado. Vamos a intentar tener un domingo lo más apacible posible.

Me esmeré en que la paella me saliera más rica que nunca. Traté de hablar lo menos posible para que se sintiera cómoda. Cuando llegaron mis otros dos hijos, se sorprendieron gratamente de ver a su madre allí.

Comimos los cinco juntos como todos los domingos, hablando de las cosas que nos habían pasado en la semana y disfrutando del arte que tenía mi hijo, que cada vez que abría la boca nos hacía reír.

—Mara, ¿cómo va la investigación del atropello de la niña de tu colegio? ¿Se sabe algo?

—No, nos acaban de enviar un correo con las sustituciones de mañana, porque viene la policía a hablar con nosotros. Y, sorpresa, también quieren hablar contigo, *papa*.

—¿Conmigo? Pero si yo no la conocía —afirmé.

—Imagino que están haciendo preguntas a todo el personal que trabaja en el colegio, porque también he visto sustituciones en las limpiadoras. Seguro que es porque las van a interrogar a ellas también. Formas parte del entorno en que se movía.

—Cuando vean que soy gitano, el interrogatorio se alargará mucho más. Pero colaboraremos.

—¿Dónde están tu mujer y las niñas? Pensé que vendrían hoy —pregunté a mi hermano para cambiar de tema.

—Es el cumpleaños de mi cuñada —respondió Paquito—. Lo sé, tendría que haber ido, pero la paella que hace mi cuñada sabe a las pastillas de caldo de pollo. Y pensé que… aquí sería más útil. Dije que estabas algo pachucho y que tenía que venir a verte. Por cierto, *papa*, no sé si lo sabes, pero has salido hoy en todos los periódicos digitales. Guapísimo, por cierto. Todas las televisiones locales se han hecho eco de vuestra aventura. Y me ha dicho Jano que el sábado os van a hacer un reportaje en Televisión Española.

—Llevas aquí una hora, ¿y no me lo has dicho antes? Es la noticia del día.

Cuando mi hijo nos enseñó la portada, todos se echaron a reír a carcajadas. El pantalón era muy ceñido y la foto hizo un efecto raro, de manera que se me veía un bulto enorme en la entrepierna.

—Aquí lo pone —bromeó mi hijo—. El vendedor superdotado que ha creado este tinglado es conocido por el enorme bulto en sus partes nobles.

No podían parar de reír. Nena se desternillaba con ellos y a mí me parecía la escena más bonita del mundo. Mis hijos entre risas y mi mujer allí, sentada a la misma mesa. No quería que pasara el tiempo, quería que se congelara en ese instante.

Pusimos el café y los pastelitos y no comí ninguno. Mi mujer me tendió unos sin azúcar que había comprado para mí. Cogí uno agradeciendo el detalle de acordarse. A lo mejor no estaba todo perdido.

Cuando mis hijos se marcharon, me ofrecí a llevar a Nena a casa de su hermana.

—No estoy comiendo nada. Estoy haciendo dieta estricta. He perdido tres kilos. Tienes que darme otra oportunidad. No podemos romper lo que tenemos por una tontería.

—No es una tontería.

—Perdón, no quería decir eso. No quiero que sufras por mi culpa. Mara te necesita, no lo está pasando nada bien en el trabajo ni con Manuel. Y Susana tampoco pasa un buen momento.

—¿Qué le ocurre? Te lo dije, no la veía bien.

—Nada grave, tiene dudas con la boda. Creo que ha roto con su novio. Pensé que lo sabías. Está quedándose en la casa de mi sobrina.

—Hablaré con ella. Que no estemos juntos no quiere decir que abandone a mis hijos. Me ocuparé de ellos como siempre he hecho. Pero me alegro de que te tomes tu salud en serio. Nos vemos el domingo que viene.

Y se marchó dejándome sumido en una tristeza espesa. Perdido y sin saber muy bien qué hacer. Me preguntaba si Mara no se habría equivocado y mi mujer no solo quería darme un escarmiento, sino que iba más allá y sus sentimientos hacia mí habían cambiado. Nunca me planteé hasta ese momento que eso pudiera ocurrir. Apenas pude dormir.

El mercado de los lunes no era muy transitado y los tiempos muertos los pasaba leyendo. Pero no podía centrarme en la lectura, así que fui a pedirle consejo a Carmen. Ella seguro que podría hablar con Nena y echarme una mano.

Me sorprendió la reacción de mi amiga. Le daba la razón a mi mujer y no me ofreció su apoyo en ningún momento.

—Desde luego que con amigas como tú no necesito enemigas. Contigo voy bien servido.

—No te gusta que sea sincera, y sabes que no puedo ser de otra manera. Has tenido cientos de peleas por el mismo motivo. Te recuerdo que no hace mucho te quedaste una noche durmiendo en la bañera y otra la pasaste en el porche, cuando te pilló las dos cajas de chocolate.

—Mi sobrino me lo vendió muy barato, estaba a punto de caducar. No me lo iba a comer de una sentada, era para un par de días. El problema fue lo voluminoso que era. Me costó mucho esconderlo, no te creas. Pensé que las cajas de las fotografías eran un buen escondrijo. Tuve la mala suerte de que le diera por ponerse nostálgica.

—La mala suerte la tiene ella, por tener que hacer de comer todos los días a alguien que no lo valora.

—Claro que lo valoro. Y oye, que, cuando no trabajo, el que cocina soy yo.

Después de recibir todos los reproches de Carmen, me quedó muy claro que no me iba a ayudar, de modo que tenía que plantearme otra solución.

Estuve pensando durante toda la mañana, sin encontrar nada original. Fue en el colegio donde Peter me dio la idea definitiva. En cuanto llegué, Diego me pidió que pasara a secretaría. Allí tenían preparado mi contrato. Lo firmé y me acompañó a la clase de Mara. Peter y Maru estaban reunidos con ella, trabajando en unas actividades para el día de la Paz. Nos informó de que en unos días nos ingresaría el dinero del proyecto que realizamos en verano. Me sorprendió que dividieran el total en cuatro partes casi iguales,

cuando ellos habían trabajado mucho más que yo. Protesté, pero no sirvió de nada.

—Tienes para darte una escapadita con tu mujer a un sitio bonito. Conozco un hotel en Londres que es precioso —me dijo Peter.

Era perfecto. Si la sorprendía con un viaje inesperado, no podría decirme que no. Y mi mujer siempre había querido salir de España. La inspectora me reclamaba para hablar conmigo y emplacé a Peter a que me diera detalles más tarde.

Me recibieron en una pequeña habitación adyacente a la sala de profesores. Diego estaba con una señora de unos cincuenta años y un chico joven, de unos treinta. Me los presentó como la inspectora Santiago y el inspector Chamizo. Me quedé a solas con ellos. Sabía que era algo rutinario, que no se me acusaba de nada, pero no podía evitar estar *atacao*.

—Muchas gracias por su colaboración. Diego nos ha dicho que usted es el mediador intercultural y que trabaja con un grupo de chavales.

—Exactamente. Les estoy enseñando a mediar en conflictos cotidianos.

—¿Y en qué consiste exactamente? —me preguntó la inspectora sin dejar de mirarme a los ojos.

—Acabamos de echar a andar. Hemos comenzado por los rasgos de las diferentes culturas presentes en el barrio y hoy vamos a trabajar la escucha activa. La idea es que ellos puedan servir de enlace entre las familias y el colegio, y así evitar que los problemas que surgen en la escuela se amplifiquen fuera. Todo ello, dialogando y encontrando soluciones rápidas.

—Me parece muy interesante —contestó la inspectora—. ¿Cómo lo hace?

—Ellos van a empezar a trabajar la importancia de las preguntas. Les voy a enseñar las cuestiones básicas para que quede expuesto el problema. En las próximas sesiones, veremos cómo unificar los argumentos para encontrar las soluciones. Son muchachos jóvenes y tienen muchas ganas.

—¿Cuántos años lleva siendo el hombre de respeto de su familia? —me preguntó con seguridad.

Me dio a entender con la pregunta que conocía mi cultura. Por sus rasgos, podría asegurar incluso que también era gitana.

—Llevo más de tres décadas. Empecé muy joven. Siempre fui muy expresivo y me llevaba bien con todo el mundo. Eso ayudó a que mi padre delegara en mí.

—¿Conocía a Sara? —me interrogó directamente.

—No, nunca la había visto. Sí que sabía de su existencia porque mi hija había pedido que se interviniera con su familia. Vamos a aprovechar las horas libres de los monitores para iniciar un proyecto de acompañamiento con familias que tengan algún tipo de dificultad. Y se les pidió a los maestros que propusieran a los padres con más necesidades. La madre no pasaba por un buen momento y toda ayuda era poca, así que Mara la propuso a ella.

—¿Los chavales de su grupo le han contado algo de lo sucedido? ¿Alguna teoría de lo que ha ocurrido?

—Es que nos reunimos los lunes. No he hablado con ellos aún.

—Entiendo —dijo la inspectora—. ¿Y usted? ¿Tiene alguna teoría de lo que pudo haber pasado?

—No, la verdad es que no tengo ni idea de lo que pudo suceder. Solo sé que he venido a este barrio cuatro veces y siempre me ha llamado la atención lo rápido que circulan los coches por estas calles.

—Muchas gracias por su colaboración.

Se levantó y me estrechó la mano con fuerza. Su compañero, que parecía ni pintado para la ocasión y no dijo una palabra en toda la charla, hizo lo mismo.

Busqué a Mara, pero estaba reunida con el equipo docente. Mis muchachos ya habían llegado, así que comencé el trabajo. Fue inevitable hablar de Sara. Y me asombró la cantidad de rumores que corrían por las calles del barrio.

Una de las teorías me llamó mucho la atención.

Tenía que hablarlo con Mara.

30
Mara

Cuando llegué al colegio, pasé por la tienda para comprar los desayunos. Kiko me puso al día de las novedades del barrio.

—No paran de dar vueltas —me dijo señalando con la cabeza el coche patrulla aparcado en la puerta del colegio—. Llevan así desde bien temprano. Ayer por la tarde también estuvieron. Eso es malo, Mara, porque los padres empiezan a pensar que el asesino puede estar dentro del colegio.

—Todo el mundo ve series de televisión, Kiko, y se sabe que el primer sitio donde se mira es en el entorno cercano. Es normal que estén en el colegio.

—Ayer hablaron conmigo y les dije que entendía su presencia, pero también tienen que plantearse la posibilidad de que no haya sido alguien del barrio. No sabes el trasiego de personas que vienen y van por la noche para comprar drogas.

—Imagino que también lo tendrán en cuenta. Pero, por desgracia, casi siempre encuentran al culpable en el entorno de la víctima. Dame tres manzanas, que mis compañeros han llegado algo justos y me han pedido que se las acerque.

Kiko me dio las tres manzanas y añadió tres bombones de una afamada marca de chocolates.

—Hoy va a ser un día duro. Que os endulcéis un poquito lo mismo ayuda.

Le di las gracias al tendero y crucé la calle pensando que tenía por delante un día muy complicado. En la jornada escolar se realizarían varios actos en memoria de Sara. Uno de ellos era una misa a la que asistiría todo el colegio. Me preocupaba repetir la experiencia en el interior de la iglesia, pero no podía negarme. Tuve que esperar a que salieran los alumnos de secundaria para poder entrar. Cada uno llevaba en la mano una vela que colocaría en un altar improvisado en la fachada del colegio. Habían hecho un mural precioso con una foto de Sara y unas frases dedicadas por todos sus compañeros. Me emocionó el momento y me volví para acompañarlos, dispuesta a aprovechar los minutos que me quedaban antes de comenzar mi jornada. Guardaron un profundo silencio y sentí que se me ponía la piel de gallina. Algunos alumnos lloraban, otros apoyaban la cabeza en los amigos más cercanos. Vi como Kiko cruzaba la carretera y se colocaba a mi lado, en señal de respeto. Salieron también muchos vecinos de los portales acompañando el sigilo que nadie se atrevía a romper. No sé cuándo llegó Raquel, pero su llanto ahogado me partió el corazón. Su madre la sujetaba con fuerza, presintiendo que podía caerse en cualquier momento. Miraba la foto de su hija sin poder contener el dolor. Sin poder asumir que ya no estaba. En la foto, los ojos de Sara brillaban. Su sonrisa era natural y bonita. En un solo instante se había perdido la posibilidad de tener un futuro. Me tragué mis lágrimas y me marché cuando los alumnos se dirigieron a la capilla para arreglar las flores y colocar las ofrendas. Eché un vistazo a la hora y me di prisa para llegar a tiempo a la

puerta principal, donde debía recoger a mis alumnos, que ya comenzaban a llegar.

Tras la misa, la tristeza se apoderó del colegio. Hasta mis niños se portaron bien, presintiendo que aquel acto no era tan alegre como el anterior. En la iglesia no cabía una sola persona más. Todo el barrio había querido despedir a Sara. Cerraron los comercios y hasta los vecinos de otras religiones mostraron respeto con su presencia. La emoción nos hizo a todos estar callados, un silencio que trataba de ofrecer abrigo a las personas que no podían contener los quejidos de dolor. Pero no fue fácil, sobre todo para su clase; sus compañeros estaban muy afectados. Salimos de la iglesia sin la fuerza necesaria para continuar con el trabajo.

La mañana se me hizo muy larga. Me armé de valor y propuse una actividad con pintura. La clase entera acabó manchada de azul. Le di a un grupo toallitas húmedas para que colaboraran limpiando las mesas. Justo cuando estaba controlando que todos tiraran las toallitas en el cubo de la basura, por el miedo a que acabaran en el váter, me llamó una niña que necesitaba ayuda en el baño. Mientras le ayudaba a limpiarse, Carmelilla tuvo una idea original que casi acaba en un susto. Su cara me decía que algo le estaba ocurriendo. Estaba a punto de echarse a llorar, pero no contestaba a mis preguntas. Cuando la puse de pie para ver qué le pasaba, vi que se había atado la toallita a la pierna y la tenía completamente morada. Le estaba cortando la circulación. Corrí a por unas tijeras y me tropecé con una silla que me desequilibró. Me clavé todo el pico de la mesa en el abdomen. Aunque logré cortar la toallita y masajeé la zona, no conseguí borrar la marca.

Con el susto aún en el cuerpo, descubrí que había dejado los botes de pintura abiertos al alcance de los niños. Rubén había sacado su lado más artístico y había decorado la ropa de unos cuantos compañeros. No tuvo bastante con esa práctica que continuó con sus mochilas. No veía el momento de que los padres contemplaran la obra de arte y me hicieran responsable.

No había finalizado de limpiar todo el desastre cuando me llamaron para que fuera a hablar con los inspectores. Estuvieron una hora haciéndome preguntas, pese a que no conocía la mayoría de las respuestas. Y mi sinceridad no hizo otra cosa que perjudicar a Raquel. Por mucho que intentara suavizar la información, la realidad era difícil de disfrazar. Al contar mi experiencia, la presenté como una madre que no cumplía los acuerdos pactados en tutoría, que no era capaz de establecer normas y que no se preocupaba por la alimentación de su hijo. Y aunque resalté su interés por mejorar y su asistencia a cada cita, obvié el asunto de que no venía aseado porque sabía que iba a perjudicarla.

Salí del interrogatorio con muy mal sabor de boca.

Mis compañeros intentaron calmar mi desazón, pero fue en vano.

—Es que una parte de mí siente que la he traicionado —les confesé a Peter y Maru de regreso a casa.

—Mara, no puedes mentir. Tienes que decir la verdad —confirmó Peter—. Sé que es difícil, pero resultaría poco profesional por tu parte inventarte a la madre perfecta. Estabas hablando con la policía. No creo que pudieras hacer nada en ese sentido.

—Tu información ha coincidido con la de Peter, que era su tutor. Si hubieses dicho otra cosa, solo habrías conseguido complicar más la

situación —dijo Maru—. Si tú pintas a la madre perfecta y Peter cuenta la realidad, estaréis los dos en un lío.

—Yo he contado que Sara tenía un genio que echaba la clase por alto en un minuto. Que no sabía controlar su ira. Era una niña callada, muy selectiva, que no se relacionaba con otros niños. Es más, yo diría que los trataba de forma muy despectiva y que no tenía ningún interés por los estudios. Y lo peor es que aquí no va a acabar el asunto —me avisó Peter preocupado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con angustia.

—La fiscalía de menores intervendrá. Es una menor de edad que estaba de madrugada fuera de su casa. Nos pedirán un informe sobre Yeray. Y aquí sí que se pueden complicar las cosas.

—No, no puede ser —dije contrariada.

—Tienes que ser tú quien lo haga y no te puedes negar —me informó Maru—. Yo puedo ayudarte, pero ha de redactarlo la tutora del menor. Ha sido un caso muy mediático. Necesitan asegurarse de que el hermano pequeño no siga su suerte. Y la investigación debe demostrar que esa madre es apta para cuidarlo. Ellos te lo pondrán muy fácil, porque vendrán y te preguntarán, y sobre esas cuestiones tienes que elaborar un documento. Si no te dicen nada, deberás redactar uno general. Yo te indico los puntos que hay que desarrollar.

—Ojalá no tenga que pasar por eso. Sería muy duro para mí.

—Es muy frecuente en estos barrios, Mara. Cuando hay un expediente abierto, es normal que se pida el informe al centro educativo. No será ni el primero ni el último que te tocará entregar. Los asuntos sociales encuentran en el colegio la mejor fuente de información. Tienen que velar por el otro menor, es lo lógico.

—Así es —confirmó Peter—. Es la parte que no se ve. Una realidad que vivimos los docentes, pero que no se visualiza. Y es muy dura. Nadie te forma en la facultad para esto. Ni fuera de ella.

—Sería horrible que tuviera que hacer un informe y con él perjudicara a Raquel. No me lo perdonaría. No está en su mejor momento. Y pensar en que puede perder a Yeray me pone el corazón en un puño.

Peter y Maru se miraron. En sus miradas capté que los dos pensaban que eso pasaría. No me atreví a preguntar la probabilidad que había de que me solicitaran el informe.

—No sabría gestionar eso —confesé abrumada.

—Te ayudaremos, no te preocupes.

—La inspectora me ha preguntado algo que me ha llamado la atención —comentó Peter en un intento descarado de cambiar de tema—. Quería saber si Sara trapicheaba con drogas. Era una buena chica. No creo que estuviera en ese tipo de líos.

—A mí también me ha preguntado lo mismo. Imagino que es una teoría que están barajando. Sara vino con su madre a todas las tutorías. Y me llamaba la atención su actitud corporal. Siempre tenía las piernas y los brazos cruzados. Y nunca miraba directamente a los ojos. Hubo una vez que el hermano le metió un juguete por la espalda y reaccionó de una manera muy violenta. Le gritó que no la tocara con una agresividad muy llamativa —conté.

—Es cierto que Sara era una niña muy poco afectiva. Pero, si tenemos en cuenta lo que ha sufrido, todo cuadra —dijo Peter—. Creo que ya os lo he comentado antes… La madre me contó que, cuando vivían con el padre, el día a día era un infierno. El marido no necesitaba una excusa para pegarle. Si no la tenía, se la inventaba.

Si la madre vivía con esa angustia y esos niños veían todos los días las palizas, imagínate cómo ha sido su infancia.

—De hecho, Yeray no sabe relacionarse de otra manera que no sea pegando. Es lo que ha visto. Sin embargo, me está funcionando muy bien el refuerzo a las conductas incompatibles. Es decir, le estoy premiando cuando le da algo a un compañero sin tirarlo, cuando comparte un juguete o cuando se come el desayuno sin desmenuzarlo por toda clase. Y el refuerzo que más me funciona es el abrazo.

—Qué pena —dijo Maru—. Que niños tan pequeños hayan pasado por algo tan duro. Y que la vida les robe tan pronto la posibilidad de disfrutar de otra cosa. No me saco a la madre de la cabeza. Quiero ofrecerme como psicóloga, va a necesitar mucha ayuda. Ver a su hija atropellada en la carretera no es algo que pueda borrar de su cabeza y que se pueda gestionar fácilmente.

—Lo que no entiendo es cómo nadie vio nada. Si este barrio no duerme nunca —exclamó Peter.

A mí también me extrañaba. Nos despedimos con la misma tristeza en la mirada.

Fui a ver a mi padre a su casa. Lo encontré sentado frente al ordenador que mi hermano le había regalado.

—Mara, qué bien que has llegado. Necesito que me ayudes a buscar un viaje de cuatro días a Londres. Quiero llevar a tu madre. Peter me ha dicho un hotel, pero no lo encuentro.

—Tienes un hijo que es un crac en eso. Te busca el mejor hotel en un par de segundos. Paquito tiene varias webs donde encuentra chollos espectaculares.

—Pero tiene que ser para la semana que viene.

—¿Y no vas a ir al mercadillo?

—Lo tengo todo controlado. Tus hermanos y mi sobrino me sustituyen. Ya he hablado con ellos. Me va a salir un poco caro, porque tu primo quiere un jamón de pata negra, pero creo que merecerá la pena.

—No has tenido vacaciones en tu vida. No te preocupes, de mi primo me encargo yo. Lo mismo me compra él a mí el jamón por todos los cafés que me roba —bromeé.

—Quiero un hotel bueno, de los que limpian las habitaciones todos los días.

—No vas a tener problema por eso. El niño te buscará uno limpísimo. —Sonreí ante sus ocurrencias.

—Y que podamos comer todo lo que queramos en las comidas. No es por comer mucho, es que, si allí no me voy a entender, va a ser un lío comer en un restaurante.

—Llama a tu hijo y se lo pides todo. Y lo más importante antes de comprarlo: habla con tu convidada. Si no quiere ir, no podrás devolver el billete.

—¡Qué dices! No, no le voy a consultar nada. Me dice que no, fijo. Pero vosotros me vais a ayudar; le vais a dejar muy claro que no se puede descambiar y que ha costado un dineral. Ya verás como acepta.

Tuve que reírme del plan tan elaborado que tenía trazado.

—Por cierto, ya te habías ido cuando he salido del equipo docente, ¿no has tenido reunión con los chicos?

—Sí, claro que sí. Y nos hemos pasado de nuestro tiempo, es que tu equipo ha sido muy largo. Los chavales estaban muy afectados y necesitaban hablar. Todos la conocían. Una de las muchachas, Yeni,

la chica gitana que es familia de las Melindris, me ha dicho que Sara llevaba unos días muy rara. Que algo le estaba pasando. Y la he notado con ganas de contar más, pero no se ha atrevido. Me ha dado la impresión de que sabía algo. Es familia de tu Carmelilla. Es muy alta, con los ojos negros muy rasgados, salió del colegio el año pasado. Hay una teoría que no me ha gustado nada. Hablaban de un ajuste de cuentas por venta de drogas.

—No sé quién es la chica, no me das una pista muy precisa. Medio barrio es primo de mi Carmelilla. Estaré atenta por si la veo alguna tarde por el cole.

—No hace falta. Mañana va a ir tu clase. Tiene que hacer una práctica que le he mandado. Una actividad muy bonita con unas marionetas. La semana pasada les planteé la posibilidad de preparar algo para que los más pequeños resolvieran sus asuntos sin pelearse. Lo han trabajado de forma tan profesional que me ha parecido que se podía premiar llevándolo a cabo con los niños de infantil. Se lo consulté a Diego y me dio luz verde.

—Me encanta la idea. Entonces la veo mañana. Me voy porque quiero trabajar un rato antes de acostarme. No cenes mucho.

Lo que realmente quería hacer era hablar con Manuel. Lo echaba mucho de menos y me moría de ganas de verlo. No tenía muy claro cómo acercarme. No encontré excusa alguna y tampoco fui capaz de inventarme ninguna. Así que decidí esperar a que sacara a pasear a su perro y hacerme la encontradiza. No conté con que Bosco no me lo pondría fácil. Cuando se vio con la correa puesta, quiso salir a la calle a toda costa, y sus ladridos se escucharon en todo el pueblo.

Manuel se asomó a la puerta para ver qué le pasaba a mi perro, así que me tocó disimular y comenzar el paseo. Llevaba puesta una

camisa verde agua, mi color favorito. Me alejé de él sintiéndome una adolescente que no sabía entablar una conversación con el chico que le gustaba.

Estuve paseando con Bosco durante un buen rato y no lo volví a ver. A la que sí me encontré de frente fue a Coral, que venía a buscarme.

—Hola, he venido antes, pero no estabas. ¿Podemos hablar?

—Claro. Siéntate, voy a traer un par de granizadas de limón, que están buenísimas.

Coral parecía haber llorado. Imaginé que tenía mal de amores y que la relación con su novio volvía a pasar por otro bache. Después de que él le fuera infiel delante de medio pueblo, había decidido darle otra oportunidad. Pero todos sabíamos que el chico no cambiaría.

—Ha pasado algo, Mara. He roto mi compromiso y quiero morirme.

—No se acaba el mundo por un compromiso que se rompe. Aunque ahora te parezca lo contrario. Anda, ven.

La abracé y dejé que llorara. Sabía cuánto quería a ese chico y lo doloroso que sería para ella ese momento.

—¿Es definitivo? —pregunté.

—Sí, y lo peor es que he perdido a mi mejor amiga. Ha sido por Saray.

—¿Cómo que por Saray? —pregunté extrañada.

—Saray lo ha provocado hasta que ha caído. Quería demostrarme la clase de bicho que es. Y me lo ha demostrado, no cabe duda, pero no se lo voy a perdonar. Ha *roneado* con él y tampoco hacía

falta. Me ha dolido más que si me hubiesen clavado un *chivó* en todo el pecho.

—No creo que tu prima lo haya provocado en balde. Algo tuvo que pasar. La conozco y no es su estilo.

—El otro día Saray fue con las niñas de la aldea a tomar un helado a la plaza. Y el Fali estaba allí con unos amigos y se puso muy pesado. Hasta el punto de que tuvo que pararle los pies porque se pasó mucho. Yo le dije que era una exagerada y discutimos. Es que al Fali le cae muy bien Saray, pero ella no lo puede ni ver. Y entonces me dijo que me lo iba a demostrar, que me daría las pruebas de que era un mal bicho. Y le ha estado escribiendo, solo para provocarlo, hasta que ha caído. Y me ha enseñado la conversación y me he querido morir. Ella le ha metido caña y él… Bueno, de él no quiero ni hablar, porque me da mucha *lache* lo que ha dicho. En una de las conversaciones le dice que se pueden liar, que él nunca me lo va a decir. No quiero saber nada de ninguno de los dos.

—Eso lo piensas porque acaba de pasar y no es el momento de tomar decisiones. Saray solo ha querido abrirte los ojos. Te quiere y le disgusta que estés con un hombre así. Y si ha hecho eso es porque no la has creído. No la puedes culpar. Lo único que te ha demostrado es que decía la verdad y que te quiere lo suficiente como para hacer cualquier cosa. Mañana lo verás todo de otro color. Y me alegro de que hayas sido valiente y hayas roto tu compromiso. Si la fidelidad es importante para ti, las dos sabíamos que él no era el adecuado. Cuando te pasó la primera vez, ya conocías el riesgo de que se repitiera.

Hablamos durante un rato hasta que la noté más calmada. Coral me acababa de dar la excusa para ir a casa de Manuel. Me eché un

poco de colorete, me hice una coleta alta y me puse un bálsamo labial. Me cambié el viejo vestido vaquero por un conjunto de top y pantalón corto blanco que resaltaba el color moreno de mi piel. Estaba nerviosa cuando llamé a la puerta.

—Hola —dije en tono cordial—. Me gustaría hablar con Saray.

—Claro, pasa, ¿ha ocurrido algo? —preguntó inquieto.

—Nada grave. Ha discutido con Coral y sé que en estos momentos no se siente nada bien. Pero Saray ha hecho lo correcto. Necesito que lo sepa, pero no me coge el móvil —mentí.

—Está en su habitación. Lleva unos días muy rara, muy irritable, y se enfada por todo. Hoy no ha querido bañar a sus hermanas, me ha parecido raro —me contó Manuel.

Por unos instantes nos miramos a los ojos fijamente. Tuve que contenerme las ganas de pasarle las manos por detrás del cuello y besarle. Debió de intuirlo, porque acercó su cuerpo al mío y estuvo a punto de abrazarme, pero las niñas pequeñas, que llegaron para saludarme, nos interrumpieron.

—Dejad un momento a Mara. Luego viene con vosotras, que va a ayudar a estudiar a la hermana. —Me guiñó un ojo y yo le devolví una sonrisa.

Golpeé de forma suave la puerta de Saray. No obtuve respuesta, así que decidí entrar. Saray estaba tumbada en la cama, boca abajo, llorando sobre su almohada.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó sorprendida.

—Tu padre está enfadado conmigo y necesitaba una excusa para venir a verlo —confesé.

—Me alegro de que pueda servir para algo —dijo secándose las lágrimas.

—Sirves para eso y para mucho más. He hablado con Coral. Sé por qué lo hiciste. Y eres una buena amiga.

—Coral no lo cree. Me ha dicho que no va a hablarme nunca más. Y… yo no puedo vivir sin ella. Yo solo quería demostrarle que ese niño no vale nada. Mara, lo pasé muy mal en la heladería. Pero muy mal. Se propasó conmigo. Me metió la mano hasta debajo de la camiseta. Me manoseó entera. Todavía puedo sentir su lengua entrando en mi boca y no me quito el asco que tengo.

—¿Cómo? ¿Te agredió? Pero ¿qué le pasa? ¿Se lo has contado a tu padre?

—¿Qué quieres, que lo mate? No se lo puedo contar a mi padre.

—Saray, no lo va a matar, pero puede que le dé un escarmiento y no vuelva a propasarse con ninguna niña más.

—Me daba miedo que se liara. Lo pasé muy mal. Me pidió que habláramos un momento, que quería comprarle un regalo a Coral, y, cuando estábamos en la calle, me apartó en un callejón con la excusa de que no nos miraran, que «la gente es muy chismosa y enseguida van con el cuento a la Coral». Y apenas estuvimos en un sitio apartado, me quiso besar. Me agarró con fuerza y no pude soltarme. Me dijo cosas muy feas, como que sabía que yo lo estaba deseando, y me metió la mano por debajo de la camiseta para tocarme. Menos mal que iba con tu prima Arabia y las gemelas, y ellas le echaron cara en cuanto me puse a gritar, porque no me soltaba. No sé lo que hubiese pasado si no me llegan a oír. Me rompió la camiseta. Arabia le metió una patada en sus partes y lo dejó doblado en el suelo. Pero lo pasé peor cuando se lo conté a la Coral y no me creyó; lo creyó a él. Llevo desde entonces con una

tristeza y una angustia que no se me quitan. Y no he podido hablarlo con nadie.

—Debiste contármelo. Es normal que te sientas así. Es un episodio muy violento. Te hubiese ayudado a gestionarlo. Tienes que entender también a Coral. No ha sido fácil para ella. Vamos a hablar con tu padre. Y mañana los dos iremos a casa del Fali. Esto no puede quedar así. Su padre es un hombre muy razonable y debe saber a qué se dedica su hijo, que es menor de edad pero lleva muy mal camino. Y si el padre no nos responde, iremos a la comisaría.

—No, Mara, a mi padre no, que se va a liar. Que mi padre lo mata.

—Déjame eso a mí. No lo va a matar. Yo voy a ir con él. ¿Tienes la camiseta que te rompió?

—Sí, no sé por qué la he guardado, la verdad. No sirve para nada.

Le pedí a Saray que le pusiera una película a las pequeñas, dejamos la puerta abierta de la casa y salimos al porche a hablar con Manuel. Como esperaba Saray, Manuel quiso ir a buscar al Fali inmediatamente y nos costó un buen rato convencerlo de que iríamos al día siguiente, cuando estuviera más calmado. Le pedí a Saray que nos dejara solos y conseguí que entrara en razón.

—No puedes ir a su casa y liarla. Hay que hacer las cosas con cabeza. Son temas muy delicados. Mañana iremos a su casa, como buenos gitanos, con la palabra por delante. Y con mi padre. Que para algo es el hombre de respeto de tu familia. Si te presentas en casa de esa familia sin mi padre, lo estarás ofendiendo. Y no quieres eso. Si no encontramos respuesta por parte de su familia, lo denunciaremos. Creo que su padre puede ser un mejor correctivo que la justicia. Pero es una decisión que tienes que tomar tú. Si quieres que vayamos a comisaría directamente, vamos.

—Está bien, iremos con tu padre a su casa, pero me lo tengo que echar a la cara en otro momento, y ya te digo yo que ese no toca más ni a mi hija ni a ninguna niña en su vida.

En un intento de calmarlo, apoyé las manos en su pecho. Sentí como su cuerpo reaccionaba a mi contacto. Me cogió con fuerza y me besó.

—¿Hay alguien en tu casa? —me preguntó en un susurro.

—Bosco, pero le caes bien —bromeé.

Me pegó un tirón de la mano y me llevó a mi casa. Cuando estábamos en la puerta, caí en la cuenta de que me había olvidado las llaves. Pensé en ir a buscar a mi padre, pero recordé que la copia también estaba dentro.

Me había vuelto a quedar en la calle.

31
Paco

Hablé con mi hijo y en menos de dos horas tenía preparado mi viaje. Iríamos a Londres esa misma semana, a un hotelito romántico con muy pocas habitaciones y un personal que hablaba español. Paquito insistió en que eso era fundamental para no dañar la salud mental de los trabajadores del hotel. Esa era la confianza que mi hijo tenía en mi estancia. También nos gestionó el traslado desde el aeropuerto. Compró los servicios de un señor que nos esperaría cuando aterrizáramos con un cartel con mi nombre. No pude negarme, aunque me pareció carísimo, porque me lo regaló él. Argumentó que se quedaría más tranquilo si reducía las posibilidades de que la liara antes de llegar al hotel. La poca esperanza que tenía en mi forma de desenvolverme fuera de España resultaba más que justificada. No había salido nunca del país y el inglés no era precisamente algo que hablara con soltura. Era capaz de entender un regateo y un par de frases que había aprendido de tanto oírlas. Mi fama de dejar huella por donde pasaba me precedía.

Tengo que reconocer que la aventura me asustaba y emocionaba a partes iguales. Mara y Susana me regalaron una tarjeta con la que podíamos subirnos y bajarnos cuantas veces quisiéramos de un autobús turístico rojo de dos plantas que nos enseñaría todos los

lugares de interés. Esa idea me dio tranquilidad. No sé si hubiese sido capaz de hacerme entender para comprar unos tíquets; eso en el mejor de los casos, porque primero hubiera tenido que encontrar el lugar para hacerlo.

Antes de irme debía solucionar un asunto muy peliagudo. Manuel vino a buscarme para hablar conmigo. Necesitaba que le ayudara como hombre de respeto a solventar un problema grave. Un chaval había agredido a su hija. Conocía al padre del Fali, éramos amigos de toda la vida. En nuestra juventud habíamos formado parte del mismo grupo. Cuando lo llamé, me trató con la amabilidad acostumbrada y nos citó por la tarde. Se quedó preocupado, como era de esperar. La llamada del hombre de respeto de otra familia era el signo de que había un conflicto encima de la mesa.

—No sé qué les está ocurriendo a los hombres jóvenes de las nuevas generaciones. Hay violencia por todos lados. Se creen que pueden coger a las mujeres a su antojo. El acceso a la pornografía está haciendo mucho daño —le dije consternado a Manuel cuando vino a contármelo.

—Paco, siempre ha habido pornografía. Incluso revistas que escondíamos debajo de la cama. No creo que ese sea el problema. El problema es que no se educa a los hijos como se debería.

—También. Y tienes razón. Pero ahora pueden acceder a ella desde niños. Y no disponen de la capacidad para comprender que la violencia de las imágenes que ven no es la realidad. Cuando te expones a un modelo violento y no has conocido otra cosa, acabas creyendo que la sexualidad es eso, que la mujer disfruta de esa manera y que es lo más normal. Y a eso se suma lo que tú dices, que los padres de hoy día no tienen tiempo ni ganas de educar. Es

una tarea muy complicada que necesita de horas y de empeño. Iremos esta tarde. He avisado de que nos vamos a presentar, para que esté el hijo allí. También deberíamos invitar a Juan, el marido de la Redonda. El Fali es el prometido de su nieta. Y tiene que romper el compromiso como Dios manda.

—Como tú consideres. Yo solo te digo que tarde o temprano me lo voy a echar a la cara y ese no volverá a tocar a ninguna niña sin permiso en su vida.

—Me parece bien, pero con cabeza. Ese chico es menor de edad. No te quieras meter en un lío del que no puedas salir. Hay que hacer las cosas con cabeza, Manuel, que la violencia solo trae más violencia y con ella llegan los problemas.

—Es que me lo imagino haciéndole daño a mi niña y me llevan los demonios. Pero, tranquilo, sabes que no soy capaz de ponerle una mano encima.

—Lo entiendo, hijo, y hablaremos con el chaval. Nosotros nos vamos a encargar de poner al corriente a la familia. Estoy seguro de que tomarán medidas. Y si no lo hacen, siempre queda la justicia.

—No sé si voy a ser capaz de contenerme cuando lo tenga delante. La justicia no va a servir de ayuda. Saray pasará por un mal trago y no conseguiremos nada, quizá una multa. No tiene antecedentes y tampoco lo vio nadie —confesó Manuel.

—Vamos a ir por pasos. Estoy seguro de que su padre responderá y le leerá la cartilla como debe. Ningún padre quiere que su hijo acabe en prisión.

Manuel me dio la razón. Intentaría ser muy directo y tajante, pero a la vez hiriendo lo menos posible a unos padres que ya sufrían suficiente condena con tener un hijo de esa calaña.

Juan no nos pudo acompañar porque estaba en el hospital con su madre, a la que habían operado de apendicitis.

Nos pusimos en camino. Manuel estaba muy nervioso. Apenas dijo un par de palabras. Imaginé que intentaba calmarse para no llegar alterado. Mara nos acompañó.

La madre y el padre del Fali estaban esperándonos nerviosos. Sabían que, si estábamos allí y reclamábamos la presencia de su hijo en la reunión, era porque algo grave había pasado.

—A la paz de Dios —dije sabiendo que entraba en un hogar cristiano—. He venido con mi hija y mi yerno para hablar con ustedes por un asunto grave que esperemos que solucionemos esta misma tarde. Saben que soy el hombre de respeto de esta familia y venimos con toda la educación del mundo a hablar con ustedes, con la amistad que nos ha unido siempre por delante. Y es un tema complicado, que les va a afectar mucho. Pero también quiero aclararles, antes de empezar, que, si no encontramos aquí la solución, iremos a buscarla a las autoridades. Aunque esperamos que no sea necesario.

—Claro, Paco —contestó Rafael, el padre del Fali—. Sabes que tú y tu familia sois siempre bien recibidos en esta casa. Habla, hombre, que nos tienes preocupados.

—Llama a tu hijo, queremos que esté presente.

Rafael llamó a su hijo, que apareció con la mirada clavada en el suelo, anticipando lo que se le venía encima.

—Hace unos días, la hija de Manuel fue a la plaza del pueblo a tomar un helado con unas niñas de la aldea. Se encontró con tu hijo y unos amigos. Aquí, tu hijo, no tuvo otra cosa que hacer que engañarla para separarla de las amigas, mintiendo sobre un regalo

para Coral, su prometida. Cuando estuvo a solas con ella, abusó de la chiquilla, la tocó sin su consentimiento y, si no llega a ser porque consiguió gritar y sus amigas la ayudaron, la cosa hubiese terminado en tragedia. Las amigas tuvieron que pegarle a tu hijo para que la soltara.

Rafael me hizo un gesto con la mano para que me callara. Se acercó a su hijo despacio, con la ira dibujada en la cara. Se colocó a un centímetro de su rostro.

—¿Es eso cierto? —le dijo agarrándolo por la camiseta—. ¡Eres un malnacido indigno de pertenecer a esta familia! No me puedo sentir más humillado y avergonzado por el hijo que tengo.

La madre se interpuso entre los dos y evitó que el padre le partiera la cara de un bofetón.

—Yo no hice nada —argumentó el Fali—. Es ella la que me estaba calentando. Mira, *papa*, lee las conversaciones.

El padre le pegó un manotazo al móvil y lo tiró al suelo. Manuel se había tensado al escuchar las palabras del chico y había hecho el amago de levantarse para irse para él, pero Mara lo impidió.

—Esas conversaciones han sido para que Coral abriera los ojos, porque tú te encargaste de que no creyera a su prima cuando le contó lo ocurrido. Y si las lees, al principio lo primero que te reclama es que te pasaste mucho con ella —añadió Mara muy enfadada.

—Levántate. ¡Que te levantes, te digo! —gritó Rafael—. Espera en tu habitación.

Rafael estaba visiblemente afectado. Su mujer, Azucena, no paraba de llorar. Se volvió a sentar a la mesa con nosotros.

—No sé qué le pasa por la cabeza a este hijo mío. Por favor, decidle al padre de Coral que lo sentimos mucho. Y que, por nuestra

parte, el compromiso está roto. Me siento muy avergonzado por el comportamiento de mi hijo y no tengáis dudas de que tomaremos medidas para que esto no vuelva a ocurrir, aunque no tengamos claro ahora mismo qué es lo que podemos hacer.

Rafael hundió la cara entre las manos.

—Tienes que pedir ayuda —añadí—. Tienes que llevarlo a un psicólogo para que le ayude con esos arrebatos que le pueden arruinar la vida. Tenemos una amiga que nos puede recomendar al más adecuado.

—Gracias por todo. Por vuestra paciencia y por no haberlo denunciado a la policía. Eso hubiese empeorado las cosas y perderíamos el control de la situación. Manuel, quiero que entres en el cuarto de mi hijo. Haz lo que creas que debes hacer. No hay nadie mejor que tú para meterle el miedo en el cuerpo y que no lo vuelva a repetir.

Manuel se levantó con rapidez. Mara lo miró pidiendo prudencia, y él la tranquilizó con un susurro que yo no alcancé a entender.

Mientras Manuel hablaba con el chico, tomamos un café y conversamos de la vida de los jóvenes de hoy en día, sin perder atención a lo que ocurría dentro de ese cuarto.

—No va a salir de la casa hasta que tenga veinte años —anunció Rafael—. Ahora que no está trabajando, se va a quedar aquí dentro sin móvil, sin internet y sin conexión con el mundo exterior. Habéis tenido la consideración de no meterlo en la cárcel, pero esto no va a ser mucho mejor. Mi hijo tiene que aprender que las cosas que se hacen en la vida tienen sus consecuencias. Con lo buena niña que es Coral, cómo lo ha jodido todo este hijo mío. Dile a Juan que iré a hablar con él en cuanto su madre salga del hospital. Tengo que

ofrecerle una disculpa. Siempre he sabido que este hijo mío me buscaría la ruina y por desgracia no me he equivocado, va por el mal camino.

Manuel salió de la habitación diez minutos después. No sabíamos lo que había ocurrido, pero escuchábamos al Fali llorar en su habitación.

Nos marchamos con un mal sabor de boca. No tenía que ser nada fácil para unos padres asumir que su hijo era capaz de hacer algo así. Y eso que su familia era razonable, cariñosa y había creado un hogar honrado y lleno de amor. Debía de ser muy frustrante asumir que tu descendencia podía herir a otras personas. Por fortuna, yo no había tenido que vivir eso nunca y agradecí al universo que mi suerte fuera otra. Entendía cómo se sentía Rafael y me solidarizaba con su malestar.

Regresamos en silencio. Tan solo compartimos algunas palabras sobre la pena que nos daban los padres. Mara me prestó su coche para que fuera a hablar con mi mujer. Tenía que contarle lo del viaje. No sabía muy bien cómo empezar. Y lo hice mintiendo, con la seguridad de que, antes de que terminara la conversación, ella habría descubierto la verdad.

Nena estaba viendo la tele con su hermana, que discretamente se retiró a su habitación.

—No te quiero molestar, pero los niños me han dado algo y quería enseñártelo. Nos han regalado un viaje a Londres. No son muchos días, pero es un hotel de lujo preciosísimo. Han sacado los billetes y han pagado el hotel para que no podamos decir que no. Saben que siempre has deseado ir a Londres y que yo nunca he querido

acompañarte. Creo que es una especie de castigo por no haberme portado bien.

—No te creo ni media palabra.

—Porque me conoces bien. Y sabes que cuando estoy desesperado hago cualquier cosa.

—¿Hasta ir a otro país? Debes de estarlo mucho.

—¿Qué me dices? —pregunté nervioso.

—No voy a ir contigo a ningún sitio. Llevo pidiendo unas vacaciones muchos años, pero no teníamos dinero ni tiempo, solo tenías mil excusas.

—Me han pagado un extra por el proyecto del colegio, y también voy a tenerlo todos los meses por las clases de mediación. Llega para pagar el autónomo y nos sobra para ir a cenar con Carmen una vez a la semana.

—Me lo voy a pensar. No quiero tomar una decisión precipitada.

—No te lo pienses mucho, que salimos el martes, cuando termine en el colegio. Tengo que contarte algo que me pasó la semana pasada. Te vas a reír mucho. No se lo he querido decir a Mara porque se iba a sentir culpable.

—¿Culpable de qué?

—El lunes, cuando salí del colegio, me paró la guardia civil en un control, antes de entrar a la autovía. Me hicieron salir del coche y me realizaron un registro. Tu hija, el día anterior, olvidó el bolso en el asiento del copiloto. Cuando cogí el coche, lo metí debajo del asiento. Era un bolso pequeño y estaba vacío, solo llevaba clínex y unas gafas de sol, ya sabes. Lo quité de la vista porque en la explanada del barrio del colegio corría peligro. Cuando la guardia

civil vio el bolso escondido y que el coche era de la misma persona, se complicó la cosa.

—No era tan grave. En tu carnet de conducir se ve que tienes el mismo apellido que la dueña del coche. No, no me digas que no llevabas el carnet de conducir.

—No llevaba nada. Me dejé la cartera en la casa. Les dije que el bolso pertenecía a mi hija, que estaba en el colegio. Y se echaron a reír. Me dijeron que era muy mayor para tener una hija en el colegio. Cuando me iban a llevar detenido, se me ocurrió llamar a mi sobrino. Me dijo que le pasara al guardia civil y le pidió que lo esperara allí. Estaba en Fuengirola y no tardó mucho en llegar. Le enseñó al guardia su documentación. Su apellido coincidía con el de Mara y le dijo que era mi sobrino. Me dejó ir por los pelos.

—Menos mal. No te libras de un control en tu vida. Caes en todos.

—Con esta cara es normal. Llevo escrito que soy gitano. Y encima el coche de Mara no puede ser más femenino, con esa funda rosa que ha puesto en los asientos. Desentonaba conmigo.

—Menos mal que pudieron rescatarte. No se te puede olvidar más la cartera.

—No le he preguntado a Mara si necesitamos el pasaporte, porque, si lo necesitamos, voy a tener que llamar a mi sobrino otra vez. No nos va a dar tiempo a hacérnoslo.

—Creo que sí, que ahora hace falta. Pero te lo dan en el mismo día. Eso sí, hay que pedir cita en la comisaría.

Lo había dicho.

Mi plan había funcionado.

Nos íbamos a Londres.

32
Mara

Me inquietaba lo que había pasado en esa habitación. No podía dejar de pensar en ello. Recordaba el llanto del muchacho, que, por otro lado, era merecido. Intenté analizar qué era lo que me angustiaba tanto. No quería que Manuel respondiera con violencia. Mi preocupación era, en el fondo, que fuera como su padre. En mi memoria tenía la imagen de un hombre sin escrúpulos, que cogía la correa con facilidad para pegar a Manuel, aunque no tuviera pruebas de que hubiese hecho nada. Tenía guardados en mis recuerdos cada castigo, cada golpe que Manuel había recibido en mi presencia. Recordaba mi angustia y mi impotencia, la rabia por no poder ayudarle y el dolor por verle sufrir. Sabía que su madre, una buena mujer que lo único que hizo fue cuidar de su marido y sus hijos, sufrió maltratos toda la vida. Manuela fue muy especial para mí. Me pedía que escondiera a su hijo cuando intuía que su marido volvería borracho. Cuando era pequeña, nunca entendí por qué el foco de toda su rabia siempre era Manuel. Ahora, de adulta, ya podía analizar la realidad desde otro prisma y comprendía la estrategia de mi primo: si le pegaba a él, si descargaba su rabia en su espalda, dejaría tranquilos a los demás. Sabía que mis miedos eran infundados. Nunca había visto a Manuel levantarle la mano a

ninguna de sus hijas. Pero no sabía cómo acabar con ese fantasma del pasado que me visitaba a menudo.

En el camino estuve muy callada, y mis compañeros se interesaron por el motivo.

—No me pasa nada —aclaré—. Ayer tuve una tarde muy espesa y estoy preocupada. No sé qué les pasa a los jóvenes de hoy día, que piensan que las mujeres son objetos que pueden coger a su antojo.

—No solo los jóvenes, Mara, de todas las edades. Está sucediendo con todas las edades. Ayer me contaba Kiko que pasó un mal momento cuando se dio cuenta de que un señor le estaba haciendo fotos por debajo de la falda a una niña en su tienda. Lo echó de malos modos, pero me comentó que si lo denunciaba se buscaba la ruina, porque tenía medio barrio comprado. Por lo visto, es un tipo con una red de droga muy bien montada que no tiene escrúpulos. Kiko le ha negado la entrada a la tienda, pero estaba preocupado por las represalias.

—Pues no debe quedar así. Eso hay que denunciarlo. A saber lo que puede hacer un tipo así a una niña. Encima el que tiene que estar asustado es Kiko.

—Yo creo que siempre ha sido así, no es ninguna novedad. Pervertidos ha habido siempre. Yo recuerdo que mi vecino del octavo le metió mano a mi vecina del noveno un día en el ascensor, y eran niños que habían jugado siempre juntos. Pero ahora se multiplica con más facilidad. Se difunde el delito y se difunde a los delincuentes —contó Peter.

—Hay una reflexión mucho más profunda en todo esto —argumentó Maru—. Se pierde la capacidad de empatizar y el mundo se va a la porra. Y eso se pierde por la forma de vivir que llevamos.

No interactuamos, no hablamos, no dialogamos y no profundizamos. No podemos quejarnos. Como sociedad, tenemos lo que nos merecemos. Personas cada vez más egoístas que establecen una relación más estrecha con una pantalla que con su propia familia. Y no os quiero asustar, pero esto va a suponer un coste muy drástico en las generaciones futuras. Y son las que nos tienen que pagar las pensiones.

—Lo que ha pasado con Sara me ha hecho reflexionar. Este barrio, lleno de miserias y de fondos oscuros, tiene algo que me ha llamado la atención. Se han volcado con su familia de una forma extraordinaria. Ayer me contó Yeni, la monitora, que las vecinas se turnaban para hacerle la comida a Yeray. La madre no sale de la cama y la abuela tiene que trabajar. Incluso algunas madres de mi clase se han puesto de acuerdo para cuidar a Yeray y traerlo al colegio. La mujer no tiene fuerzas ni para respirar. Y las amigas de Sara están haciendo turnos para limpiarle la casa. Me parece un gesto muy humano. Que un grupo de mujeres se organice de esa forma para ayudar es impresionante.

—Por cierto, Maru, necesito que charles un poco con mi Lala. Tiene una expulsión. Ha agredido a un compañero. Sé que no es momento de expulsarla, está muy afectada. Sara era su mejor amiga, pero es que no se puede tolerar su comportamiento —contó Peter.

—¿Por qué no haces una expulsión interna y la mandas a mi clase? Puede ayudarme con los pequeños. A mí me vendría genial y no estaría sola en su casa, porque su madre trabaja, si no recuerdo mal —propuse.

—Me parece muy buena idea. Como luego voy a hablar con Diego, que va a tener una reunión con la abuela de Sara, se lo comento a ver qué nos dice. Raquel se ha abandonado y no tiene fuerzas para salir adelante. La abuela está muy perdida y Diego quiere ayudarla, al menos dándole comida del comedor.

—Mira qué bien. Me parece estupendo que de cara a la galería sean generosos —añadí molesta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maru.

—El otro día tuve un encontronazo con Diego. No me pude callar y reconozco que perdí un poco las formas. No sé cómo no me ha despedido. Mi Felipe no traía desayuno. Yo tengo galletas y pasteles en el aula, por si algún niño llega sin desayuno, pero a él no le gustan los dulces. Cuando vino la *teacher* a mi clase, fui a la cocina, a prepararle un bollito con aceite, y estaba Diego allí, desayunando. Y me dijo que no podía hacer eso, que no le podía dar un bollo porque lo que iba a conseguir es que la madre se acostumbrara a no traer el desayuno. Me echó un discurso de cinco minutos, con una altivez y un sinsentido que me abrumaron. Argumentaba que yo no le estaba ayudando, que la madre tenía que aprender a organizar su dinero. Y me quitó de un tirón el bocadillo. Me quedé perpleja.

—Aunque en parte pueda tener razón, no es motivo para dejar sin desayunar a un niño —argumentó Maru.

—Por eso no os lo conté. Porque vosotros encontráis justificable todo lo que hace. Y a mí no me parece que tenga razón en nada. Yo cogí otro bocadillo y lo llevé a mi clase. Os juro que tenía tanta rabia que, si me llega a quitar el que hice por segunda vez, se lo hubiese arrancado yo a la fuerza. Imagino que me vio la ira en la cara y no se atrevió a hacerlo.

—Debes tener paciencia, Mara, son personas mayores. Han vivido otra realidad distinta a la tuya. Y tienen una experiencia que desde tu punto de vista no puedes entender.

—Tú lo has dicho. No puedo entender que la persona que tiene que dar el refuerzo educativo en mi clase esté haciendo flores de papel para adornar la capilla. No puedo entender que se obligue a unos niños de tres años a ir a misa. Y no puedo entender que se pierda tanto tiempo en celebraciones en torno a una figura que murió hace una eternidad, y que tendrá todo el mérito del mundo por haber fundado la congregación, pero su adoración me parece un despropósito. —Lo dije con un tono tan elevado que mis compañeros enmudecieron.

—Mara, no es todo tan malo. Nos han abierto las puertas pidiendo ayuda. Los talleres de los viernes han bajado el absentismo y no pueden sentirse más agradecidos. Estás muy pesimista. Hacen una labor social muy importante. Atienden los problemas, cuidan, a su manera, a las familias. Y siempre tienen las puertas abiertas para el que lo necesite.

—Seguro —contesté de forma seca.

Me disculpé y me quedé en la tienda de Kiko para comprar un par de bollos de pan, por si Felipe se presentaba otra vez sin desayuno.

—¿Cómo está la maestra más guapa del colegio? —bromeó el tendero cuando entré.

—Me temo que hoy no tengo un buen día. No he dormido muy bien. Y el día será largo.

—Y mira por dónde yo te voy a alegrar el día. Ayer estuvieron aquí unas cuantas madres de tu clase hablando de ti, de lo cariñosa que eres con los niños y de todo lo que están aprendiendo contigo.

Algunas hasta afirmaron que ya saben más los de tu clase que sus hermanos mayores, que están en cursos más avanzados.

—Muchas gracias, hago lo que puedo. La verdad es que ya me falta poco para poder dar clases —me burlé sonriendo.

—Yo hace días que no escucho a ninguno llorar. Así que eso ya es un avance. Estás haciendo un gran trabajo. Te lo digo yo, que sé todo lo que pasa en este barrio. Y tus niños están mejorando tanto que ni sus padres se lo creen.

—Sí, vamos dando pasitos, pero no tantos como a mí me gustaría. Cóbrame también la botella de agua, por favor.

—Poco a poco, mujer, que apenas llevas un par de meses.

—Por cierto, ¿hay alguna novedad en lo de Sara? —pregunté.

—La policía sigue dando vueltas y continúa preguntando a la gente, pero no se sabe nada. Lo que sí se sabe ya es que asuntos sociales ha metido mano, y veremos a ver si no le quitan a la madre el único que le queda.

—No digas eso, ¿cómo le van a quitar a Yeray? —cuestioné preocupada.

—Mara, eso lo vemos aquí todos los días. Ojalá me equivoque, pero como los trabajadores sociales metan las narices y vean cómo está el niño, que, no nos podemos engañar, es un salvaje sin norma ninguna, esto no acaba bien. Estas cosas nunca tienen buen final. Yo me paso la vida dándoles consejos a estas madres jóvenes que se equivocan cuando no le dicen a su hijo que no. Y mira que para mí es un chollo, porque cuanto más piden las criaturas, más vendo yo. El niño pide papas fritas, la madre le da las papas fritas; que llora por una palmera, la madre le compra la palmera. Y a un niño no se

le puede dar todo lo que pide. Y más aún si es la hora de comer. Pues, ¿sabes?, me duele la boca de decírselo.

—Tienes toda la razón. Pero ojalá te equivoques respecto a Yeray, porque era lo que le faltaba a esa familia. No puedo pensar en la posibilidad de que esa madre también pierda a Yeray. Eso la volvería loca. La vida no puede ser tan cruel con ella.

—Ojalá no. Pero si indagan y se enteran de que no podía con Sara y tampoco con Yeray, lo tiene complicado.

—Con Sara no tenía problemas, que yo sepa.

—Mara, Sara hacía lo que le daba la gana. Robaba ropa, vestía como quería, y la madre no tenía ningún control. Si la pobre ya tenía bastante con las palizas que le daba el marido… ¿Qué niña se va a robar y lo convierte en su medio de vida? Si se había hecho hasta un tatuaje, con catorce años. Todo eso lo ven los trabajadores sociales, no son tontos. Unirán todas las piezas y montarán un puzle que no le va a favorecer nada. Ojalá me equivoque. No sabes lo que me alegraría. —Suspiró hondo y añadió—: Te he echado unos bomboncitos para que te endulces el día.

Le di las gracias y me fui de la tienda con mal cuerpo. No quería pensar en esa posibilidad. Al abrir las ventanas, recordé que hoy volvería Yeni a trabajar con mis niños. El día anterior no había conseguido encontrar el momento de preguntarle por Sara. Como llegaba temprano, adaptándonos al horario de Peter, que entraba antes que nosotras, me daba tiempo a planificar las actividades y a colocar todo el material que necesitaría en el día. Preparé un dibujo gigante de la marioneta con la que Yeni había hecho la dramatización, para que los niños lo rellenaran con material reciclado.

Manuel me mandó una foto. Era una copia de la llave, que estaba metida en la caja fuerte de su oficina. Me hacía una broma para decirme que le encantaba que durmiera en su casa con él.

Pasar la noche con Manuel fue muy agradable. Siempre me había dado mucho reparo entrar en su cuarto, porque pensaba que era el que había compartido con su mujer. Pero esa noche me descubrió que estaba equivocada. Cuando murió su esposa, el toque femenino de la habitación le traía muchos recuerdos y la intercambió con las niñas. La que había sido suya la compartían ahora las hermanas pequeñas.

Las niñas no nos dejaron intimidad. En el momento en que descubrieron que me quedaba en casa a dormir se acurrucaron en la cama a nuestro lado. Manuel era feliz cuando me tenía junto a sus niñas. A pesar de su seriedad y su rudo código verbal, con sus hijas era amable y cercano. Las abrazaba continuamente mostrándoles su cariño. Les permitió dormir con nosotros, cuando se cercioró de que a mí no me importaba.

—Solo hoy —les explicó señalándolas con el dedo.

Cuando desperté, Manuel me estaba mirando. Me dio un beso en los labios y sin mediar palabra me llevó al baño. Atrancó la puerta por dentro con una silla y abrió el grifo de la ducha.

—Voy a llegar tarde a trabajar —me quejé mientras me quitaba la ropa.

—Ya tienes el desayuno preparado. El café está en la cafetera y hay huevos con queso en la sartén y un hojaldre de fruta recién horneado.

Lo miré extrañada. Manuel no era nada resolutivo en la cocina. Sonrió.

—Ha sido Saray. Creo que quiere que te quedes a vivir aquí y está mostrándote lo maravilloso que puede ser.

Me emocionó que Saray se hubiese levantado tan temprano para prepararme el desayuno.

Cuando salimos del baño, me encontré con que no tenía nada que ponerme. Fui a la habitación de Saray y vi que tenía listos sobre la mesa un conjunto de ropa interior, unos vaqueros y una camiseta blanca.

—Creo que estos te quedarán bien. La ropa interior es nueva, está sin estrenar. Puedes quedártela.

Me acerqué a ella y la abracé.

—Gracias —le murmuré en el oído—. Eres un encanto. Gracias por todo. Me visto rápido y vamos a desayunar, que si me descuido tu padre se come todo el hojaldre.

—Tranquila —me dijo en voz baja—. Eso no va a pasar. Contaba con ello y he puesto coco en más de la mitad. No le gusta, no lo tocará.

Tomamos el desayuno los tres juntos. Cuando Peter pasó a recogerme, Saray salió a darle dos trozos de hojaldre.

—Mara, puedes olvidarte la llave dentro de casa todas las veces que quieras —me dijo Peter chupándose los dedos—. El don que tiene tu familia cocinando no es ni medio normal.

—Peter, nos vamos a venir los dos una tarde, con Nena y Saray, a que nos enseñen a hacer croquetas y hojaldres. Esta crema pastelera es la mejor que he probado en mi vida —añadió Maru.

Pasamos por la tienda de Kiko a por nuestras botellas de agua y nuestras manzanas.

—Chicos, esta noche ha sido movida. Vais a tener muchas bajas.

—¿Qué ha pasado? —preguntamos a la vez.

—Ha habido una redada a los Bocachanclas. Medio barrio trabaja con ellos, así que ahora están todos que no quieren salir a la calle. Han herido a uno.

—¿A quién? —pregunté al recordar que uno de ellos era amigo de Manuel desde el colegio.

—Al mayor de todos. Por lo visto le sacó una pistola a un policía y un compañero le disparó. Está muy grave.

—¿Tiene niños en el colegio? —preguntó Peter.

—No, los Bocachanclas llevan a los niños a un colegio de pago, cruzando el puente. Siempre presumen de que les cuesta cada niño dos mil euros al mes. Pero hay varios padres de tu clase, Mara, que trabajan para ellos, y tienen una sobrina en la clase de Marina. Esos no van a llevar a los niños hoy. Van a estar escondidos un par de días.

—¿A qué hora ha sido? —preguntó Maru.

—Esta madrugada, sobre las tres. Empezaron a llegar furgones y zetas. Se levantó el barrio entero. Yo, que vivo arriba, me desperté con los primeros gritos. Luego se escucharon los tiros. Todos pensábamos que venían a detener al asesino de Sara.

—Vamos a tener un día movidito —añadí.

—Y tanto. Los pequeños no habrán dormido.

Vimos llegar dos furgones de policía más.

—Será mejor que entréis —recomendó Kiko—. Parece que hay más fiesta.

Peter cogió la bolsa con las manzanas y cada uno agarró con rapidez una de las botellas de agua. Con un gesto, Kiko nos pidió que nos fuéramos sin pagar.

Preparé las clases sabiendo que el número de alumnos disminuiría. Además, Yeni nos acompañó desde primera hora, lo que me facilitó mucho la tarea. Mientras ella controlaba a Yeray y a Carmelilla, yo podía captar la atención de los demás, que no llegaban a la decena. Cuando salimos a la clase de psicomotricidad, les di los aros para que corrieran a su aire y me animé a hablar con ella.

—Yeni, mi padre me dijo que conocías a Sara, que eras su amiga. Siento mucho lo que le ha pasado.

—Sí, tuvo siempre muy mala suerte, maestra. De una se metía en otra. Su padre le dio muy mala vida, y cuando consiguió librarse de él, van y la matan. No puedo creerlo todavía.

—¿Sara tenía novio? —pregunté intentando establecer una conversación.

—Qué va, maestra, ella no tenía novio. Pero algo le pasaba. Llevaba unos días muy rara. Sara cambió de repente. Dejó de juntarse con nosotras en la calle, no contestaba ni los mensajes. Nosotras le preguntábamos todo el rato qué le pasaba, pero no nos contaba nada. Tuvo un cambio como de la noche al día.

—¿Y con Lala también? Porque ellas eran muy amigas, ¿no?

—Yo vi varias discusiones con Lala. Pero no estaban peleadas. Lala parecía pedirle algo y Sara siempre le gritaba que no lo iba a hacer, que la dejara en paz. Eso lo vi varias veces. Pero no sé a qué se refería.

—¿Lala vive en el barrio? Es que alguna vez la he visto llegar por la carretera.

—Claro, vive en el bloque que está justo frente al de Sara.

—Espero que se descubra quién lo hizo y pague por ello. No puede seguir en la calle.

Diego nos interrumpió. Me informó de que la *teacher* me iba a sustituir porque la abuela de mi Yeray quería hablar conmigo. Me extrañó que Diego lo autorizara en horas lectivas, aunque entendí que era una excepción.

—Ella es Sandra —me la presentó Diego—. Aunque la veas así de joven y bonita, es la abuela de Sara. Quiere charlar contigo, tomaos el tiempo que necesitéis.

Nos dejó a solas. No era la primera vez que me encontraba a esa mujer. Estaba segura de que la había visto antes. Su cara de sorpresa me lo confirmó.

—¿Tú eres la profesora de Yeray? —preguntó extrañada.

—Sí, ¿nos conocemos?

—Personalmente no, pero conozco a tus padres. O los conocí hace mucho. Tu padre es Paco, ¿no?

—Sí, ya la recuerdo, la vi en el mercadillo, hablando con mi padre hace poco.

—Sí, nos reencontramos después de muchos años sin vernos.

—¿Cómo están? ¿Cómo está su hija? —pregunté intentando centrarnos en el tema que nos interesaba.

—Pues ya te imaginas. Mi hija está muerta en vida. No reacciona. Yo no puedo dedicarme al pequeño porque soy enfermera y mis turnos en el hospital no me lo permiten. Pero vamos saliendo como podemos. Ha sido un palo muy gordo. Era solo una niña… —La mujer se echó a llorar.

—De verdad que lo siento mucho. No puedo ni imaginar por lo que están pasando. ¿Ha avanzado la investigación?

—No nos dicen nada. Y la televisión no deja de inventar. Y todo eso nos está perjudicando mucho. ¿Cómo iba a estar mi nieta en ningún tema de drogas, si era una niña?

—¿Y la policía no puede parar esos rumores?

—La policía para los rumores de la gente de los chalets de lujo que hay en la playa. Pero nosotros no les importamos. Si no se han molestado ni en citarnos para contarnos cómo va la investigación. He ido a comisaría ya cinco veces, pero no me han dicho absolutamente nada, ni siquiera me han recibido. No es justo. —Comenzó a llorar de nuevo.

—Espero que descubran pronto qué pasó y puedan entonces tener un poco de paz.

—Yo creo que ya saben quién es. Aquí hay ojos en todas las esquinas. Pero será alguien importante y lo han tapado.

—No piense eso, mujer, ellos son los primeros en querer atrapar al culpable.

—Yo quería hablar contigo porque los trabajadores sociales han venido a la casa y, al ver cómo se comporta Yeray, nos han hecho muchas preguntas. Y entre ellas a qué colegio iba. Van a venir a hablar contigo. Yo sé que mi hija no ha hecho las cosas bien. Pero es que, si tú lo cuentas, mi hija va a perder a su hijo. Y es lo único que le queda. Tienes que ayudarnos.

No pude aguantar mis ganas de llorar. No podía estar pidiéndome eso. Me estaba rogando que mintiera. Que no contara la verdad.

—Sandra, no puedo mentir. Lo siento, pero no puedo hacerlo. Pero lo que sí puedo hacer es resaltar las cosas buenas. Le doy mi palabra de que pondré en valor el interés de su hija, lo que se preocupa por su pequeño y que venía a tutoría siempre. Solo

responderé a sus preguntas, pero no voy a contar nada que no me pregunten.

—Es que si te preguntan y dices la verdad, nos lo van a quitar. Te lo ruego, no le des información negativa. No podemos perderlo a él también —dijo llorando.

—No pueden ser tan crueles. No se lo quitarán. Le prometo que haré todo lo que pueda.

Fue un momento muy tenso. Me moría de la pena. La señora no tenía palabras para convencerme. Y a mí me faltaban argumentos para decirle que no tenía la solución en mis manos. Ella estaba segura de que sí la tenía.

—Tú no eres madre y no sabes lo que duele un hijo. Yo estoy sufriendo por mi nieta y por mi hija. Y la impotencia no me deja dormir. Si dejo mi trabajo para ocuparme de ella y de mi nieto, no podemos comer. Pero si no lo hago, no voy a poder sacarlos adelante.

Intenté consolarla, encontrar palabras de ánimo que la ayudaran a seguir en pie. Pero no lo conseguí. Estaba demasiado rota. Demasiado asustada. Estuvimos un rato dando vueltas a los mismos argumentos. Ella, intentando que yo mintiera; yo, convenciéndola de que no podía hacerlo.

La vi partir sabiendo que no iba a poder ayudarla.

La jornada se me hizo larga y tediosa. El orden del día del equipo pedagógico no parecía acabar nunca. Salimos tarde de la reunión y tuve que disculparme con mis compañeros. No fui capaz de concentrarme. Incluso Diego me dio unas palabras de ánimo. Me pesaba en el alma ser la culpable de que volvieran a vivir otra tragedia.

Pero no encontré la forma de cambiar las cosas.

TERCERA PARTE

33
Paco

Estábamos esperando a Mara con las maletas ya listas junto a la ventana del comedor, impacientes y nerviosos. Mi hija había insistido en que llegaría a tiempo para llevarnos al aeropuerto.

Cuando escuchamos el sonido de un coche, supusimos que era el de Mara. Pero no. Nena y yo nos quedamos estupefactos ante la presencia de esa mujer, convencidos de que no nos traería buenas noticias. La vimos correr a la casa y llamar al timbre de forma agresiva. La invitamos a pasar dentro para tener más intimidad.

—Sandra, ¿qué haces aquí? —pregunté inquieto.

—Necesito hablar con vosotros. Es urgente.

—Estamos a punto de salir para el aeropuerto, nos recogen en diez minutos. Pero, dinos, en qué podemos ayudarte.

—Tenéis que convencer a Mara de que entregue un informe favorable en el caso de mi hija.

—¿Mara? ¿Qué informe? No entiendo —añadí confundido.

—Han matado a mi nieta. Y asuntos sociales quiere llevarse a mi nieto, el pequeño. La única que puede impedirlo es Mara. Tenéis que convencerla para que redacte un informe positivo de mi Yeray. No puedo perder a mi otro nieto.

Sentí que las piernas se me doblaban. No podía creer lo que oía. Nunca imaginé que Sandra fuera la abuela de Sara. Aunque no hubiese sido muy difícil de adivinar, porque se parecían como dos gotas de agua.

—Mi hija es muy buena persona. Estoy convencido de que no os quitarán al pequeño. Mara os ayudará, puedes contar con ello.

—¡No! Acabo de hablar con ella y no va a mentir. Va a contar la verdad. Y eso es justo lo que no puede hacer. No lo entendéis, pero ahora mismo cualquier comentario negativo, por pequeño que sea, nos separará del pequeño. He hablado con el director y he hablado con tu hija, y no está dispuesta a mentir. Va a contar la verdad. Y la verdad es que mi hija ha sido un desastre y no ha sabido criar a los niños. Y yo la he dejado sola, siempre la he dejado sola.

Nena intentó consolarla. Se acercó a ella y con mucho tiento la obligó a mirarla.

—Sandra, Mara hará todo lo posible por ayudarte, no tengas la menor duda.

—Debéis convencerla. Tiene que mentir en el informe y demostrar que mi hija es una madre maravillosa. —Cambió la mirada y la cargó de furia—. Y vosotros os vais a encargar de que lo haga. Me lo debéis.

—No podemos convencer a Mara para que mienta. Ella es independiente.

—Si no convencéis a vuestra hija de que emita un informe favorable, Paquito descubrirá la verdad. Y vais a tener que dar muchas explicaciones.

—No puedes hacer eso —rogó Nena.

—Sí que puedo. Y lo voy a hacer. Así que ya podéis empezar.

Salió dando un portazo. Mara, que en ese momento llegaba a la entrada, se asustó al verla.

—¿Sandra? ¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Tus padres te lo van a contar —dijo sin pararse.

Se subió a su coche y se marchó con prisas.

—Vamos —dijo Mara sin dejar de mirar cómo se alejaba Sandra—. Hay que irse ya, vais a llegar tarde al aeropuerto. Por el camino me contáis qué hacía la abuela de Sara aquí.

Nena y yo nos miramos.

No sabía qué decir. Pero no podía contarle la verdad. Tenía que ganar tiempo para inventarme una excusa creíble. Terminé de cargar mi maleta y nos subimos al coche. Mi mujer me hizo un gesto con la cabeza. En ese momento supe que ella sí que le iba a contar la verdad, pero solo en parte.

—Conocimos a Sandra hace muchos años. Era enfermera en el hospital cuando nació Paquito. Salimos algún tiempo en el mismo grupo. Te ha reconocido y ha venido para pedirnos ayuda. Quiere que te convenzamos para que mientas en el informe. Es una situación muy difícil, hija. Y esa mujer está desesperada.

—No puedo creer que haya hecho tal cosa. No puedo mentir, pero tampoco puedo decir la verdad. Es muy complicado. Lo he pasado muy mal cuando me lo ha expuesto a mí. Me siento fatal… No puedo ayudarla y lo lamento.

—Tienes que pensarlo bien, Mara; cualquier cosa que digas en su contra puede perjudicarlas —añadí.

—Lo sé. Pero tampoco puedo mentir. Si miento y se sabe la verdad, me voy a meter en un lío tremendo. Además, soy la tutora del niño, pero hay otras profesoras que han entrado en la clase,

como la de inglés y la de apoyo. No podemos ofrecer información contradictoria. —Soltó un largo suspiro—. Pero ahora vosotros no debéis preocuparos por nada. Solo disfrutad de vuestro viaje a Londres. A la vuelta ya pensaremos cómo hacerlo. No me han solicitado nada aún, así que tenemos tiempo.

Nena me miró preocupada. El viaje no podía ser más inoportuno. Nos marchábamos justo en el momento en que más necesitábamos quedarnos.

En cuanto nos bajamos del coche, Nena rompió a llorar. Entendí que necesitaba sacar toda la tensión que llevaba dentro. No sabíamos muy bien a dónde teníamos que dirigirnos y con los nervios empezamos a dar vueltas por el aeropuerto.

—Paquito me dijo que había que buscar la cola para entrar en el control. Y que la entrada estaba rara, como detrás del último mostrador. Vamos a mirar por aquí.

Perdimos un par de minutos más yendo en la dirección equivocada hasta que decidimos seguir a la gente que iba con su maleta en la mano. Cuando dimos con el acceso y pasamos el control de seguridad, el guardia decidió hacerme una prueba de drogas. Me pasó un papel por las manos y me apartó a un lado para que esperara a que le dieran los resultados. Por fortuna, me dejaron reunirme con mi mujer en unos segundos.

Pasamos por delante de unas tiendas bonitas y buscamos en las pantallas nuestro número de vuelo. Lo encontramos, pero no estaba indicada la puerta de embarque.

Nos sentamos apartados de la muchedumbre, que comía bocadillos sin levantar la vista del móvil. Quizá esa gente sabía algo que yo desconocía. No era normal que todo el mundo tuviera un

hambre atroz. Lo mismo para volar era indispensable llevar el estómago lleno. Descarté la idea; si hubiese sido necesario, nuestros hijos nos lo hubiesen dicho.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Nena—. Mara no va a mentir. Se va a saber la verdad.

—Tenemos cuatro días para pensarlo. Vamos a volar a otro país y seguro que se nos ocurrirá algo a tiempo. Lo decidiremos juntos. Y saldremos de esta, como siempre hemos salido de todas.

—Esta vez no es tan fácil. En cuanto Paquito se entere, no nos volverá a hablar en la vida. Y Mara, no quiero ni pensarlo, no nos lo perdonará.

—Mara lo entenderá cuando le contemos la verdad. Todos lo entenderán. Lo hicimos por una razón y tendremos que explicárselo.

—Hay otra persona que también va a sufrir mucho. Y no tengo muy claro si será bueno que se lo digamos.

—Nena, si decimos la verdad, tienen que saberla todos los implicados. De nada servirá que contemos una verdad a medias.

Miramos la pantalla y junto a nuestro vuelo ya aparecía la información del embarque. Fuimos hasta nuestra puerta y nos pusimos en la cola. Aunque estaba nervioso por todo el proceso, no resultó tan difícil como había imaginado. Claro que nuestros hijos nos habían dado indicaciones sobre cada paso. Cuando me senté en el avión y me puse el cinturón, sentí un miedo atroz. No imaginé que me iba a imponer tanto. Mi mujer debió de notarlo, porque me agarró la mano con emoción. Ella, en cambio, parecía una niña subida en una montaña rusa. Disfrutaba mientras yo me ponía pálido al sentir como el avión ascendía.

—Eres un cagueta —me dijo riendo.

—Al menos te diviertes. Algo es algo.

No podíamos hablar. Había demasiada gente escuchando. El silencio y las dos horas de estar pensando nos sentaron bien. Si no hubiese sido por las turbulencias, que me ponían el corazón en la boca, casi que hubiese sido coser y cantar. Cuando aterrizamos, recuperé mi color moreno. Encendí el móvil como me había indicado mi hijo y caminamos con rapidez siguiendo a la mayoría de la gente. Eso era lo importante para no perdernos. Suspiramos aliviados cuando encontramos a un señor mayor que sostenía un cartel con nuestros nombres.

—Menos mal que lo hemos encontrado, ya me veía llamando a Paquito.

En el coche, no podíamos parar de mirar por la ventanilla. Mi mujer me cogió la mano y entendí que las cosas volvían a ser como antes. La gente caminaba con prisas, no había pasos de peatones y estaba lleno de personas comiendo por la calle.

—Los restaurantes no deben de tener sillas como en España —informé a mi mujer—. Todo el mundo come corriendo. Les va a sentar mal.

El hotel era precioso. Tuvimos un pequeño inconveniente con la llave. El señor me insistía en que ya me la había dado y yo no la veía por ninguna parte. Menos mal que mi mujer recordó que Mara nos había dicho que la puerta se abría con una tarjeta. La habitación era pequeña, un poco rococó para nuestro gusto, pero ya se sabe, el estilo inglés es recargado a más no poder. Aquel cuarto parecía salido de una película de Alfredo Landa. Guardamos el contenido de nuestras pequeñas maletas. Paquito me había sacado por la impresora un mapa en el que me indicaba dónde tenía que coger el

autobús turístico y las calles más importantes que visitar. Ya era tarde, así que dejamos el autobús para el día siguiente. Me colgué del hombro la cámara de fotos que me había prestado mi hijo y nos fuimos a dar una vuelta.

Todo era muy distinto. Los edificios eran deformes y la cantidad de estilos que paseaban por la calle nos dejaron boquiabiertos. Los trajeados con corbata y maletín se tropezaban con chicas con los pelos de punta y los colores más variopintos. Entramos a una tienda preciosa y le compré a mi mujer un pañuelo de colores brillantes, y para mí escogí unas gafas de sol con las que parecía un dandi.

Volvimos al hotel después de un par de horas deambulando por las calles, que parecían infinitas. Nos habíamos perdido la cena, así que decidimos comprar comida en un supermercado al lado del hotel. Los precios nos escandalizaron, pero no teníamos otra opción.

Nuestra cena fue un fracaso absoluto, pero las risas que nos echamos lo compensaron con creces. El agua resultó ser gaseosa, el batido sabía a picante y el embutido tenía un regusto horrible a pastillas de caldo de pollo. Incluso el pan era una masa esponjosa más parecida a un bizcocho que a una buena hogaza. Con lo único que acertamos fue con unos bombones de chocolate y caramelo, pero, claro, no quise comerme más de uno para que mi mujer no se enfadara.

—Mañana nos hinchamos en el desayuno —anunció Nena.

—Al menos nos hemos reído. Desde que te fuiste no me había vuelto a reír. Me haces mucha falta, no te vayas más.

—Eso no depende de mí. No pienso quedarme esperando a que te mates.

—Mañana desayunaré fruta.

—Tampoco quiero eso. Un día es un día.

—Nena, estoy seguro de que la fruta será lo único comestible en este país. —Me reí con ganas.

—No sé cómo nos estamos riendo, cuando en este momento nuestra familia está a punto de desintegrarse.

—Puede que sí —reconocí—. Pero ahí estaremos los dos para reconstruirla, aunque nos lleve el resto de nuestra vida.

—Ojalá sean capaces de perdonarnos.

Nos dormimos agotados por las emociones del día. Amanecimos más animados y decididos a disfrutar de los días que nos quedaban.

El desayuno fue muy copioso y nos aseguramos de comer lo suficiente para aguantar hasta la cena. Me sentí un dromedario en el desierto, acumulando víveres en mi estómago para sobrevivir. Los tres cafés y los dos zumos de naranja me pasarían factura más tarde, y preguntar por el baño no iba a resultar una tarea sencilla.

Nos subimos en el autobús turístico con el orgullo de no haber tenido ningún problema para encontrarlo. Cuando comencé a hacer fotos, me di cuenta de que la cámara se veía amarilla. Le mandé un audio a mi hijo para que me dijera donde tenía que tocar para que tuviera un color normal. Grabé un vídeo para comprobar si había mejorado con las instrucciones de Paquito, pero seguía igual. Tenía un color sepia horrible. Cinco audios después, me comencé a desesperar. Nena se reía. Como si fuera una loca. No podía parar. Yo la miraba sin entender nada. Y ella quería decirme algo, pero lo único que conseguía emitir eran unas carcajadas escandalosas. Todo el autobús se la quedó mirando. Como la risotada no tenía fin, intentó decírmelo por señas. Me indicó que me quitara las gafas nuevas. La cámara se arregló al instante.

Era el cristal amarillo de mis gafas nuevas el que me hacía ver los vídeos y las fotos de ese color. Me dio un ataque de risa a mí también y contagiamos al resto de los turistas. En un par de minutos, todos se desternillaban sin saber por qué. Cuando nos bajamos en la primera parada, nuestros compañeros de viaje nos despidieron con fervor.

No paramos de reír en los cuatro días. Me metí en tantos líos que tenía anécdotas para contar en las reuniones familiares durante el resto de nuestra vida.

Todo era complicado y la comida no dejaba de sorprendernos. Cuando creíamos que habíamos probado lo peor, otro nuevo plato nos asombraba. Ahora entendía por qué los ingleses se aferraban a los huevos con beicon. Era lo único que sabían preparar sin destrozarlo.

Regresamos con la tristeza de las vacaciones que se acaban, la certeza de que estábamos unidos para enfrentar lo que venía y la incertidumbre de lo que sucedería en los días siguientes.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó mi mujer cuando esperábamos el avión de regreso.

—Voy a hacer lo que siempre he hecho. Dejar que mis hijos tomen sus propias decisiones. No voy a influir. No puedo hacerlo. Nunca me lo perdonaría.

—Es que Sandra se lo va a contar… Ojalá no tengan que pasar por la retirada de la custodia, sería muy duro para todos. Pero si les quitan al niño, no tengo dudas de que ella se lo contará a Mara.

—Sé que correremos ese riesgo. Pero no tenemos otra opción. Ya se nos ocurrirá algo.

Paquito vino a recogernos al aeropuerto.

Volvimos a casa.
Juntos.

34
Mara

No pude dormir esa noche. La imagen de Sandra llorando, desesperada por salvar a su familia, me sobrecogía. Quería ayudarla. A veces la impotencia era más grande que yo misma. La mayoría de mis alumnos vivía en familias desestructuradas y ancladas en una pobreza que les limitaba la infancia y levantaba ante ellos un cerco invisible, una barrera que nadie los ayudaba a saltar. Cuando me sentaba en la asamblea y les pedía que me escucharan, me daba cuenta de que la dificultad no estaba en ellos; se hallaba en esos hogares donde no había silencio, donde convivían tres familias en sesenta metros cuadrados. Hogares en los que los gritos y los malos modos eran la tónica diaria.

Mi padre estaba preocupado. Algo dentro de mí me decía que mis padres seguían ocultando algo. Desde el verano no habían recuperado su alegría, su tranquilidad y su disfrute de las pequeñas cosas. Solo esperaba que no estuvieran enfermos.

Aquella mañana, Kiko me contó que los padres de mi Carmelilla habían ayudado a los padres de Cecilia, una alumna de mi clase, que pasaban por un momento muy difícil. La niña llevaba una semana durmiendo en un coche con sus padres y sus dos hermanos. No podían pagar el alquiler. No encontraban nada por menos de mil

euros y era imposible que pudieran costeárselo. El padre de Carmelilla llegó una madrugada de fiesta y los vio en el aparcamiento, dormidos. Golpeó la ventana para hablar con el padre de Cecilia. Le preguntó si habían comido y fue corriendo a la hamburguesería del barrio, que estaba abierta hasta altas horas de la noche, y les compró algo para cenar. A la mañana siguiente les pagó un mes de alquiler en una pequeña casa cerca del barrio. Le dijo a Kiko que pasara a su cuenta lo que necesitaran de comida.

En las entrañas del barrio se movían miserias de toda clase. Se vendía todo tipo de drogas, se podía acceder a la prostitución a precio de saldo y resultaba sencillo encontrar cualquier objeto ilegal que desearas. Pero también había empatía, solidaridad y una calidad humana que emocionaba, que te hacía sentir pequeña ante la grandeza que generaban la generosidad y la bondad innatas.

Llamé a tutoría al padre de mi Carmelilla. Lo había visto en cuatro ocasiones y no había avanzado absolutamente nada. Pero en la última entrevista había descubierto que yo era gitana y me comenzó a mirar con otros ojos. Quería aprovechar la conexión para hablar con franqueza. Me lo iba a jugar todo a una carta y esperaba que me saliera bien. El comportamiento de Carmelilla había empeorado. Sus continuas rabietas eran interminables y, aunque había aprendido que en la clase no conseguía nada llorando, tenía herramientas muy poderosas para llamar la atención cuando no se salía con la suya. Esta vez lo había citado sabiendo que su mujer no podía venir, porque tenía una cita médica.

—Me alegro de verte, Guille —le dije para romper el hielo.

—Maestra, me ves demasiado. No hay semana que no me llames para hablar conmigo. Eres la maestra más cansina del colegio —dijo

bromeando.

—No te quito la razón. Soy la maestra más cansina de este colegio. Lo que te tienes que preguntar es por qué lo soy. Si no creyera que merece la pena trabajar con vosotros, no os llamaría. Si lo hago es porque sé que sois unos padres preocupados, que queréis lo mejor para vuestra hija. Y aquí estoy yo, pico y pala, a ver si consigo abriros los ojos.

—Desde luego, una maestra muy normal no eres. Yo he estado en este colegio y todos mis sobrinos están aquí, y nadie se preocupa por los niños tanto como tú. Por los niños de este barrio no se preocupa nunca nadie. Los dan por perdidos.

—La verdad es que hoy te he llamado porque te quería dar las gracias. Sé que has ayudado a una familia de esta clase y quería agradecértelo. Eres una buena persona, Guille, y no todos los días tiene una la suerte de tropezarse con una generosidad como la tuya.

—Eso no es nada, maestra. Yo también he dormido en un coche. Y he visto muchas veces a mi *papa* llorar cuando no tenía nada para darnos de comer. Eso es lo peor que hay en este mundo. No puedo dormir sabiendo que hay un padre en el barrio que está pasando por lo que yo pasé, maestra. Pasar hambre es muy malo. Yo estoy recogiendo chatarra desde los ocho años. Y es muy duro. No quiero que ninguno de mis hijos pase por eso.

—Y te entiendo. Pero tú, que eres un gitano con buen corazón, ¿no quieres que tu hija lo sea también?

—Pues claro que quiero. Cómo no voy a querer que sea buena persona.

—La estás convirtiendo en una pequeña tirana que no sabe compartir, que no sabe ponerse en el lugar del otro. Y perdona que

sea tan dura, pero me siento en confianza para decírtelo. Lleva todo el camino de ser una niña egoísta que solo va a valorar las cosas materiales y que no tendrá la nobleza en el corazón que sí tiene su padre. Y, créeme, quiero tropezarme en la vida con personas como tú, con tu generosidad y tu empatía. No quiero tropezarme con una mujer que tenga un armario lleno de ropa, pero que no sea capaz de darle un abrigo a alguien que pase frío. Y en eso estás convirtiendo a tu hija.

—Maestra, no veas cómo eres de dura, me dices cosas que me duelen mucho. Yo no quiero que mi hija sea así. Yo hablo mucho con ella. Le intento explicar las cosas.

—Guille, ser dura no es fácil. Lo fácil sería no sentarme aquí contigo y callármelas. Yo voy a estar con tu hija tres años. No tengo ninguna necesidad de recibir tu rechazo y tus malas caras cada vez que hablamos. Pero no me puedo rendir. Carmelilla tiene un fondo noble, un fondo bonito, y no puedo permitir que lo pierda, que se quede enterrado entre montañas de objetos que abandona a los dos minutos. De objetos que tira por los aires para que cuatro desconocidos se rían. Me vas a perdonar, pero voy a luchar para que esa niña sea la mejor versión de sí misma. Y hay materia prima y hay una familia que puede conseguirlo.

—No sé cómo hacerlo mejor. Esa es la verdad.

—Claro que sabes. Guardas dentro todas las cosas buenas que le quieres enseñar. Hazlo. Carmelilla tiene la suerte de tenerte como padre. De haber nacido en una familia gitana que está llena de valores y buenos sentimientos. Enséñaselos. Como te los enseñaron a ti tu padre y tu abuelo. Como te los transmitieron tu madre y tu abuela. Dale a tu hija la oportunidad de disfrutar de la vida y de

sentir lo que tú sentiste cuando ayudaste a esa familia. Esta es la niña que debes educar. Es la niña que puedes tener a tu vera. Y si quieres salir en las redes, pues enseña en las redes la niña tan bonita, por dentro y por fuera, que tienes. Pero con bondad. Mostrando al mundo que detrás de una niña gitana se esconde mucho más que los malos modos. Mucho más que una niña caprichosa que tira la comida por el suelo.

Guillermo estaba emocionado. Peleaba por que las lágrimas no salieran y se las limpiaba con rapidez procurando disimularlas.

—Lo voy a intentar. Pero no va a ser fácil. Me vas a tener que ayudar mucho.

—Lo difícil es dormir en un coche y no tener para comer. Lo difícil es recoger chatarra desde los ocho años. Además, estoy aquí para ayudarte, para ayudaros. Tu mujer es un cielo y te seguirá donde vayas.

Se marchó murmurando una despedida que no entendí.

Cuando me quedé sola, supe qué había tenido una de las tutorías más bonitas de toda mi vida.

Damián interrumpió mis pensamientos. Vino a saludarme y me propuso una actividad que me encantó. Un cuentacuentos dramatizado de los alumnos de su clase en la mía. Quedamos en que lo prepararíamos en los próximos días. Sentí que no quería marcharse, aunque yo movía papeles para hacerle entender que tenía trabajo pendiente. Se acercó mucho a mí.

—¿Te marchas ya? Vamos a la cocina a tomar un café —me invitó.

—No, me queda otra tutoría y no va a ser nada fácil. Tengo que llamar a la madre de mi Naira; tiene la cabeza llena de piojos y necesito hablar con ella.

—Mara, debes decirme estas cosas. Si Naira tiene piojos, posiblemente Estrella, su hermana, también tenga, hay que mirarla. Y está en mi clase.

—Tienes razón, no había caído.

—No la llames, mañana miro yo a la hermana y, si los tiene, avisamos a la madre para que se lleve a las dos.

—No puedo esperar, Damián, tiene la cabeza llena. Si los veía caminar de un lado a otro… Le pediré que mire a la hermana también. Mañana las revisamos al entrar. Si alguna de las dos llega con piojos, que la recoja.

—Está bien, pero no creo que venga. Trabaja en el supermercado hasta las ocho.

Damián tenía razón. No estaba disponible, así que le dejé un mensaje para que le mirara la cabeza a la niña.

Cuando fui a buscar a Peter para pedirle algunos materiales de papelería, estaba ocupado hablando con Lala y su madre.

—Mara, qué bien que te vemos —me dijo mi compañero—. Lala se va a quedar expulsada en tu clase, ¿por qué no le explicas las tareas que tendrá que realizar mientras yo termino de hablar con su madre?

Me llevé a Lala para darle intimidad a mi amigo.

—Vente conmigo, que verás qué bien lo vamos a pasar. Me han dicho que te gustan mucho los niños pequeños.

—Bueno —contestó con timidez—. Prefiero estar en tu clase contigo que con mi abuela dándome la brasa, la verdad.

—¿Puedo preguntarte por qué te han expulsado?

—Le pegué a un niño.

—Estoy segura de que tuviste un motivo para hacerlo.

—Claro —me contestó decidida.

—¿Te hizo algo?

—Se cagó en mis muertos. Y acabo de enterrar a mi mejor amiga. Y dijo unas cosas muy feas de Sara.

—Cierto es que tuvo muy poco tacto. Pero está claro que quería provocarte y lo consiguió. Tienes que aprender a ser más práctica y no caer en esas trampas.

—Es que no puedo. Quería mucho a Sara, no consigo hacerme a la idea de que no está. —Su voz se quebró en las últimas palabras.

—Tiene que ser muy duro. ¿Se sabe ya algo de quién lo hizo?

—No lo han pillado todavía —dijo mirando al suelo.

—Lala, mírame —le pedí cogiéndole el mentón con suavidad—. Sara llevaba unos días muy rara. Le pasaba algo. Y tú tienes que saber qué era. Quizá eso ayude a la policía. No podemos permitir que, si lo hizo a conciencia, ese tipo ande suelto.

—No sé nada. Sara lo ha pasado muy mal con su padre. Muchas veces, cuando le pegaba a su madre, ella se metía. Y le daba a ella. Luego se avergonzaba de los moratones y no quería salir a la calle. Hace unos meses le hizo un corte con una botella. Le echaron diez puntos en el hospital, y allí dijo que se lo había hecho su padre. Como había dejado a la madre medio muerta, ya lo metieron dentro. Pero le echó cojones, porque le tenía mucho miedo.

—Menos mal que han podido contar con su abuela.

—Qué va, su abuela nunca los ayudó. Luchó mucho para que Raquel dejara a su marido, eso sí. Y no se hablaron durante bastante tiempo. Ha sido ahora, al meterlo preso, cuando la abuela ha venido. La abuela no quería esa vida para su hija y sus nietos, y yo la entiendo.

—Hay algo que no me cuadra entonces, y quiero que me digas la verdad. Sara siempre iba vestida con ropa de marca. Y no podía permitírselo, con el sueldo de su madre es imposible.

—No sé —me respondió cabizbaja.

—Claro que lo sabes. Eres su mejor amiga, cómo no ibas a saberlo. Te prometo que no se lo voy a decir a nadie. ¿Estaba metida en líos de drogas?

—No, maestra. —Dudó si contármelo o no—. Sara robaba la ropa. Era una experta. Tenía un imán con el que quitaba las alarmas. Y si no podía, metía la prenda en una bolsa para congelados, así no sonaba. Robaba para ella, para mí y para venderlo.

—¿Nunca la pillaron? —pregunté.

—Qué va, era la mejor. Tú le mandabas la foto de lo que querías, con la talla y la etiqueta de la tienda, y ella te lo conseguía por la mitad. De eso comían. Si su padre no le daba un euro a su madre…

—¿Su madre lo sabía? —No pude disimular mi extrañeza.

—Claro, si la madre muchas veces iba con ella. Cuando aquí ya las tenían muy vistas, se iban a Granada o a Sevilla. Pero nunca la pillaron, ni una sola vez. Yo nunca la acompañaba, porque me cagaba y se me notaba en la cara. Mi madre me mata si me pillan robando, vaya.

—Haces bien, es mejor no meterse en líos.

—Maestra, quiero pedirte un favor. Pero me da mucha vergüenza.

—Si puedo ayudarte, no dudes que lo haré.

—Es que mi madre cobra por días, pero no cobra hasta las dos. Y mañana no trabaja. Por si no te importa comprarme el desayuno y yo te lo pago al día siguiente. Solo es para que me lo adelantes, así

no me quedo ningún día sin desayunar. Pero que yo te lo pago, de verdad.

—Claro, no te preocupes. Y si no me lo puedes pagar, no pasa absolutamente nada. Dime qué quieres.

—Siempre desayuno un bocadillo de pavo y mantequilla. Pero, por favor, no me lo compres en el Kiko, que da mucho asco. Ese hombre no se lava las manos y está todo el día tocando dinero. Tiene las uñas negras.

—No te preocupes, te lo prepararé yo. Compraré el pan en la panadería del pueblo.

—Muchas gracias. Todo el mundo dice que eres muy buena gente y es verdad. Espero poder ayudarte en la clase. Ya que voy a estar aquí, por lo menos que no te dé más tarea.

—No me vas a dar más tarea. Lala, sé que me ocultas algo. Y sé que, sea lo que sea, no es fácil contarlo. Solo quiero que sepas que estoy aquí. Apunta mi número de teléfono por si lo necesitas. No me mires así, te estoy dando solo un número de teléfono.

—Solo no, maestra. Me estás dando tu ayuda, y si te miro así es porque para mí es muy raro. No estoy acostumbrada a que me tengan en cuenta. Siempre soy invisible. Todos los niños de este barrio lo somos. No le importamos a nadie.

—Yo te veo. Y, ¿sabes qué?, ser la maestra de los niños invisibles me hace muy feliz. No está tan mal —me burlé intentando que sonriera.

—A mí me gustaría ser feliz. —La mirada de Lala se entristeció—. No sabes las ganas que tengo de cumplir los dieciocho y largarme de aquí.

Estuvimos un rato hablando sobre las tareas que tenía que realizar y la vi muy animada. Sabía algo que no me quería contar, pero pensé que era cuestión de que cogiera confianza. Tenía la mirada triste y se movía nerviosa; entendí a la perfección lo que Peter me había explicado sobre su comportamiento.

Nos marchamos a las seis en punto. Peter y Maru se adelantaron y yo me quedé atrás con Damián, que intentaba ultimar los detalles del cuentacuentos. Quedamos en comer al día siguiente y parecía muy contento. Cuando llegamos a la altura del coche de Peter, me di cuenta de que Manuel me estaba esperando. Por la cara que puso, no le hizo mucha gracia que llegara retrasada con Damián.

—¡Qué sorpresa! —le dije dándole un beso en los labios.

—Me han regalado dos entradas para ver un cuadro flamenco precioso y he supuesto que te gustaría ir a ver a la artista. Es tu favorita.

—Creo que me va a encantar—dije sonriendo.

Me despedí de mis compañeros y me subí en el coche con Manuel. Íbamos a ver uno de los ensayos que Saray realizaba en la escuela. A veces invitaban a las familias que pudieran asistir.

—Ese tipo se sigue pegando demasiado —murmuró Manuel—. Tienes que invitarlo a comer a casa, que voy a tener una conversación con él.

—Ni se te ocurra. Es un compañero que me ayuda mucho y quiero que siga haciéndolo.

Manuel me miró arqueando la ceja. No lo había convencido.

35
Paco

Me preocupaba el aspecto de Mara. La noche anterior le había propuesto que se quedara en casa descansando y no viniera al mercadillo conmigo. Y, aunque su hermana se había ofrecido para sustituirla, no aceptó.

Sus ojeras delataban el momento por el que pasaba. Estaba agotada. Su implicación en el colegio iba más allá de las horas en el aula. Mara se llevaba a casa los problemas de sus alumnos, los rumiaba en el sofá, inventaba para que esas vidas fueran menos duras. Se pasaba las tardes solucionando lo que estaba a su alcance: la chaqueta que no abrochaba de Cecilia porque sus padres no podían comprarle otra, los problemas de lenguaje de los más atrasados y la falta de atención del grupo en general. Pero había cosas que no podía solventar. Y se le enquistaban en el alma, le quitaban el sueño y el apetito a partes iguales. Por otro lado, que el colegio fuera religioso cada vez le pesaba más. Las actividades en torno a la Iglesia la desesperaban y sentía que eran una pérdida de tiempo frente a los problemas urgentes. No estaba siendo muy asertiva al mostrar su opinión y el clima era cada vez más rancio. Y todo eso se acentuaba por las vueltas que daba para descubrir la

verdad sobre la muerte de Sara. Me preocupaba que la llegara a obsesionar.

—Mara —le dije cuando se subió en la furgoneta—, me tienes muy preocupado. O paras, o tu cuerpo te va a hacer parar. Estás derrotada, hija.

—He tenido una semana horrible. Yeray le ha roto el labio a Cecilia de un empujón y Rubén cada día está peor. La madre sigue sin aceptar que su hijo tiene un problema y se me está yendo de las manos. Las estereotipias son cada vez más frecuentes y, cuando algo le interesa, pregunta durante horas, sin poder callar.

—¿No te iba a ayudar Maru?

—Sí, tuvo una entrevista con la madre y le enseñó el informe. Pero no ha querido llevarlo al médico de familia. Y es urgente que llegue a atención temprana cuanto antes. Ese niño necesita profesionales que le ayuden, que le enseñen a autorregularse.

—Para eso estoy yo. Puedo acudir al centro de salud y hablar con el jefe de servicios. Y también hablar con la madre. Si no le da la atención que su hijo necesita, podemos pegarles un toque a los de asuntos sociales, imagino. No voy a ir con un lenguaje muy técnico, como el que manejáis vosotros, pero creo que me haré entender.

—En asuntos sociales están desbordados, no pueden más. Pero lo intentamos. Lala también me preocupa mucho. Cuando estuvo en mi clase expulsada, me contó que no sabía qué le ocurría a Sara los días previos a su muerte. No la creí. Sabe algo y no quiere contarlo.

—¿Sobre la muerte de Sara? —pregunté.

—Sí. He averiguado que se dedicaba a robar ropa en los centros comerciales, y a veces iba con su madre. Vendía a la gente del barrio las prendas sustraídas. Es más, robaba por encargo. Hace un

par de semanas le pasó algo. Algo que le cambió el carácter y que hizo que ella y Lala se unieran. Esas han sido las únicas piezas del rompecabezas que he podido encajar.

—Quizá le pasó algo en el barrio, se pelearon con alguien. Creo que tienes que ir a contar esto a la policía.

—Son conjeturas mías, no tiene sentido presentarme sin pruebas y sin un hilo claro del que tirar. Además, no te olvides de que soy gitana, no voy a ser precisamente bien recibida.

—No sé cómo podemos conseguir que Lala hable. Está claro que ella tiene las respuestas que nos llevarían a la verdad. Pero también debes tener clara una cosa: si no habla es porque algo hay. Quizá tenga miedo.

—Sí, lo percibo cuando hablo con ella. Peter dice que en su clase es irascible, que se pelea con todo el mundo y que acumula partes para parar un tren. Trata de dialogar con ella, pero no hay manera. Maru también lo ha intentado, pero no ha conseguido gran cosa.

—Esa niña tiene la clave, y creo que está sufriendo mucho. Hay que pensar en la forma de ayudarla.

—Mañana voy a mirar sus redes sociales con lupa. A ver si hay algo que me dé luz.

—Quizá tengas que buscar otra estrategia. Has de pensar en todas las posibilidades de lo que le pudo pasar a Sara e ir proponiéndoselas. Eres buena leyendo la actitud corporal de la gente. Cuando te acerques a la verdad, se pondrá nerviosa. Quizá se lo puedas plantear como que estás investigando y tienes varias teorías, a ver cómo reacciona. O que necesitas que te ayude a encontrar al culpable. No hay nada más atrayente para un adolescente que realizar una investigación.

—Eres único encontrando soluciones. Eso me parece una buena idea. Pero no tengo muchas teorías de lo que le puede haber sucedido. Lo pensaré.

—Baraja todas las posibilidades. A la vuelta pensamos, pero ahora muévete, que tenemos que trabajar.

Saludamos a nuestros compañeros y observé cómo Carmen miraba atenta a Mara. La conocía y también la encontró desmejorada. Estaba seguro de que tendría una charla con ella.

Nuestro plan para el mercadillo había causado el efecto deseado y varios medios de comunicación nos iban a visitar. Esa mañana nos disfrazamos de piratas, algo que nos resultó muy divertido. Mi hija Susana había cosido un loro de juguete al hombro de mi camisa, así que estaba seguro de que me convertiría en el centro de atención. Cada vez que alguien tocaba el loro, yo lo asustaba, por lo que la persona pegaba un respingo.

La noticia de que los comerciantes se disfrazaban de una temática había corrido como la pólvora. La clientela era mayor que el año anterior en la misma fecha, lo que hacía que nos esmeráramos más en nuestros atuendos. Mara se colocó sus accesorios antes de ir con sus amigos a tomar el café. Modou estaba impresionante con un traje de encajes y bordados. Su sombrero tenía pinta de ser caro.

—Me lo ha regalado mi novia —dijo divertido—. Solo que me va a tocar esta noche otra vez.

—No te apures —comentó Carmen—. Si no te va a durar mucho puesto.

Los tres nos echamos a reír. El fin de semana anterior habíamos conocido a la novia de Modou, una interiorista belga que pasaba largas temporadas en Puerto Banús. La diferencia de edad era

notable, pero los veinte años que los separaban no eran problema para mi amigo, que se veía muy feliz. Vivía en el chalet cuando ella estaba en Bélgica y disfrutaba de comodidades con las que no se había atrevido a soñar.

—Carmen —contó Modou—, cuando Nicole se vaya, voy a invitarte a la piscina de burbujas, te va a encantar. Te dan por todas partes.

—Yo contigo no me meto, que no me fio. Tienes mala fama —rio Carmen a carcajadas.

Oímos gritos que llegaban de la plaza y nos asomamos a ver qué ocurría. Mi sobrino estaba peleando con el encargado, que había multado a Awa por segunda vez. Su carpa era de las mismas dimensiones que las demás, pero había un arriate en un extremo y era imposible que entrara entre las marcas. La tenía que desplazar hacia el puesto de Jenaro unos centímetros.

—A ver si te enteras. Que la carpa no cabe. Ponla tú. Métela tú, si eres tan listo. Y si no cabe, tendrá que desplazarla unos centímetros. Si el perjudicado soy yo, que se mete en mi puesto, y no me importa, ¿dónde está el problema? —gritaba Jenaro.

Me acerqué y, después de un rato de negociación, concluyeron que tendrían que encontrar otra solución, porque el encargado no destilaba otra cosa que intransigencia. Subimos una pata de la carpa de Awa encima del arriate y calzaron con piedras las otras tres. Luego la amarraron para darle algo de estabilidad.

—Verás dónde va a ir la carpa cuando sople el viento dentro de un rato —comentó Jenaro—. Y hoy se espera que sea de cuarenta kilómetros a media mañana.

—Siempre se encuentran soluciones cuando se quiere —bramó el encargado al pasar por allí de nuevo.

Jano estaba preocupado. Le pregunté y me dio una excusa. Ana me miró de reojo, indicando que ella sabía lo que le sucedía y que iba a compartirlo conmigo en cuanto pudiera.

—Algo le ha sucedido con tu hija. El domingo en Estepona apenas se hablaron, cuando ellos se pasan toda la mañana bromeando. Y el miércoles igual. No creo que hayan discutido; no los he visto, pero algo no va bien.

—Investigaré —le prometí.

A media mañana comenzó a soplar el viento. Até con otra cuerda la carpa de Carmen a la palmera.

—Voy a salir volando —dijo ella mientras se ajustaba el parche que se había puesto en el ojo.

Las calles estaban llenas de posibles clientes. Los lugareños habían subido a ver nuestros disfraces y los medios de comunicación hacían fotos a los comerciantes más creativos. Acababa de dar la una cuando el viento torció la esquina con una fuerza brutal. En un segundo, la suave brisa se tornó una ventolera agresiva. Carmen agarró la carpa, se aferró al hierro que no tenía amarre para evitar que saliera volando. El toldo de la parte superior se quebró por la mitad y perdió el sostén que lo amarraba a la palmera. La estructura se partió en tres pedazos cuando el viento la dobló de nuevo; se rompieron los hierros, separados de cuajo. El toldo de Jano también se rajó, dejando un vendaval dentro de su puesto. Nosotros nos quedamos con la carpa en volandas, sin una sola pata apoyada en el suelo, atrapada por las cuerdas que había atado al puesto de Ana y a una palmera. Inmediatamente tratamos de bajarla, pero el viento la volvía a alzar con fuerza.

—¡Esto lo sabía yo! —gritó Carmen con el corazón acelerado—. Si cada vez que la abría sentía que se partía por la mitad. Esto es demasiado frágil para sobrevivir en esta esquina.

Cuando corrimos a recoger el trozo de la carpa que se le había volado a mi amiga, vimos a una señora y un niño en el suelo. Los dos sangraban. Carmen gritó que llamaran a una ambulancia. Un señor mayor salió corriendo del mercadillo del aparcamiento. Dijo que era médico y pidió a todo el mundo que retrocediera.

Corrí a ayudarlos e intenté que la gente no se acercara. La mujer tenía un golpe en la cabeza y el niño, sangre en las piernas. El médico estaba taponando la herida del pequeño. Aunque ya habían llamado a una ambulancia, el señor contactó con el hospital para indicarles lo que se iban a encontrar. La mujer no se movía.

Carmen lloraba histérica. Se había negado a poner una carpa, pero, cuando no la dejaron montar, tuvo que claudicar. Estaba segura de que, en cuanto llegara el otoño y el viento soplara, pasaría lo que había ocurrido. Incluso había mandado por escrito la queja a dirección para que quedara constancia, por consejo de Ana y Jano. Llevaba demasiados años ahí, sabía que su esquina era la más golpeada por el viento y se había quejado hasta la saciedad de la mala calidad de las carpas.

La abracé intentando calmarla. Tiritaba como un flan. La solté de golpe cuando vi a mi sobrino con una mano en la cabeza y sangrando a borbotones.

—No es nada, no te preocupes, pero necesito que te quedes en mi puesto. La carpa de Awa se ha volado. A ella le ha dado en el cuello, está peor que yo.

Cinco carpas más, de la zona del mirador, estaban quebradas. El estado del mercadillo era lamentable. La mercancía se había volado y los comerciantes intentaban recogerla amontonando los productos como podían.

Cuando apareció el encargado, Carmen corrió hacia él con toda la intención de cogerlo por los pelos, pero Jano y yo fuimos más rápidos y lo impedimos.

—¡Malnacido! Mira lo que has conseguido con tu ignorancia. ¡Te lo dijimos y no quisiste escucharnos! —gritaba Carmen entre lloros.

Nos costaba contenerla. Modou nos vio apurados y se acercó a ayudarnos. Abrazó a Carmen y la metió en mi furgoneta. Necesitaba calmarse.

La ambulancia llegó rápido y se llevó a la mujer y al niño, cuyas heridas no parecían muy graves. El médico pidió a la policía que trasladaran a Awa y a mi sobrino al hospital, los dos necesitaban puntos de sutura. Corrí al coche de policía antes de que se marchara para que Jenaro me diera las llaves de la furgoneta. Vi a Santiago intentando recuperar sus plantas. La mayoría habían salido rodando por toda la avenida.

Mara recogió nuestro puesto y yo hice lo mismo con el de mi sobrino. Jano se encargó del suyo y Ana ayudó con el de Carmen, que seguía en la furgoneta sin poder moverse. Lloraba desconsolada. Maldecía el momento en que había aceptado la carpa.

Nadie quiso irse sin tomar una decisión.

Mi sobrino, de vuelta del hospital, trajo la noticia de que la mujer y el niño estaban fuera de peligro. El niño tenía cortes en ambas piernas y la mujer, una conmoción; pasaría unas horas en observación, pero no parecía grave. Carmen suspiró aliviada.

Todos los comerciantes nos reunimos en la plaza y estuvimos debatiendo un buen rato. El día había sido un verdadero desastre. Nuestros esfuerzos, el intento de hacer todo lo posible para que el mercadillo saliera a flote, habían sido todo un éxito. Nos resultó penoso que ese señor, el nuevo encargado, nos pusiera una nueva piedra en el camino. Awa se había quedado en el hospital. El golpe en la cabeza había sido fuerte y le estaban haciendo pruebas. No podía parar de llorar. Si, después de las dos sanciones, tenía que estar convaleciente, no sabía cómo iba a dar de comer a sus hijos. Modou se fue con ella y nos mantuvo informados.

María, una de las vendedoras más mayores del mercadillo, expuso una opinión que compartíamos.

—Tenemos que ayudar a Awa. Si la obligan a pagar esa sanción tan estúpida, debemos hacer piña. No es lo mismo poner tres euros cada uno que pagar doscientos ella sola, como le han pedido.

»Aunque lo ideal es que nos plantemos todos en el despacho de Carlos y le digamos lo que pensamos. Hoy no ha muerto alguien de milagro. Hay que hacerle saber que no podemos tolerar esta situación. Y el sábado que viene, si quiere, el de seguridad que impida que pongamos los hierros de nuevo.

La semana siguiente volveríamos a nuestros hierros habituales. Si el encargado no nos dejaba montar, nos declararíamos en huelga. Mi sobrino bromeó con que sería una huelga de hambre.

Yo no quería llegar a ese extremo.

36
Mara

Manuel y las niñas vinieron a comer con nosotros el domingo. Saray estaba más animada. Aunque no había conseguido hacer las paces con Coral, esta le había mandado un mensaje felicitándola por haber sido seleccionada en una prueba. Al menos se estaba produciendo un acercamiento entre ellas. Manuel estaba especialmente alegre aquel día. En las últimas semanas, no habíamos discutido y habíamos salido con Peter y Maru a cenar y al cine. Cada vez nos comunicábamos mejor y yo me sentía mucho más cómoda. Dedicarle ese tiempo me había pasado factura. Acostarme tarde suponía arrastrar el cansancio al día siguiente.

Aproveché que Manuel jugaba con las niñas para hacer una lista con mi padre de las posibles causas por las que Sara había cambiado en las últimas semanas antes de su muerte.

—Esta noche ha habido movida en el barrio. Me ha escrito uno de mis chicos. Dos madres de tu clase se han peleado en el parque y la cosa ha trascendido. Por lo visto ha habido tiroteos.

—¿Hay alguien herido?

—No, pero sí cinco detenidos. Así que mañana vas a tener un día interesante.

No era la primera vez que ocurría. Damián me había contado que en alguna ocasión se había tenido que meter debajo de un coche porque le había sorprendido el fuego cruzado.

—Mañana voy a hablar con Lala. Sigue pidiéndome que le compre el bocadillo y lo recoge en mi clase. Creo que me ha mentido. Me da la impresión de que no quiere encontrarse con alguien del colegio en la tienda. Recuerdo que, antes de que se lo comprara yo, la había visto un par de veces en la avenida. Y venía con una bolsa en la mano. Su madre no está mal económicamente. Puede que este sufriendo acoso y no nos hemos dado cuenta.

—Puede ser. A esa hora, toda la secundaria coincide en la tienda de Kiko. Es posible que le haya pasado algo. Quizá sea con el niño con el que se peleó cuando la expulsaron. Indaga por ahí, tal vez te haya mentido respecto al motivo.

—El niño con el que se peleó es el hermano de una niña de mi clase. Creo que puedo averiguarlo. Solo tengo que pedirle a Peter que me lo baje con alguna excusa.

Manuel nos interrumpió trayendo unos trozos de empanada que había horneado Saray.

—Cada vez te sale más buena —elogió mi padre.

—Gracias. Tuve la mejor maestra. La echo mucho de menos —musitó Saray.

—Tu abuela fue una gran cocinera, además de una gran mujer. Solía tapar a estos dos elementos cuando se metían en travesuras.

—No me imagino a Mara y mi padre siendo traviesos. Seguro que eran muy buenos —añadió Saray.

—De buenos no tenían nada. Siempre andaban liándola. Tanto era así que llegó un momento en que les prohibimos que jugaran juntos.

Una vez casi matan a dos embarazadas. Acabábamos de llegar del campo y con el cansancio se sentaron en el sofá. Se quedaron dormidas, y aquí los dos elementos tuvieron la genial idea de atar los cordones de los tenis de una con los de la otra. Cuando se levantaron, se tropezaron las dos. Estaban de cinco meses. Menos mal que cayeron en la alfombra y no se hicieron daño.

—No me acuerdo de eso. No sé cómo se nos ocurrió —habló Manuel.

—Pues yo sí me acuerdo —contó mi madre—. Cuando sentí el porrazo, pensé que había perdido al bebé. Pasé uno de los miedos más grandes de mi vida. Afortunadamente fuimos al hospital y todo estaba en orden.

—Estuvisteis castigados un mes —añadió mi padre—. El mes más largo de mi vida. Soportaros encerrados no fue fácil.

—Yo no creo que se me ocurriera a mí —me defendí—. Seguro que fue cosa de Manuel.

Saray y las niñas rieron al ver a Manuel tirarme trozos de pan.

Mi cuñada y mis sobrinas acudieron temprano. Las niñas de Manuel y las de Paquito tenían la misma edad y se llevaban muy bien. Me encantaba verlas jugar juntas. Mi madre nos puso un par de raciones de pescado frito que nos quitarían el hambre y nos permitirían esperar a que llegaran mis hermanos.

Susana había perdido mucho peso. Y eso me preocupaba. No encontraba el momento para hablar con ella.

—El miércoles comemos juntas. Apúntalo en tu apretada agenda —le dije en cuanto llegaron.

Me miró con ternura. Sus ojos tenían una tristeza inusual. Me preocupaba. Mi hermano se acercó a mí cuando retiramos los platos.

—No te preocupes, está bien, se ha quedado soltera. Ha roto su compromiso y no ha sido fácil —me dijo al oído.

—Lo sé, me lo ha contado.

Pasamos toda la tarde jugando a juegos de mesa. Mi padre estaba feliz de tener a toda su familia allí. Podía ver como sonreía al mirarnos.

—Me alegro de que hayas vuelto —le dije a mi madre, abrazada a su cintura mientras preparaba el café.

—Tú tienes la culpa. Los textos que me mandaste de la vieja libretilla me ablandaron el corazón —argumentó con una sonrisa.

—Yo negaré haberte mandado nada. —Sonreí—. Pero lo que me preocupa es mi hermana. Ha perdido mucho peso.

—Está bien. No te preocupes. Tiene que aceptar sus sentimientos y no va a ser fácil. Se ha enamorado de un amigo, y aceptarlo le va a costar un poquito. Pero ha tomado la decisión correcta.

Ayudamos a mis padres a recoger los platos y nos marchamos al anochecer. Manuel y Saray bañaron a las pequeñas y yo salí a dar un paseo con Bosco apreciando el silencio y la tranquilidad. No había decidido lo que le iba a decir a Lala, pero ya se me ocurriría algo.

Estaba leyendo un libro cuando me llamó Damián. Necesitaba ayuda con su sobrina, que no aprendía a leer. Le recomendé un par de libros y le di algunos consejos. Manuel regresó en mitad de la conversación. No le agradó la espera. Mi compañero alargaba la conversación y, aunque intenté cortarla en varias ocasiones, no se dio por aludido.

—Mara, tengo que hablar con ese compañero tuyo. No te deja ni en domingo. Busca cualquier excusa para llamarte. Creo que debo intervenir.

—No digas tonterías. Damián ha sido muy amable conmigo y me ayuda siempre. Le estoy muy agradecida. No tienes nada que hablar con él.

—Está bien, pero deberías dejarle claro que vamos a casarnos y que lo nuestro es muy estable.

Lo miré extrañada. No habíamos hablado de matrimonio.

—Nunca hemos hablado de ello.

—¿No quieres casarte conmigo? ¿No quieres que seamos una familia? —preguntó con asombro.

—Manuel, somos familia, no necesitamos casarnos para eso —bromeé.

—Mara, yo sí quiero casarme contigo, tener un proyecto en común. No quiero que vivas frente a mi casa toda la vida. Quiero acostarme contigo cada noche y levantarme contigo cada mañana. Creo que es lo normal.

—Pero para eso no hace falta casarnos. Llevamos poco juntos. Todo llegará.

—¿Poco tiempo? ¿Poco tiempo amándonos? ¿Poco tiempo esperando para ser felices? No veo el «poco tiempo» en ninguna parte de nuestra relación.

Manuel me miró a los ojos y sin decir nada más se marchó. Era su forma de no discutir, de no perder las formas exponiendo sus ideas.

Aunque sabía que cuando huía lo hacía para no empeorar las cosas, a mí esa falta de diálogo y de comunicación me desesperaba. Era él quien decidía cuándo comenzábamos a hablar y cuándo terminábamos, y no me parecía justo que no me dejara expresar lo que sentía. Tenía que hablar con él de su forma de dar por concluidas las conversaciones.

No conseguí conciliar el sueño hasta la madrugada. Me preocupaba mi hermana y me preocupaba Manuel. Todos los miedos que tenía antes de empezar nuestra relación se estaban haciendo reales. No éramos capaces de comunicarnos sin discutir cuando teníamos diferentes puntos de vista.

Me levanté con el presentimiento de que no iba a ser un buen día. Le pedí a Peter que me mandara a primera hora a Alejandro, el niño con el que se había peleado Lala. Me quedé en la tienda de Kiko para indagar sobre los acontecimientos del fin de semana.

—Hemos tenido movida, pero ya está la cosa más calmada. Han sido dos madres de tu clase, que se han peleado por las niñas, pero no ha llegado la sangre al río. La que sí ha estado dando vueltas ha sido la secreta, con la inspectora que lleva el caso de Sara.

—¿Tienen alguna pista nueva? —pregunté.

—Pues no lo sé. No han soltado prenda. Han estado aquí comprando, me han preguntado por los rumores del barrio y poco más. Tampoco es que yo pueda decirles mucho.

—Ojalá lo cojan pronto. Esa familia se merece que se haga justicia.

Me despedí dándole las gracias por la información.

No había soltado mis cosas cuando Alejandro llegó con una caja de chinchetas. Lo mandaba Peter para que pudiera hablar con él.

—Muchas gracias. Alejandro es tu nombre, ¿cierto?

—Sí, ¿cómo se porta Anita? Es mi hermana.

—Pues creo que mejor que tú. Ella al menos no ofende a los muertos de nadie.

El chico bajó la cabeza.

—Fue un pronto. Ya le he pedido perdón.

—Me alegra saber eso. Lala estaba muy afectada. Tienes que entender que era su mejor amiga.

—Me pasé cuando me cagué en sus muertos, pero no dije nada que no dijera todo el mundo. Lo que pasa es que a ella le sentó mal que lo recordara. Pero que Sara estaba amargada lo sabía todo el mundo. Es que no se le podía hablar sin que te jugaras que te diera una hostia.

—¿Por qué cambió tanto? —pregunté.

—No tengo ni idea. Una tarde estábamos en la calle y llegué por detrás y le pasé el brazo por encima. Se volvió y se puso a darme puñetazos como una loca. La tuvieron que coger entre tres para que parara.

—¿Eso fue antes o después de que metieran a su padre en la cárcel?

—Después. Ya llevaba tiempo en la cárcel.

Diego entró en mi clase y me pidió que lo acompañara.

Le di las gracias a Alejandro y seguí a Diego.

Me pasó a una habitación donde había dos chicas esperándome. Eran más o menos de mi edad y las dos vestían de manera informal. Una de ellas usaba el mismo perfume almizclado que Coral.

—Mara, ellas son las trabajadoras sociales que están llevando el caso de la familia de Yeray. Quieren hacerte unas preguntas —dijo Diego.

—Claro —respondí nerviosa.

—Hemos estado en la casa y conocemos a Yeray. Estamos muy preocupadas por su agresividad. Todo lo pide llorando y todo lo resuelve pegando. Queríamos que nos contara cómo es en clase. Nos ha llamado la atención que no tiene norma ninguna.

Sentía que el sudor me caía por la frente. Debía medir bien mis palabras, tener cuidado con la información que daba.

—Al principio aquí era igual. Ahora ha mejorado mucho. Comencé a trabajar con su madre cada semana en tutorías individuales y fue muy colaboradora. No faltó nunca a las citas y, si no podía asistir porque coincidía con su turno de trabajo, las concertábamos en otro horario. El niño ya acepta mejor las normas y agrede menos.

—¿Pero sigue agrediendo a sus compañeros? —preguntó la que había estado más callada.

—Sí, pero ni punto de comparación con cómo lo hacía al principio. El trabajo conjunto con la madre mejoró la conducta del niño.

—¿Viene con desayuno? ¿Qué suele traer para desayunar?

—Ahora se lo compra su abuela y suele traer un bocadillo y un zumo la mayoría de los días.

—¿Y se lo acaba? Porque en la casa solo come dulces y yogures.

—Le cuesta mucho. Algunos días come más y otros menos —mentí. Siempre le daba un bocado y lo tiraba al suelo.

—¿Ha hecho daño alguna vez a algún compañero?

—Al principio le partió el labio a una niña. Ahora las agresiones son menos frecuentes.

—Mara, sabemos lo que está haciendo. Tiene que ser sincera con nosotras por el bien del niño. En este momento no hay nadie fijo que se ocupe de ese niño. La abuela tiene turnos de doce horas, y en ese tiempo el niño está con una vecina y con la otra. Creemos que esa inestabilidad no le favorece. Todo lo contrario.

—Al menos tiene el cariño de esas personas. Si la madre pudiera pagar a una interna que hiciera la labor de las vecinas, nadie se

plantearía nada. Y puede que con la interna no estuviera tan bien atendido como lo está con las vecinas —argumenté.

—Se trata de estabilidad. Por sus características necesita un hogar estable, y su madre está metida en una cama con una medicación que no la deja ni levantarse.

—Estoy convencida de que mejorará. Quiere mucho a ese niño. Se preocupa por él. Y la abuela también. La madre ha pasado por dos situaciones muy difíciles. Primero su marido casi la mata y luego muere su hija con catorce años. Es normal su estado. Pero su abuela es una persona muy estable que se hará con la situación.

—Eso es lo que queremos todos —me contestó la más alta de forma seca.

—Vamos a necesitar un informe de Yeray, más o menos lo que hemos hablado aquí, señalando todo aquello que vea importante —me pidió su compañera.

—Si me dan un correo, se lo mando en cuanto lo tenga.

Me escribieron la dirección electrónica en una hoja de papel y se despidieron sin demasiada cortesía.

Ya habían abierto la puerta principal y corrí a recoger a mis alumnos. A la primera que vi fue a Sandra. Yeray le pegaba patadas mientras se negaba a coger la talega en la que llevaba el desayuno. Me acerqué y lo tomé de la mano, así que recibí yo los manotazos en lugar de la abuela.

Me dio una patada en la espinilla, pero nada podía dolerme más que la certeza con la que había salido de la reunión anterior.

37
Paco

Los martes llegaba cansado del mercadillo, pero no me pesaba ir luego al colegio y reunirme con mis chavales. Me encantaba el trabajo y se estaban consiguiendo los objetivos. Ese día me dieron buenas noticias. El nivel de absentismo había disminuido en la primera mitad del primer trimestre casi un cincuenta por ciento. La labor de mis chicos era impecable. Se reunían con las familias, establecían compromisos y realizaban el seguimiento para que esos acuerdos se cumplieran. El éxito estaba en que las familias formaban parte de su cultura, hablaban su mismo lenguaje, y en que había establecido una especie de competición entre ellos para ver quién acababa antes con las faltas de asistencia. Los conflictos también habían bajado de intensidad. Los chavales sistematizaron los pasos para enfrentarse a ellos y los aplicaban con efectividad. Estaba orgulloso y agradecido a partes iguales.

Diego me había llamado para felicitarme. Quería que en el segundo trimestre aumentara mis horas de dedicación y añadiera seguimientos individualizados con algunos alumnos conflictivos. Fui corriendo a hablar con Mara para informarle de las buenas noticias. Mi hija trabajaba los martes hasta tarde y la encontré en su clase,

delante del ordenador. En cuanto vio mi cara de felicidad, se levantó y me dio un abrazo.

—Me alegro de que alguien haya tenido un buen día.

—¿No ha sido bueno el tuyo? —pregunté intranquilo.

—Las trabajadoras sociales estuvieron aquí. Estoy haciendo el informe de Yeray y no consigo disimular la vida de este niño. No sé si me estoy equivocando y no sé para donde tirar.

Me quedé paralizado. Lo pensé. Pensé en convencer a mi hija para que mintiera. Transigir ante el ultimátum de Sandra. Tenía en mis manos la carta que conseguiría que no revelara nuestro secreto y que siguiéramos siendo una familia perfecta. La tentación estuvo ahí unos segundos dando vueltas en mi cabeza. Provocándome para que escogiera la salida más fácil. Pero no podía hacer eso. Tenía que pensar en Mara, en ese niño y en lo que era justo para todos.

—Sabrás hacer lo adecuado —argumenté en un tono que sonó más bajo de lo habitual.

—No sé qué es lo adecuado. No sé si lo adecuado es que ese niño se quede con su familia, en la que no hay nadie que sea capaz de ponerle límites ni establecer una alimentación y un aseo adecuados. No sé si eso es mejor que un futuro incierto en el que irá de la casa de acogida a alguna institución donde será un número más. No sé qué es mejor, y lo que escriba en estos papeles será determinante.

—No es tuya toda la responsabilidad, Mara. Tienen más elementos que sopesar, no solo ese documento. Han estado en su casa, han valorado los antecedentes del padre y la situación actual de la madre. Tu informe aclarará y aportará datos, pero no puedes cargar a tus espaldas lo que le ocurra a ese niño.

Guillermo, el padre de Carmelilla, hizo el amago de entrar a mi clase, pero retrocedió al ver a mi padre.

—Pasa, Guillermo, ya habíamos terminado.

—No quiero molestar, puedo volver otro día.

—No se preocupe —dije indicando con la mano que entrara—, yo ya me marchaba. Nos vemos luego, hija.

Mi hija le pidió a Guillermo que se sentara. No traía buena cara.

—Puede quedarse, usted es el mediador. Creo que debe escuchar lo que voy a contar —me dijo el padre de Carmelilla antes de dirigirse a Mara—: Maestra, seguro que has escuchado que hay dos madres de esta clase que se han matado a palos en el parque. Y que por la noche las familias se enfrascaron. Pues la cosa no va a quedar ahí. Solo venía a avisarte de que se va a liar, porque una de las niñas ha venido diciendo hoy que la otra le ha pegado. Y tenía un arañazo. La Estrellita dice que la Yanira le ha pegado. Mi Carmelilla me ha dicho que no, y ella puede ser lo que sea, pero no es una mentirosa. Necesito que lo pares, porque, si no lo consigues, los ánimos se van a volver a calentar. Y yo estoy en medio, porque el padre de la Estrella es mi primo por parte de padre y la madre de la Yanira es mi prima por parte de madre. Y yo lo he intentado, pero no he podido hacer nada.

—Muchas gracias por avisarnos, Guillermo, los voy a llamar ahora mismo. Y hablaré con ellos. Lo pararemos.

Acompañé a Guillermo a la puerta mientras recababa información sobre el conflicto.

—No llames a las dos familias a la vez. Llama primero a la que dice que han pegado a su hija. Luego hablamos con la otra —pedí a Mara.

Mi hija los llamó y tardaron unos treinta minutos en llegar. Mientras ella terminaba el informe de Yeray, yo fui a hablar con la limpiadora y con Kiko, en su tienda, para averiguar más detalles de las dos familias.

Mara recibió a los padres de Estrella con buen humor y me presentó. Nos sentamos los cuatro en la salita adyacente a la secretaría.

—Sabemos que habéis tenido un conflicto con otra familia de esta clase y queremos conocer las dos versiones de primera mano. Y, por supuesto, aclararos también que ninguna de las dos niñas ha tenido ningún problema hoy en clase —expresó Mara despacio, demostrando tranquilidad.

—Lo que ha pasado es que Candela, mi mujer, estaba en el parque con Estrellita, y estaba allí la Mireya con la Yanira. Las dos niñas jugaban juntas y se pelearon, cosas normales de niñas, y ellas las regañaron. Y la madre de Yanira, la Mireya, le dijo a mi hija que era una follonera. Y mi mujer le contestó que más follonera era su familia —contó el padre de Estrella.

—Pues sí, no me pude callar —interrumpió la madre— y le contesté que para follonera su familia. Y ahí metí un poco la pata, porque se me fue la lengua y le dije: «Mira si sois folloneros que acabáis en la cárcel o muertas».

Mi hija me miró pidiéndome ayuda para continuar.

—¿Mireya es familia de Sara? —pregunté.

—Sí, la Mireya es prima de Raquel, la madre de Sara. Y ahí, pues ya se lio. Si no nos separan, nos matamos —habló Candela.

—Los palos no son solución —le dije—. Pero tienes que reconocer que cometiste un error al afirmar tal cosa. Está muy reciente, no se

sabe aún quién ha sido y todos andamos muy nerviosos con este tema. Que Mireya no tuvo que responder con una agresión, pues tampoco.

—Si yo lo sé, si yo lo reconozco. Se me calentó la boca y, cuanto más me pegaba, más rabia me daba y más cosas le decía. Porque todo el barrio sabía que Sara se metía en muchos líos. Estaba siempre trapicheando. No era ningún secreto.

Mi hija y yo nos miramos. Con un leve movimiento de cabeza, le di a entender que no era el momento de preguntar nada.

—Vosotros sois una familia de bien, que nunca os metéis en problemas, que ayudáis a todos vuestros vecinos. Si os habéis desvivido por los Moreno, les habéis dado de comer y vestido a los niños durante meses. Y recogéis a la niña de Carmela cuando sale a las tres del hotel. Y os quedáis con la responsabilidad de darle el almuerzo. No podéis causar problemas a una familia que lo está pasando mal. Si le hubiese sucedido a vuestra prima, ¿no estaríais nerviosos y alterados? Esto tiene que parar, porque esa familia ya ha sufrido bastante. Necesito vuestra palabra para que esto se quede aquí. Si pasa un tiempo y sigue habiendo problemas, me lo decís y lo hablamos. Que así es como se resuelven las cosas. Hablando. No buscando la ruina de toda una familia. Ya tenemos bastantes problemas ahí fuera para crearnos problemas también aquí dentro. Sois gitanos de buena familia, tenéis que pensar las cosas antes de hacerlas. Y sobre todo tenemos que mostrar solidaridad con los que sufren. Si no eres solidario con los tuyos, no mereces llamarte gitano. Si perdemos eso, ¿qué nos queda?

—Tiene razón, tío —me dijo el hombre como signo de respeto—. Hable usted con la Mireya y dígale que por nuestra parte está todo

olvidado. No es momento para discusiones ni peleas. Tienen un duelo muy grande que hay que respetar.

Candela miró a su marido con desaprobación. Su actitud denotaba que no estaba de acuerdo, pero no se atrevió a expresarlo. Pasé unos minutos más reforzando el hecho de que hacían lo correcto y finalizó la entrevista Mara, resaltando que las niñas no habían tenido el más mínimo roce durante la mañana. El arañazo que llevaba se lo había hecho ella misma con un juguete que se había partido y que Mara había tirado a la basura.

Citamos a la otra familia unos minutos después y también tuvieron una rápida respuesta. Cuando contamos que habíamos hablado con los padres de Estrella y que reconocían su error, los ánimos se calmaron. Aceptaron la tregua sin problema.

Con el conflicto resuelto, nos dispusimos a marcharnos. Fuimos a despedirnos de Maru y Peter, que tampoco habían tenido un buen día.

—Lala ha estado insoportable. No sé qué hacer con ella. No me deja dar clase. Su agresividad me desespera —nos contó Peter.

—He hablado con ella. Tiene alguna historia en la cabeza que le está haciendo mucho daño. Y no me refiero a la muerte de Sara. Está ocultando algo —aportó Maru.

—Cuando vino a por el desayuno esta mañana, se la veía muy nerviosa. Le pregunté si estaba bien y me contestó que ella nunca más podrá estar bien. Intuí que no lo decía por la muerte de Sara. Hay algo más. Tenemos que conseguir que hable —afirmó Mara.

Nos marchamos dándole vueltas a la misma idea.

Damián nos salió al paso cuando nos subíamos al coche.

—¿Quedamos después y charlamos sobre las actividades pendientes? —le preguntó a Mara.

—Hoy no puedo, lo siento. Pero mañana hablamos y concretamos —contestó mi hija.

Miré a Mara con cara de desaprobación. Sin miramientos, cambió de tema.

—Siento que no hayamos celebrado tus éxitos.

—No pasa nada. El domingo, cuando estemos todos juntos —sugerí.

Cuando llegamos a casa, los coches de mis otros dos hijos estaban ahí.

—Que dicen por ahí que hay un monitor que es un crac —dijo mi hijo—. Y se va a invitar a unas cañitas en el chiringuito. Coge la cartera, que nos vamos.

Sonreí al ver que Mara los había reunido a todos para celebrar los buenos resultados. Mi mujer estaba arreglada para salir y agarrada de la mano de mis dos nietas, que me saludaron con afecto.

Manuel y sus niñas se encontraban ya en el chiringuito cuando llegamos, y Carmen, Marcos, Jano y Ana llegaron unos minutos después. Nos pusieron varias bandejas de pescado frito en el centro de las mesas, intercaladas con aperitivos y ensaladas.

Me levanté y golpeé mi vaso con un tenedor.

—Muchísimas gracias por acompañarme en esta cena tan… improvisada. Espero que no esperéis que pague yo. Me han subido unos cuantos euros el sueldo, pero creo que con lo que coméis no me alcanza —dije con chanza.

Todos comenzaron a reír.

Estaba en la gloria. Disfrutaba de los míos, que bebían y comían sin parar. Alba nos hizo un par de brownies de chocolate blanco y dulce de leche que de inmediato lideraron mi extensa lista de postres favoritos.

Cuando dieron las once, mis primos cerraron el chiringuito, comieron algo rápido y retiraron las sillas y las mesas para ganar espacio. Saray nos deleitó con unos bailes y nos enseñó unos pasos que pusieron a Marcos en el punto de mira. Su escaso ritmo lo convirtió en el protagonista de la fiesta. Fueron momentos entrañables que se nos quedarían grabados en la memoria, el bonito recuerdo de compartir, sin planes previos, una noche inolvidable con los tuyos.

En cambio, para Mara siempre sería la noche previa a uno de los días más duros de su vida. A la mañana siguiente, tuvo que enfrentarse a un episodio que, como docente, nunca imaginó que le tocaría vivir.

38
Mara

Compartir una cena con los míos me había sentado bien. Borró los pedazos de tristeza incrustada de toda la semana, que iban creando un lastre difícil de transportar. No era capaz de llegar a casa y desconectar. La realidad de algunos de mis alumnos no me dejaba dormir, y la impotencia de no poder hacer nada por aliviar su situación me crispaba. Para ellos su rutina diaria era un entresijo complejo que tenían que solventar, a veces, con las manos vacías.

También evaporó la tirantez con la que Manuel me trataba desde que sacamos el tema de la boda. Reírme me calmó los nervios y me regaló una sensación de paz que llevaba semanas sin disfrutar, y a él le devolvió el buen humor y la cercanía en el trato.

Aquella mañana, en la asamblea de clase, descubrí que, por orden alfabético, le tocaba a Yeray ser el protagonista de una de las actividades con las que intentaba forjar en mis alumnos una autoestima sana. Se colgó al cuello, muy orgulloso, el cartelito grapado a la cinta roja que otorgaba el efímero título. Con una sonrisa y el paso decidido, fue a mirar por la ventana el tiempo del que disfrutábamos para colocar en el mural el dibujo correspondiente. Encajó con cuidado en el velcro el pictograma del sol y, con mi ayuda, contó el número de compañeros que ese día lo

acompañaban. En la ronda de preguntas que solíamos hacer al protagonista cada mañana, Carmelilla le preguntó por su juguete favorito, y el niño contestó que su preferido era el coche de carreras que yo le prestaba cuando jugábamos en los rincones. Cuando le pedí que sacara a cantar a una amiga, me cogió la mano con una sonrisa en los labios.

—Quiero que cantes conmigo los días de la semana —me dijo mientras me tiraba del jersey.

Sonreí, asumí que había sido la escogida y cogí un rotulador grueso para él y otro para mí. Cuando ya teníamos listos nuestros micrófonos improvisados, le di al *play* y comenzamos a cantar su canción favorita. Me imitaba en los movimientos y se atragantaba con la risa que le producía verme bailar de forma tan exagerada y perdiendo el ritmo. Cuando la música finalizó, me dio un abrazo fuerte y un beso que me dejó la mejilla húmeda.

—Ahora tienes que ayudarme a repartir el material.

Le alcancé las cajas de pintura y las fue repartiendo por las distintas mesas. Lo felicité por lo bien que lo había hecho y me pidió los pinceles para distribuirlos. Recordé que la primera vez que se los había dado, en los primeros días de curso, los lanzó contra las ventanas. Miré asombrada cómo se los tendía a sus compañeros, cómo les sonreía y los invitaba con gracia a que le dieran las gracias.

Me fui al recreo con la ilusión de comprobar que mi clase avanzaba. Quizá no tanto como me hubiese gustado, pero la progresión era notoria. Así se lo comenté a mis compañeras en el patio, mientras sosteníamos la barrita de árnica para los golpes en una mano y la manzana en la otra.

—Los tres años es el peor curso, pero es sin duda el más gratificante. Los logros que consigues se multiplican en los cursos posteriores. Estás haciendo un buen trabajo. El colegio está cambiando y todos lo notamos. Los viernes son el día favorito de los alumnos, esperan los talleres con alegría. Mara, créeme que nunca había pasado algo así —me reforzó Marina con cariño.

Fue Isabel, mi otra compañera de infantil, al volver del baño, la que nos comentó que algo ocurría, que había escuchado jaleo en la sala de profesores. No le di importancia. Mientras atendía a una niña que no tenía autonomía aún para subirse los pantalones, pensé en mi compañera Isabel. Había cumplido los cincuenta y tenía la vitalidad de una muchacha de veinte. No era una mujer que destacara por su inteligencia, pero sí era práctica y gentil. Aunque le costaba resolver el papeleo y se atascaba continuamente en la redacción de los documentos, siempre estaba dispuesta a copiar lo que les funcionaba a las demás. A mí me desesperaba su actitud de asumir que la realidad de sus niños era un designio divino contra el que no merecía la pena luchar. Chocaba continuamente con Marina, que la acusaba de poner techo al avance de sus propios alumnos. Mi amiga y yo la arrastrábamos a las actividades comunes, y, aunque no protestaba, ella siempre dejaba caer algún comentario malintencionado que nos demostraba la poca ambición que proyectaba en el aprendizaje.

Cuando fui al baño, sentí un pellizco en el estómago al ver a la policía hablando con el equipo directivo en la sala de profesores. Al comentárselo a Marina, le cambió la cara y corrió a averiguar qué ocurría.

Mi compañera volvió pálida. No encontraba las palabras que suavizaran el mensaje que tenía que exponerme.

—Mara, hay una retirada. Se llevan a tu Yeray.

—¿Cómo que se llevan? ¿Quién se lo lleva?

—Los de asuntos sociales. Están ahí con la policía. Escúchame, Mara. Esto va a ser muy duro, pero no te puedes derrumbar. Sé que lo vas a pasar muy mal, pero el niño es el que va a sufrir más. Lo que le digas puede ayudarle. Tu forma de llevarlo va a marcar su diferencia. Tienes que darle seguridad.

—No entiendo, ¿se lo van a llevar de aquí? ¿Su madre no viene? ¿Y su abuela?

—No, no vendrán. No las van a avisar hasta que la retirada se haya hecho efectiva. Lo hacen aquí para que sea más fácil.

—¿Más fácil para quién, Marina? ¿Para la madre? ¿Para mí? No creo que sea más fácil para nadie.

—Para el niño. Si ve a su familia llorar y aferrarse a él, será más traumático. Por eso lo hacen en el colegio. Cuando se lleven al niño, irán a informar a la familia. Y si presenciar que el niño se vaya va a ser duro, cuando la madre venga a buscarte será mucho peor.

—Marina, no entiendo. ¿La madre va a venir al colegio? ¿A buscarme a mí?

—La policía y los asistentes irán a su casa y le informarán de que se lo han llevado. La madre no será capaz de ver otra cosa que el hecho de que les hemos entregado a su hijo. Le importará muy poco la orden judicial que nos han mostrado y no entenderá que no teníamos otra opción. Su visión se reducirá a que no la hemos llamado y a que se han llevado a su hijo de aquí. Pero Diego e

Ignacio te ayudarán, no estarás sola. Por desgracia hemos pasado por esto muchas veces.

—¿A dónde se llevarán al niño? —quise saber visiblemente nerviosa.

—Ahora podrás preguntárselo. En cuanto te calmes, hablarán contigo.

—No puedo calmarme, Marina. No puedo.

La limpiadora apareció con una infusión templada.

—Esta tila te sentará bien —me dijo con voz temblorosa—. Te queda un mal trago que pasar, hija. Bébetela.

No era capaz de agarrar el vaso de forma estable. Marina me ayudó y conseguí tomarla del tirón. Ignacio vino a buscarme y me vio totalmente descompuesta. Esperó unos instantes y se dirigió a mí con cariño. Me animó a que lo acompañara con las palabras más dulces que encontró. Caminé despacio hacia la sala de profesores. Cinco personas me esperaban. Nadie se presentó. Una de las trabajadoras sociales, que conocía de la entrevista anterior, me explicó que se iban a llevar a Yeray con una familia de emergencia. Estaría en acogida por un tiempo. Me tranquilizaron y me pidieron que les llevara al niño. No fui capaz de formular todas las preguntas que daban vueltas en mi cabeza.

Les pedí unos minutos para hablar con él.

No sabía qué decirle. No tenía ni idea de qué se le decía a un niño al que se le iba a romper su mundo. Al que se apartaría de su casa, de su familia, de su colegio y de todo lo que para él era conocido. Me costaba tanto gestionar mis emociones que no era capaz de encontrar las palabras para calmar las suyas. Respiré hondo y me armé de valor. Pensé en él. Ya tendría tiempo de romperme después.

Recordé las palabras de Marina: lo que le dijera en ese momento al niño era de vital importancia.

Caminé hasta el recreo tragándome las lágrimas. Debía disimular mi estado para no contagiárselo y que resultara más difícil para él.

—Vamos a coger tus cosas. Tienes que irte —le dije poniéndome a su altura.

No sabía qué más decir. No había preparado ninguna historia maravillosa que previera su dolor.

—Han venido a recogerte. Debes irte con ellos. Vas a ir a una casa muy bonita, te van a cuidar un tiempo hasta que la *mama* se ponga buena. La abuela Sandra te llamará después y podrás hablar con ella. Lo vas a pasar muy bien —mentí sin saber muy bien si hacía lo adecuado.

—No quiero ir —me dijo presintiendo que algo no marchaba bien.

—Tienes que ir con ellos. No te va a pasar nada. Todo va a ser muy divertido. Vas a poder jugar con juguetes nuevos. Te voy a prestar el coche rojo, ¿vale? Y me lo devuelves cuando regreses. Te lo puedes llevar. No te preocupes, que no va a pasar nada. Vas a estar bien.

Yeray cogió el coche sin estar convencido del todo. Yo esperaba que un objeto conocido le diera seguridad.

—Mara, no quiero ir. Me quiero quedar contigo.

Rompió a llorar, me abrazó y se agarró con fuerza a mis piernas. Se me partió el alma. Me di cuenta de que cuanto más tiempo pasara dilatando la situación, más sufriría.

—Mírame. La abuela irá a buscarte muy pronto. Ahora está trabajando, tú sabes que ella trabaja mucho. Solo serán unos días y volverás a casa con ella.

—¡No! ¡No quiero irme! ¡Quiero quedarme contigo! —gritaba sin soltarse de mis piernas.

Lo cogí de la mano y le di un fuerte abrazo.

—Mírame —me agaché para estar a su altura—. Sabes que la *mama* está mala y tiene que ponerse buena para cuidar de ti. La abuela Sandra está trabajando y no puede quedarse contigo. Solo será un ratito. Chico. Y vas a pasarlo muy bien. Ya verás. Luego la abuela Sandra irá a buscarte.

Parecía que la idea de que fuera algo temporal lo calmó. Salimos del aula cogidos de la mano, pero, antes de llegar a la sala de profesores, me di cuenta de que había olvidado la mochila y la chaqueta. Se las colgué a la espalda y se resistió de nuevo. Tuve que cogerlo en brazos. Podía sentir su cabeza en mi hombro y su pena pegada a la mía. En ese momento, un vínculo especial nos unió. Me miró a los ojos y no pude contener las lágrimas. Lo intenté con todas mis fuerzas, porque no quería que me viera llorar, pero no pude evitarlo.

La trabajadora social cambió el gesto cuando nos vio aparecer. Para ella tampoco debía de ser fácil. Uno de los dos policías se fue hacia el niño y halagó el coche que llevaba en la mano. Le invitó a que saliera para ver el coche de policía que estaba aparcado fuera. Por unos momentos el niño pareció convencido, pero, cuando le dieron la mano, se volvió y se aferró de nuevo a mis piernas.

—Mara, no quiero —me dijo llorando—. No quiero que me lleven. No quiero.

Pedí con un gesto que me dejaran hablar con él.

—Yeray, tienes que irte. Pero volverás pronto. Y cuando vuelvas, vas a ser el protagonista otra vez, ¿vale?

El niño se asió a mi cuello. Yo no pude aguantar más y rompí a llorar con él. Nos quedamos unos segundos abrazados. Compartiendo el mismo dolor, sin ser capaces de separarnos. La asistenta cerró lentamente los ojos. Se acercó a nosotros y metió las manos por debajo de las axilas del niño para llevárselo. No fue fácil. Aunque yo intenté que se soltara, Yeray pataleó, pegó y mordió. Intenté mantenerme entera, susurrarle palabras para que confiara en ella. El policía decidió hacerse cargo de la situación y lo tomó en brazos mientras él gritaba y lloraba suplicando que me quedara con él. Cuando lo vi salir por la puerta, tuve que sentarme en el suelo. Las piernas me temblaban y no conseguía mantenerme en pie.

Ignacio, testigo mudo durante toda la escena, se agachó para ponerse a mi altura e intentó calmarme. No era capaz de articular palabra. No podía. Un nudo en la garganta no me dejaba hablar. Tan solo quería llorar. Estar sola y llorar.

Maru, que había estado en una reunión de orientadores, llegó en ese momento. Se apresuró a entrar en cuanto coincidió con la policía en la puerta. Me abrazó y me levantó para llevarme a una estancia donde pudiéramos estar solas. Arranqué a llorar desconsolada, abrazada a mi amiga. Lloraba por su futuro, por las noches con miedo a lo desconocido, por el desarraigo que iba a sufrir, por esa pérdida que me ahogaba en la culpa de haber sido partícipe.

—Siento no haber estado aquí —me susurró Maru mientras lloraba en su hombro.

—No he podido evitarlo. No he sabido hacerlo.

—Puede que lo que ha ocurrido sea lo mejor para él. No tenía un entorno estable y seguro. No podía seguir de mano en mano. No podías evitarlo, Mara.

—Que esté con unos extraños no se me presenta ahora mismo como la mejor alternativa, aunque puede que lo sea. Marina me ha dicho que, en cuanto se lo digan a la madre, vendrá al colegio a buscar explicaciones. No sé cómo voy a poder afrontar eso.

—No me voy a separar de ti. Yo te ayudaré. Y Raquel… Pobre mujer, no ha digerido la muerte de una hija y tiene que separarse del pequeño. No quiero ni pensar en cómo va a reaccionar.

—Algunas madres de mi clase me han contado que tienen que obligarla a ducharse. Se van turnando para que coma. Si estaba hundida, imagínate cuando sepa que se han llevado a su único hijo. A Yeray le faltan dos meses para cumplir cuatro años y ya ha vivido cómo su padre le pegaba palizas de muerte a su madre y cómo moría su hermana. Ha venido a este mundo a que los adultos le perfilen una vida de sufrimiento.

—Seguro que han buscado una familia que tenga una sensibilidad especial. Es un caso muy complicado.

Debía volver a clase. Maru tenía una cita con un padre. Mis compañeras se habían quedado con mis alumnos mientras yo entregaba al pequeño, pero no había ningún compañero libre que me sustituyera. Los niños de primaria ya habían bajado hacía rato al recreo y ellas habían ocupado el gimnasio. Me dieron ánimos y me ayudaron a formar la fila.

No recuerdo muy bien cómo terminé la mañana. Lo único que recuerdo fueron los gritos de la madre de Yeray cuando me disponía a salir con los alumnos que no asistían al comedor. Me llamaba y me dedicaba insultos que me helaron la sangre. Maru y Diego intentaron calmarla. Me mandaron el recado con la limpiadora para que no me

acercara a la sala de profesores hasta que Raquel estuviera más tranquila.

Saqué la fila al patio y me enfrenté a la mirada recelosa de aquellos padres que pensaban que yo había entregado a Yeray a las trabajadoras sociales. La noticia había corrido por todo el barrio. Fue algo que me pilló desprevenida. No esperaba esa reacción de los demás.

Cuando tuve a todos los niños entregados y entré en el edificio, escuché el llanto de Raquel, que gritaba desconsolada. Sentí que tenía que acercarme, darle una explicación.

En cuanto me vio, corrió hacia mí y me empujó con una fuerza que me derribó. Caí hacia atrás y me di un golpe en la nuca con el filo de la mesa de madera. Me invadió una sensación extraña, como si los huesos de mi cuerpo se quebraran al caer. Intenté levantarme, pero no fui capaz. No oí los gritos de los que nos rodeaban. Un dolor intenso me hizo perder la conciencia.

39
Paco

Me extrañó recibir una llamada de Diego a esa hora. Contesté con buen humor, esperando que se tratara de una consulta sobre alguna cuestión en la que estuviéramos trabajando. Cuando me dijo que Mara estaba en el hospital, me asusté mucho. En ese momento me encontraba recogiendo la mercancía en el mercadillo. Mi sobrino, que estaba a mi lado, me animó a que me fuera con prisas. Mi hijo metería mi mercancía en su furgoneta. Entre los dos se apañarían bien. Carmen, que se acercó a ver qué me ocurría, se ofreció a ayudarnos. Se lo agradecí, llamé a Nena y me fui directo al hospital.

Encontré a mi hija Susana y a mi mujer en la sala de espera, nerviosas. Damián estaba con ellas y me contó todos los detalles. Imaginé lo duro que tuvo que ser para Mara la retirada de Yeray. Manuel llegó unos minutos después. Pude apreciar el desagrado que le producía ver a Damián allí, pero al fin y al cabo era el compañero de Mara y lo habían mandado en representación del colegio.

—No sabemos nada, ha entrado hace rato para que le hicieran unas pruebas —dijo Susana—. Pero no la hemos visto. Ha sido el compañero el que la ha visto.

Damián nos refirió los detalles del enfrentamiento con la madre del pequeño y mi mujer y yo nos miramos. A la preocupación por el

estado de nuestra hija, se sumaba el temor a que Sandra cumpliera su amenaza.

Pregunté varias veces por mi hija al personal de atención al paciente; mi inquietud me impedía estar tranquilo. Necesitaba verla. Media hora después nos llamaron. Su madre y yo pudimos pasar a hablar con el médico. Nos informó de que Mara se encontraba bien y que le estaban haciendo pruebas, entre ellas una resonancia. El golpe le había causado una conmoción cerebral. Querían tenerla en observación hasta que recobrara por completo la movilidad. Al principio se había asustado porque no podía mover las piernas, pero poco a poco se recuperó. El filo de la mesa con el que se golpeó era muy afilado. El doctor nos indicó que podíamos interponer una denuncia, pero nosotros estábamos seguros de que Mara, debido a las circunstancias, no querría. El médico entendió la situación y nos prometió que nos mantendría informados.

Damián tenía una amiga enfermera y con su ayuda se coló para ver a Mara. A Manuel se lo llevaban los demonios al saber que estaba dentro con ella. Cuando Damián regresó, esperó a que nos contara cómo se encontraba.

—Está bien, casi se baja de la cama de alegría al verme. Ya puede mover las piernas. El médico le ha dicho que están esperando el resultado de unas pruebas.

No me gustó nada cómo se había expresado. No se trataba del mensaje, sino del tono y la sonrisa, que no borraba de sus labios. Tenía la intención de poner celoso a Manuel y consiguió su objetivo. Mi mujer apretó el codo de Manuel con la intención de avisarle. Pero no fue suficiente. Manuel le pasó un brazo por los hombros y se lo llevó aparte para hablar con él. Estuve atento porque sabía que no

era una simple conversación. Manuel le estaba recriminando su comportamiento. No alcancé a entender lo que decían, pero ninguno de los dos tenía cara de amigo confidente. Me acerqué a ellos para que la conversación no llegara a mayores.

—Manuel —intervine—. Este no es un sitio para discutir. Mi hija ya ha tenido un día bastante complicado como para que nosotros se lo pongamos más difícil.

Damián me dio la razón y, tras una breve disculpa, se marchó.

—No puedo creer que haya pasado él a ver a Mara. ¿Quién se cree que es? Si tenía una amiga, podía haberle pedido que os dejaran entrar a vosotros, sois sus padres —explotó Manuel—. Es un impresentable. ¿Has visto el tono y la sonrisa? Ha sido una provocación. Y lo que me acaba de decir… Vamos, que está intentando meterse en medio y no se lo voy a permitir.

—Al menos Mara ha visto a una cara amiga, no le des más vueltas. Y nos ha dicho que está bien. Eso tiene que tranquilizarte.

—Paco, estoy cansado de que este tipo esté hasta en la sopa. No deja de mandarle mensajes y de poner fotos de ella en las redes sociales. No me mires así; lo sé porque la etiqueta. Las veces que he ido a recogerla al colegio está pegado como una lapa.

—No te tiene que preocupar, es un compañero más. No le des importancia —le dije sabiendo que no estaba siendo del todo franco. El interés de ese muchacho por mi hija era muy transparente.

Lo invité a tomar un café para templar los ánimos y, cuando volvimos, el número de familiares y amigos en la sala de espera había crecido considerablemente. Habían llegado Maru y Peter y algunos de mis hermanos y primos. Todos esperaban que los médicos nos dieran buenas noticias. Tuvimos que esperar tres horas

a que llegaran los resultados. Pasaría la noche en observación. A última hora del día nos dejaron verla.

—¿Cómo te encuentras, hija? —le pregunté mientras le cogía la mano.

—He tenido días mejores —bromeó sin poder vocalizar bien.

—Imagino que ha sido muy duro para el pequeño.

—Se agarró a mí con tanta fuerza que no podíamos soltarnos. Es un niño muy especial que necesita mucha paciencia a su alrededor. Me preocupa que la familia de acogida no la tenga.

—Una familia que acoge a niños que lo necesitan tiene que ser sensible; si no, no lo harían.

—No creo que lo vuelva a ver y me muero de pena.

—¿Te duele mucho?

—Solo un poco la espalda —mintió para tranquilizarme.

—Pide un calmante si te aumenta el dolor. Mara, han hecho lo que creen que es mejor para él. Me has contado muchas veces que no tenía ni una sola norma. Cruzaba la calle corriendo y no estaba bien nutrido. No comía como debía. Esas cosas no se pueden mantener en el tiempo.

—Lo sé. Pero iba mejorando mucho. Con un poco más de tiempo…

—Mara —interrumpí—. No puedes torturarte de esa manera. Puede que su abuela consiga la custodia, o algún otro familiar. Lo único que podemos hacer es ayudarla. Y no dudes de que lo haremos.

Le di un beso en la mano y nos marchamos. Se quedó en observación. A la mañana siguiente volveríamos a hablar con los médicos.

Mi mujer y yo estábamos preocupados. No solo por lo que Mara estaba sufriendo. Sabíamos que tarde o temprano Sandra aparecería y cumpliría su amenaza. Lo que no imaginábamos era que ese momento se hallaba tan cerca.

A la una de la madrugada, nos encontrábamos aún despiertos. La preocupación despejó el sueño y la angustia se quedó en la cama, entre mi mujer y yo. Hablábamos en voz baja, costumbre que se nos quedó grabada por años de uso en la alcoba. Unos golpes en la puerta nos sobresaltaron. Nena y yo supimos que era Sandra antes de abrir. Había estado trabajando. Era enfermera en quirófano y tenía operaciones programadas, por lo que no pudo salir corriendo al lado de su hija como le hubiese gustado. En cuanto terminó su turno, vino a buscarnos.

—Es mejor que abramos rápido antes de que despierte a toda la aldea —dijo Nena—. Tiene que desahogarse.

Abrí y le pedí que pasara. Cerré puertas y ventanas para paliar el ruido que se avecinaba.

—¿Dónde está tu hija? —repetía Sandra mientras entraba en todas las habitaciones.

—Está en el hospital —dije sin paños calientes—. Tu hija la empujó y le hizo daño en la espalda. No puede andar. Seguro que te lo ha contado.

—¡Poco le hizo! —gritó—. Hemos perdido lo único que nos quedaba. No sé dónde está mi nieto y no me dicen nada. No sé dónde está mi niño.

—Sandra, tienes que serenarte. Vas a recuperarlo, puedes hacerte cargo de su custodia. Pero necesitas demostrar que eres una persona cabal. Estas cosas no te ayudan.

—No me lo quieren dar. Estoy en su casa, lo cuido y me lo han quitado. Se lo dije. Le dije a tu hija que debía hacer un informe favorable, y la trabajadora me ha dicho que no lo hizo. ¡Maldita sea! ¡No lo hizo! Me han dicho que en el colegio han confirmado todo lo que ellos detectaron. Tu hija no tiene corazón. Ha permitido que esto pase cuando podía haberlo evitado. Te juro que se lo voy a hacer pagar aunque sea lo último que haga en la vida. No es justo, es un niño muy pequeño y nos necesita. Me necesita. No puede dormir por las noches sin su muñeco —sollozó.

—Mara no ha podido hacer nada. Habló con las trabajadoras sociales, les dijo que tu hija venía a todas las tutorías y que el niño estaba mejorando. Hizo todo lo que pudo. Y en el informe fue benévola. Omitió lo que creyó que podía perjudicarla. No contó que el niño no venía aseado, ni las ronchas de la piel, ni la falta de alimentación adecuada. Incluso se calló las agresiones a otros niños. Lo intentó, Sandra, pero la verdad era imposible de disimular.

—¡Mentira! El informe del colegio ha sido negativo —dijo con tono agresivo—. Eso nos han dicho. Tu hija ha destrozado mi familia. Pero yo voy a destrozar la vuestra. Os juro que no voy a parar hasta que lo consiga. La voy a hacer añicos. No vais a ser felices nunca.

—Sandra, mis hijos saben la verdad. Se lo hemos contado todo. Preferimos que lo supieran por nosotros —dije dejando a las dos mujeres boquiabiertas.

—Nos dimos cuenta de que era la mejor opción. Habíamos guardado el secreto demasiado tiempo. Mis hijos lo están pasando muy mal. No lo han procesado todavía, pero no se puede comparar con lo que estáis sufriendo vosotras. Y de verdad que lo sentimos —añadió por sorpresa Nena.

Sandra caminó varios pasos hacia atrás, como si lo que le hubiésemos dicho no fuera posible.

—Tu hija no nos va a olvidar en la vida. Me encargaré de que pase por el mismo infierno que estamos viviendo nosotras. Te juro que no va a tener paz mientras viva.

Salió por la puerta y la cerró de un fuerte portazo.

Mi mujer y yo nos sentamos en el sofá. Respiramos hondo. A ella le temblaban las manos.

—¿Qué opinas?, ¿se lo habrá creído? —me preguntó Nena.

—Ahora mismo no sabe ni quién es. Imagino que luego lo pensará y se dará cuenta de que hemos mentido.

—¿Y qué haremos después?

—Lo único que hemos ganado es tiempo. Y será mejor que busquemos la forma de decírselo, porque se van a enterar.

—Tenemos que arriesgarnos. Si existe la posibilidad de que no lo sepan nunca, hay que aferrarse a ella —defendió Nena.

—Creo que es mejor que lo sepan por nosotros. Si Mara se entera por Sandra, entonces sí que no nos lo va a perdonar nunca.

—¿Y si esto pasa y no lo cuenta nunca? ¿Crees que nos lo van a perdonar cuando se lo contemos nosotros? Yo creo que no. Y Paquito menos. Él va a descubrir que su vida es una mentira. No quiero ni pensar en cómo le va a afectar.

—Es fuerte. Lo superará. Hay otras personas a las que también va a afectar, no podemos olvidarlo. Tienen que saberlo también —recordé.

—No es necesario —argumentó mi mujer.

—Claro que es necesario. Si la verdad sale a la luz, todos los implicados deben conocerla.

—¿Para qué? Estoy segura de que nuestros hijos no se lo contarán. Lo aprecian.

—Mara no podrá guardar el secreto. Tendrá que decírselo. No podemos pedirle que se lo calle. A ella no podemos pedirle eso. Estará en una situación muy difícil.

Nena se inclinó y se puso las manos sobre la cabeza. No podíamos evitar preocuparnos. Sabíamos que una bomba estaba a punto de saltar sobre nuestra familia. Y poco podíamos hacer para evitarlo.

Y Nena tenía razón.

Manuel también tenía que saber la verdad.

40
Mara

No tuve alternativa. Mi espalda necesitaba un descanso y me quedé en casa. Tenía mensajes de casi todos los padres de mi clase. Algunos me preguntaban si eran verdad los rumores que corrían por el barrio. Otros directamente reprochaban mi comportamiento y asumían que la única responsable de la retirada era yo. Ignacio y Diego me habían recomendado que no les contestara. Pero yo no pude dejar de hacerlo. Me armé de paciencia y los llamé uno a uno. Les conté con sinceridad mi versión de los hechos. La mayoría me entendió. Los que eran familia de Sara no fueron capaces de derribar los muros que la pena había alzado de manera infranqueable. Aun así, me alegré de no haber hecho caso a mi compañera Isabel, que me recomendó que no diera mi móvil personal a los padres de mis alumnos. Marina y la mayoría de los maestros del colegio lo facilitaban para aumentar la cercanía y la comunicación con las familias.

A media mañana, Diego me llamó. Iba a convocar una reunión con los padres de mi clase esa misma tarde. Tendría la ayuda de Peter y Maru. Aunque me ofrecí a participar, declinó mi oferta. El objetivo era contar la verdad de lo sucedido, acabar con los rumores y recuperar la confianza que los padres habían perdido. No sería

tarea fácil. La ley de protección de datos no nos permitía compartir ninguna información sobre el menor. Y defendernos sin decir la verdad sería muy complicado. Maru me llamó para explicarme cómo lo iba a enfocar. Presentaría un caso práctico para exponer en porcentajes el valor decisorio del informe de una maestra. Confiaba en ella y sabía que mejoraría la situación. No me preocupaba lo que el barrio pensara de mí, pero sí que se rompiera la buena comunicación que tanto me había costado crear con las familias de mi tutoría.

Damián me llamó. Lo noté raro desde el principio de la conversación. Me costó un par de minutos que me contara lo ocurrido.

—Fue muy desagradable, Mara. No estoy acostumbrado a que me traten con tanta violencia. Yo solo quería ver cómo estabas. Mi amiga no iba a dejar pasar a otra persona que no fuera yo, no iba a correr con esa responsabilidad. No sabes lo que me costó convencerla. Y cuando salgo, tu novio casi me mata. Menos mal que intervino tu padre. Me reprochó que tenía que haber entrado él. Fue una de las situaciones más desagradables de mi vida. Sabes que soy muy pacífico. No sé cuál es su problema, pero un comportamiento tan agresivo no es normal. Lo escuchaba y me preguntaba si era real lo que me estaba diciendo. Mara, tenía argumentos del siglo pasado.

Le pedí disculpas y salí enfadada de mi habitación. Manuel se había tomado el día libre para cuidarme y estaba trasteando mi cafetera sin conseguir que la cápsula expulsara el café.

—No consigo que esta máquina del diablo funcione —me dijo al verme—. ¿Cómo te encuentras?

—Me acaba de llamar Damián.

—Qué novedad. Lo raro es que no esté en la puerta con una caja de bombones para subirte el ánimo.

—Me ha contado lo que pasó en el hospital. No puedes ir intimidando a la gente, Manuel. Es mi compañero, no sabes la vergüenza que he pasado.

Manuel soltó la taza que tenía en la mano. Y se apoyó en la encimera de la cocina.

—¿Intimidando? ¿Vergüenza? ¿Has pasado vergüenza por mi culpa?

—Si no llega a intervenir mi padre…

—Mara, fue él quien me provocó —me interrumpió indignado.

—Sé que Damián no te gusta, pero no puedes ir por la vida peleando con todos los hombres que se me acerquen.

Manuel me miró incrédulo. Cogió las llaves de la casa y del coche y sin mediar palabra se marchó dando un portazo. De nuevo decidió huir, salir de la habitación antes de perder los nervios y de que la cosa fuera a más. Así que le agradecí que no empeorara la situación. Siempre he detestado a los hombres celosos que montan numeritos. No podía pasar por eso.

Con la tensión, mi dolor de espalda se acentuó. Mi madre vino a ver cómo estaba y se alegró de encontrarme mejor. Me preparó el café y me dejó un trozo de tarta de manzana que había horneado para mí.

—No era necesario que hicieras nada, *mama*, que ya tienes bastante tarea.

—Esto lo hago yo con los ojos cerrados. Supuse que no tendrías muchas ganas de comer y la medicación es muy fuerte, necesitas echarle algo sólido al cuerpo.

Estuvimos un rato charlando sobre trivialidades y se marchó cuando llegó mi hermana.

—Voy a ser una enferma muy mimada —dije mientras cogía la caja de bombones que me traía Susana.

—Esto solo acaba de empezar. Verás el desfile de familiares de esta tarde.

—Pero estoy muy bien, quiero volver al trabajo.

—No tengas tanta prisa, polvorilla, que el golpe que te has dado ha sido grande. Y mira qué cara tienes… Con esas ojeras asustarás a los niños, no es Halloween.

—El golpe lo han recibido ellas. No sé cómo resisten tanto sufrimiento. Sobre todo Raquel, que lo ha perdido todo. No le ha quedado nada. Me da mucha pena y no me la puedo quitar de la cabeza. Entiendo la reacción que tuvo conmigo. Creía que yo había sido la culpable.

—Mara, las trabajadoras sociales no tuvieron tacto si le dijeron que en el colegio les habían dado un informe que confirmaba la situación del niño. No me parece ni medio normal.

—Tienen que decir la verdad.

—Pues creo que deberían mantener al margen al colegio. Y dejarle claro que se han llevado al niño por su situación, no porque la escuela haya dicho ni dejado de decir. Es evidente que con esa idea es con la que se quedó la madre. Debe de ser horrible que te arrebaten un hijo. Estas cosas te enseñan que no hay que sufrir por tonterías. Como yo, que llevo meses sufriendo por una separación inevitable.

—Inevitable porque te has enamorado de otro.

—Hermanita, no sabes lo difícil que es todo.

—Susana, Jano también siente lo mismo. Pero no quiere dar el paso porque piensa que tienes novio. Y nunca se metería en una relación. Es hora de que quedes con él y le cuentes lo que sientes. Tienes que sincerarte.

—No soy capaz. Me da mucho miedo el rechazo.

—Entonces no le declares tu amor. Háblale como el amigo que es. Dile que son tiempos difíciles para ti y que necesitas el apoyo de los que te quieren. Cuéntale que has roto tu compromiso y que has anulado tu boda.

—Es que no es tan fácil. No me quiere ni ver. Nos encontramos en los baños de Estepona, tropezamos y no sé cómo ocurrió que nos besamos. No puedo entender cómo pasó. Estaba cruzando una chica en silla de ruedas y yo me retiré. Me acerqué demasiado a él, nos miramos a los ojos y, sin entender cómo, noté sus labios pegados a los míos. No podía con mi vergüenza y le dije que no quería hablar del asunto. Me sentí como una niña pequeña. Desde entonces no hemos hablado. Hace un mes de eso.

—Llámalo.

—No puedo.

—Mándale un mensaje y dile que tenéis que hablar y afrontar las cosas como adultos, no sois dos adolescentes.

—Exactamente es así como me siento.

—Habla con él. Todo será más sencillo de lo que parece.

—Tienes razón. Pero algo me frena. No puedo.

Me abrazó con cariño. Pasamos un rato más charlando y se marchó a preparar sus clases.

Tuve un par de visitas de mis primas de la aldea. Coral y la Redonda fueron las últimas en ofrecerme una bandeja con pasteles.

Cuando me quedé sola, recordé que el día anterior había citado a Lala a las cuatro. No solo no había ido, sino que no la había avisado. Imaginé que le dirían que me encontraba en el hospital y que no estaría muy enfadada. Así que le mandé un mensaje de disculpa para que lo leyera cuando terminara las clases. Para mi sorpresa, me contestó al instante. No había asistido a clase, no se encontraba bien. La llamé y, en cuanto escuché el tono de su voz, supe que algo sucedía. Parecía haber llorado y encontrarse muy angustiada.

—¿Qué te ocurre? —pregunté—. No te noto bien.

—Nada, estoy triste, echo de menos a Sara.

—Es normal, es muy reciente. —Intenté encontrar palabras de consuelo—. Yo tengo el convencimiento de que Sara está a tu lado. Y de que te guiará en los momentos difíciles. Solo tienes que pedirle ayuda.

—¿Cómo estás tan segura? —me preguntó.

—Porque siempre me ha funcionado. Cuando murió mi abuela, la sentía tan cerca que podía tocarla. Y solo tengo que recordarla para tenerla a mi lado. Le pido ayuda cuando no sé qué camino tomar y ella me lo ilumina.

—Me siento muy sola. Pasaba todo el rato con ella. Ahora no suena el teléfono y no me llama para ir a la calle. Me sorprendo mandándole las cosas que me gustan. Y lloro cuando recuerdo que no las va a ver. Ya nunca más la voy a ver. Y no soporto pensarlo.

—Lala, el dolor que sientes ahora no tendrá la misma intensidad siempre. Se va a ir aplacando. No se borrará nunca, pero se sustituirá por su recuerdo, y de ti depende que ese recuerdo sea bonito y agradable.

—No es justo lo que le pasó.

—No, no lo es —contesté sospechando que había algo que no me contaba—. Pero si necesitas hablar con alguien, sabes que estoy aquí —le susurré con cariño.

Me despedí de ella con la promesa de que la vería en cuanto me recuperara.

Hablé con Maru y Peter para ultimar unos detalles del taller que realizábamos los viernes en el colegio y preparar la formación del profesorado de los siguientes trimestres. Estábamos muy contentos con los resultados de la nueva metodología. Los profesores veían avances en el alumnado, aunque algunos se habían limitado a cambiar el orden de las sillas en el aula. Les costaba aceptar unos métodos en los que el alumno era el protagonista y el juego, su mejor forma de aprendizaje. Un gran grupo estaba contagiando sus progresos a los demás, lo que era beneficioso para todos. Pero, aun así, yo seguía desesperándome por la falta de atención de mis alumnos. Me seguía preocupando Rubén y que su madre no asumiera su realidad. En cuanto me reincorporara, tenía que volver a hablar con ella.

Estuve unos días de baja. Mi espalda iba mejorando poco a poco. No dejaba de darle vueltas a la cabeza. Retomé la idea de mi padre de plantearle a Lala posibles situaciones y ver cómo reaccionaba. Necesitaba ayudarla. Sabía que estaba sufriendo por algo que no contaba. En esos pensamientos, un recuerdo de la conversación con Saray me hizo atar cabos. Cuando vino a verme para pedirme un poco de azúcar, días después de nuestra conversación, no sentí que hubiese mejorado su estado de ánimo. Le rogué que se sentara conmigo en el salón y estuvimos un rato charlando.

—No estás bien. Te conozco y esa tristeza que tienes en los ojos no es tuya —le dije.

—No me recupero, Mara. No puedo olvidar la impotencia que sentí. El asco que me provocó su lengua entrando en mi boca. Y me pasa algo que no me está gustando nada.

—¿Qué te pasa? —pregunté después de darle unos segundos para que continuara.

—Cuando alguien me toca, aunque no tenga mala intención, me sale responder de forma violenta. Hace un par de días fuimos al bar del padre de Tansy a jugar al billar y tu primo Juanillo me puso la mano en el hombro. Me volví con rapidez y sin pensarlo le di un bofetón. Lo pasé fatal, es uno de mis mejores amigos, no sé por qué reaccioné así. No había pegado a nadie en mi vida.

Mi memoria fue enlazando pequeños recuerdos que me pusieron delante la verdad. Sentí un escalofrío.

Me distrajo la visita de dos de mis primas, que me enseñaron entre risas unos tatuajes que se habían hecho en una boda. Me llamó la atención que ahora en los casamientos hubiese barra libre de dibujos en la piel. Cuando se marcharon, me senté en el salón. Intenté preparar algunas clases, pero fue imposible. La idea que daba vueltas en mi cabeza no me dejaba concentrarme. Si mis sospechas eran ciertas, lo que le había sucedido a Sara podía estar relacionado con su muerte. El recuerdo de otra conversación me hizo un nudo en el estómago. Un detalle que había pasado por alto. Una discusión de madre e hija en el pasillo. Acababa de descubrir lo que le había pasado a Sara. Cogí nerviosa el teléfono y llamé a Lala.

—Sé quién le hizo daño a Sara —le dije sin rodeos.

Escuché un llanto ahogado al otro lado del teléfono.

—Va a matarme a mí también, Mara —me dijo intentando que no la oyeran en su casa.

—Lala, no digas eso. ¿Dónde estás? Dime donde estás y voy a buscarte.

—No, es mejor que no te vea conmigo. Podría hacerte daño.

—Lala, no te va a pasar nada. Voy a ayudarte. No voy a permitir que te ocurra nada. No estás sola.

—No puedo —contestó llorando—. Si cuento lo que pasó aquella noche, me hará lo mismo que a Sara.

—No, no, no te hará nada. Yo te voy a ayudar. Pediremos ayuda. —Me costaba encontrar las palabras para calmarla. Me estaba poniendo nerviosa y no la estaba acercando a mí.

Durante unos minutos solo se oyó su llanto. Mi corazón latía a tanta velocidad que pensé que se me salía del pecho. Con susurros y palabras cariñosas, conseguí calmarla.

—Escúchame. Dime dónde estás y voy a buscarte.

—No, es peligroso. No puede verme hablando contigo. Sabría que te estoy contando lo que pasó.

—Pues coge un taxi y ven a mi casa. Lo pagaré cuando llegues.

—Si me ve salir del barrio, cogerá a mi hermano pequeño. No puedo, Mara. No puedo. Me tiene amenazada. Le hará daño a los míos.

Me di cuenta de que Lala estaba atemorizada.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer. Vamos a pensar juntas cómo salir de esta, ¿vale? Y lo vamos a conseguir. Ahora mismo no sé cómo, pero estoy segura de que encontraremos la manera. Tengo un primo policía, él puede ayudarnos.

—¡No! Mara, si implicamos a la policía, él lo sabrá. Antes de que lleguen a mi casa, ya lo sabrá.

—No puede ser, Lala. ¿Quieres decir que hay alguien de la policía en esto? —deduje—. Por eso no han descubierto nada aún.

—No sé, pero tiene ojos en todos lados. Si voy esta noche con él, tengo posibilidades de seguir viva. Si no voy, estoy muerta.

—Esto es lo que vamos a hacer. No vas a ir a ningún lado —dije intentando evitar que Lala corriera la misma suerte que Sara—. Voy a ir por ti y por tu familia. Me traeré a mi casa a tu madre, a tu abuela y a tu hermano. Donde vivo estaréis protegidos. Nadie entra en una aldea donde viven familias gitanas. Y aquí pensaremos qué hacer. Y cómo hacerlo. Aquí estarás a salvo, pero es muy importante que no le digas a nadie que te vas. A nadie, ¿me oyes?

—No, no se lo diré a nadie. Mara, estoy muy asustada.

—Lo sé, pero ya no tienes nada que temer. No abras la puerta a nadie. Y cuando salgas de ahí, ya tendrás protección. Nadie te podrá hacer nada.

—Gracias. Muchas gracias. Estoy tan asustada que no sabía qué hacer.

—Voy a colgarte ahora, Lala. Voy a prepararlo todo. Escríbeme o llámame si lo necesitas.

En cuanto colgué el teléfono, llamé a Manuel, que no me lo cogió. Recordé que estaba muy enfadado conmigo. Salí a buscarlo, pero no vi su coche. Decidí mandarle un mensaje diciéndole que era urgente.

Llamé a mis hermanos y a mi padre y les dije que iba a necesitar su ayuda. Mi padre se quedó muy preocupado, pensando que había empeorado, así que tuve que adelantarle la información para que se calmara.

—Llama a tu primo. Necesitamos ayuda. Esto no es un juego, Mara, te recuerdo que han matado a una niña.

—Lala me ha dado a entender que hay un policía implicado. El primo se lo va a contar a un superior, no le va a quedar alternativa, y puede que vayan a por ella. En cuanto las tengamos en casa, lo llamaremos. Él sabrá qué hacer.

Manuel me devolvió la llamada preocupado. Le pedí que viniera a mi casa en cuanto pudiera. En menos de cinco minutos estaba allí.

—Es muy peligroso. Estoy de acuerdo con tu padre. Creo que tenemos que llamar a Carlos. Él es policía y sabrá manejar esto mucho mejor que nosotros. Además, se puede confiar en él. Esto no es una tontería, Mara, es peligroso. Estamos hablando de personas que no tienen escrúpulos. Están coaccionando a una niña.

—Manuel, solo los vamos a traer aquí, no es que vayamos a montar un operativo policial. En el barrio huelen a un madero a kilómetros. Y más si es Carlos, uno de los pocos policías gitanos que hay. Todo el mundo lo conoce. En cuanto estén aquí a salvo, lo llamaremos y que nos ayude. Confía en mí. Es importante que salgan de allí cuanto antes.

—Está bien. Esa niña debe de tener mucho miedo. Estoy seguro de que lo que nos vamos a encontrar detrás va a ser aterrador.

Manuel no se equivocó.

41
Paco

Llamé a mi sobrino en cuanto colgué el teléfono. La edad le otorga a uno la experiencia y la prudencia necesarias para no exponer la vida de los que quiere. A mi hija le podían su capacidad de dar y su empatía, pero no lograba visualizar las consecuencias de sus actos con la claridad y la frialdad necesarias en los temas complicados. Y no estaba dispuesto a arriesgarme. Una niña había muerto. Detrás de todo esto había gente sin escrúpulos que no apreciaba la vida humana. Mara no valoraba el peligro de sus acciones.

Mi sobrino Carlos, como buen agente de la ley, lo primero que intentó fue disuadirme de que hiciéramos lo que él consideró una locura. Le costó un rato de negociación aceptar que resultaría imposible que su prima cambiara de opinión, aunque me arrancó la promesa de que Mara no actuaría sin que él lo supiera. Mi sobrino conocía el caso del atropello, incluso lo había seguido con atención. Que la niña fuera gitana había sido el detonante para mirarlo con lupa. Carlos siempre se interesaba por todo lo que acontecía a su pueblo y se ofrecía a menudo como voluntario. Conocía a la inspectora que investigaba el caso.

Cuando llegamos a casa de Mara, la encontré dolorida, nerviosa y preocupada. Su posición en la silla, más tiesa que un palo, me

indicaba que no tenía curada la espalda. Mintió cuando le pregunté por su estado. Manuel estaba con ella e insistió en que llamáramos a Carlos, con el que tenía, además de lazos de sangre, una buena amistad. Mara nos dejó muy claro que hasta que la familia al completo no estuviera en la aldea no se avisaría a nadie. Fue intransigente. Era su forma de proteger a esa niña. Me dio la impresión de que mi hija sabía mucho más de lo que nos contaba. Y que no lo verbalizara despertaba todas mis alertas.

Mi mujer trajo un piscolabis a esa reunión improvisada, en la que comimos poco y hablamos mucho, por los nervios y por la premura de hacer el traslado cuanto antes. Mi mujer, después de escuchar la historia, se ofreció para preparar sábanas, toallas y ropa.

—No me miréis así. Van a venir con lo puesto y no se van a duchar y poner la ropa sucia. No sabemos cuántos días necesitarán pasar aquí.

—Lo que más me preocupa es el miedo que tiene Lala. Está aterrada. Cree que va a acabar como Sara. La han amenazado, no me ha explicado con qué, pero me ha dicho algo así como que tiene que ir a algún lugar y que, si no se presenta allí esta noche, las consecuencias serán terribles. Lala es una niña muy bonita, de una belleza muy llamativa. Me temo lo peor. Seguramente se metieron en algún lío. Y ahora quieren sacar rédito. O vete tú a saber qué clase de chantaje le están haciendo. Solo sé que el miedo que tiene es tan real que se contagia —contó Mara.

—Vamos a esperar a que nos lo cuente. Lo mismo no es tan grave.

—*Papa*, hay una niña muerta —rebatió mi hijo—. Tiene que ser grave.

—Sí, pero debemos escuchar a la chavala antes de extraer conclusiones. Vamos a organizarnos, que se acerca la hora.

—No creo que sea tan difícil sacar de allí a los cuatro —comentó Manuel—. Mara puede ir con ellos y nosotros nos quedamos detrás en mi coche.

—Prefiero que vayáis en dos coches. Uno que se posicione delante y otro que se posicione detrás. Así saldremos del barrio más seguros —pidió Mara.

—Yo creo que, si lo que quieres es seguridad, es mejor que Carlos vaya a por ellas. Puede ir de paisano y meterlas en un coche —volví a defender.

—*Papa,* no seas pesado, no quiero correr riesgos. Cuando le nombré a la policía, se puso muy nerviosa. Es mejor que vaya yo. No sé qué voy a decir a la madre de Lala para sacarla de ahí. Y tenemos que pensar algo rápido ya.

—La verdad —añadió mi madre—. A la madre tienes que decirle la verdad, por dura que sea. No la puedes engañar, hija. Llámala y dile que en media hora estás ahí y que necesitas que venga toda la familia. Eres maestra del colegio, sabrá que es algo serio. Además, estará con Lala; en cuanto la madre le pregunte, se va a romper, y las madres tenemos intuición para saber que es algo grave.

—Tienes razón —afirmó Mara—. La llamo y vamos para allá.

La madre de Lala no hizo preguntas. Como predijo mi mujer, sospechó enseguida que algo le sucedía a su hija y que corría peligro.

Llegamos al colegio en veinte minutos. Paré mi coche en la puerta. Mara me miró y por unos instantes dudó. Se suponía que yo tenía que colocarme delante, ella iría detrás y Manuel y Paquito la

seguirían lo más cerca posible. Pero parecía que el sitio que yo había escogido no era de su agrado y avanzó unos metros. Depués salió del coche y caminó con lentitud. Le dolía la espalda. Vi a Sandra cruzar la calle en ese mismo momento y me temí lo peor. Lo que menos queríamos era llamar la atención.

Sandra divisó a Mara y fue en su dirección con rapidez.

—No sé cómo te atreves a pisar este barrio. Por tu culpa nos han quitado a nuestro niño.

—Sandra, yo…

Llegué a su altura justo a tiempo para interponerme entre las dos. Le pedí a Mara que continuara su camino y cogí de los hombros a Sandra.

—¡Déjame! —me gritó con un desplante—. Tú eres tan culpable como ella. No fuiste capaz de convencerla. Con todo lo que hice por vosotros.

Miré a Mara para comprobar si la había oído. Mi hija nos observaba con una expresión extraña tratando de adivinar de lo que hablábamos. Le indiqué con la mano que se marchara e intenté que Sandra se calmara. Miré a Manuel y Paquito, que contemplaban la escena desde el coche. Les pedí con la mirada que no intervinieran.

—No pudimos hacer nada, no fue culpa nuestra. Nosotros no teníamos poder de decisión. Mara argumentó que lo mejor para ese niño era su hogar, pero nadie la escuchó.

—¡Mentira! Ella les dijo que mi hija no era una buena madre. ¡Ella! ¡Que tiene los padres más embusteros de este mundo!

Por un momento me sentí confundido. Paquito estaba en el coche de detrás. No quería que saliera porque me creyera en apuros. Sandra lo reconocería y nos delataría allí mismo. Podía desintegrar

mi familia en un solo instante. Les hice un gesto con la mano a mis acompañantes para que permanecieran en el coche; intentaba ganar tiempo para solucionar el lío en el que me encontraba.

Kiko había salido de la tienda al escuchar los gritos. Me vio apurado y se acercó a ayudarme.

—Sandra, ven, vamos a tomarnos un café —le dijo cogiéndola despacio—. Estás muy nerviosa. Estos espectáculos no te ayudan en nada. Que en el barrio todo se sabe y tienes que recuperar a tu nieto. Necesita una abuela estable, no una abuela que vaya pegando gritos por la calle.

Suspiré aliviado al ver que Sandra acompañaba a Kiko al mismo tiempo que Mara salía del portal con Lala, la madre, la abuela y el hermano. Les pedí que subieran rápido al coche y nos marchamos. El camino se me hizo más largo que nunca. Me había librado por muy poco.

Mi sobrino llegó justo después de nosotros. A nadie le extrañó.

—Lala, él es mi primo Carlos. Es policía y está aquí para ayudarte —dijo Mara cuando nos acomodamos en el sofá.

Lala asintió, incapaz de articular una sola palabra. Nerviosa, se comía las uñas.

Carlos pidió que solo se quedara en el salón la familia de la niña.

La muchacha miró a su hermano y con rapidez giró la vista hacia Carlos. Le intentaba decir que no quería que él la escuchara. Este la entendió a la primera.

—Lala, tu hermano tiene que salir porque es menor de edad. No puede estar presente en una declaración —se excusó Carlos—. Pero

luego, en cuanto termines, puedes contárselo. Espero que lo entiendas.

Mi mujer se lo llevó a nuestra casa. Carlos me pidió que permaneciera allí con ellos.

—Lala, como ha dicho Mara, me llamo Carlos y soy policía de Fuengirola. Estoy aquí solamente para orientarte en los pasos que seguir. Voy a escuchar lo que ha ocurrido, pero no es una declaración formal ni tendrá validez como tal. Cuando te haya escuchado, te recomendaré lo que podemos hacer. Pero eres libre de tomar la decisión que quieras. Ahora mismo solo soy un policía amigo que te va a ofrecer orientación. Por supuesto que, decidas lo que decidas, no te vamos a dejar sola. Y te vamos a proteger y acompañar. Ya ves que mi familia es muy acogedora; puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, hasta que tomes la decisión que creas conveniente. ¿Tienes alguna duda?

Lala negó con la cabeza. Vimos cómo intentaba ordenar las ideas para contar su historia, pero no sabía por dónde empezar.

Mara y yo nos levantamos para marcharnos, pero Lala nos pidió que nos quedáramos. No le fue fácil revivir lo acontecido aquella noche. Carlos, acostumbrado a tomar declaraciones, intentó ponérselo un poco más fácil.

—Empieza por el principio. Cuéntanos cómo ocurrió todo.

Lala miró al suelo y rompió a llorar en silencio. Estaba recordando a su amiga.

42
Mara

Le di a Lala un pañuelo de papel para que se secara las lágrimas antes de hablar.

—Llegamos al barrio sobre las diez. Habíamos estado en la playa, celebrando el cumpleaños de un niño pijo al que habíamos conocido el fin de semana anterior en el centro comercial. No bebimos mucho, pero, como no estamos acostumbradas, nos afectó bastante. Nos bajamos del autobús y casi nos matamos al tropezar con una piedra, lo que nos hizo reír a carcajadas. Él se asomó a ver qué ocurría y nos vio muertas de risa. Observó que estábamos en un estado lamentable y nos dijo que nuestras madres nos iban a matar. Nos animó a entrar para hacernos un café y que se nos pasara la borrachera antes de subir a casa. Yo había comido mucho, porque el catering no paraba de sacar bandejas y lo probé casi todo. Sara no comió nada. El café tenía un sabor extraño, pero nos animó a que nos lo bebiéramos. Nos dijo que lo había puesto cargado para que se nos pasara pronto el efecto del alcohol. Yo no me lo bebí entero.

»Lo conocíamos desde pequeñas, confiábamos en él. No tardé en empezar a sentirme extraña. No podía mover los brazos ni las piernas. La mezcla de la comida con el café me hizo vomitar. Vi como Sara se desplomaba y caía al suelo. Pero no tenía fuerzas para

cogerla. Estaba allí, con los ojos abiertos, mirando todo lo que le hacía a mi amiga, pero no podía ayudarla. Sara también tenía los ojos abiertos y su cara era de terror. Estaba paralizada. La sentó con la espalda apoyada en la pared y comenzó a tocarla. Yo intenté gritar, pero no me salía la voz. Le quitó la ropa y grababa cómo lo hacía. Su cara había cambiado, no era el semblante amable que tenía normalmente. Desde donde estaba, vi a Sara desnuda, inmóvil; solo podía mover los ojos, que estaban fijos en los míos. Yo sufría por no poder moverme, por no poder gritar, por saber que, cuando acabara con ella, me haría lo mismo. Sara se cayó de la silla y eso le disgustó. Veía la cara de terror de mi amiga, la expresión de dolor, pero no podía gritar. Su voluntad estaba anulada. La tocaba y se reía. Tenía mucho miedo. Pensé que iba a matarla y que luego me mataría a mí. Cuando creí que la desataba para liberarla, le dio la vuelta y la sentó a horcajadas. Perdí el conocimiento. Cuando desperté, Sara estaba tirada en el suelo. Intenté moverme, pero era imposible. No podía. Mi amiga parecía una muñeca rota; en el suelo había sangre, y verla me mareó. No paraba de hablar, de insultarla. Le repetía que tenía lo que se merecía por ir al colegio vestida como una puta, porque ponía calientes a los alumnos y a los profesores. Y yo solo pude llorar en silencio. Me ordenó que no cerrara los ojos. Lo hice durante unos instantes, porque no podía sufrir más, y me golpeó con una correa. Él quería que mirara. Me di cuenta de que otra cámara me grababa y sentí un miedo extraño. Pensé que luego nos mataría para que no contáramos nada. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, todo está confuso en mi cabeza. Se reía a carcajadas. La abrió de piernas, le grabó cada milímetro de su cuerpo. Le gritaba que se la iba a poner dura a muchos hombres.

»Sentí un hormigueo en los brazos y comencé a recuperar el control de las manos, pero lo disimulé para que no se diera cuenta. Miré a mi alrededor para ver qué podía coger para golpearle. No encontré nada. Miré a Sara. También empezaba a mover las manos. Se había despertado. Me señaló con la mirada un bote de pintura de la estantería. No era muy grande, aunque, si estaba lleno y conseguía cogerlo, podía golpearlo con él. No me sentía con fuerzas. Ordenó a Sara que se vistiera y se quitara de en medio, pero mi amiga no fue capaz de ponerse en pie. Estaba dolorida y todavía no se le había pasado el efecto de lo que nos había dado. Vi con terror cómo me miraba y avanzaba hacia mí. Iba a hacerme lo mismo que a Sara. Reaccioné. Cogí el bote de pintura con rapidez y le golpeé en la cara. Cayó al suelo, confundido. Yo no tenía fuerzas para cargar con Sara. Lo intenté, pero no pude. Las piernas apenas me respondían. Él ya se estaba levantando, así que le di en la espalda con la silla. Lo pillé por sorpresa. Le sacudí varias veces. El esfuerzo me hizo recuperar la fuerza en las piernas. Con otra silla, le pegué en la cabeza y lo dejé allí aturdido. Agarré a Sara como pude y tiré de ella. Recogí su ropa y su bolso y la arrastré hacia la puerta. Salimos a la calle. Nos caímos al suelo varias veces antes de poder ponerla de pie. En el momento que estuvimos en la calle, supimos que nos encontrábamos fuera de peligro. Nunca se atrevería a hacernos nada a la vista de todos. Le puse la minifalda y el top de cualquier manera, escondidas en el portal de al lado. Sara no reaccionaba, estaba en shock. Le dije que teníamos que ir a la policía. Sara me suplicó con la mirada que no lo hiciera. La ayudé a caminar. Alguien que pasó por nuestro lado nos confundió con dos borrachas. Nos sentamos en el parque y lloramos. Sara me pidió que

le quitara el top y que le pusiera mi sobreblusa; yo llevaba una camiseta de tirantes debajo. Escupió en él durante un buen rato. Vomitó y recuperó poco a poco las fuerzas. Le pedí que fuéramos al hospital, tenía que verla un médico. Cuando nos levantamos para irnos, el móvil de Sara sonó. Le acababa de mandar un vídeo. Era él. Si lo denunciábamos, enviaría la grabación a todo el barrio. Todo el mundo la vería. Sara miró horrorizada las imágenes. Su pesadilla no había terminado. No quiso denunciar. Yo le había dicho a mi madre que me quedaba en su casa a dormir. Y ella le había dicho a la suya que se quedaba en la mía, así podíamos continuar en la calle hasta tarde. Esperamos durante horas en aquel parque, llorando abrazadas. Cuando mi madre se fue a trabajar y entramos en mi casa, me metí con ella en la ducha y la lavé como pude. Sara no paraba de llorar. No podía dejar de llorar. Estaba sufriendo tanto y yo no lograba ayudarla. Aunque le repetía una y otra vez que lo superaríamos y que nos vengaríamos, no lo creía ni yo. Él era un hombre respetado y querido en el barrio; nosotras, dos niñas que no teníamos donde caernos muertas.

Todos los que nos encontrábamos en aquella habitación estábamos llorando. La madre de Lala era la más afectada. La abuela le había cogido la mano y se la apretaba con fuerza.

—Lala, siento mucho por lo que has pasado —dijo Carlos—, pero necesito hacerte unas preguntas.

La niña asintió mientras se secaba las lágrimas.

—¿Tenéis copia de ese vídeo? ¿Os mandó algún otro?

—No, nos lo mandó con la configuración de que solo se podía visualizar una vez. Nunca nos envió ningún otro vídeo.

—¿Os volvió a tocar o hacer algo más?

—No. Solo esa vez. Lo intentó, trató de quedarse otra vez a solas con nosotras, pero no volvimos a darle la oportunidad.

—¿Os amenazó?

—Le dijo a Sara que, si no volvía a estar a solas con él, les enseñaría el vídeo a sus amigos. Y luego a su padre. Pero Sara no cedió, nunca fue. Tardó en recuperarse de las heridas. Y creo que no se quedó bien del todo.

—¿Viste si quien mató a Sara fue la misma persona que le hizo eso?

—No lo vi. Pero sé que fue él. Sara lo amenazó para que la dejara en paz. Le dijo que, si se acercaba a otra niña del barrio, llevaría a la policía un pañuelo que tenía guardado con su ADN y la sangre de sus heridas. Él se enfadó y comenzó a atosigarla. Pero Sara siempre iba con alguien, no salía a la calle sola. Noemí es cinturón negro de kárate y se sentía segura con ella. La convirtió en su sombra.

—¿Qué pasó la noche que Sara murió?

—Él tenía a su hermano. Lo retuvo en el mismo sitio. Le mandó una foto a Sara en la que se le veía sonriendo con el niño. Si Sara no iba, le haría lo mismo a él.

—¿Cómo cogió al pequeño? —interrogó Carlos.

—Llamaron a la madre de Sara de la cafetería donde trabajaba. Su compañera se había puesto enferma y su jefe le pidió que hiciera el turno de noche. En ese momento estaba en la calle y fue a buscar a Sara para que se llevara a Yeray para la casa. Pero no la encontró por ningún lado. Se cruzó con él y le preguntó si había visto a Sara. Le contó que tenía que ir a trabajar, pero que no encontraba a Sara y no le cogía el móvil. Él se ofreció a cuidar del niño hasta que apareciera Sara. La madre le dejó un audio en el móvil a ella

diciéndole que lo recogiera cuando lo escuchara. Estábamos en mi casa. Se había quedado sin batería y nuestros cargadores eran distintos. Cuando llegó a su casa, no había nadie y no encontraba el cargador, así que pensó que su madre se lo había llevado en el bolso. Viendo que no llegaba, se preocupó y se acercó a pedirle un cargador a Luis, un compañero de clase que vivía en el mismo bloque. Cuando conectó al móvil y escuchó el audio de su madre, tenía otro mensaje que la aterró. En una fotografía, se le veía abrazando a su hermano. Bajó rápido a la calle. Ya era de madrugada. Me mandó un audio explicándomelo todo, pero yo estaba dormida. En el mensaje se la oía bajar las escaleras corriendo. Sara me contó que había cogido un cuchillo de su casa y que lo llevaba en el bolsillo. No sé qué pasó. Cuando escuché el jaleo, bajé a la calle a toda prisa, me tropecé con Yeray, que corría hacia su portal, y vi a Sara muerta, tirada en el suelo. Me llevé a Yeray para que no viera a su hermana. Pero sé que fue él.

—¿Se ha puesto en contacto contigo después de la muerte de Sara?

—No hasta hoy. Esta mañana me mandó un mensaje. Me decía que tenía que ir a verlo, que debíamos hablar, que estaba preocupado por mí porque llevaba mal camino y no quería que acabara de la misma manera que mi amiga. Me estaba amenazando.

—Lala, ¿tenía Sara un tatuaje? —pregunté.

—Sí, tenía un tatuaje de una flor de hibisco en la pelvis. Su madre se enfadó mucho cuando se lo hizo, porque falsificó su firma en la autorización. Si no me hubiese quedado dormida, si hubiese escuchado su audio, habría ido con ella y no estaría muerta.

—No puedes pensar eso —le dije mientras la miraba a los ojos con ternura—. Era imposible alcanzarla. Tenía mucho miedo por su hermano.

—Os vamos a dejar a solas —dijo Carlos—. Quiero que hables con tu familia y decidáis qué hacer. Pero la única forma que tenemos de protegerte es que lo denuncies.

—Tengo el top guardado —dijo Lala—. Lo cogí de su casa cuando fui a recuperar mi ropa. Sigue guardado en la misma bolsa que ella lo metió. Tiene su ADN. No me atreví a llevarlo a comisaría. Nadie me creería.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. Hay sábanas limpias en todas las camas —le dije.

—No hay nada que pensar —intervino la madre de Lala—. No queremos que ninguna niña del barrio pase por eso. Y estoy segura de que ellas dos no han sido las únicas.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me pregunté cuántas alumnas del colegio habrían sido víctimas de ese desalmado.

Las dejamos hablando. Vomité en cuanto llegué a casa de mis padres. Me senté en el suelo y rompí a llorar. Sentía una pena profunda que no me dejaba respirar. No sé cuánto tiempo pasé en el suelo del baño. Cuando Manuel vino a por mí, lo abracé llorando.

—¿Estás bien? —me preguntó con ternura.

Volví al salón y toda mi familia estaba consternada.

—¿Cómo es posible que la policía no lo haya descubierto? Estoy segura de que han tenido que recuperar los mensajes del móvil de Sara.

—Imagino que fue muy cuidadoso con lo que le dijo. Lo habrán interrogado y habrá contado la versión de que se quedó con el niño,

pero que su hermana fue a recogerlo un par de horas antes de morir. O quizá ya lo saben y están esperando a que cometa un error.

—No ha dicho en ningún momento quién lo hizo —contó mi padre.

—No he querido forzarla —dijo Carlos—. Tiene que estar preparada. Nos lo dirá mañana.

A mí no hacía falta que me lo dijera. Yo sabía quién había sido.

43
Paco

No fue fácil digerir aquello. La chiquilla tenía tanto miedo y dolor que fue muy duro para su familia gestionarlo. Yo estaba seguro de que no habían sido las únicas niñas del barrio en pasar por eso. Y que la investigación se estaba dilatando tanto por la misma razón. Posiblemente necesitaban tiempo para recopilar pruebas que aseguraran su ingreso en prisión.

—Yo sé quién la mató —dijo Mara con seguridad.

—¿Cómo que lo sabes? —pregunté.

—Vi los moratones y el golpe que le dio Lala en la cabeza. Incluso le pregunté, y él me contó que se le había caído una caja encima. Ahora me doy cuenta de que es imposible que se hiciera todo eso con una caja.

—¿Estás segura, Mara? —interrogó mi sobrino Carlos.

—Sí, fue Kiko, tiene una tienda en el barrio. Es el centro neurálgico. Todo el mundo compra ahí. Es una tienda pequeña, pero hay cualquier cosa que puedas necesitar, desde comida hasta productos de limpieza. Supe que fue él cuando até varios cabos. En una de las tutorías con Raquel, llegó discutiendo con Sara. Pensé que se peleaban porque el top de Sara era muy corto. La niña le decía que «no se lo iba a ver nadie». Creía que hablaban del

sujetador y no le di importancia. Pero me equivoqué, hablaban del tatuaje. Nadie sabía que ella tenía ese tatuaje, solo Lala. Para verlo tenía que estar desnuda. En una conversación con Kiko, hablando de la situación de los dos hermanos y del poco control que la madre tenía sobre Sara, hizo referencia a que no era normal que una niña de catorce años tuviera un tatuaje. Si él sabía de la existencia de ese tatuaje es porque la vio sin ropa.

—No puede ser —hablé—. Si es muy amable y correcto, incluso parece un buen tipo.

—Tú lo has dicho —confirmó Carlos—, lo parece. Los depredadores sexuales suelen ser gente aparentemente normal. Incluso son muy apreciados en el entorno.

—También me dio una pista que Lala no quisiera ir a comprar el desayuno a su tienda. No quería comer nada que pasara por sus manos. Y me mintió para que yo se lo llevara cada día. Era imposible que ella pudiera salir y entrar del barrio solo para comprar el desayuno sin que nadie le hiciera preguntas. La tienda más cercana está a diez minutos andando. Necesitaba salir de casa veinte minutos antes —confirmó Mara.

—¿Cuál es el siguiente paso? —pregunté.

—Voy a informar a la inspectora que lleva el caso. Seguramente querrá hablar con vosotros. Y con la niña. Es tarde, pero creo que vendrá en cuanto la avise.

—Lo que no entiendo es cómo no lo han detenido ya. Si han recuperado los mensajes del móvil, deben de saberlo —cuestionó Paquito.

—Algunas veces el tiempo es necesario para que cometa un error. Incluso puede tener el teléfono intervenido y están esperando a que

vuelva a intentarlo. Por lo que nos ha contado Lala, ha sido muy cuidadoso con lo que escribía. Si pensáis en los mensajes que les ha enviado a las chicas, pueden ser de alguien que solo se preocupa por ellas. Es muy inteligente —aclaró Carlos.

—O no tiene ese teléfono a su nombre y está siendo más difícil —argumentó Mara—. Les da bocadillos y bebidas a las personas que están enganchadas y viven en la calle. Cualquiera de ellas pudo prestarle el DNI para pedir una línea de móvil.

—Me preocupa que no hayan sido las únicas. No creo que se trate de un hecho aislado. Seguramente ha abusado de más niñas que no se han atrevido a denunciarlo. He visto a la policía algunas veces comprando en su tienda. Y me ha dado la impresión de que la confianza era mutua —añadí.

—Es un tipo sin escrúpulos. Puede que esté metido en más trapicheos. Lo mismo es confidente de la policía, no lo descarto —expresó Carlos.

—El día que estuvimos nosotros —habló Manuel—, llegó un chico joven, de unos veinte años. Le dio una caja pequeña y la guardó bajo el mostrador. Como Paquito y yo nos quedamos mirando, la sacó y la puso encima. Eran monedas para el cambio. Las distribuyó en el cajón de la máquina registradora.

—Puede que haga eso. Que guarde la recaudación del día de los camellos de poca monta del barrio. Voy a llamar a la inspectora Santiago, no hay tiempo que perder.

Mi sobrino salió a la calle y mis hijos aprovecharon para despedirse. Nena se metió en la habitación para hablar por teléfono con su hermana y Mara y yo nos quedamos en el salón.

—Siento un miedo atroz por mis sobrinas, *papa*. Esta sociedad está cada vez más podrida.

—Abusos ha habido siempre, hija. Y no sé si ahora más que antes. No lo tengo claro. Antes la mujer se sentía culpable y callaba. El miedo también era la manera de controlarlas. Quizá la diferencia es que ahora no solo da miedo el violador. Ahora da miedo lo que el violador haga con las imágenes del momento más duro de tu vida.

—No lo sé. Creo que ahora son muchas más. Por suerte, no he tenido a ninguna amiga cercana a la que le haya pasado algo así. Ni en nuestra familia.

Me quedé callado. No pude disimular los duros recuerdos que volvieron.

—*Papa,* has puesto una cara muy rara. ¿Le ha pasado algo así a alguien de nuestra familia?

—Sí —contesté con sinceridad.

—No puede ser —contestó Mara.

—Nunca se habló de ello, pero, hace muchos muchos años, abusaron de una mujer de nuestra familia. Nos hizo prometer que nunca se lo diríamos a nadie.

Mi sobrino entró en la sala interrumpiendo nuestra conversación.

—La inspectora Santiago viene de camino. Va a hablar con Lala y luego con nosotros. Preparaos, que nos van a dar una buena. Este dispositivo que habéis montado no le ha gustado ni un pelo.

—Nunca imaginamos lo que había detrás —justifiqué.

—Yo soy la única responsable —asumió Mara—. Yo os he metido a todos en esto.

—Bueno, eso no tiene importancia. Lo importante ahora es que tengan pruebas suficientes para encerrarlo de por vida. Y con el

testimonio de Lala y las pruebas que puede aportar no será difícil. Tardará una media hora, el tiempo justo para que me prepares un bocadillo de jamón.

Sonreí y me metí en la cocina a prepararle el tentempié. Mara me siguió.

—Necesito saber a quién le pasó.

—Mara, no te preocupes, que eso sucedió hace mucho. No puedo contarlo, ya te he dicho que se lo prometimos.

—No quiero vivir con la angustia de saber que una mujer de mi familia está sufriendo lo mismo que Sara.

—No está sufriendo, Mara. Fue hace muchísimos años. Esa mujer ya no vive.

Mara se quedó pensativa. Presumía de tener una familia sin secretos, en la que se compartía todo y se resolvía todo encima de la mesa. Por ese motivo me angustiaba cuánto la íbamos a decepcionar cuando la verdad saliera a la luz.

Oímos el coche de la inspectora treinta y cinco minutos después. Un segundo coche con dos hombres de paisano la seguía de cerca. Mi sobrino se bebió el último trago de su refresco y salió a recibirla. Los guio hasta Lala y su familia.

Mi mujer y Mara no salían de su estupor. Estaban sumidas en sus pensamientos, conscientes de que Lala estaría en estos momentos reviviendo de nuevo la tragedia.

Una hora y media después, la inspectora Santiago llamó a mi puerta.

—Han sido muy imprudentes sacando a la niña del barrio ustedes solos. Les ha faltado poco para tener un problema serio —afirmó de forma fría.

—Lala tenía un seguimiento. La policía ya vigilaba a Kiko. No habían sido capaces de encontrar el coche del atropello, porque Kiko no tiene puntos en el carnet y no conduce —añadió Carlos.

—Han estado muy cerca de tirar por los suelos semanas de trabajo. Pero ahora que es inevitable su participación, Mara, le vamos a pedir que colabore con nosotros. Necesitamos que vaya a la tienda de Kiko y actúe con normalidad. Le comentará que está preocupada por Lala porque su madre ha ido al instituto buscándola y no tiene noticias de ella desde ayer por la tarde. También que sabe que va a haber detenciones. Que su primo es policía y está en el equipo de investigación. Añada algunos detalles que hagan creíble la historia sobre la amistad entre su primo y yo.

—Claro —dijo mi hija—. Quieren que pierda los nervios y que dé un paso en falso.

—No puedo comentar los detalles del operativo con ustedes. Pero sí que tengo que pedirles que no hablen de este asunto con nadie. Les pido prudencia, incluso cuando salte a los medios de comunicación y se vean desbordados por la atención mediática —rogó la inspectora.

—Solo quiero saber una cosa, inspectora. ¿Hay más niñas? —preguntó Mara.

La inspectora la miró a los ojos fijamente. Pudimos leer en su mirada la rabia que destilaba.

—Como les he dicho, no puedo compartir detalles de la investigación.

Mara se frotó la cara angustiada.

—Mara. —La inspectora Santiago la miró con más calidez—. Es muy importante que no comente esto con nadie de su centro

educativo. Especialmente con ningún profesor. Nadie debe saber nada.

Mi hija abrió mucho los ojos.

—No se preocupe, no lo hablaré con nadie.

—El agente Flores se va a quedar en su casa junto con un compañero. Nos lo ha pedido él expresamente para que no trascienda fuera de la aldea. Si ven a dos extraños en su casa, los comentarios podrían salir de aquí. Habrá refuerzos en la entrada, pero serán muy discretos. A primera hora valoraremos su traslado. La muchacha empieza ahora un proceso muy duro y será mejor para ella que descanse en su casa. Enviaremos apoyo psicológico para que la atienda.

—Maru, la psicóloga del colegio, es amiga mía. Estaba trabajando con Lala, quizá pueda ayudarla —apunté.

—Se lo agradezco, pero necesita algo más que una psicóloga educativa, y nosotros contamos con personal especializado en este tipo de casos. Estará en buenas manos, no se preocupe. Y a todos los demás les agradezco la colaboración; no obstante, les pediría que se mantuvieran al margen. Limítense a lo que les pedimos, por favor. La época de la autogestión terminó hace mucho. Ahora, como pueden ver, no solo estamos acogidos por la ley, sino que desde dentro velamos por nuestros derechos. Y tienen un buen ejemplo de ello en su propia familia.

—Tiene que disculparnos, inspectora —dije en representación de mi familia—. Nos pueden las injusticias. Y teníamos indicios de que la policía estaba implicada. Como ve, contamos inmediatamente con ustedes.

La inspectora Santiago me dedicó una mirada burlona, que se podía interpretar al gusto del consumidor. Se despidió de nosotros y se marchó.

El broche final para un día tan duro me lo daría un mensaje de Sandra.

No fui capaz de compartirlo con mi mujer.

44
Mara

Me levanté con mal cuerpo. Lo vivido el día anterior me había pasado factura. Me quedé a dormir en casa de mis padres para darles más intimidad a Lala y su familia, aunque olvidé coger ropa limpia. Mi madre usaba varias tallas más que yo, así que no me quedó otra que ir a mi casa, por la mañana, para poder cambiarme.

Cuando abrí con mi llave, mi primo pegó un salto del sofá y casi lo mato de un infarto.

—Joder, Mara, he estado a punto de ponerte una pistola en la cabeza.

—Lo siento, no quería llamar al timbre y despertar a todo el mundo —le susurré—. Voy a coger la ropa que tengo tendida en el patio, así no necesito entrar a mi habitación. Las cápsulas de café están en el mueble de arriba. No me mires así, ahora le digo a mi madre que os traiga una cafetera de puchero.

—Espera, que está mi compañero en el patio, voy a avisarle. Es Pablete, el hermano del Oscurillo. Le va a dar mucha alegría verte.

El Oscurillo era un niño mestizo que cantaba por los tablaos con su familia. Lo apodaron así por el moreno tan pronunciado de su piel. Me saludó con un abrazo y me pidió si tenía la llave de la puerta trasera para poder cerrarla. Se la di y me despedí con premura; no

quería llegar tarde al colegio. Cogí unos vaqueros, un jersey negro y mi ropa interior. En casa de mis padres, me di cuenta de que me había olvidado las botas y estaba lloviendo.

—Ponte las mías —me dijo mi madre—. Tenemos el mismo número.

Me llevé mi coche porque había citado a varios padres después de las clases y no quería que mis compañeros tuvieran que esperarme. Aunque no estaba recuperada del todo, me sentía mucho mejor. Cuando aparqué, lo hice frente a la tienda de Kiko. Llovía con fuerza. No fui capaz de salir del coche. Me encontraba justo en el sitio donde había matado a Sara. Vi que dos niñas de secundaria entraban risueñas a la tienda. Podía ver cómo sonreía, cómo mantenía con ellas una conversación. Sentí miedo de que les pasara algo. Contuve la respiración, nerviosa. Intenté calmarme pensando que nunca había hecho nada a plena luz del día, con la tienda abierta. Suspiré aliviada cuando las vi salir con una bolsa en la mano. Kiko tenía desayunos a bajo precio y la juventud del barrio frecuentaba el comercio. Por tres euros se podían llevar una bolsita que contenía un bocadillo, un batido o un zumo de frutas y una chocolatina. Nunca me había parado a pensar en el interior de la tienda. Era pequeña, pero tenía una trastienda. De allí sacaba los zumos y los helados. A mano derecha había una puerta. En alguna ocasión había podido entrever una especie de oficina llena de trastos. Recordé a Lala e imaginé lo que significaría para ella traspasar esa puerta. Tenía que entrar. Mostrar naturalidad para decir lo que me había pedido la inspectora.

Lo vi salir del mostrador y mirar a unas niñas que cruzaban la calle. Eran de primero de secundaria. Sentí arcadas. No podía

controlar las ganas de vomitar, de ir hacia él y golpearlo hasta que no me quedaran fuerzas. Era la primera vez que me ocurría algo así. Sentir ese odio en mi interior me desconcertó. Respiré hondo e intenté calmarme. Un golpeteo en el cristal me sobresaltó.

—Buenos días —me saludó Damián—. ¿Vienes?

—Ahora voy, tengo que hacer una llamada.

Damián dudó un momento y se encogió de hombros. Imaginé que esperaba otra respuesta de mi parte. Nuestra última conversación fue muy violenta. Me sentí indignada por la actitud de Manuel y no debí traslucirlo.

En cuanto mi compañero entró, crucé la calle para ir a la tienda. No había nadie, era el momento perfecto. No tenía paraguas, así que corrí para no mojarme.

—¿Cómo está la maestra más guapa del barrio? Siento lo que te ha pasado —me dijo fingiendo aflicción.

Tuve que concentrarme para que los músculos de la cara me respondieran y poder sonreír. Necesitaba fingir y no me resultaba nada fácil. Sentía que las piernas me temblaban.

—Preocupada, estoy preocupada.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo? —me preguntó interesado.

—Raquel ha llamado a primera hora al colegio porque no sabía nada de Lala desde ayer por la tarde. Que yo sepa, no ha aparecido todavía. Y Lala no lo había hecho nunca. No es una niña que desobedezca a su madre.

—Qué raro, no me ha llegado nada. Yo la vi salir ayer por la mañana, en horas que tenía que estar en clase. Creo que fue ayer… Uno pierde la cuenta de los días, pasan muy deprisa.

—Espero que aparezca pronto. Ya hay suficiente con una desgracia.

—Lo de Lala seguro que se trata de una travesura. Es una niña muy rebelde que siempre se mete en líos, discute cada dos por tres con su madre. Aunque entiendo que con lo que ha pasado no estemos tranquilos.

—Bueno, pero ya estoy segura de que lo van a coger. En nada va a haber una detención. Van a apresar al que mató a Sara.

—¿Sí? ¿Tú crees? No he escuchado nada.

—Ya verás. En menos de dos días. Y no me tires de la lengua, que no puedo contar nada. Que si mi primo se entera de que cuento algo me mata.

—¿Quién es tu primo? —preguntó nervioso.

—Mi primo es el inspector Flores, el que está trabajando en el caso con la inspectora Santiago. Tienen una unidad especializada en etnia gitana. Y anoche vino a cenar después de muchas semanas sin un solo descanso. Y en cuanto lo vimos, con la cara de *relajao* que traía, ya supimos que habían resuelto el caso.

—Lo mismo se relajó por otra cosa, mujer. Tengo amigos policías y no me han contado nada.

—No, nos lo confirmó. Nos confirmó que lo habían pillado y que en cuarenta y ocho horas lo detendrían.

—Bueno, lo veremos —me dijo pensativo—. Espero que pague por lo que hizo.

—Y yo también. Espero que en la cárcel le hagan exactamente lo mismo que él le hizo a esa niña.

Me despedí mordiéndome la lengua. Había hablado más de la cuenta. Le había dicho que sabía lo que le había hecho a Sara.

Llamé a mi primo muy preocupada por si había metido la pata.

—Tranquila. Pensará que te refieres al atropello. Eso lo pondrá más nervioso. Va a perder los papeles y va a llamar a Lala. Y aquí le estamos esperando.

—Ojalá.

Damián me trajo las fichas de sus alumnos que participaban en la actividad. Le hice una señal para que no se marchara y le colgué a mi primo.

—No quería interrumpirte —me dijo.

—Tranquilo, hablaba con mi primo y ya he terminado. Quería disculparme. Siento mucho que Manuel te hiciera pasar un mal rato. Es muy bruto, pero tiene un buen corazón.

—Entonces ¿por qué estás tan triste? ¿Es por lo de la madre de Sara? —Se acercó y me retiró el pelo de la cara.

—Es el cansancio. No ha sido una semana fácil, no puedo dormir por los dolores. La clase está acabando con mis fuerzas. Son unos niños muy inquietos. Se quedan con toda mi energía. Actividad que pruebo, actividad que no soy capaz de sacar adelante. Y lo de Yeray ya ha acabado de hundirme.

Damián me miró a los ojos. Le mantuve la mirada. Interpretó algo en esa mirada que no era real. Se acercó demasiado. Cuando me besó, me pilló desprevenida. Lo separé de forma suave. Y volvió a interpretar ese gesto de forma errónea.

—Perdóname —me dijo dejando la boca cerca de mi oído—. Sé que no es el momento ni el lugar. Nos vemos a la salida y hablamos.

Me acarició la mejilla y se marchó.

No fui capaz de decirle absolutamente nada. Y me había malinterpretado de tal manera que a las dos iba a tener una

conversación muy incómoda y necesaria. No quería pensar cómo se lo iba a contar a Manuel.

Sin Yeray y con el avance de Carmelilla, que cada vez aceptaba mejor las normas, mi clase comenzaba a funcionar. Ese día le tocaba ser el protagonista a Rubén, que seguía sin un apoyo externo. Era un niño con una energía devastadora que no paraba de hablar ni un solo momento. Cuando era el centro de atención en la asamblea, el resto de la clase pagaba un coste. Los demás se contagiaban de su nerviosismo y era mucho más difícil captar la atención del grupo. Rubén se colgó el cartel de protagonista y se asomó a la ventana. Nos contó que hacía un día lluvioso. Cogió el pictograma de las nubes con lluvia y lo colocó en el mural. Hicimos unas seriaciones de dos elementos con distintos materiales y jugamos con los aros a descubrir los conceptos básicos. Por primera vez disfruté de una actividad, me olvidé de todo. Estaba recogiendo lo que habíamos utilizado cuando vi en el suelo un mechón de cabello. Lo cogí horrorizada. Busqué al culpable. Rubén tenía una tijera en la mano y le estaba cortando el pelo a Carmelilla. Se la quité lo más rápido que pude, pero ya le había hecho un destrozo considerable en la cabeza. La niña había perdido unos cuantos rizos desde la raíz. Cuando en el recreo se lo comenté a mis compañeras, me recomendaron que llamara a los padres y los citara a las dos. Era mejor resolver el conflicto dentro del colegio que en la calle. Sabía que el padre de Carmelilla iba a poner el grito en el cielo y que la iba a armar buena. Por otro lado, desconocía cómo iba a reaccionar la madre de Rubén, aunque la tijera proviniera de la mochila de su hijo.

Justo lo que necesitaba aquel día. Anulé las tutorías que tenía pendientes y cité al padre de Carmelilla a las dos. Lo iba a recibir en

cuanto abrieran la puerta a la hora de la salida, mientras su hija comía en el comedor. Necesitaba calmarlo para que no se alterara cuando viera el destrozo del pelo de su hija. A la madre de Rubén la cité media hora después.

La limpiadora vino a darme ánimos antes de abrir la puerta. Todos temían la reacción de Guillermo. Llamé a mi padre para pedirle consejo, no sabía cómo encarar el asunto. Mi padre me orientó en dos minutos. Envidiaba su lucidez para resolver los problemas. Lo que me propuso tenía mucho sentido y seguro que podía funcionar.

Cuando tuve a Guillermo delante, no supe muy bien cómo empezar. Me quedé en blanco. El cansancio, la imagen de Sara que no conseguía quitarme de la cabeza y el dolor de Lala me tenían aturdida.

—Mara, ¿estás bien? ¿Le ha pasado algo a Carmelilla? —me preguntó agitado.

—No, Carmelilla está bien. Ha habido un percance con ella en clase y quería pedirte que me ayudaras. Un niño ha traído unas tijeras de casa y le ha cortado un par de mechones a Carmelilla. Yo estaba recogiendo los trabajos, menos mal que lo he visto rápido y no la ha dejado pelona. Necesito que me hagas un vídeo para concienciar a los padres de que sus hijos no pueden llevar objetos peligrosos en las mochilas. Tengo veinticinco niños. No puedo vigilarlos y registrar las mochilas y los bolsillos de todos. He sacado mecheros, canicas, cigarros y un sinfín de objetos que pueden crear muchos problemas. Estoy segura de que un vídeo tuyo puede mandar un mensaje más directo. Yo ya lo he hablado muchas veces y no he conseguido nada. Siguen trayendo cosas peligrosas.

—Claro, cuenta con ello. ¿Le ha hecho mucho?

—No, solo le ha cortado un par de rizos. Lo que pasa es que, como ha sido en la parte de atrás, se nota bastante.

—La madre que lo parió. Haré el vídeo esta misma tarde. Enseñaré el pelo de Carmelilla y lo haré con gracia, no te preocupes, para ver si concienciamos a los padres. Lo subo a las redes esta noche. En cuanto lo tenga, te lo paso y lo mandas al grupo de difusión. Y a ese niño ya le diré yo dos cosas.

—Gracias, Guillermo, no sabes lo que me ayuda. Estoy convencida de que así se concienciarán. Es un niño bueno. Siempre se porta bien y es muy listo.

—Claro que te harán caso. Si no quieren salir en mi próximo vídeo —dijo con seguridad.

Fuimos a buscar a Carmelilla y, en cuanto la vio, se puso las manos en la cabeza. Tras escuchar las maldiciones dirigidas al pequeño peluquero, tuve que marcharme para atender a la madre de Rubén. Mantuve mi cara muy seria para intentar transmitirle mi preocupación.

Me senté con ella en el aula y puse la tijera encima de la mesa.

—Hoy ha traído esto a clase. Y lo ha utilizado.

La madre abrió mucho los ojos.

—Lo siento, ha sido un descuido.

Parecía muy afectada. Le mostré una foto de los rizos que le había cortado a Carmelilla. La mujer se tapó la cara con las manos.

—Imagino que los padres están muy enfadados —dijo preocupada.

—Esa no es la palabra.

—Necesito ir a pedirles disculpas antes de que se líe gorda. No me gustan las peleas y yo estoy sola. El padre de Rubén nos dejó y yo…

Yo no puedo con todo.

La mujer se echó a llorar. Me cogió de sorpresa. Le ofrecí un pañuelo y esperé unos minutos para que se calmara.

—Amara, he hablado contigo muchas veces. No estás sola. Queremos ayudarte. Pero tienes que aceptar que Rubén necesita a profesionales que lo atiendan. Tiene que aprender a gestionar sus emociones y a controlar la impulsividad con la comida. No queremos una etiqueta que le ponga techo, sino un diagnóstico que nos aterrice y le ayude a volar más alto.

—Tienes razón. Pero este barrio es muy cruel. No quiero que sea el «deficiente» o el «subnormal». No quiero que sea diferente.

—Tu hijo tiene una memoria, una capacidad de razonar y un talento para la deducción por encima de la media. Todo el mundo sabe que es diferente. Tenemos que ayudarlo para que él gestione esa diferencia. Intentaremos que nadie se lo diga; ahora bien, si sucede, va a estar preparado para responder. Porque va a tener un equipo de profesionales que lo va a acompañar. Lo que no puedes hacer es dejarlo solo. Tu hijo es y será siempre diferente. Cómo él viva esa diferencia no va a depender de un diagnóstico. Va a depender de las herramientas que los distintos profesionales le proporcionemos.

—Está bien. Lo llevaré a atención temprana. Iré a la trabajadora social para que me oriente, por si hay alguna ayuda.

—Y tenemos que trabajar juntas. Las tres. Y coordinar respuestas y refuerzos. Maru nos ayudará.

—Muchas gracias. Si me dices quién es, me disculpo con la familia.

—No te preocupes. Lo sabrás porque la vas a ver a la entrada o la salida. Ahora lo importante es hablar con Rubén y que no se repita. Lo he llevado al despacho de Diego para que sea consciente de que ha hecho algo grave.

Me despedí de ella dándole un abrazo. Entendía sus miedos y me alegraba su nueva actitud.

Salí del colegio casi a las cuatro de la tarde. La tienda de Kiko continuaba abierta. Estaba tan agotada que no me di cuenta de que había alguien apoyado en mi coche esperándome.

No me iba a librar de la conversación.

45
Paco

Se llevaron a Lala al día siguiente. No nos dijeron nada, pero imaginamos que necesitaban un lugar más controlado y seguro.

Nena estaba muy afectada. Escuchar su historia había reabierto viejas heridas. La vi llorar en silencio cuando descubrió lo que le había ocurrido a la muchacha. El dolor de esa niña al ver a su amiga sufrir y su impotencia al tener anulada la voluntad se quedaron a vivir con nosotros en forma de una desazón que aparecía al evocar su recuerdo.

No fui capaz de mostrarle los audios de Sandra. A mí me costó entenderlos. Supuse que había bebido mucho y que no estaba en sus cabales. Nos amenazaba y nos rogaba al mismo tiempo que la ayudáramos. Lo único que saqué en claro es que estaba desesperada. Y lo comprendía. De repente caí en la cuenta de lo que iba a sufrir cuando descubriera toda la verdad. La madre de Sara no podría soportarlo. Y Sandra vería multiplicado su dolor. Sufriría por su nieta y por su hija cuando les informaran de todo lo que había padecido Sara, de todo el daño recibido antes de morir. No tenía muy claro cómo ayudarla. Si me acercaba demasiado, corría peligro. Mi familia podía enterarse de la verdad que solo Sandra conocía.

Pero no podía cerrar los ojos y olvidarme de ella. Algo en mi interior me empujaba a buscar la forma de que encontrara un poco de paz.

Llevaba toda la semana lloviendo y no habíamos montado en los distintos mercadillos. Por fortuna, el sábado amaneció soleado. Insistí a Mara para que se quedara descansando, pero no pude convencerla. Mi hija no estaba bien. Se había instalado en ella una tristeza desconocida, un espesor intenso que la cubría por completo y hacía que la alegría y la frescura que vivían en ella estuvieran escondidas. La entendía. Intentaba animarla, pero solo conseguía arrancarle alguna sonrisa que se borraba con demasiada prisa.

Manuel también estaba preocupado. Me preguntó si había algo más que la atormentaba y que él no conociera. Lo calmé en una conversación que tuvimos al encontrarnos en la calle, cuando yo paseaba al perro de Mara y él al suyo. Lo que le ocurría a mi hija era que el sufrimiento de las personas que la rodeaban se había instalado para quedarse. Y resultaba muy duro para ella no poder hacer nada. Era muy empática y sensible, y el dolor ajeno le dolía. Le había pasado desde pequeña. Y el tiempo no había mejorado la forma en que se enfrentaba al sufrimiento de otros.

Cuando se subió a la furgoneta, me di cuenta de lo delgada que estaba.

—Mara, tienes que comer más. Eres el espíritu de una golosina. Vas a desaparecer. Hoy comes con nosotros. Tu madre ha hecho unas migas que tienen una pinta estupenda.

—No tengo mucho apetito últimamente. Además, estoy preocupada, tengo que montar unos villancicos y un baile y no soy capaz de que mis niños me imiten.

—Lo mismo es que no estás escogiendo el baile adecuado. Busca uno flamenco, ya verás como te lo bordan.

—¿Y enfrentarme a las altas esferas? Ni loca. Ya me tienen bastante fichada. Ha sido un mes horrible. Desde el miércoles que me negué a llevar a mis niños a la iglesia, todo ha ido de mal en peor.

—No te puedes negar a hacer las actividades de la pastoral y lo sabes. Estás en un colegio cristiano, no puedes jugar con tus reglas.

—*Papa*, fui a trabajar enferma, con treinta y nueve de fiebre. No había ninguna compañera de apoyo. No podía con mi cuerpo. Y vinieron veinticuatro niños. No me sentía con fuerzas. Y no me negué a hacer la actividad. Le dije al párroco que viniera a clase. Era una preparación para la Navidad.

—Tampoco es tan terrible, Mara. Son sus ritos. Tienes que aceptarlo. Cuando entraste a trabajar allí, sabías que te introducías dentro de una comunidad cristiana. No es todo tan espantoso, lo practican millones de personas en el mundo.

—Sí, pero no sabía la cantidad de tiempo que se pierde en esos ritos. Horas lectivas. Siento que me roban momentos necesarios.

—No me parece tan grave. No se obliga a nadie. Los padres pueden escoger no hacerlas, incluso pueden marcharse a otro colegio.

—La cosa no funciona así. Van a ese colegio por cercanía, no por ideología. Te recuerdo que hay una comunidad musulmana bastante amplia. Y nos escogen por las normas y la disciplina.

—¿Y se obliga a la comunidad musulmana a ir a estos actos?

—No. De hecho, no van.

—¿Ves? Creo que estás demasiado susceptible y no me extraña. No estás teniendo una buena racha. Desde que comenzaste el curso, la cosa ha ido de mal en peor.

—Y ahora tengo otro problema más —me confesó.

—¿Cuál?

—Damián. El otro día me besó. Y creo que mi respuesta no fue lo bastante tajante, porque luego me estaba esperando en el coche para hablar conmigo. Y no te puedes imaginar todo lo que me dijo. Me quedé muerta.

—Sorpréndeme.

—Me hizo sentir mal. Según su versión, he tonteado con él, le he mandado cientos de mensajes aceptando citas, como que viniera a mi casa y me ayudara… Y que lo único que estaba haciendo era jugar con él. Intenté explicarle que no he querido jugar ni con él ni con nadie. Que estoy enamorada de Manuel desde que era una niña y que nunca me he planteado dejarlo.

—Si se veía venir. Ya te lo dije. Te devoraba con la mirada. De ahí la reacción de Manuel.

—Ahora me he dado cuenta de que la versión de Manuel era la correcta. Y no lo creí. Y me siento muy mal por ello. No sé cómo he podido ser tan tonta.

—A mí no te pareces. En nada. Te parecerás a tu madre.

—Vamos, si soy clavadita a ti. Tengo la sonrisa de mi madre, eso sí.

—La que tiene una sonrisa de oreja a oreja es tu amiga. Mírala, nunca la he visto tan feliz.

—Y ahora que monta sus hierros de nuevo ha alcanzado la felicidad más absoluta. Que Sebastián la haya dejado tranquila

también ha contribuido, claro. Está viviendo con su hermano en Campanillas y no tiene tan fácil ir a molestarla. Creo que ha asumido su derrota. Madre mía, ¿de qué va disfrazada? —preguntó Mara.

—Pues, como hoy toca de personajes de tebeo, vete tú a saber.

Estallamos en risas cuando vimos a Ana y Jano. No podíamos parar de reír. Se habían disfrazado de Zipi y Zape y sus pelucas eran auténticas. Me metí en la furgoneta y salí vestido de Mortadelo. Todos estallaron en las risotadas que esperaba. Mi aspecto era ridículo pero muy gracioso.

—¿Dónde te has dejado a Filemón? —preguntó Carmen.

—¡Aquí estoy! —gritó mi sobrino Jenaro.

Cuando nos pusimos uno al lado del otro, no podíamos estar más simpáticos Los demás comerciantes se pararon a hacerse fotos con nosotros.

—Me lo ha pedido tu hermano por internet. El tuyo está en la furgoneta. No lo he abierto.

—Miedo me da. Me dijo que trajera unos pantalones negros, una camiseta blanca y una rebeca negra. Voy a ver qué me espera. Si lo habéis ideado tú y mi hermano, me imagino lo peor.

Sabía qué disfraz había comprado mi hijo. Y estaba deseando que Mara saliera de la furgoneta.

—¡Voy a matarlo! —gritó Mara creando expectación.

Todos los comerciantes cercanos abandonaron las tareas para ver a Mara. La peluca era auténtica y las gafas también. Pero lo mejor eran los zapatones marrones.

—Mara, te pareces a Rompetechos de verdad, estás graciosísima —dijo Ana sin poder parar de reírse.

—Esperad, que voy a terminar el mío. Hoy parto la pana yo. No tengo competencia —dijo Carmen.

Se colocó un gorro naranja que había hecho con goma eva y sacó de una bolsa una pajarita.

—Y ahora viene lo mejor. Atentos.

Carmen se dio la vuelta para sacar algo de una caja. Cuando vimos el pollo en la bandeja, enseguida supimos que se había disfrazado de Carpanta. Estaba muy graciosa.

—¡Ay! ¡Que me falta la fila de hormigas que tengo por bigote!

Su disfraz era tan auténtico que los comerciantes que pasaban por su lado la felicitaban.

—Mira lo que me ha hecho tu hermano. Es un crac.

Le enseñé a Mara unos sobres pequeños que regalaría a la gente con las compras. En ellos había un recado que tenían que llevar a Jenaro: «Filemón, el Súper nos llama para una nueva misión, ven pronto». Y en los sobres de mi sobrino ponía lo mismo, pero con el nombre de Mortadelo. Se los daríamos a los clientes con cada compra. Habíamos preparado unas bolsas pequeñas de golosinas para quienes nos trajeran las tarjetas.

Carmen reía mientras señalaba en mi dirección. Me giré y me topé con un Modou con las peores pintas que le había visto nunca.

—No encontré traje de mi talla, me parece está pequeño, pero Nicole dijo este —explicó con su forma peculiar de hablar.

Mara se desternillaba sin parar. Nos contagió el ataque de risa y ninguno pudo seguir montando. Superlópez nos había eclipsado a todos.

—Modou, ven, que te hago una foto —pidió Carmen—. Anda que puedes ser un remedio antidepresión de por vida. Será mirarla y

alegrarme el día.

Santiago llegó con un disfraz rojo que nos costó identificar.

—Santiago, ¿tú de qué vas? —pregunté.

—Espera, que me faltan dos cosas. Me he dejado el gorro y los botones.

Cuando lo vimos con el sombrero puesto, lo identificamos enseguida. Era Sacarino.

—Mi hija me ha hecho los botones, pero creo que se ha pasado. Son más grandes que la chaqueta.

Estaba muy gracioso. No tardó en llegar el público, que se fotografió con nosotros. Las fotos que subían a las redes sociales eran nuestra mejor publicidad. El mercadillo de los sábados se había convertido en un nuevo atractivo para el turismo y para los lugareños, que se divertían con nuestras ocurrencias. Los chicos de la cerámica, Karin y Anás, también se habían disfrazado de una manera muy original. Eran Pepe Gotera y Otilio. Aunque los vecinos de la misma calle solíamos ponernos de acuerdo para no repetir, era normal coincidir con otros compañeros. En esta ocasión hubo varios Zipi y Zape, pero los de Ana y Jano resultaron los más auténticos. No podía permanecer serio. Si los miraba, estallaba en risas. Estaban muy graciosos.

Habíamos conseguido que el nuevo encargado nos bajara las cuotas de los meses de invierno. Y subieron las de verano. Así podríamos invertir en nuestros disfraces. Yo era afortunado, mis hijos compraban gangas por internet que además de baratas eran resultonas.

A Mara le sentó muy bien reír. Por un rato se le evaporó la tristeza y volvió a ser ella misma. Vendimos una buena cantidad que

compensó la semana de lluvias y todo parecía ir bien.

Y aunque esperábamos con cierta impaciencia la detención de Kiko, quería pensar que todo volvía a la normalidad. Pero esa misma semana Mara descubrió nuestra verdad. Y lo hizo de la peor forma posible.

46
Mara

Dudé mucho si debía contarle a Manuel lo ocurrido con Damián. Y después de darle muchas vueltas, decidí preparar una cena para disculparme por mi actitud. No fui justa creyendo a mi compañero antes que a él. Ni siquiera le di la oportunidad de exponer su versión. También quería abordar algo que me preocupaba: su manera de huir cada vez que discutíamos.

Le pedí ayuda a mi madre y me hizo las croquetas favoritas de Manuel. Le cité en mi casa a las nueve. Me arreglé para la ocasión, me puse un vestido negro con las mangas trasparentes que me había regalado mi hermana y me recogí el pelo en una cola alta. Faltaban pocos días para Navidad, así que encendí velas rojas y verdes por toda la casa.

—Vaya, ¿es una fecha señalada y lo he olvidado? —me dijo Manuel al entrar—. Todo está precioso. Tú estás preciosa.

—No, solo quería darte una sorpresa. Compensarte por la falta de tiempo y de atención.

—¿Y piensas compensarme ahora o después de cenar? —me dijo mientras me estrechaba en sus brazos.

—Hay croquetas y se enfrían.

—Me lo pones muy difícil —susurró.

—Es un feo a tu suegra.

—Está bien, puedo esperar. Las metemos después en el microondas —dijo bromeando.

Nos estábamos besando en el sofá cuando llamaron a la puerta. La hija pequeña de Manuel se había caído de la butaca y se había dado un golpe en la cabeza. Corrí y cogí de mi bolso la barrita de árnica para los golpes. Tenía un chichón enorme.

—Coge hielo del congelador, Saray. Hay que ponerle un poco para que no suba más.

Manuel me miraba con admiración. Acababa de descubrir que tenía una novia experta en chichones de niños.

—Esa rapidez tiene horas de entrenamiento, ¿no? —se burló.

Calmamos a la pequeña y, cuando vimos que no era nada grave, la devolvimos a casa. Saray se la llevó con una sonrisa pícara después de darse cuenta de las velas y de mi vestido medio abrochado, lo que nos hizo reír.

—Voy a calentar las croquetas —dije a Manuel.

No había ni pitado el microondas cuando mi madre y mi padre irrumpieron en mi casa.

—Mara, me ha llamado tu primo. Que han detenido a Kiko. Y no te lo vas a creer, pero hay muchos detenidos más. Viene para acá a contarnos los detalles. Quiere que nos enteremos por él antes de que salga en unas horas en los medios de comunicación.

—Voy a cambiarme. Manuel, saca las croquetas del microondas, por favor.

Mi padre vio la mesa preparada y le pidió a Manuel que trajera dos platos más.

—No le hagas caso, Manuel, esta cena es para vosotros. Y tú, Paco, deja de decir tonterías, anda —le regañó mi madre.

—Tu madre tiene razón. Nosotros esperamos en casa. Comeos vosotros este jamón de pata negra y este queso curado. Y estas anchoas tan ricas. Y esta ensalada tan estupenda que parece de aguacate y gambas. Ha dicho que en quince minutos estará aquí, así que no os va a dar tiempo a comer todo, pero, bueno, lo dejáis para después. En tres horas hemos terminado y podéis seguir cenando. Vamos nosotros a comernos el bocadillo de atún tan sabroso que estaba preparando.

Manuel soltó una carcajada.

—Anda, toma un plato. En quince minutos no me da tiempo a mí nada más que a comerme veinte croquetas.

Mi padre se sentó y mi madre le reprendió con la mirada.

—Manuel ha insistido —aclaró mi padre—. No puedo hacerle el feo.

Comenzamos a comer, pero yo tenía un nudo en la garganta que no me permitía tragar ni un bocado. Mi madre se dio cuenta y me acarició el pelo.

—Está bien que lo metan en la cárcel y que no pueda volver a repetirlo —me dijo mi madre en voz baja.

—Voy a la casa a por helado sin azúcar. Tengo también helado de locas, que compré el otro día para vosotros. Lo traigo en un suspiro.

No le dio tiempo a salir. Mi primo llegó en ese momento. Por la seriedad de su cara, supe que no traía buenas noticias.

—Ya lo han detenido. Hemos tardado porque detrás de Kiko había mucho más. Lo que voy a contaros es muy duro. Especialmente para ti, Mara —me dijo mi primo con los ojos húmedos—. Hemos

encontrado toda una red de pornografía infantil muy estructurada. Hay casi mil hombres que han participado en un grupo en el que se distribuían fotografías de niños. Abusos y violaciones a menores de edad. Escenas que no voy a olvidar en mi vida —añadió con pesar.

No podía seguir escuchando. Sentí una arcada y fui al baño a vomitar. Mi madre me siguió. Me consolaba mientras lloraba y vomitaba a la vez. Intenté recuperarme y regresé al salón.

Mi primo esperó unos minutos hasta que vio que mejoraba. Me dio un abrazo fuerte, reconfortante y lleno de cariño que me infundió fuerzas para escuchar el resto. Era una de las personas más cercanas en mi vida. Desde pequeños nos había unido una relación especial. Los dos éramos muy sensibles y compartíamos la pasión por luchar contra las injusticias.

—Kiko era el jefe. El que abrió el negocio y lo dirigía. Había dos formas de permanecer en el grupo de WhatsApp y visualizar el material: o subías dos vídeos al mes, o pagabas una cuota de doscientos euros. Kiko se encargaba de cobrarlas con distintas cuentas de personas del barrio. Disponía de casi medio centenar de testaferros que le ayudaban a recaudar el dinero. Él guardaba las cartillas de ahorro, así que solo tenía que sacar el dinero del cajero. No os puedo decir exactamente el dinero que hemos incautado en su tienda, pero sí que nos llevará varios días contarlo.

—¡Qué horror! —exclamó Manuel.

—Hay miles de vídeos —dijo mi primo hundiendo la mirada en el suelo—. No creo que consiga superarlo nunca. Hay niñas y niños de toda España. Los hombres son en su mayoría residentes aquí. Es horrible la de barbaridades que les hacen. Algunos son sus propios hijos o nietos. Cuando hemos analizado los perfiles, hemos

descubierto a médicos, abogados, barrenderos, profesores… Y, para mi vergüenza, hay dos policías. Kiko los tenía pillados al descubrirlos en un trapicheo y los chantajeaba para que estuvieran alerta. Se creía invencible. Pero lo más terrible es que esos dos policías también consumieron el material.

—¿Hay niñas del barrio? —pregunté temiendo la respuesta.

—Sí. No hemos identificado a todas las víctimas, pero, por la cercanía con la que les hablaba, estamos convencidos de que eran conocidos. Mara, sí hemos identificado a una niña, una famosa tiktoker del barrio.

—¡No! —grité mientras me levantaba del sillón.

—Por fortuna no la violó. Solo la exhibió desnuda ante la cámara mientras la tocaba. La niña pensaba que estaba grabando uno de sus vídeos. A los niños más pequeños los compraba con golosinas muy atractivas.

—¿Hay más niños pequeños? —pregunté asustada—. ¿Hay más niños de mi colegio?

—No puedo contaros mucho más. Todo está bajo secreto de sumario —dijo mi primo.

—Necesito saberlo, Carlos. Esos niños pasan muchas horas en mi clase y tengo que ayudarlos.

—Sí, lo sé, por eso vamos a pedirte algo. Hay al menos otro más. El hermano de Sara.

En ese momento, todos pensamos lo mismo. Cuando la madre y la abuela de Yeray se enteraran de todo, se volverían locas de dolor. No podrían superarlo.

—No te preocupes, primo. No saldrá de aquí. ¿La mató Kiko? —pregunté con voz temblorosa.

—Sí. Sara iba a contar la verdad. Y no podía permitírselo. Hemos encontrado el coche en Algeciras. Los compañeros de allí observaron que era robado y que tenía golpes y sangre. El ADN de Sara estaba metido en el sistema. Kiko les pidió a unos pobres diablos que lo llevaran a un desguace, y lo intentaron, pero los empleados advirtieron que era robado y avisaron a la policía.

—¿Cómo puede ser tan malvado? ¿Cómo no he sabido darme cuenta? —pregunté.

—Son especialistas en llevar una doble vida. No tienes que sentirte culpable.

—¿Van a meter en la cárcel a todos esos hombres? —cuestionó mi madre.

—Por desgracia, no. Los que han pagado solo serán acusados de pertenecer a una red de pornografía infantil y con un buen abogado se librarán. Los que han subido vídeos sí tienen más papeletas de entrar en la cárcel. Casi todos han cometido abusos sexuales a menores.

—¿Cómo se identifica a esas víctimas?

—Hay varias líneas abiertas. La inspectora Santiago se ha quedado discutiendo con su superior. Quiere hacer algo inusual. Y no consigue la aprobación de arriba por una cuestión de protección de datos. La mayoría de los niños del barrio están escolarizados en vuestro colegio. Necesita que alguien de la comunidad educativa los reconozca. Ha pedido que seas tú.

—¿Yo? —pregunté.

—Sí. La inspectora quiere que sea una mujer. No tendrás que ver los vídeos. El equipo informático se encargará de sacar fotos de las víctimas.

—Carlos, no sé si estoy preparada.

—Mara, podemos ir clase por clase, pero entonces intimidaremos a los niños. O podemos ponernos en la puerta del colegio, a la entrada o a la salida, lo que hará que cunda el pánico entre los padres. No he conocido a nadie que tenga más memoria que tú. Estoy convencido de que sabes el nombre de la mayoría de los críos del colegio, sino todos.

—Sí —dije apenada—. Hacemos actividades los viernes en las que se mezclan todos los cursos. Sé el nombre de la mayoría. Pero no creo que pueda hacerlo.

—Prima, esos niños necesitan ayuda ya. Y han de pasar por una revisión médica lo antes posible.

—Está bien, lo haré —afirmé al escuchar su último argumento.

—Hay una cosa más —añadió Carlos—. En el grupo encontramos un perfil muy llamativo. Un hombre que subía vídeos con mucha frecuencia, pero las chicas que salen no parecen menores. Nos ha llamado la atención que fuera el único al que se lo permitían. Estaban grabados con una cámara oculta y eran de sexo consentido, aunque las víctimas no sabían que estaban siendo filmadas. Siempre es el mismo tipo de chica: muy joven, aniñada y desinhibida. En uno de los vídeos, él pide algo y una de esas chicas le solicita más dinero, por lo que no descartamos que sean prostitutas. Aunque en otros casos se nota cierta complicidad.

—¿Quieres saber si son exalumnas del colegio? —pregunté.

—No. Quiero que me ayudes a identificar si es un profesor de tu colegio. El móvil que utilizaba es de una persona fallecida. Hemos encontrado su ubicación un par de veces en el barrio.

—Puede que fuera un amigo de Kiko y viniera a verlo.

—Posiblemente. Pero los demás lo tenían grabado como «el Profesor», y queremos descartar que lo sea de verdad.

Mi primo sacó su teléfono y me enseñó una foto.

Solté un grito ahogado.

Claro que lo conocía.

47
Paco

Ver la foto de Damián me impresionó. Era cierto que nunca me gustó ese hombre, pero jamás imaginé que anduviera metido en algo tan turbio. Pensar que estuvo tan cerca de Mara me produjo un miedo terrible.

—Es mi compañero —afirmó Mara—. Es el tutor de sexto de primaria en mi colegio.

Mi sobrino se frotó la cabeza con las manos en señal de desespero.

—No puedo creerlo —añadió mi hija—. Es una de las personas más amables y serviciales que he conocido nunca. Me ha ayudado mucho en mi incorporación. Además, trata a los alumnos muy bien. Es atento y se preocupa por ellos.

—Lo sabía —anunció Manuel—. No era trigo limpio. Nunca me gustó su mirada. Tenía un deje oculto que me ponía en alerta.

Sentía que Mara estuviera pasando por todo eso. Con todo lo que ya había vivido en los últimos días, que Damián estuviera implicado también le iba a afectar.

—¿Lo saben ya la madre y la abuela de Sara? —pregunté.

—Sí, se les ha informado esta mañana. No os puedo contar los detalles. Ha sido un mal trago, sobre todo para la abuela. Ha querido

visualizar las imágenes, pero la inspectora no se lo ha permitido. Aunque están en su derecho, ninguna de las dos está emocionalmente estable en estos momentos. Creo que la inspectora hizo lo correcto.

—No sé cómo van a superar todo esto —pensé en voz alta—. Es aterrador.

—Kiko tenía un negocio montado que le proporcionaba grandes beneficios. Luego regentaba la tienda para blanquear el efectivo. En su cuenta corriente también había enormes cantidades de dinero. Así se justificaba su alto nivel de vida. Los ingresos que provenían de la tienda no eran reales. Con las facturas altas de los proveedores Hacienda no sospechaba nada. La tienda era una tapadera perfecta. Incluso se permitía regalar comida a las familias más necesitadas para tener más facturación.

—Lo que no acabo de entender es cómo tantos energúmenos se encuentran y se alían. No hablamos de una pandilla de unos cuantos. Mil hombres es una cantidad escandalosa.

—Se encuentran en foros y en páginas web de la misma temática. No es difícil. Uno conoce a otro y lo une al grupo, y ese otro conoce a otros dos, que a su vez traen a cuatro. Así van sumando. Es desolador. Se mueven por los mismos chats, comparten fotos y vídeos. Y se creen inalcanzables. No hay día que no salte una alarma por el mismo tema. Creo que la investigación no va a dejar de sorprendernos. La violencia en la red tiene su reflejo en la sociedad.

—Lo que yo no puedo entender —dijo Manuel— es cómo pueden disfrutar haciéndole daño a niños pequeños. Si el cuerpo de un niño pequeño te provoca protección, ¡no todo lo contrario! ¿No tienen hijos? ¿Qué les pasa en la cabeza?

—La mayoría son padres de familia. Muchos tienen hijos con la misma edad. Y lo peor es que en algunos casos son sus propios hijos las víctimas. El enganche a este tipo de estímulos es tan fuerte que, si no tienen dinero para pagar, acaban subiendo grabaciones de sus propias hijas. Les destrozan la vida y encima lo exponen delante de un grupo de depredadores.

Mara estaba muy afectada. No levantaba la mirada del suelo. Tenía miedo de descubrir que todos esos niños estaban en un entorno cercano.

—¿Lo sabe ya el padre de la niña tiktoker? —preguntó Mara.

—Le están informando en este mismo momento.

—Como a Kiko lo ingresen en la cárcel de Alhaurín, va a tener a familiares de esos niños muy cerca. Raro es el niño del colegio que no tiene algún familiar preso.

—Eso no lo decidimos nosotros —dijo Carlos.

—¿Va a salir el nombre del hermano de Sara en la prensa? —preguntó Mara—. Si dicen que entre los niños abusados está el hermano de la niña asesinada, será fácil que lo identifiquen.

—Vamos a intentar por todos los medios que no se filtre y que no sea una información que se pueda manejar a la ligera, pero no es extraño que en una investigación de tanta envergadura como esta salgan a la luz datos confidenciales. Aunque también te digo que la inspectora Santiago es muy particular. Le importan muy poco las normas, y es capaz de saltárselas si con ello beneficia a las víctimas. Es muy buena en lo que hace, aunque bastante imprevisible. —Carlos miró el reloj—. Se va a hacer público dentro de unos segundos.

Pusimos la televisión y vimos las noticias. Todas las cadenas lo emitieron a la vez. Escuchábamos en silencio. En la pantalla desfilaban las imágenes de la tienda de Kiko, el colegio y la zona donde fue asesinada Sara.

Pensé en cuánta sangre fría hacía falta para llamar a una niña, hacerla bajar a la calle y atropellarla cuando cruzara. Carlos nos contó que no lo logró en el primer intento. Sospechaba que la noche anterior lo había intentado sin conseguirlo. También nos preguntamos si Yeray estaba en el coche cuando asesinó a su hermana. Si lo vio todo. O si Kiko lo había dejado encerrado en la tienda. Preguntas que nunca obtendrán respuesta, pero que martirizarán a los familiares el resto de su vida.

Carlos se marchó casi de madrugada. También estaba muy afectado. Siempre había sido muy sensible. Manuel se quedó con Mara y nosotros nos fuimos a casa.

—Voy a ir mañana a ver a Sandra —le dije a mi mujer.

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

—No tienen familia y necesitan ayuda. Quiero averiguar qué podemos hacer para que le devuelvan a Yeray.

—Vas a jugar con fuego. Ella piensa que nuestros hijos lo saben. Si te acercas demasiado, descubrirá que le hemos mentido y se lo contará. ¿Quieres arriesgarte a perder a tu familia? No te entiendo.

—Siento que tengo que ayudarla. Se lo debemos. Ella lo hizo cuando lo necesitamos.

—Y yo también la ayudaría si no nos hubiese intentado chantajear. Está muy enfadada con Mara, no creo que seamos las personas que necesita tener cerca.

—Está sufriendo mucho. Solo quiero iniciar una campaña de sensibilización. Ahora es el momento de hacerlo mediático. Mara nos puede ayudar.

—¿De verdad crees que esa casa es el mejor sitio para el niño ahora? Lo mejor es que esté alejado de los medios de comunicación.

—No lo vamos a conseguir de forma inmediata. Llevará su tiempo. Cuando le den la custodia a la abuela, ya habrá pasado todo. Quiero recaudar dinero para pagarle un buen abogado. Creo que puedo conseguirlo.

—Me voy a dormir. —Se rindió bajando los brazos—. Sé que no hay nada que te vaya a hacer cambiar de idea.

Me sobresaltó la gata que entró por la ventana. Se me quedó mirando unos instantes, como si supiera lo que estábamos pasando. Nena le limpió las patas y le pasó otra toallita húmeda por todo el cuerpo, sabedora de que acabaría tumbada en nuestra cama.

Nos levantamos con el cielo muy nublado y con pronóstico de lluvias, así que llamé a Susana para avisarla de que no montaríamos en el mercadillo. Estuve mirando un rato en internet las numerosas noticias sobre el asesinato de Sara, desayuné con mi mujer y, tras darme una ducha rápida, me marché para el colegio. Quería hablar con Diego.

Tardó un rato en recibirme porque estaba reunido con el director de la obra social de una entidad bancaria. Tras invitarme a un café, que rechacé amablemente por el bienestar de mi salud intestinal, pasamos a su despacho.

—Dime qué puedo hacer por ti —me dijo sin más preámbulos.

—Quiero ayudar a la familia de Sara. Voy a recaudar fondos para contratar a un abogado que les ayude a recuperar a Yeray. Y que les

permita costear la ayuda psicológica que toda la familia va a necesitar. Quería informarte. Lo voy a hacer a nivel particular, pero los medios de comunicación me van a etiquetar como un mediador del colegio, así que he preferido que te enteres por mí.

—Te agradezco la consideración —me dijo pensativo—. Y creo que no deberías hacerlo a nivel individual. Me parece que es algo que podemos gestionar como entidad, como colegio, comenzando por los donativos de los maestros y los propios alumnos.

Una maestra nos interrumpió. No había nadie para sustituir en sexto. Diego le pidió que mirara en el cuadrante para saber qué profesor era el que estaba de apoyo y pedirle que subiera.

—Nos falta un profesor y, con las noticias de ayer, esto es un hervidero.

Nos volvieron a interrumpir, pero esta vez tuvimos que dejar aparcada la conversación. Mi sobrino y la inspectora Santiago necesitaban hablar con él.

Santiago, al verme allí, me pidió que me quedara. Diego estaba muy confundido, no podía sospechar que yo ya conocía lo que le iban a contar.

—Lo que les voy a compartir ahora es confidencial, pero necesito que ambos estén preparados. Hemos detenido a Damián Gutiérrez, docente de este centro, por la participación en el grupo de pornografía infantil. Era consumidor, aunque no está acusado de ninguna violación. Tiene otros cargos que no puedo desvelar. Está detenido y presta declaración en estos momentos.

Diego estaba muy consternado. No se le hubiese pasado por la cabeza.

—Tiene que ser un error. Es uno de los profesores más comprometidos. Lleva más de diez años trabajando con nosotros y su comportamiento siempre ha sido intachable.

—Le puedo asegurar que no es un error. Al investigarlo, hemos encontrado que participa en otros grupos sexuales de violencia extrema. Varios compañeros están indagando en este momento.

—Eso va a ser un escándalo por todo lo alto. Nos va a hundir —murmuró Diego, que se agarraba la cabeza con las manos.

—Paco, muchas familias gitanas se van a ver implicadas en esta investigación. Queremos que venga a hablar con nuestro personal para que le den las pautas adecuadas para gestionarlo. Así, desde el colegio obtendrán una respuesta coherente y coordinada con la nuestra. El revuelo cuando empiecen a llamar a las familias afectadas va a ser enorme. Y al primer sitio donde acudirán, en cuanto se filtre que un profesor está implicado, será aquí. Una unidad le ayudará, pero es necesario que haya una cara amiga. Y creo que usted es la persona adecuada.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Diego—. Paco está haciendo un trabajo impecable. Voy a reunir al equipo directivo y a convocar un claustro urgente a las dos y media.

Mi sobrino se despidió de manera afectuosa y me comunicó que él y su compañero formarían parte de esa unidad de apoyo, lo que me proporcionó tranquilidad.

Diego me pidió que me quedara en el claustro y que pospusiera mi campaña de ayuda hasta pasados un par de días, cuando los ánimos se hubieran calmado.

Fui a saludar a Mara, que estaba en el recreo con los escasos niños que habían asistido a clase aquel día.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha sucedido algo? —preguntó con inquietud.

—No. Diego ha convocado un claustro urgente a las dos y media y me ha pedido que participe. No te preocupes —dije en voz baja—, va a comunicar la detención de Damián.

—Lo he imaginado. Va a ser otro momento muy complicado.

Mara estaba emocionalmente agotada. Me quedé en su clase, esperando a que llegara la hora. La ayudé en lo que pude. Solo estuve dos horas, pero fue tiempo suficiente para entender el agotamiento de mi hija. Los niños no tenían ningún interés por nada que les presentara y se distraían con una mosca. Me llamó mucho la atención que no escuchaban. Ya los podía llamar por el nombre varias veces que hacían caso omiso al requerimiento. Un lápiz, una goma o un libro podían convertirse en un arma peligrosa, según el uso que hacían de ellos. Mara le sacó a Carmelilla una goma de la boca y tuve que intervenir cuando un niño pinchó con el lápiz y una buena dosis de mala leche a su compañero en la mano. Había que tener cien ojos para controlar a los veinticinco alumnos. En esas dos horas valoré el esfuerzo de Mara y de todas las maestras de infantil. Su trabajo no se pagaba con el sueldo.

48
Mara

Mi padre nunca llegó a imaginar lo que significó para mí que estuviera a mi lado aquel día. Todo hubiese sido más duro, más indigerible si me hubiera encontrado sola. Se sentó junto a mí en el claustro de profesores. Nunca en mi vida me había sentido tan agotada, tan llena de tristeza y de hastío. Me costaba respirar y notaba que no me quedaban fuerzas para moverme con normalidad. Intenté recordar si estaba comiendo bien, pero no conseguí hacer memoria de cuándo fue la última vez que había ingerido algo sólido. Me prometí que, en cuanto terminara el claustro, pararía con mi padre a comer en un buen restaurante.

El director del colegio estaba sentado con el equipo directivo al completo. La reunión se celebraba en el espacio de usos múltiples que se reservaba para los claustros importantes. En el centro se situó Ignacio, con el rostro serio y las manos temblorosas. Maru y Peter se colocaron a nuestro lado. Mis compañeros habían oído la noticia del día anterior y todos entendieron que era necesario ese claustro como un momento de encuentro para compartir el pesar por los acontecimientos recientes. No imaginaron que la consternación sería aún mayor cuando les contaran los nuevos descubrimientos.

—Buenas tardes —comenzó a hablar Diego—. Siento citaros fuera del horario laboral, pero las circunstancias así lo requerían. Todos conocéis ya la triste noticia, así que no voy a repetir lo que ya habéis oído y leído en los medios de comunicación. Esta mañana, la inspectora Santiago ha estado aquí para darnos otra información, que también nos ha sobrecogido y que tenemos que compartir con vosotros. Y lo hago con la petición de que no la difundáis para que no salga al exterior antes de tiempo.

Diego se detuvo. En las últimas frases le había temblado mucho la voz. No podía continuar hablando. Bebió un poco de agua. De fondo se escuchaba el cuchicheo de las monitoras de comedor, que recogían y limpiaban la sala. Ignacio miró a Diego y se dio cuenta de que estaba muy nervioso. Con un gesto, le pidió que parara y fue él quien dio la noticia.

—Nos han comunicado que se ha producido la detención de un profesor de este centro, implicado en la trama de pornografía infantil. Damián Rodríguez está siendo sometido en estos momentos a un interrogatorio.

La sala se llenó de murmullos. Los compañeros negaban la participación del que consideraban su amigo. Cuando las voces empezaron a clamar que se había cometido una injusticia con Damián, Diego alzó la voz.

—La policía no tiene ninguna duda de su implicación. Dispone de pruebas contundentes. Es más, creo que la inspectora se ha saltado el secreto de sumario al darse cuenta de que no me lo creía. Imagino que quería blindar el colegio ante la posible vuelta de Damián, si sus abogados consiguen que esté en la calle hasta el

juicio. Ahora Paco os va a dar unas instrucciones. Os ruego que le escuchéis con atención.

Miré extrañada a mi padre.

—A la inspectora le preocupa la reacción de los padres cuando se enteren de que un profesor de este centro ha participado en semejante barbaridad. Aunque se convocará una reunión oficial en cuanto salga la noticia, es muy importante que todos tengamos las mismas directrices en las respuestas, por lo que desde el grupo pedagógico vamos a elaborar un protocolo de actuación. Además, también cabe la posibilidad de que algunos niños del barrio y de este colegio figuren en esos documentos. También crearemos un protocolo para trabajar con esas familias. Nos aguardan unos días muy complicados. Los familiares estarán muy asustados, y no van a considerar el colegio un lugar seguro. Tenemos que aunar esfuerzos para que eso cambie.

—Gracias, Paco —dijo Diego algo más calmado—. Agradecemos tu labor, no sabes cuánto. Por último, quiero compartir con vosotros una iniciativa que parte también de Paco. Una recaudación para ayudar a la familia de Yeray. Para pagar tanto a un abogado que los ayude a recuperarlo como unas asesorías que les den un poco de luz en la planificación familiar. Os iremos contando más en cuanto avancemos en la organización. Gracias por vuestra atención.

No se movió nadie. Nadie se levantó de la silla. Algunas compañeras lloraban. A otras se las notaba asustadas.

Mi padre pensó lo mismo que yo. Damián había tenido relaciones con más de una de mis compañeras y posiblemente esos vídeos formarían parte de la investigación.

—La cosa no se puede complicar más —me dijo mi padre.

De repente vimos a Maru, que no dejaba de mirar fijamente la pared.

—¿Estás bien? —preguntó Peter.

—No, no estoy bien. Debí darme cuenta, soy psicóloga.

—Eres psicóloga, pero no adivina, hija —le contestó mi padre—. Anda, vámonos a casa, que necesitamos una buena conversación.

Nos marchamos de la sala de profesores dejando a todos mis compañeros procesando la información. A la salida, varios periodistas se acercaron a nosotros y nos pusieron el micrófono delante. Mi padre se disculpó y les dijo que no íbamos a hacer ninguna declaración. Nos siguieron y a duras penas conseguimos repartirnos en los dos coches. En cuanto me subí al mío, rompí a llorar.

—No puedo más, *papa*, no puedo más. Esto es una pesadilla de la que no consigo despertar.

—Pues te queda lo peor, hija. Lo peor. Y debes ser fuerte por esas niñas. ¿Cuándo te ha dicho la inspectora que tienes que ir al reconocimiento?

—Dentro de dos horas. Pero no estoy preparada.

—Mara, ¿para qué vamos a ir a casa y volver aquí? No nos da tiempo a estar allí ni un rato.

—Lo sé, pero es que me cuesta hasta pensar. Y ya ni te digo tomar decisiones.

—Vamos a hacer una cosa. Comemos algo tranquilamente por aquí cerca y luego te acompaño a ver a la inspectora. Se va a poner a llover y la carretera no es buena amiga.

—Vale. No tengo mucha hambre, pero algo tengo que comer.

—Sí, será mejor que te lo comas todo, porque, si no, me comeré lo que dejes y me toca pesarme mañana. No querrás que tenga problemas con tu madre.

—*Papa*, no estoy preparada para identificar a ningún niño que conozca —le dije sollozando.

—Sí que lo estás. Y piensa que vas a ver fotos, pero que estén en ese archivo no quiere decir que los hayan dañado. Fíjate en Carmelilla, solo la exhibieron. No sufrió dolor.

Me aferré al argumento de mi padre y a la ensalada de aguacate, que pareció darme fuerzas para enfrentarme a una de las experiencias más duras de mi vida.

Comimos con calma. Mi padre me hizo reír varias veces, intentando que me relajara. Junto a nosotros estaba sentada una familia inglesa que disfrutaba del pescado frito.

—No me extraña que disfruten. Si lo que ellos llaman pescado frito es una masa untuosa y refrita en un rebozado duro como una piedra. Y si eso es lo más típico, que se supone que es lo mejor, no quiero ni pensar en lo peor. Lo único que me gustó fue el pudin que vendían en vasitos, porque tenía pasas y trozos de fruta confitada. Un mes allí y pierdo los kilos que me sobran sin esfuerzo. Qué malos son cocinando esos guiris.

Pedimos la cuenta y nos marchamos.

Cuando llegamos, la Policía Nacional y la Guardia Civil trabajaban juntas en el caso de una manera muy cordial. Había un grupo de policías mezclado con los agentes de la Guardia Civil que revisaban algo en un ordenador.

La inspectora nos vio entrar y corrió a recibirnos.

—Pasen, por favor. Espérenme un momento aquí, voy a coger un poco de agua.

Mi padre hizo el amago de sentarse a esperar, pero la inspectora le pidió que pasara.

—Le vendrá bien un poco de apoyo moral.

Entramos en una sala que olía a ambientador de pino. Una mesa alargada de madera y cuatro sillas eran el único mobiliario. No había espejos y la única ventana era una simple cristalera que daba al pasillo. Me sentó en un extremo de la mesa, frente a un ordenador portátil, e invitó a mi padre a que se sentara en el otro extremo, sin que pudiera ver lo que yo visualizaba en la pantalla. Tenerlo allí me reconfortaba. También estaba nervioso.

—Antes de empezar, quiero que sepa que no está obligada a pasar por esto. Para nosotros es lo más rápido y efectivo. Podíamos haber contado con la ayuda de alguno de los directores, pero he preferido que sea usted por una sencilla razón. Necesito asegurarme de que esta información no salga de aquí. Muchas de las niñas son gitanas —me anunció la inspectora.

Me cubrí la cara con la mano; no podía evitar las lágrimas. Mi padre me acercó un pañuelo de papel.

—¿Está preparada? No quiero que diga el nombre en voz alta. Aquí hay un listado con el número que verá arriba, en la parte superior de la fotografía. Solo tiene que escribir el nombre y el curso. Si quiere hacer alguna anotación, puede hacerla.

Asentí, pero no lo estaba. Nadie está preparado para eso.

La inspectora Santiago abrió el ordenador. Puso mi mano sobre el ratón con suavidad. La primera imagen que apareció me cortó la respiración. Era Noemí, la amiga inseparable de Sara. Estaba en

segundo de secundaria. Me extrañó. Era una niña fuerte que practicaba artes marciales.

Fui pasando una a una las fotografías de las niñas. Vi las caras de dolor, de miedo. Cada vez que reconocía a una, algo se quebraba en mi interior. Escribía el nombre con la mano temblorosa. No podía dejar de llorar. Me mostraron un total de cincuenta fotografías. Treinta eran alumnas de mi colegio, la mayoría de los primeros cursos de primaria. Otras diez eran niñas del barrio. A algunas las conocía de vista, me las cruzaba por la mañana cuando yo llegaba. Salían con sus familias temprano a colegios más alejados del barrio. A otras las había visto en los estados del WhatsApp de las madres de mi clase, así que sabía a qué familia pertenecían. Eran todas muy guapas, frágiles e inocentes. No era justo que alguien las utilizara de esa manera.

—Todas esas niñas pertenecen a hogares desestructurados, con padres que están en prisión o tienen una segunda familia —observé.

—Me lo imaginé. Son víctimas mucho más fáciles de mantener calladas —confirmó la inspectora Santiago.

—Hay niñas muy pequeñas —sollocé—. También me he dado cuenta de que algunos vídeos son antiguos. Ahora han crecido.

—Sí. Algunos tienen tres años de antigüedad. Pero el número de socios y de vídeos ha aumentado en el último año.

Bebí un poco de agua.

—Ahora queda un duro trabajo: comunicar a esos padres que sus hijas son víctimas de la trama. Van a vivir un verdadero infierno —comenté.

Mi padre no dejaba de mirarme. Veía su cariño, cómo me acariciaba su mirada llena de ternura. Aunque se sentó en el otro

extremo de la sala, nunca lo sentí tan cerca.

—Muchas gracias, Mara. Sé que ha sido muy duro, pero nos ha ayudado mucho. No sabe cuánto.

—Si podemos colaborar en algo más, no dude en decírnoslo —se despidió mi padre mientras se levantaba.

Esperé a que mi padre entrara en el baño. Sentí que las piernas me temblaban, así que decidí sentarme en una de las sillas de la sala de espera. No me di cuenta de que estaba allí Sandra hasta que ella se levantó.

—¡Sabías que me lo quitarían! —me gritó—. Y aun así lo hiciste. Solo espero que saber que tu vida ha sido una mentira te haya hecho sufrir lo que te mereces.

Mi padre llegó en ese momento y se interpuso entre nosotras.

—Mara, será mejor que nos vayamos.

En cuanto salí, me paré y miré a mi padre.

Vi el terror en su rostro.

49
Paco

Mara buscó en mis ojos la respuesta. No supe disimular el miedo que me provocó su mirada. Me sentí tan acorralado, tan indefenso que los argumentos para salir airoso de la emboscada de Sandra no salieron a flote. Se quedaron en algún lugar inescrutable que no alcancé a evocar. La saqué de allí, intentando que el tiempo que tardaríamos en llegar al coche me diera la lucidez suficiente para encontrar una salida creíble.

—¿Qué ha querido decir Sandra?

—Nada, te estaba retando. Te quiere hacer ver que tu vida es una mentira porque no cumples con los valores que predicas —improvisé.

—No. Hablaba de algo en concreto. Desde que viste a Sandra por primera vez estás distinto. ¿Quién es Sandra? ¿Tuviste algo con ella? ¿Fue novia tuya?

—No, nunca he tenido nada con ella. Sandra es una mujer que apenas conocimos tu madre y yo. Estuvo en nuestra vida muy poco tiempo.

—Nunca me has contado de qué la conocéis. Quiero que me cuentes la verdad, porque sé que algo me estás ocultando.

—La conocimos en el hospital cuando nació Paquito. Ella era enfermera allí. Luego coincidimos un par de veces con unos amigos comunes, pero poco más.

—Eso ya me lo habías contado, pero ¿seguro que no hay nada? —preguntó extrañada.

—No hay nada más. No he tenido nada con ella, no te miento. Sandra se acaba de enterar de que su nieta ha sido asesinada por el hombre que le vendía todos los días el pan. Y para colmo tiene que enfrentarse también al calvario de saber que ha abusado de su otro nieto. No creo que pueda decir nada coherente. Y tú tampoco estás para preocuparte por nada. Ha sido un día demasiado duro.

—Nada comparable con lo que tienen que sufrir las familias de esas niñas. Y cuando se sepa en el barrio, va a cundir el pánico. El colegio se va a ver afectado. Aunque no tenga nada que ver, quedará salpicado. Todo lo que hemos trabajado no va a servir para nada.

—No digas eso, Mara, claro que va a servir. De hecho, ya ha servido. La fuerza y la unidad que hay ahora no existían antes de que llegarais vosotros. Si esto hubiera sucedido el año pasado, todo salta por los aires.

—¿Cómo me pude equivocar tanto con Damián? Me caía bien. Me gustaba. Incluso hubo un momento en que deseé que Manuel fuera como él —confesé.

—Damián es un seductor, Mara, sabe cómo colmar de atenciones mientras espera el momento oportuno para atacar a su presa. Estoy seguro de que más de la mitad de las mujeres del colegio han caído en sus redes. Y no me extrañaría que a todas las hubiera grabado para ese chat.

—Tiene que ser horrible que vulneren así tu intimidad. Espero que pague por lo que ha hecho. Y que se difundan sus acciones para que ninguna mujer más caiga en sus trampas. No sé cómo he podido ser tan tonta.

—No te martirices más. Se preocupaba por ti y por tus alumnos y te ayudaba en tus clases. Fue un apoyo importante. No tenías motivos para desconfiar.

—Me siento una estúpida a la que han engañado. No sé cómo no estuve más atenta. Si me hubiese dado cuenta, lo mismo los hubiesen pillado antes.

—No seas ilusa, Mara, era una organización criminal. No podías imaginarlo.

—Necesito descansar. Voy a ir a casa de Manuel para decirle que voy a dormir temprano. No quiero que la *mama* me vea así, con los ojos enrojecidos. Dile que me he ido a casa.

Le di un beso en la frente y aparqué el coche en la puerta de su casa. Le di las llaves y me marché a la mía. Necesitaba dar un paseo, respirar aire fresco.

Sandra y Mara se iban a volver a encontrar. Y Sandra le contaría la verdad. No lograría evitar que se enterara. Convivir con esa seguridad me aterraba.

Me encontré a Nena sentada en el sofá. Sabía que no era un buen momento para Mara, que estaba sufriendo.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó mirándome a los ojos.

—Mal, ha identificado a la mayoría de las niñas. Ha sido horrible. El dolor de su cara, el temblor de su mano al escribir los nombres. Verla llorar en silencio…

—Imagino que ha sido muy duro.

—Y para colmo nos hemos tropezado con Sandra a la salida.

—No puede ser. ¿Le ha dicho algo?

—Sí, le ha gritado que espera que sufra con el descubrimiento de la mentira que ha sido su vida. He intentado sacarla de allí lo antes posible.

—¡Virgen santa!

—He tratado de disimularlo como he podido. Pero en cuanto nuestra hija recupere la lucidez, va a atar cabos. Hoy estaba demasiado cansada para poder pensar con claridad.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó nerviosa.

—Esperar y, si le dice algo más, contárselo. O adelantarnos y que lo sepa todo por nosotros, no sé qué es mejor.

Carlos me llamó por teléfono. Necesitaba consultarnos algo y en menos de media hora estaba sentado en el salón. Hasta que llegó, seguimos debatiendo qué debíamos hacer sin alcanzar ninguna conclusión.

—Tito, necesito hacerte un par de preguntas. Hemos encontrado una conversación de chat entre Damián y Kiko en la que se nombra a Mara. Kiko hizo una apuesta con Damián respecto a Mara. Damián le dice que ha hecho avances, incluso afirma que «ya ha caído». Estoy muy preocupado por eso. También en una conversación posterior hablan de librarse de Manuel. Me llama la atención lo cuidadosos que han sido en el chat del grupo y, en cambio, la libertad con la que hablan en su teléfono, el que está a su nombre.

—Son dos amigos que hablan de una chica. Pero no creo que hablaran del dinero de una apuesta. Creo que hablaban de la cantidad que estaba ofreciendo por el vídeo de Mara. Kiko sentía

atracción por Mara y que Damián consiguiera grabarla en vídeo le interesaba.

—Sí, yo pienso lo mismo. Pero ha preocupado el que afirmara que Mara ya había caído. Quería estar seguro de que no vamos a descubrir otro material. Que Mara no ha tenido una relación con Damián. No es buen momento para preguntarle a ella. Sé que vosotros tenéis mucha confianza, que ella te lo cuenta todo. Dime si crees que tengo que estar preparado para encontrarme con algo.

—Damián la besó. Un día en el aula. Y tu prima le paró los pies. No pasó nada más. Mara no sería capaz de ser infiel a Manuel. Es cierto que se sentía bien con Damián por las atenciones que el canalla le dedicaba. Se esmeró en hacerse imprescindible y la ayudaba en todo. Incluso consiguió que discutiera con Manuel. Pero no pasó nada. Mara me lo hubiese dicho.

—Sé que ha sido un día duro para ella y no quiero molestarla más.

—Habla con ella mañana, así te quedarás más tranquilo. Ojalá entre Kiko en prisión y no vuelva a tener cerca a una mujer en su vida. Ese malnacido no se merece ni el aire que respira.

—No lo tengo tan claro. He visto como individuos de la misma calaña se han librado de la pena de cárcel gracias a un buen abogado.

—Hay pruebas concluyentes de que ha vendido la intimidad de muchas mujeres. Eso no puede ser gratis. Y ha participado en un grupo de pornografía infantil.

—No tiene antecedentes. Y puede que su abogado lo enfoque como que su pertenencia al grupo era una forma de negocio y que no consumía el contenido del resto. Es muy probable.

—Confiemos en que pronto se pueda demostrar que fue él quien mató a Sara, y entonces no habrá abogado en el mundo que pueda librarle de su condena.

Mi sobrino se marchó después de una breve conversación que trató sobre la justicia y todo lo que se escapa a su alrededor.

Mi mujer y yo nos quedamos en silencio en el salón. No sabíamos muy bien cómo resolver el problema que nos sacudía.

—No es el momento. Mara no podrá con ello. Han sido demasiadas emociones juntas. Y va a tardar en recuperarse.

—¿Y si se lo decimos a Paquito? Podemos contarle la verdad solo a él —sugirió mi mujer.

—No tenemos derecho a hacerle eso. Es muy duro no poder hablarlo con nadie. Necesitará a sus hermanas. Le haremos mucho daño, no podemos aislarlo.

—Tienes razón. Y Susana nunca consentirá saberlo y no compartirlo con Mara.

—Debemos esperar, Nena. Puede que Sandra recapacite cuando le cuente que vamos a ayudar a que recupere a su nieto. Mañana, en cuanto salga de trabajar, iré a buscarla.

—Paco, no vayas. Tiene ahora mismo los nervios a flor de piel. Dale unos días. Necesita tiempo para gestionar lo de su nieta. No ha debido de ser fácil.

—Está bien. Esperaremos unos días, tienes razón.

No pudimos pegar ojo en toda la noche. Dimos vueltas en la cama, dejando que el hueco que había entre nosotros lo ocuparan los problemas. Se nos acababa el tiempo. Los dos sabíamos que debíamos regresar a ese día. No me arrepentía, volvería a hacerlo una y otra vez. No cambiaría los primeros años de incertidumbre, de

miedo a ser descubiertos. Las noches en que tenía fiebre y me lo ponía en mi regazo sabiendo que, aunque no fuera hijo mío, lo quería con toda mi alma. Cuando tomamos la decisión, desconocíamos que sería él quien nos salvaría a nosotros. Paquito siempre fue un niño risueño, gracioso, que nos hacía reír a carcajadas con sus ocurrencias. Nos hizo la vida más bonita, más alegre y más llevadera. Nos ayudó a olvidar nuestras penas, nuestro dolor, y unió nuestra familia, convirtiendo nuestra casa en un hogar entrañable repleto de momentos para recordar.

Todavía me parecía ver a María, la madre de mi mujer, cogiéndole de las manos mientras daba los primeros pasos. Untando con aceite de oliva sus mejillas sonrosadas, que se agrietaban en cuanto las tocaba un rayo de sol. Llenando su biberón de papilla espesa para conseguir acallar su llanto por el hambre. Paquito colmó de amor toda mi familia. Su inteligencia y picaresca aportaban a nuestras reuniones familiares cientos de anécdotas con las que reír.

Todo el mundo lo adoraba.

Y él, con sus ojos negros y su piel canela, con su sonrisa imperdible y sus abrazos tiernos, era ajeno a que no llevaba la sangre de su padre corriendo por las venas.

Que pertenecíamos al mismo árbol genealógico no lo supe hasta algunos años después. Para mí también fue una sorpresa.

50
Mara

No podía dormir.

No conseguía borrar las imágenes de las niñas dentro de aquel habitáculo, torturadas y abusadas. Me atormentaban sin descanso. Pensaba en las familias y en todo lo que iban a sufrir. Las visualizaba indefensas, drogadas, sin poder defenderse. Y sobre todo imaginaba su miedo al verse allí solas y la angustia de vivir con ello sin poder contárselo a nadie.

Manuel me mandó un mensaje preguntándome cómo me encontraba. Cuando le dije que no podía dormir, se ofreció a llevarme una infusión de valeriana.

Era reconfortante acurrucarme en su pecho, que sus brazos me cercaran y me dieran seguridad. Sentirme protegida me sentó bien.

—Siento mucho lo que has sufrido por culpa de Damián —le confesé.

—Eso no importa ahora. Ya ha terminado todo.

—Ni siquiera escuché tu versión de lo que pasó en el hospital. Te culpé directamente.

—Es verdad que no estuve muy fino. Caí en su provocación. Me dijo que había entrado porque tú habías preguntado por él. Casi me vuelvo loco de celos.

—¿En serio? ¿Y tú lo creíste?

—Claro que no. Pero estaba viendo lo que pretendía obtener y sentí ganas de hacerlo una chincheta.

—No te había escuchado nunca esa expresión —reí.

—Es que tiene mucha cabeza y unas piernas muy delgadas. Si le hubiese aplastado, lo hubiese convertido en una chincheta.

—Sabes que no me gusta la violencia —le regañé.

—Ni a mí. Pero sabía que era un peligro para ti y tenía que protegerte. No quiero hacer otra cosa en la vida. Aunque me veas como un hombre prehistórico, que es lo que soy, no puedo evitarlo.

—Cuando éramos pequeños, ya les pegabas a los niños que se acercaban a mí. Apuntabas maneras.

—Si me vas a recordar cuando pegué con la cabeza a un niño porque tenía una bolsa de tierra en las manos, no lo he olvidado. Te recuerdo que te pegó, tenía que defenderte. Llevo cuidando de ti desde niños. Deberías al menos aceptar que no voy a cambiar.

—Claro que lo acepto. Lo asumí hace mucho. Es más, el tiempo que estuvimos separados es lo que más eché de menos.

—Pensé que habían sido mis besos…

—También, pero poco.

—Anda, duérmete, que mañana tienes que madrugar —me dijo Manuel mientras me pellizcaba las mejillas.

—Quédate a dormir conmigo —le pedí—. Mándale un mensaje a Saray por si necesita algo.

—No puedo quedarme a dormir contigo. No estamos casados —dijo muy serio.

—Manuel, te has quedado muchas veces. Y no te ha importado que no estemos casados —repliqué.

—Vamos a ser la comidilla de toda la aldea —me dijo acercándose para besarme.

—La aldea sabe que ya tenemos edad suficiente para vivir nuestra vida. Y no creo que nadie murmure a nuestras espaldas. No somos unos niños. Y quien nos aprecie querrá nuestra felicidad. Además, estamos apalabrados. Con eso ya alejamos las habladurías.

—Mara, no es momento de hablar de estas cosas, has tenido unos días muy duros. Pero quiero que sepas que entiendo que no quieras vivir conmigo. Sé que tres niñas son una carga muy grande.

—Pero ¿qué dices? —Me incorporé para mirarlo a la cara—. Tus hijas no son una carga para nada. Son parte de mi familia antes de que empezáramos una relación. Solo que es demasiado pronto. Llevamos unos pocos meses. No quiero que pienses que para mí tus hijas son algo negativo. No lo son ni nunca lo van a ser.

—Mara, llevamos desde siempre. Toda la vida nos hemos amado en silencio, luchando por reprimir lo que sentimos. Y tengo la sensación de que tú sigues haciéndolo. Tienes tanto miedo a que lo nuestro no funcione que no te dejas llevar. Analizas mi comportamiento y mi forma de actuar con lupa. Buscando continuamente algo que te desagrade, algo que te pueda decepcionar. Y todo es porque crees que somos tan distintos que no podemos ser felices juntos. Y el único impedimento que tenemos lo estás creando tú. Intento acercarme a ti y solo me pones barreras.

Bajé la mirada, avergonzada. Manuel tenía razón. Toda la razón. Tenía miedo de que al vivir juntos me diera cuenta de que debía afrontar un nuevo fracaso. Quería asegurarme de que encajábamos, de que nuestras formas tan distintas de ser no chocarían en el día a día. Intentaba tener presentes todos los defectos, todas las cosas

que no toleraba, para ponerme a prueba. Para saber si podría vivir con ellas. Y lo único que estaba consiguiendo era alejarme de él. Mi miedo no dejaba que nuestra relación fluyera. Y él se había dado cuenta. Había sido muy injusta, había creído a otra persona sin escuchar su versión. Y no había atendido a sus alarmas cuando había demostrado tener más intuición que yo.

—Tienes razón —le reconocí—. Tengo mucho miedo. No quiero volver a fracasar. Contigo no podría soportarlo.

—No puedo garantizarte que vaya a salir bien. Pero sí puedo asegurarte que lo voy a intentar con todas mis fuerzas. No he querido a nadie como te quiero a ti, Tamara Flores, y no voy a dejar de quererte. El tiempo me lo ha demostrado. Mis intentos por olvidarte han sido en vano y no dan lugar a duda. No puedo dejar de amarte. ¿Y sabes qué? No quiero dejar de hacerlo. A mí me ocurre todo lo contrario. Me gusta todo de ti. Es más, me gusta hasta tu familia, en especial tu madre y sus croquetas —bromeó.

—Manuel, a mí también me gusta todo de ti. Eres la persona más generosa que conozco. Y eres un padrazo. Pero no me siento cómoda con tu forma de enfrentar las discusiones. No me das la oportunidad de hablar. Siempre sales corriendo. Cuando tenemos que comunicarnos, explicar cómo nos sentimos, coges la puerta y te vas. No sabes cómo me frustra eso, lo mal que me hace sentir.

—Tengo miedo, Mara. Tengo miedo a perder el control y a que la ira me haga parecerme a mi padre. Por eso salgo corriendo. No debe extrañarte… —Me miró a los ojos con ternura—. Tú vives con ese miedo, y no te culpo. Y las veces que me siento reflejado en lo más mínimo, el miedo se convierte en terror. Cuando nació Saray fue muy complicado. Mi mujer era muy estricta, la habían educado para ser el

ama de casa perfecta y no permitía que la niña le pisara ni el suelo fregado. Saray era una niña muy buena; cuando su madre le pegaba, yo no podía soportarlo. Un guantazo era para mí revivir lo que no estaba dispuesto a sufrir. Lo pasé muy mal. Estuve a punto de irme de casa muchas veces, pero no podía dejar a las niñas con ella.

—Jamás lo hubiera imaginado. Parecía una mujer muy dulce.

—Tú lo has dicho. Parecía. Cada vez que intentábamos que nuestra relación funcionara, me encontraba con un nuevo embarazo y los mismos problemas de siempre. No fue un matrimonio fácil, pero estaba cómodo. No sentía celos y no me preocupaba demasiado por nada. Puede decirse que me adapté. Ella me quería mucho y eso también ayudó, pero tuvimos unas peleas terribles cada vez que le ponía la mano encima a una de las niñas.

—Lo siento mucho, Manuel, no tenía ni idea de que lo hubieses pasado mal.

—Supongo que mi infancia me marcó. No quiero que haya violencia en mi día a día. Tengo demasiadas marcas en la espalda y en el alma.

—Te vi provocar a tu padre muchas veces cuando estaba regañando a alguno de tus hermanos. Yo era una niña, pero entendía lo que hacías. Al final siempre eras tú el que acababa con el cuerpo lleno de moratones.

—Pero tenía una prima pequeñita que me seguía a todos lados y que fue la alegría de mi infancia. Una tarde de verano, mi padre me pegó con el cinturón, me dio en la cara y me hizo mucho daño. Al salir corriendo de mi casa, me tropecé con tu abuela María y casi la tiro al suelo. Me miró la cara, me llevó a su casa y me curó las

heridas. Ese día me hizo prometerle dos cosas: que iría a buscarla siempre que mi padre me hiciera daño, para que me curara, y que no te dejaría nunca sola con mi padre. Durante años me curó las heridas en silencio. Sin preguntarme, sin sentir lástima por mí. Recuerdo cómo nos encubría en nuestros encuentros cuando nos prohibieron jugar juntos. Tú eras lo único que me hacía sonreír. Sin ti no lo hubiese soportado. Lo que no entiendo es cómo me enamoré de ti, si siempre te vi como la hermana que nunca tuve.

—Imagino que fueron las hormonas —sonreí.

—Cuando se despertaron mis hormonas, estaba rodeado de guiris rubias que me hacían ojitos. Y me sobraban todas.

Me besó. Con la intensidad que deja en los labios un mensaje. Y sentí que yo era la única mujer en el mundo que podía descifrarlo.

—Duerme —me ordenó—. No quiero aprovecharme de ti y que luego me lo eches en cara. Has tenido un día horrible. Me quedo aquí contigo. Soportaré los cotilleos de la aldea.

Tardé un rato en conciliar el sueño. Me desperté varias veces durante la noche con pesadillas horribles que me hacían sudar. Manuel me abrazaba fuerte y me volvía a quedar dormida. Cuando sonó el despertador, sentía un cansancio horrible.

—Te he preparado el desayuno —me dijo—. Crees que no puedes esperar mucho de mí, pero lo que no sabes es que tengo aliados.

Me trajo una bandeja con café, unas tortitas con caramelo, una rebanada de pan tostado con aceite y un zumo de naranja.

—No puedo comerme todo esto —protesté—. Si lo que querías era sorprenderme, lo has conseguido.

—Sí, sí que puedes. Tienes el estómago vacío. Las tortitas me han salido perfectas.

—Sí, la tienda inglesa te lo ha puesto muy fácil.

—Te dije que tenía aliados. Y de fácil nada. Tuve que conducir hasta Fuengirola, encontrar la tienda, pelearme con la dependienta que no hablaba español y comprar tres paquetes, porque no tenía efectivo y la compra mínima con tarjeta era de diez euros. Vas a desayunar tortitas el resto de tu vida.

—Gracias —le dije besándolo en los labios.

—Date prisa, que este chófer tan atractivo que tienes estará pitando en la puerta muy pronto.

Me comí casi todo lo que me había preparado y me di una ducha rápida.

Cuando salí, Peter y Maru estaban en mi salón tomando un café con Manuel.

—Ayer te vimos muy conmocionada y hemos venido antes para charlar un poco y ver cómo estabas —dijo Maru.

—No puedo creer lo de Damián. Me cuesta procesarlo. Tú estabas más unida a él, entiendo que te haya afectado más —comentó Peter.

—Estoy bien —dije recordando que no podía compartir con mis compañeros mi visita a la comisaría.

—Tenemos que reunirnos hoy con el equipo directivo a media mañana. Te va a sustituir la profesora de inglés mientras preparamos la reunión con los padres. Maru y yo veníamos hablando de que es mejor hacerla por clases. Todo el colegio junto nos parece muy complicado.

—Creo que, si lo hacemos por clases, cada profesor transmitirá un mensaje distinto, y muchos no estarán preparados para dar respuesta a preguntas muy complicadas. Hagámoslo por etapas y

que cada uno de nosotros se ocupe de una. Los directores y el jefe de estudios se pueden dividir, que nos acompañen.

—Me parece genial. Hablo con Diego en cuanto lleguemos. Si es que llegamos, porque vamos tarde —apremió Peter mirando su reloj.

Cogí mi bolso y le di un beso rápido a Manuel, que se quedó comiendo un par de tortitas.

—Mara, ¿estás bien? —me preguntó Maru.

—No, no lo estoy —confesé—. Escuchar de Lala todo lo que pasaron las dos me impresionó mucho. No puedo quitármelo de la cabeza.

—Pobres niñas, tuvo que ser un infierno. Espero que todos los que participaron en ese chat acaben en la cárcel y se pudran allí. He leído un artículo de Alba Rosado en el que contaba que Kiko ingresaría en prisión muy pronto, sin fianza y sin posibilidad de libertad provisional. Y sabes que esa periodista tiene buenas fuentes.

—Son conscientes de que, si sale bajo fianza, no le verán más el pelo —aportó Peter.

Llegamos al colegio cinco minutos antes de que abrieran la puerta para que entraran los alumnos de secundaria. Los padres y madres que se concentraban en la entrada no nos dejaban acceder.

—Esto se está poniendo muy feo —dijo Maru—. Era de esperar, la noticia de que hay un profesor detenido no se iba a digerir con facilidad.

—Lo mismo tenemos que buscar a alguien que nos sustituya en clase y hablar con todos los que están aquí, es lo más coherente —manifestó Peter.

—No creo que haya mucho que sustituir, Peter; no hay niños, solo han venido adultos.

Nos costó un rato abrirnos paso. Cuando entramos, Diego e Ignacio nos estaban esperando.

—No sabemos qué hacer. Esto es un caos. —Su angustia era muy visible.

—Que entren al salón de actos —sugerí—. Resolvamos todas sus dudas. Es lo mejor. Subiremos los cinco al escenario.

Diego asintió y dio orden a la limpiadora para que abriera las ventanas del salón de actos.

Maru y yo pedimos calma y los orientamos hacia el salón para que tomaran asiento y pudiéramos hablar. Tardamos un buen rato en conseguir que se estableciera el silencio. Y casi dos horas más en tranquilizar a unos padres que estaban enredados en toda clase de conjeturas y rumores. Me moría de pena al saber que algunas familias estaban a escasos minutos de descubrir que sus hijas habían pasado por eso.

Cuando terminé y me fui hacia mi clase, Noemí me estaba esperando.

—No quiero que mis padres lo sepan —me dijo mientras bajaba la mirada al suelo.

La abracé en silencio, sintiendo que no podía hacer nada para aliviar su dolor.

51
Paco

No podíamos seguir viviendo así. Mara sabía que algo ocurría y era cuestión de tiempo que se volviera a encontrar con Sandra. Teníamos que contárselo antes de que lo hiciera ella. Pasamos días debatiendo qué hacer, cómo encontrar el momento. Noches sin dormir en las que buscamos los argumentos que suavizaran el pasado, deseando que las palabras escogidas hicieran que los hechos resultaran menos dramáticos. La angustia nos estaba haciendo el día a día muy tedioso.

Teníamos que afrontar la realidad.

—Los citaremos esta noche y se lo contaremos —me dijo mi mujer —. No puedo más. Vamos a caer enfermos. Necesitamos dormir por las noches. No quiero vivir así.

Llamé a Mara y le dije que queríamos cenar con ella y con Manuel a solas. Hicimos lo mismo con Susana y con Paquito. Los reuniríamos a todos y se lo contaríamos.

Preparamos una cena muy especial. Nos esmeramos todo lo que pudimos, intentando que hubiese el plato favorito de cada uno de ellos.

—¿Qué celebramos? —preguntó Mara al ver la mesa puesta con los platos de las celebraciones importantes.

—Que pase lo que pase somos una familia —dijo Nena.

Yo bajé la mirada. Esa podría ser la última cena que disfrutaríamos juntos, y solo de pensarlo me moría de la pena. Mi mujer tuvo el mismo pensamiento y se acercó a darme un beso. Al menos nos teníamos el uno al otro. Aguantaríamos nuestro dolor y compartiríamos nuestro pesar, pero no sería fácil. Los dos disfrutamos de la cena sabiendo que podría ser la última vez que nuestra familia estuviera unida. No había nada más terrible para nosotros que separarnos de nuestros hijos. Que no quisieran que formáramos parte de su día a día.

—Pase lo que pase, siempre seremos una familia —le susurré al oído—. Y lograré que todo vuelva a ser como antes. No pararé de luchar hasta que lo consiga. A cabezón no me gana nadie.

Comimos solomillo a la pimienta y merluza a la vasca. Gambas asadas al horno y ensaladilla rusa. Manuel disfrutaba de cada plato. Nena y yo estuvimos especialmente callados y en varias ocasiones nos emocionamos. Queríamos a nuestros hijos por encima de todo. Y sabíamos que aquella noche íbamos a hacerles mucho daño. Comenzar a hablar era muy difícil, aunque teníamos que hacerlo.

Había encargado una tarta noruega, la favorita de Mara. Una base de bizcocho recubierta de helado y merengue. Flambeé el merengue con ron y repartí unas buenas porciones.

—Gracias, *papa*, hacía mucho tiempo que no comía esta tarta.

—No te imaginas la de años que hace que no la como yo —dijo Manuel deleitándose en cada bocado.

—Antes la comprábamos en Navidad, pero desde que falleció la abuela dejamos de hacerlo. A ella también le encantaba —contó Susana.

Nena retiró los platos nerviosa. Había llegado la hora de hablar y no sabíamos muy bien cómo empezar.

—Queremos contaros algo —dije con voz temblorosa. El silencio acrecentó mis nervios.

—¿Qué te ocurre, *papa*? ¿Estás enfermo? ¿Te pasa algo, *mama*? —preguntó Susana.

—No, no os preocupéis. Estamos bien. No es ningún problema de salud. Es algo que os debimos contar hace muchos años, pero nunca encontramos el momento. Nunca reunimos el valor para hacerlo. Ha llegado la hora de que afrontemos nuestros errores. Y lo que os vamos a explicar no va a ser fácil. Solo quiero que sepáis que vuestro padre y yo os queremos a todos con locura. Y que no hay nada más importante en el mundo que vosotros.

—*Mama*, nos estás preocupando —dijo Paquito—. Suéltalo ya, ¿qué pasa?

Nena comenzó a hablar.

—Cuando fui a contarle a mi madre que estaba embarazada por tercera vez, creía que la iba a sorprender. No lo estábamos buscando. Pero la sorprendida fui yo; ella también me reveló que esperaba un niño. Después de dar a luz a mi hermana, mis padres intentaron tener otro hijo durante muchos años; cuando fueron a ver qué ocurría, le descubrieron un tumor a mi padre. Lo operaron y le salvaron la vida, pero no podían tener más hijos. Así que, cuando aquella mañana mi madre me dijo que también estaba embarazada, las dos lloramos juntas. Yo interpreté esas lágrimas como una muestra de felicidad por la llegada de un milagro que le alegraba la vida.

»Mi madre me tuvo a mí con dieciséis años, así que todavía era una mujer joven. Las dos empezábamos una aventura juntas. Compartir el embarazo con ella fue una experiencia muy bonita. Estábamos del mismo tiempo e íbamos al ginecólogo juntas. Compartimos antojos y dolencias. Nos quejábamos de los pies hinchados y pasábamos horas hablando de cómo criaríamos a nuestros hijos. Teníamos fechas muy cercanas, nos separaban apenas diez días.

»Cuando se acercaba el día del parto, supe que algo no iba bien. Tenía contracciones, pero no sentía que el niño se moviera. Mi madre me acompañó al hospital y estaba conmigo cuando me dieron la fatídica noticia. Mi hijo había muerto. Se le había parado el corazón. Tenía que dar a luz sabiendo que ya no vivía. Fue muy duro. Mi madre me secó las lágrimas, me agarró la mano y no se separó de mi lado. Cuando vuestro padre se enteró, se desplomó en el suelo. No podía asimilar la noticia.

»Di a luz de forma natural. Y fue lo más duro que he hecho en la vida. Expulsar un bebé al que no podría poner nombre. Al que no vería crecer. Pedí verlo. Quería saber cómo era. Una joven enfermera me trató muy bien. Me ayudó mucho. Me daba ánimos y me cuidaba con mimo. Sandra, que así se llamaba la muchacha, había pasado por algo similar y sabía lo duro que era.

»Antes de que saliéramos a la sala de espera para decirles a nuestros familiares que el niño había muerto, mi madre quiso hablar con vuestro padre y conmigo. Y nos pidió algo que nos cambió la vida a todos.

»Quería que nos hiciéramos cargo de su hijo. Que dijéramos que era el suyo el que había fallecido. En un principio pensé que estaba

loca, pero Paco intuyó que algo ocurría. Y que ese algo era muy grave. Mi madre nos confesó que el bebé que esperaba no era hijo de mi padre. Y que mi padre lo sabía. Si se lo quedaba, ella no podría ser feliz el resto de su vida. Si lo hacíamos nosotros, ella me ayudaría a criarlo y no tendría que renunciar a su matrimonio y a su felicidad. Mi madre amaba a mi padre por encima de todo. No tuvimos mucho tiempo para pensarlo, y ver la aflicción de mi madre nos conmovió. Yo estaba muy sensible y era incapaz de tomar una decisión. Tu padre salió y le dijo a nuestros familiares que todo había ido bien, pero que yo había perdido mucha sangre y estaba muy débil. Y que el niño se encontraba en observación. Los nuestros se marcharon deseándonos lo mejor y nosotros ganamos tiempo.

»Lo pensamos. Escuchamos los ruegos de mi madre. Nos suplicaba que lo hiciéramos con el corazón totalmente roto. Y no supimos actuar de otro modo. Le preguntamos quién era el padre del niño, pero no conseguimos que nos lo dijera. Supusimos que era un hombre casado y que no quería perjudicar a la otra familia. Mi madre dio a luz cinco días después a un niño precioso al que pusimos Paquito. Sandra nos escuchó sin querer en una de las conversaciones y se ofreció a ayudarnos. Cambió el nombre de los bebés. Hizo que su jefa firmara la defunción con los apellidos cambiados. Y dio vida a nuestro hijo con nuestros apellidos. Me mantuvo escondida esos días en una habitación cerrada donde ella descansaba. Cuando salimos del hospital, lo hicimos con la noticia de que mi hermano había muerto en el parto. Y con un hermoso hijo en mis brazos. A mí cuidar de Paquito me alivió el dolor de la pérdida. Y a mi madre le ayudó a recuperar su vida.

Paquito se levantó nervioso. Incrédulo, se movió por el salón. Todos nos miramos sin pronunciar palabra.

—¿Me estáis diciendo que no sois mis padres? ¿Esto es una de tus bromas, *papa*? No tiene gracia ninguna.

—No es una broma —confirmé—. Es una verdad que debimos contar hace mucho tiempo, pero que no supimos cómo hacerlo.

—Un momento. —Paquito hizo un gesto con las manos para que paráramos—. Me estás diciendo que no eres mi madre, que eres mi hermana. ¡No puede ser verdad! ¡Me estáis tomando el pelo!

—No, no te están tomando el pelo. Ahora entiendo lo que Sandra me dijo —intervino Mara.

—¿Conoces a esa enfermera? —preguntó Susana atónita.

—Sandra es la abuela de Sara. Me chantajeó. Amenazó con contarlo si no convencía a Mara de que hiciera un informe favorable de Yeray para las trabajadoras sociales. No lo hice —confesé—. Nunca hubiese interferido en tu trabajo.

—Todo esto es surrealista —dijo Paquito—. No puedo asimilarlo.

—Sé que es difícil, hijo —hablé.

—No me llames hijo. Hoy no. Me habéis engañado toda mi vida. Toda —protestó Paquito.

Manuel nos miraba incómodo. Parecía no entender qué papel desempeñaba allí. Él cobraba protagonismo en la parte más dura de la historia. Y yo no sabía muy bien cómo afrontarla sin hacerle daño.

—Paquito, siéntate. No hemos terminado. Quiero que conozcas toda la verdad. No quiero que haya más secretos en esta familia —pidió Nena antes de reemprender su relato—: No supe quién era tu padre hasta muchos años después, cuando mi madre se enteró de que Manuel y Mara estaban juntos. Nos lo confesó una tarde en la

que Paco había tenido una pelea con el padre de Manuel, mientras le limpiaba las heridas, pero esa parte de la historia sí la conocéis. Mi madre me contó entonces cómo se había quedado embarazada y quién era el padre de mi hijo.

»Todo ocurrió en la boda de mi hermana. Mi padre estaba delicado de salud y se retiró muy pronto. Mi madre y yo nos quedamos con el resto de los invitados. Ella se tomó dos copas, aprovechando que no estaba bajo la atenta mirada de mi padre, que no soportaba que bebiera alcohol. La gente joven nos marchamos a una discoteca cercana y mi madre se quedó con algunos invitados. Manuela, la madre de Manuel, se había retirado con una de sus hijas, pero su padre no. Los dos se quedaron bailando y bebieron mucho. El padre de Manuel se ofreció a llevar a mi madre a la aldea. Ella no recordaba casi nada, solo que paró el coche para que vomitara. Se había manchado todo el vestido y el padre de Manuel la ayudó a limpiarlo. Después no recordaba nada más. Tan solo el aliento en su cara y el peso del cuerpo del padre de Manuel sobre ella. Durante mucho tiempo se sintió culpable. Sintió que no se había resistido. Que la culpa era suya por haber perdido el control bebiendo. No fue consciente de que había abusado de ella. No supo analizar con claridad que se aprovechó de su estado. Nunca se lo contó a nadie. Se encerró en sí misma y guardó su vergüenza.

»Cuando se supo embarazada y se lo dijo a mi padre, este le negó la palabra y creó una brecha entre los dos. No le reveló quién era el padre del niño. Pensó que se guardaba el secreto para siempre sin sospechar que no le había sido infiel. Pero el día que Paco se peleó con él y supo que Mara y Manuel estaban juntos, no pudo más. No quería que Mara estuviera en esa casa. No quería que su nieta ni sus

hijos, cuando la pareja los tuviera, se quedaran a solas con él. Y nos lo contó llorando. Por eso decidimos irnos de la aldea. No quería encontrarme cada día con el hombre que había abusado de mi madre. Evitamos las reuniones, bodas y celebraciones en las que él estuviera. Teníamos la excusa de que seguían peleados y nadie nos reprochó nada. Mi padre jamás supo la verdad. Sintió un inmenso alivio cuando le contamos que el bebé había muerto. Mi madre nunca le desveló quién era el padre por miedo a que acabara en una tragedia. Cuando el niño murió, rehicieron su vida como si nada hubiese ocurrido.

Miré a Manuel. Estaba llorando en silencio. Sin que en su cara se reflejara ni un solo gesto. Ni una sola emoción. Todos lo miramos esperando que digiriera lo que le acabábamos de contar. Pero no era capaz de asimilar que su padre había abusado de María, la mujer que lo había cuidado durante su infancia.

Paquito se marchó de la habitación y Manuel salió corriendo tras él. Mara y Susana los siguieron.

Nosotros nos quedamos solos.

Temíamos que esa soledad se hubiese instalado en nuestra casa para siempre.

52
Mara

No podía creerlo.

Me parecía algo irreal. Manuel se fue a su casa. Paquito se dirigió a su coche. Solo tuve unos segundos para escoger, para decidir a quién de los dos acompañaba en el momento más duro de su vida. O mi hermano o mi pareja. El hecho de que mi hermano no se encontrara en condiciones de conducir me hizo decidirme. Su vida podía correr peligro si se ponía al volante y tenía que ayudar a mi hermana para que no lo hiciera. Susana lo paró antes de que entrara en el coche. Paquito se abrazó llorando a ella. Los miré, no me atrevía a acercarme. Los dos lloraban desconsolados y su dolor se clavó en el mío. Nunca había soportado ver a mis hermanos sufrir.

—No puede ser verdad, no puede —le murmuraba al oído.

Contemplaba la escena con angustia. Un nudo en el pecho me ahogaba. La congoja de mis hermanos me paralizaba. No supe qué decir. Qué hacer para ayudarlos. Sus llantos me quebraban cualquier argumento, tumbaban cualquier frase que hubiese valorado como adecuada. No tuve más remedio que optar por el silencio. Me acerqué a ellos sin saber muy bien que hacer.

—No puedes conducir así —habló Susana—. Yo te llevo a casa.

—No, necesito estar solo —contestó Paquito.

—Te llevo yo —sugerí—. Mañana vienes a por el coche.

—No pienso volver mañana. ¡No quiero verlos nunca más! —gritó con desesperación.

—Por favor, no puedes conducir —insistí.

—Necesito llevarme el coche, le hace falta a mi mujer para ir a trabajar —recordó mientras se frotaba la cabeza.

—Yo conduzco. Mara vendrá detrás y luego me vuelvo con ella —sugirió mi hermana.

—Gracias por cuidarme, aunque sepáis que no soy vuestro hermano. —Sollozó abrazándose de nuevo a Susana.

—Eres nuestro tío. Ahora te debemos respeto —dije en un intento de hacer una broma y dilatar los ánimos.

—Vuestro tío… —repitió con pesadumbre—. ¿Cómo es posible? La abuela siempre me cuidó con mucho cariño, siempre fue especial para mí. No es fácil aceptar que mi padre era un violador. Qué clase de sentimientos puedo tener dentro. No puedo aceptar esto. No sé cómo voy a asumirlo. No puedo. No quiero.

—Manuel también es hijo suyo. Y siempre me has dicho que es una de las personas más bondadosas que conoces. No dejes que eso tenga importancia. Eres un hombre maravilloso que le ha dado una educación excepcional a sus hijas. Y todos te queremos, y eso no va a cambiar, nunca va a cambiar —dije mientras lloraba.

—Manuel es mi hermano. No puedo asimilar eso. Es demasiado. Todos los hermanos de Manuel también son mis hermanos. Y sus hijas… Sus hijas son mis sobrinas. Es demasiado. No puedo digerirlo. Esto es una broma de mal gusto. No puede ser verdad. He estado engañado toda mi vida. Ahora ni siquiera sé quién soy.

—Poco a poco. Vamos a encajarlo poco a poco —le dije—. Son muchas noticias de golpe.

—¿Cómo pudieron guardar ese secreto tantos años? Si Sandra no hubiese aparecido en tu vida, nunca lo hubiésemos sabido —argumentó Susana.

—Hubiera preferido no saberlo nunca —anunció Paquito—. No sé cómo le voy a contar esto a mi mujer. Y a mis hijas. No tengo ni idea de cómo hacerlo.

—No tienes que hacerlo hoy. Date tiempo. Las niñas son demasiado pequeñas para entenderlo.

—Pero no quiero que vivan engañadas, no quiero que llamen abuelo a alguien que no lo es. No quiero que sean mayores y descubran la verdad. Sé lo que duele cuando vives en una mentira y te ponen la verdad delante. Y créeme que no lo quiero para mis hijas. No voy a ser como ellos.

—No tomes una decisión de forma precipitada. Tienes tiempo para pensarlo.

—Necesito estar solo —nos rogó.

Susana extendió la mano para pedirle la llave. Paquito la puso sobre ella con un gesto de resignación. Arrancaron el coche y los seguí a corta distancia. Iban en silencio. Me pregunté cómo se encontraría Manuel. Sentía que en ese momento me necesitaba y le estaba fallando. Se pararon unos metros antes de llegar a casa de Paquito. Susana aparcó el coche y mi hermano se quedó dentro. Vi cómo le daba un abrazo que se alargó unos segundos. Se despidió con un roce en la mejilla.

—Vámonos, necesita estar solo. Todos necesitamos estar solos —me dijo—. Sé que lo han hecho mal, pero no puedo evitar sentir lo

que están sufriendo ahora mismo. Creo que voy a ir a hablar con ellos —dijo mi hermana.

Volvimos en silencio. Las dos intentábamos asimilar toda la información.

—Yo no soy capaz de enfrentarlos, Susi. Seguramente diría algo de lo que me arrepentiría después. Pero me alegra mucho que no estén solos y que les ofrezcas tu apoyo. Tienes toda la razón. Ahora mismo están destrozados. Escríbeme luego y me dices cómo se encuentran. Estoy muy dolida, pero no quiero que sufran.

—Lo haré. Creo que debes ir a buscar a Manuel. Debe de estar muy afectado.

Asentí. La vi marchar y entrar en casa de mis padres. Cuando me dirigía a casa de Manuel, me di cuenta de que él estaba sentado en mi porche.

—Iba a buscarte —le dije—. Siento no haber salido detrás de ti, pero tenía que impedir que mi hermano cogiera el coche.

Manuel no dijo nada. Abrí la puerta y entró tras de mí. Cogí una jarra de agua y dos vasos y los puse en la mesa del salón.

—Todavía estoy conmocionado —dijo en voz baja—. No puedo creer lo que nos han contado tus padres. No soy capaz de integrar esa nueva información en mi vida. Aunque ahora entiendo muchas cosas. El miedo de tu abuela a que te quedaras sola con mi padre, vuestra marcha de la aldea, que nunca acabé de encajar. Mi parecido con tu hermano. Siempre he pensado que me parecía más a él que a cualquiera de mis hermanos. Pero también me parezco a tu padre, así que no me resultó extraño. Al fin y al cabo nuestros padres eran primos.

—Tu padre y el mío se parecían mucho físicamente. Por eso Paquito también tiene tanto parecido con mi padre —pensé en voz alta.

—Siempre he sabido que mi padre era una mala persona. Nos maltrató toda su vida, pero nunca le creí capaz de hacer algo así. No es fácil asimilar que tu padre es un…

—No pienses eso ahora. No te hagas más daño.

—¿Cómo no quieres que lo piense? ¿Cómo me va a perdonar tu familia?

—Manuel, mi familia no tiene nada que perdonarte. Los hijos no heredan los pecados de los padres. Ellos lo saben desde hace muchos años y te han acogido como mi pareja con mucho cariño. El cariño que tú has sabido provocar y mantener. Que conozcas esta parte de nuestra historia, que la hayan querido compartir contigo, es una señal más de su aprecio.

—Tengo que ir a pedirles perdón. Tengo que pedirles perdón a tu madre y a tu hermano.

—No tienes que pedirles perdón por nada. Tú no has hecho nada.

—¿Cómo le voy a contar esto a mis hijas? —me preguntó.

—No necesitas contarles nada. Al menos ahora. Puedes hacerlo cuando encuentres el momento adecuado.

—Los secretos solo hacen daño. Tú misma lo acabas de comprobar. Debo contarle a Saray que Paquito es su tío. Es curioso porque, cuando tu hermano canta y mi hija baila, hay una magia muy especial. Todo el mundo lo comenta.

—Mi hermano siempre ha admirado mucho a tu hija. Es cierto que los unía un hilo invisible al que ahora encontramos explicación.

Aunque intentaba consolar a Manuel, me encontraba con el corazón roto en mil pedazos. No había nada que me provocara más angustia que el sufrimiento de las personas que quería. Mi hermano sería sin duda el más afectado. Acababa de perder su identidad, su pasado, a sus padres. Solo el imaginar cómo se encontraba me impulsaba a correr a su casa para abrazarlo, para susurrarle al oído que todo iba a salir bien. Susana estaría sufriendo por todos. Por mi hermano y por mis padres. Tenía la certeza de que permanecería al lado de ellos hasta que los encontrara bien.

Y mi madre… Cuánto le habría costado contar su pasado. Seguro que había sido tremendo para ella. Pero sabía que si en aquel momento había alguien sufriendo ese era mi padre. Su familia se acababa de desintegrar. Y era lo que más amaba en el mundo. La tristeza que debía de sentir no era comparable con nada. El miedo a no volver a recuperarla no le dejaría respirar. No me cabía duda de que lucharía por volver a unirnos, por que fuéramos una familia como antes. Y yo sentía un inmenso pesar al no ser capaz de visualizarlo. Notaba que se había roto algo para siempre. No debieron ocultarnos la verdad. Hubiese sido más fácil entenderla siendo unos niños.

Manuel necesitaba estar solo y se marchó con Bosco a dar un paseo. Luna, la gata que nos visitaba a menudo, entró por la ventana y me miró fijamente. Se acomodó en mi regazo y frotó la cabeza contra mi pecho.

—Tú también te has dado cuenta de que no es mi mejor momento, ¿verdad?

Su ronroneo me relajó.

Mi cabeza no podía parar de pensar. No podía dejar de sufrir. Llamé a mi hermana, pero no me lo cogió. Lo intenté con mi hermano, pero estaba apagado. En los últimos días, había acumulado tanto dolor, tantas emociones y tanto desconsuelo que me encontraba a punto del colapso.

Cuando mi hermana me devolvió la llamada, tenía un nudo en la garganta y no podía hablar.

—¿Mara? ¿Mara, estás bien? Ábreme la puerta, estoy llegando a tu casa.

Susana me encontró en el sofá llorando a gritos. Tenía que sacar, tenía que expulsar fuera todo lo que llevaba acumulado durante días.

—Llora —me pidió mi hermana mientras me abrazaba.

No sé cuánto tiempo estuve llorando. Abrazada a ella, sin poder parar. No me di cuenta de que Manuel había regresado. Mi hermana me acostó en la cama, me arropó con cariño y me dijo que se quedaría a dormir en casa de mis padres. No había visto bien a mi padre y tenerla a ella ahí seguro que le ayudaba. Manuel le pidió unos minutos. Necesitaba ir a hablar con mi madre.

Lo entendimos.

Entendimos que había muchas preguntas que necesitaba hacerle.

Me quedé dormida y no me di cuenta del momento en que Manuel se metió en la cama conmigo.

Cuando sonó el despertador, tenía el dolor de cabeza más intenso que había sufrido nunca. Pero no podía faltar a clase. El colegio no pasaba por un buen momento.

Manuel se levantó conmigo. Me preparó un café y me miró a los ojos mientras me lo tomaba.

—Todo se va a solucionar —me dijo mientras me colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Necesitaba creerle.

53
Paco

Sentí el mismo dolor que el día que perdí a mi madre. Ese vacío dentro que no se puede llenar con nada. Ese sinvivir que consigue que no estés a gusto en ninguna parte.

Cuando todos se marcharon, Nena y yo nos miramos sin saber muy bien qué decirnos. Estábamos solos. Por primera vez en nuestra vida, estábamos completamente solos. Habíamos perdido a toda nuestra familia.

—¿Qué hemos hecho? —me preguntó mi mujer llorando.

—No teníamos otra opción. Tenían que saber la verdad y tenían que saberla por nosotros.

—Paquito está destrozado —lloró Nena—. Le hemos arruinado la vida. No nos lo va a perdonar nunca.

—Es normal, acaba de descubrir que no somos sus padres. Y que su padre es la peor persona que pudiera imaginar. Tiene que doler mucho. Pero esta vez no podemos hacer nada para mitigar su dolor.

—Me preocupa Mara. No estaba en su mejor momento. Ha sufrido mucho últimamente.

—Mara es fuerte, lo superará —dije en un intento de animarla.

—¿Cómo vas a ir mañana al mercadillo?

—No lo sé. Iré solo y me temo que tendré que acostumbrarme. No pasa nada, no te preocupes. Mira a Carmen, ella siempre va sola y puede con todo.

—En algunos mercados tu puesto es el doble de grande que el de Carmen. Y no sabes utilizar la máquina del banco.

—Es el momento de aprender. No te preocupes por eso. Puedo llevarme a cualquiera de los chiquillos de la aldea, que están locos por ganarse unas perras para sus cosillas.

—¿Qué haremos si no regresan? ¿Qué haremos si no quieren vernos nunca más? —sollozó mi mujer.

—No digas eso. Lucharemos por volver a tener una familia unida. Y te prometo que lo voy a conseguir. No nos quedaremos de brazos cruzados. Pero ahora tenemos que darles tiempo.

La puerta se abrió y vimos entrar a Susana. Mi mujer la abrazó con fuerza.

—Yo… no podía irme sin saber cómo estáis —dijo mi hija.

—Ya ves, no ha sido fácil —admití—. Pero que estés aquí significa mucho para nosotros, hija.

—*Papa*, yo no sé si hicisteis lo correcto o no. No sé si debisteis contarlo antes o callarlo para siempre. No lo sé. Lo que sí sé es que no puedo juzgaros. Porque habéis sido los padres más maravillosos de este mundo. Para los tres. Y eso no hay nada ni nadie que pueda borrarlo.

Abracé a mi hija con fuerza. Ella nunca sabría lo que significaban para nosotros esas palabras. Ese cariño que nos prestó en el momento que más lo necesitábamos. Fue la esperanza que nos dio ánimos para no derrumbarnos. Para seguir en pie, aferrándonos a lo que más queríamos. Al anhelo que nos haría salir a flote. Ella no lo

sabía, pero nos salvó del abismo, del pozo sin fondo donde se encontraban nuestros sentimientos.

—Susi, ve a ver a Mara, por favor. Estamos preocupados por ella. Lo estaba pasando muy mal y esto ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—Seguro que está con Manuel. Voy a llamarla y me acerco a su casa. Pero quiero irme tranquila, sabiendo que estáis bien.

—Estamos bien. Mantennos informados de cómo se encuentra tu hermano —dije mirando al suelo.

—Siempre será mi hermano. Eso no podrá cambiar nada. Lo he llevado a casa y lo he dejado tranquilo. Es fuerte, pero necesitará tiempo. Sabéis que la rapidez para procesar la información no es una de sus cualidades. *Papa*, mañana voy contigo al mercadillo. No tengo clases. Y buscaremos la forma de organizarnos, no te preocupes.

—Gracias, hija, no sabes cómo te lo agradezco.

Cuando se marchó Susana, mi mujer y yo nos abrazamos. Con su ayuda todo sería mucho más fácil. Nos tendría al tanto de cómo estaban sus hermanos, y eso era muy importante para sobrellevar la situación. Entré al baño para lavarme la cara. Cuando salí, Manuel estaba en el salón. Me sorprendió, aunque entendía perfectamente a qué venía.

—Sé que no es el momento y que no debería estar aquí. Que tendría que dejaros porque necesitáis tranquilidad, pero hay una pregunta en mi cabeza que no consigo acallar y que necesito haceros. Lo siento…

—No te disculpes, Manuel —le rogó Nena—. Es normal que necesites saber. Y si está en nuestra mano, te responderemos.

—Se trata de mi madre. —Calló durante unos instantes—. Necesito que me digáis si ella llegó a saberlo. Necesito que me digáis si sufrió por eso.

—No, no lo supo nunca. Mi madre nunca se lo contó. Ni a ella ni a nadie. Las únicas personas que lo sabíamos éramos Paco y yo. Nadie más. Mi madre y tu madre fueron amigas siempre. Freían juntas los borrachuelos en la casa de la Redonda cada Navidad, horneaban buñuelos todos los primeros de noviembre y hacían jabón cada primavera para toda la aldea. No cambió nada entre ellas. Mi madre no solía ir nunca a tu casa porque, como todas las vecinas, conocedoras de lo que ocurría, siempre la invitaba a que saliera de su entorno.

—Gracias. —Manuel suspiró—. Gracias por guardarle el secreto, mi madre hubiese sufrido mucho. Paco, dime qué días necesitas que te acompañe al mercadillo. Hasta que esto se calme vas a necesitar ayuda.

—Gracias, hijo —dije sorprendido—. Mi hija Susana vendrá conmigo mañana, pero el sábado necesitaré que alguien me eche una mano. Es puente y habrá mucho movimiento.

—Cuenta conmigo para el sábado y todos los días que lo necesites. Es lo menos que puedo hacer.

—Manuel. —Nena se acercó y le cogió las manos—. No te sientas culpable. Tú no tienes la culpa de nada. Tu padre no fue un buen hombre. Pero tú sí lo eres. Sois tan distintos como la noche y el día. Si no lo pensáramos, no estaríamos tan felices de que nuestra hija vaya a compartir la vida contigo.

—Gracias —susurró rompiéndose—. Te lo agradezco mucho. La vida no me premió con un buen padre, es cierto, pero el resto de mi

familia es la mejor de este mundo. Os agradezco mucho vuestras palabras. No sabéis lo importantes que son para mí. Me siento muy avergonzado y siento en el alma el daño que mi padre hizo a esta familia. Quiero pediros perdón. Necesito pediros perdón.

—No tienes que pedir perdón, Manuel. Te queremos desde que eras un bebé. No tenemos nada que perdonarte. Todo lo contrario. Si te hemos pedido que estuvieras hoy aquí es porque queríamos que supieras la verdad. Con todo el dolor de nuestro corazón, pero no queríamos mentirte más; precisamente por eso, porque te queremos.

—Gracias. Gracias por no decírselo a mi madre.

Se marchó despidiéndose con premura.

No pudimos conciliar el sueño ni un solo minuto en toda la noche. Susana se quedó a dormir con nosotros. Se levantó temprano y preparó el café. Ella tampoco había podido descansar.

—Será un día duro para ti —le dije a mi mujer—. Estarás sola en casa todo el día, sin poder hablar con nadie.

—Voy a llamar a mi hermana. Le pediré que venga a verme. Creo que tengo que contárselo yo.

—Entiendo. Tampoco será fácil.

—Mi hermana me apoyará. No me cabe la menor duda. Y me aliviará hablar con ella.

—¿Has hablado con tu hermano? —pregunté a Susana en cuanto arranqué la furgoneta.

—No. Le mandé un mensaje cuando me desperté, pero no me ha contestado. Necesita tiempo, *papa*.

—Lo sé, hija, lo sé. Ojalá pudiera calmar el dolor que está sintiendo ahora mismo. Me veo impotente.

—Debes tener paciencia. Necesita asimilar las cosas. No va a ser fácil. Imagino que Manuel y él tendrán una conversación que reavivará las heridas. Será muy duro para los dos.

—Manuel vino a vernos anoche. Estaba desolado. Saber que su padre era capaz de dañar a alguien de ese modo no es fácil. Pero le alivió saber que su madre nunca se enteró, que no sufrió por ello.

Llegamos al mercadillo con muy poco ánimo. Todo el mundo se acercó a preguntarnos si nos encontrábamos bien. Una cena familiar que terminó de madrugada fue la excusa perfecta para salir del paso. A Carmen no pudimos engañarla. Le pedí a Susana que le contara la verdad. Sabía que mi amiga nos guardaría el secreto y cuidaría de que Mara tuviera a alguien con quien hablar.

—Cuanto más te conozco, más extraordinario me pareces como ser humano, amigo.

Fue el único comentario que Carmen hizo al respecto. Sabía que le escribiría un mensaje a Mara en cuanto tuviera la calma suficiente para escoger las palabras adecuadas. Que mi hija tuviera un apoyo externo que le proporcionara libertad para expresar sus sentimientos me daba cierto alivio. En mi amiga hallaría un apoyo incondicional.

—*Papa*, tienes que cambiar esa cara o todo el mundo nos va a preguntar qué nos ocurre.

—Me cuesta mucho disimular cuando no me encuentro bien, ya lo sabes.

—Te voy a dar una buena noticia para que te animes. Mi hermano me ha escrito y lo he notado más animado. No es que esté como unas castañuelas, no nos vamos a engañar, pero se encuentra mejor de lo que esperaba. Hasta me ha gastado una broma.

—Me alegra oírlo. Espero que algún día pueda perdonarme. Siempre lo he querido como si fuera mi hijo.

—Lo sé. Y él también lo sabe. Pero le costará un poco digerirlo todo.

Eso era lo que más me preocupaba, que el tiempo se eternizara y nos perdiéramos la infancia de nuestras nietas. Conocía la existencia de familias que se habían dejado de hablar por asuntos financieros y nunca retomaron el contacto. No podría soportar que mis hijos dejaran de hablarnos toda nuestra vida. Eso era lo que realmente me asustaba. Por un lado, tenía la certeza de que debíamos darle tiempo, pero, por otro, me aterraba que el tiempo trazara una línea divisoria que se anclara en el futuro y perdiéramos el contacto.

Cuando tomamos la decisión de hacernos cargo de él, asumimos que algún día podría suceder. Al principio tuve pesadillas en las que la policía venía a por nosotros y nos llevaban presos por robar un niño. Luego amanecía y veía a mi suegra cogerlo en brazos y mimarlo con cariño, y pensaba que el riesgo había merecido la pena. Mi suegro, que siempre fue ajeno a que el niño que tenía en su regazo era el hijo de su mujer, también se sintió aliviado. Nunca supo quién era el padre. Mi suegra siempre mantuvo que estaba muy borracha y que no se acordaba.

Nunca olvidamos al bebé que perdimos. Su rostro sonrosado, sus pies pequeños. El dolor de que no tuviera la oportunidad de disfrutar de una vida nos llenó de tristeza. Los primeros meses fueron muy duros para Nena. Cargaba en brazos a su hermano y callaba la pena de no tener vivo a su hijo. Nunca hablamos de él. Se quedó enterrado en el olvido, ofreciendo su lugar en el mundo a otro niño

que no había tenido su misma suerte: ser el fruto del amor más profundo.

54
Mara

No fue fácil enfrentar el día. La idea de que mi familia había sido siempre una mentira me obnubilaba y creaba un vacío en mi interior que no me dejaba respirar. La imagen de mis padres, tan atentos y perfectos, se emborronó hasta solo quedar una estructura deshecha, partida en jirones, sin la posibilidad de establecer un pasado que hubiese sido real.

Siempre había presumido de que en mi familia no había ningún miembro que no se hablara con los demás. Incluso había creído que era impensable que eso sucediera. No podía concebir una familia incompleta. En la mía, no se necesitaba invitación alguna porque todo el mundo era bien recibido. Que se desintegrara no era algo que antes hubiese contemplado como una posibilidad.

En el colegio, los ánimos estaban muy caldeados. La inspectora Santiago se había comunicado con todas las familias afectadas. Los rumores corrieron de un rincón a otro del barrio. Nadie quería que su hija fuera señalada, pero los lamentos y gritos en el interior de algunas viviendas no dejaron lugar a dudas.

Entre la pobreza de esas calles, los vecinos desplegaron una capa de silencio que cubrió de dignidad a cada niña. Ningún nombre se expresó en público y todos se guardaron de dedicar ni una sola

mirada condescendiente. El secreto se encerró en el barrio, en las casas, en los bloques, en todos los hogares donde la solidaridad palpitaba, donde se decidió que la vida de esas niñas era más importante que el cotilleo absurdo sobre vidas marchitas. Tenían derecho a olvidarlo y a seguir adelante, y sus familias encontraron en sus vecinos el apoyo que necesitaban. Un apoyo silencioso, sin nombres ni apellidos que condicionaran el futuro. El barrio enterró los recuerdos con rapidez, con orgullo y mirando al futuro. En sus calles no se escuchó ningún nombre ni se dedicó ninguna mirada de pena. Todo se cerró de forma definitiva, como el negocio de Kiko, que nadie se atrevió a reabrir.

En el colegio nos costó volver a la normalidad. El miedo mantuvo un absentismo alto que nos desesperaba. Mi padre hizo un gran trabajo. Llamó una a una a las familias, negoció su regreso y se ganó el respeto de todos los padres del barrio por su trabajo y dedicación.

Yo evitaba encontrármelo. Y las veces que nos habíamos tropezado, lo único que fuimos capaces de decirnos fue un saludo neutro que nos removió por dentro pero no evocó nada fuera. Yo huía enseguida y dejaba a mi padre muerto de pena, con cientos de palabras guardadas para una próxima ocasión en la que él se armara de valor y yo me mostrara más receptiva.

Manuel y mi hermano hablaron. Se conocieron y reconocieron en ellos mismos. La química, que siempre fue evidente, se expandió con naturalidad hasta crear una complicidad que los dos empezaron a disfrutar.

—Tienes que hablar con tus padres, Mara —me decía Manuel una y otra vez.

Y yo bajaba la cabeza. Sin encontrar las fuerzas para hilar las palabras, para crear el discurso que me acercara a su vida y me permitiera curar mis heridas. Sentía que mi familia era un jarrón roto y que, si juntaba las piezas, me iba a encontrar con algo tan diferente que no iba a ser capaz de reconocerlo. Tenía un miedo al que no podía poner nombre, una angustia que me robaba el sueño y una pena que empañaba mi día a día con un vaho de tristeza pegajoso.

Se acercaba la Navidad. Y ninguno de mis hermanos quería hablar del tema. Nunca habíamos pasado unas fechas tan señaladas separados. Todos temíamos que llegaran. El sufrimiento de mis padres al ver su mesa vacía sería incalculable. Y nuestra soledad los acompañaría en la distancia, porque juntarnos los tres nos parecía más cruel que sufrir por separado.

—Mara, esta tarde quiero que vengas a mi finca. Estoy preparando con tu prima Zaira una experiencia con niños autistas y me gustaría que nos echaras una mano. He quedado a las ocho —me pidió Manuel.

Sabía que mi prima y Manuel impulsaban una iniciativa preciosa con la que ayudaban a niños que no caminaban a estimular sus caderas con los caballos. No pude negarme.

Cuando llegué a la finca, la puerta estaba abierta, pero no los encontré. Unas flechas de color rojo me indicaban un camino. Pensé que Manuel quería darme una sorpresa y había preparado algo con tintes románticos. Las indicaciones me llevaron hasta las caballerizas, donde una fotografía enorme me dio la bienvenida. Mi padre me sujetaba mientras yo montaba a caballo. En la imagen los dos nos reíamos con complicidad. La miré atentamente y recordé

ese día. Sentía un miedo atroz a los caballos desde que uno confundió mi pelo con su comida y me elevó por los aires. Mi padre me ayudó a vencerlo con mucha paciencia. La instantánea era del día que por fin monté sola. Había otra fotografía justo al lado. En ella hacía rosquillas con mi madre. Las dos teníamos la cara pintada de harina. Recordé que había sido Manuel el que me llenó la cara y, ante la risa de mi madre, se la llené yo a ella. Nos encantaba cocinar, y mi madre fomentaba nuestra pasión pidiéndonos ayuda. Una tercera imagen me interrumpió el paso. Mis hermanos y yo estábamos subidos en los coches de choque. Frente a nosotros, mi padre estaba a punto de chocarnos. Recuerdo que entramos apretujados, que casi no cabíamos, pero queríamos ir los tres juntos. Una cuarta fotografía estaba colgada de la pared. Era de mi padre, muy joven, vendiendo sandías en el mercadillo. Así consiguió ganar el suficiente dinero para comprar mercancía. En la última imagen, Manuel y mi hermano estaban disfrazados de Superman. Eran unos niños y Manuel llevaba a Paquito en hombros.

No me di cuenta de mi emoción hasta que las lágrimas me hicieron cosquillas en las mejillas.

Seguí las flechas y llegué a la sala de reuniones, que Manuel utilizaba cuando tenía que tratar temas importantes con ganaderos de otros lugares. Me sorprendió ver a mi hermana Susana, que también iba limpiándose las lágrimas. Cuando Paquito entró, tuve claro lo que estaba intentando hacer Manuel, y que llegaran mis padres ya no me pilló desprevenida.

Aunque Paquito hizo ademán de levantarse, Manuel le pidió con un gesto de la mano que no se moviera. Cogió unas fotografías que había ampliado a gran tamaño y las puso sobre la mesa. Todas eran

fotos en familia. Todas eran fotos tomadas en momentos de celebración.

—Cuando era pequeño, no había otra cosa en el mundo que deseara más que tener una familia como la vuestra —nos dijo Manuel—. Os veía jugar en la calle con vuestros padres, cómo os cuidaban y os querían y me moría de la envidia. Recuerdo haberle preguntado a Dios por qué yo no podía ser parte de esa familia. Por qué no me había dado un padre como el que teníais vosotros. Yo quería una tarde de domingo con juegos de mesa, un cumpleaños con un regalo esperándome al despertar. Quería una familia con risas, con cosquillas y trozos de pan volando en la comida.

»En la adolescencia, cada vez que veía a Paco ir a recogeros al pueblo de madrugada para que no cruzarais la carretera solos, pensaba en lo afortunados que erais. A mi padre le daba igual si un coche me atropellaba en medio del camino. Paco, cuando enseñaste a Mara a montar en bicicleta, yo estaba allí. Y recuerdo que te mentí. Te dije que mi padre ya me había enseñado a mí. Pero la realidad es que yo aprendí solo, y me caí tantas veces que me gané unos cuantos golpes por llenar el suelo de sangre con las postillas de mis rodillas.

»Vuestro padre siempre me preguntaba si quería acompañaros al fútbol. Y siempre le dije que no, aunque no deseaba otra cosa. Pero en mi inocente cabeza solo se movía el pensamiento de que, si iba con vosotros, todo el mundo se daría cuenta de que yo no tenía un padre que me llevara al estadio. Me daba vergüenza eso. Siempre me avergoncé de mi familia. Mi madre no tenía el carácter suficiente para dejar a ese hombre que nos hacía la vida imposible. Sabía que estaba en boca de todos cómo mi padre la trataba. Yo intentaba

darle el amor que no tenía, pero ella no podía dejar de ser la esposa perfecta el tiempo necesario para recibirlo.

»Quería ver una película con palomitas sentado en el sofá. Protestar porque los juegos de mis hermanos no me dejaban escuchar mi serie favorita. Quería todo lo que teníais vosotros. En mi casa solo había silencio. Un silencio sepulcral que evitaba los problemas.

»Suerte que tuve a mi madre. Que me dio todo el amor que pudo. Pero a veces yo entraba en vuestra casa solo para escuchar las risas en la cocina. Y eso no era difícil. Nena siempre se estaba riendo. Cocinaba y reía. Planchaba y reía. Siempre reía. Mi madre nunca lo hacía. Siempre estaba triste, intentando volverse invisible para no hacerse notar. Para que mi padre no se diera cuenta de que existía y le pegara una nueva paliza.

»Vuestra abuela fue mi cómplice durante muchos años. Me curaba las heridas a escondidas, cuando a mí me avergonzaba quién me las producía. El olor de su ungüento es el olor de mi infancia. Sus palabras de consuelo son lo único valioso que atesoro de esa experiencia. Siempre tenía un trozo de chocolate o una rosquilla que me regalaba después de secar mis lágrimas. Me los daba con tanto cariño que yo le devolvía lo único que tenía, un abrazo. Ella me alborotaba el pelo y me pedía que no le contara a nadie que me mimaba tanto o sus nietos se pondrían celosos.

»El único celoso era yo.

»Pasaba más tiempo en vuestra casa que en la mía. Me sentaba en la alfombra para no ocupar vuestro espacio y que no me echarais. Mis hermanos hicieron lo mismo con la Redonda, en quien encontraron el refugio perfecto.

»Comía y cenaba con vosotros y me llevaba las sobras para mis hermanos. Hasta que no fui adulto no reflexioné que en vuestra casa no sobraba demasiada comida, como siempre pensé de niño. Tardé años en darme cuenta de que las excusas de Nena, eso de que su familia no comía nada o que ella no sabía cocinar cantidades pequeñas, no eran más que una forma de disimular porque sabía que en casa no teníamos nada que llevarnos a la boca.

»Mi madre a veces me mandaba a casa de tu abuela a por un litro de leche. O a por un kilo de azúcar. Siempre volvía con una bolsa llena de cosas. No entendía muy bien que a tu abuela le sobrara y a nosotros nos faltara. Una tarde, Mara, tú me diste la clave. Fuimos a casa de tu abuela a jugar y entramos en su cocina. Yo tenía unos diez años. Esa misma mañana me había entregado una bolsa para mi madre. Cuando quisiste coger algo para merendar, tu abuela no tenía ni pan ni leche. Me los había dado a mí. Me di cuenta entonces de que no le sobraba, sino que se lo quitaba de la boca para dárnoslo a nosotros. Se lo dije. Me miró a los ojos y me explicó que ellos no tenían que crecer. Y que tenían a su hija al lado por si necesitaban algo.

»Cuando cumplí los catorce años, mi padre me dio una paliza que me dejó el cuerpo lleno de moratones. Se podía distinguir la marca de la correa en mi cara. Corrí a casa de vuestra abuela, pero tenía todos los huesos doloridos y me caí antes de llegar. Ella me encontró tirado en el suelo, me llevó a su casa y me curó. Esperó a que vuestro abuelo saliera de trabajar y me dijo que esa era la última paliza que me daba en la vida. Cuando mi madre se fue al mercado, entró en mi casa y se enfrentó a mi padre. Nunca supe qué pasó dentro ni qué le dijo; pensé entonces que había amenazado con

denunciarlo, pero ahora ya puedo imaginármelo. Desde ese día no me volvió a zurrar de esa manera. Cuando me daba un bofetón, lo miraba a los ojos y le decía que si me pegaba más iría a casa de María. Eso aumentaba su ira, pero los golpes acababan en la mesa o en la pared del salón.

»Si os he reunido a los cinco aquí es porque no puedo permitir que mi padre vuelva a romper lo único auténtico que tengo. Sois mi familia. Y para vosotros tres, Mara, Susana y Paquito, la cantidad de sangre de Paco y Nena que corra por vuestras venas no ha de significar nada. Lo único que tiene valor es que ellos os han querido, han estado ahí por vosotros y os han limpiado las heridas. Que nunca os han fallado. No podemos culparlos por tener el acto de bondad más bonito que he visto en mi vida. Por daros la familia que tenéis. Podéis continuar enfadados, indignados y todo lo que queráis, pero no podéis negar que habéis tenido la infancia más bonita que unos niños pueden disfrutar. Y eso es lo único que importa. Eso os lo han dado ellos. Lo que estas dos personas han hecho es la cosa más generosa que me he echado a la cara. No podéis culparlos por ello. Los estáis castigando por algo que no tiene sentido.

»No podéis permitir que mi padre siga haciéndome daño hasta después de muerto.

Todos bajamos la cabeza. Paquito estaba llorando. Se levantó y se marchó corriendo. Susana salió detrás. Mis padres se quedaron consternados. Yo tuve que elegir. O me quedaba con mis padres, o me iba con mis hermanos. No me sentía con fuerzas para hablar con mis padres, así que me fui tras Susi y Paquito.

Manuel se quedó con mis padres.

—Siento que no haya funcionado —le oí decir en la distancia.

—Gracias, hijo. Claro que ha funcionado —le contestó mi padre—. Solo que ellos no lo saben todavía.

55
Paco

La Nochebuena era uno de los días más importantes del año. Comíamos juntos y pasábamos la tarde montando las mesas para la numerosa familia. Preparaba la mejor tortilla de papas, así que ese día adornaba la mesa con mis mejores muestras: con cebolla, sin cebolla, con pimientos rojos y con trozos de jamón serrano, la especialidad de la casa.

No podía imaginar la Nochebuena sin los aguinaldos que los niños rogaban cantando, acompañados de las panderetas y las zambombas. Ni sin las pruebas que les haría pasar antes de soltar mi generosa aportación. Sin los trozos de turrón que se cortaban sin ninguna expectativa por la copiosa comida, pero que al final desaparecían por arte de magia, porque nadie confesaba haberlos tomado. No podía imaginar una Nochebuena sin mis hijos.

Sabía que Mara le había pedido a Manuel que cenaran en casa con las niñas. Se trataba de un día muy especial y estábamos solos. Y lo que más me dolía eran las explicaciones que tendría que dar al resto de la familia. Mis hermanos y sobrinos vendrían, como cada año, a cenar a mi casa. No sería fácil.

Susana cenaría con nosotros y Paquito lo haría con la familia de su mujer.

A mediodía me metí en mi habitación a llorar. Luna, que dormía en mi ventana, pareció escucharme y saltó sobre mi cama.

—Mira qué guapa estás —le dije—. Te han puesto un collar muy bonito. Alguien quiere que no cojas pulgas ni garrapatas. Estás preciosa.

Me fijé en el collar. Tenía colgando un adorno minúsculo. Era un pequeño brillante rosa que reconocí de inmediato. Pertenecía a una caja de abalorios que le había regalado a Mara cuando era niña. Le hice un llavero con una de esas cuentas y le di otra de repuesto por si se le perdía. Se lo regalé una Nochebuena, envuelto en un trocito de papel dorado. Estaba seguro de que la piedra que llevaba Luna era el repuesto y me asombró que lo hubiese guardado todos esos años. La nostalgia me nubló la vista. Tenía que sobreponerme y seguir con la cena.

Estaba haciendo las tortillas en silencio junto a mi mujer, que aliñaba los filetes mientras aguantaba las lágrimas.

—No sé para qué estás haciendo las tortillas. Es mejor que avises a tus hermanos y que no se pasen. No podré con la vergüenza de tener que decirles que mis hijos no vendrán.

Se metió en el patio para que no la viera llorar.

Le daba la vuelta a una tortilla cuando Mara apareció en el umbral. No pude evitar que se me cayera al suelo.

—Lo siento —me dijo.

—No pasa nada, hija, no te preocupes. Ahora lo limpio.

—Lo siento —repitió de nuevo llorando—. Te quiero. Te quiero con toda mi alma, *papa*.

La abracé con fuerza. Quería decirle que yo también la quería y que sentía todo lo que estaban sufriendo. Pero no conseguí articular

ni una sola palabra.

Mi mujer entró asustada al escuchar nuestro llanto. Se secaba las manos en una vieja bayeta de cocina.

—Hija —le dijo emocionada, sin atrever a moverse—. Me alegro de verte.

Mara me soltó para abrazarla a ella. Estaba más delgada, pero su olor seguía siendo el mismo de siempre. Olía a fruta fresca y canela, a flores frescas y almizcle.

—Lo siento —repitió mientras la estrechaba con fuerza.

—No lo sientas, cariño, tú no has hecho nada. No ha sido fácil para ninguno. Déjame que te vea. Estás en los huesos, te vas a comer un plato de potaje hasta el filo —la amenazó su madre.

Susana llegó unos minutos después.

—No te lo vas a creer, me he encontrado a tu novio en la pastelería. Estaba recogiendo un postre que había encargado para ti. Nos vamos a poner moraos de tarta noruega.

Mara llamó a Manuel y le dijo que trajera el pastel a nuestra casa. Mara y yo cogimos papas y comenzamos a pelarlas para repetir la tortilla que se había caído al suelo. Cuando Manuel llegó, ya las estábamos friendo.

—Veo que no he sido muy original con el postre —dijo al meter la tarta en la nevera y encontrarse con la de su cuñada.

No podía disimular la emoción de tenerlos cerca. Nunca me había visto las manos tan temblorosas. Manuel sacó una foto intentando que no nos diéramos cuenta. Sabía perfectamente lo que iba a hacer con ella.

Treinta minutos después, mi hijo estaba en la puerta. Cuando lo vi, no pude disimular la emoción y rompí a llorar como un niño. Las

piernas me temblaron y perdí el equilibrio, pero me recompuse enseguida.

—Lo siento —le dije antes de que se acercara—. Siento todo el daño que te hemos hecho.

Mi hijo se quedó quieto sin saber qué hacer o qué decir. Manuel le pegó un empujón y lo acercó a mí.

—Me había perdido esto —dijo bromeando para que Paquito reaccionara—. Te debo un montón de empujones, de pellizcos y de patadas.

Mi hijo caminó un par de pasos y se paró a pocos centímetros de distancia. Me miró a los ojos y me cogió la cara entre sus manos.

—Soy afortunado de que la vida me haya puesto delante al mejor padre del mundo. Siempre serás mi padre. Siempre. Me importa muy poco lo que diga el ADN. Eres un viejo cascarrabias, pero quiero seguir sufriéndote.

Me estrechó con fuerza. Mi mujer se tapó la cara con las manos. Paquito fue a abrazarla sin poder contener la emoción.

—No puedo creer que seas mi hermana. Mis esquemas mentales no pueden acoplarse a esa información, así que voy a pedirte que, si quieres, sigas siendo mi madre.

—Claro que quiero, cómo no voy a querer —le dijo mientras lo achuchaba sin dejar de llorar.

Nos secamos las lágrimas y seguimos preparando la comida. Mi hijo comenzó a montar las borriquetas a la par que se secaba las lágrimas con disimulo. Manuel corrió a darle la vuelta a la nueva tortilla, porque yo no estaba por la labor.

Luna se asomó a la ventana, pero decidió buscar un lugar más tranquilo. Quizá una familia menos ruidosa.

Saray llegó con las niñas y una de sus empanadas. Paquito le dio un beso y se marchó a recoger a su familia.

56
Mara

Manuel estaba de pie en la cocina, mirándome mientras sonreía.

—Gracias —le dije.

—No las merezco. Lo único que he hecho es unir lo que nunca debió separarse. Y, por cierto, no han terminado las emociones para ti hoy. Voy a aprovechar que está toda tu familia, y que no te atreverás a decirme que no, para darte esto.

Sacó una cajita antigua. Cuando la abrí, estallé en carcajadas. Dentro había una anilla de una lata de refrescos.

—Veo que no has arriesgado mucho, por si te digo que no —bromeé.

Recordaba perfectamente aquella tarde en la playa, cuando éramos niños y Manuel cogió la anilla de su refresco y me la puso en el dedo. Me pidió que me casara con él exactamente al cabo de veinte años y dos meses, para que fuera septiembre y no pasáramos tanto calor.

—Esto es solo para recordarte que llevo demasiados años esperando. Que ya es hora de que aceptes.

—Tienes toda la razón. Demasiados años. Pero vamos a tener que esperar un poco más para casarnos.

—No quiero esperar más.

—Es que me gustaría que en nuestra boda hubiese un invitado muy especial.

Manuel me miró con los ojos muy abiertos.

—¡No!

—¡Sí!

—¿Estás embarazada?

—Suelen pasar estas cosas cuando no se toman precauciones.

Manuel me cogió en brazos y me besó.

—No digas nada a nadie, por favor. Estoy preparando un bonito regalo de Navidad. Se lo diremos a toda la familia mañana.

—Ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo.

—No pensarás lo mismo cuando tengas que volver a cambiar pañales.

—Los cambiaré todos. Te libero de esa tarea si tú me prometes que preparas tortitas para el desayuno todos los domingos. Las de la tienda inglesa no me gustan.

Nos interrumpió mi hermana, que nos llamó para comer.

Nos sentamos a la mesa y mi madre nos sirvió un plato generoso. Justo cuando íbamos a empezar a comer, llegaron dos invitados que no esperábamos. Jano y Ana se unieron a nosotros. Mi padre bromeó con Jano y le preguntó si venía a pedir a Susana, y Ana rio a carcajadas al ver la cara descompuesta de su hijo.

Hacían buena pareja. El muchacho ganó puntos cuando alabó la tortilla de mi padre.

Pasamos toda la tarde comiendo y riendo, cantando villancicos y bailando. Antes de que llegara el resto de mi familia, aparecieron Carmen y Marcos, que venían acompañados de Modou y Nicole.

Manuel no dejaba de mirarme y sonreír. Saray y Paquito comenzaron una pelea de trozos de pan que nadie pudo parar. Mis sobrinas reían al ver a su padre jugando como un niño pequeño. Coral llegó a medianoche y al entrar se abrazó a Saray. Todos vimos en ese gesto la reconciliación que ambas necesitaban.

Me acordé de Sandra y de lo distinta que iba a ser esa Navidad en su casa.

La vida de mi abuela y la de Sara se truncaron por tropezarse en el camino con hombres que decidieron que eran poco más que un objeto que podían utilizar a su antojo. La maldad se impuso en su vida y no pudieron esquivarla, pagando un precio muy alto por ello. A Sara le arrancaron la vida, el futuro que la esperaba para verla crecer, e hicieron trizas una familia, que no fue capaz de gestionar tanto dolor. Miré a Saray, que sonreía mientras le daba a su hermana pequeña un trozo de tortilla. Ella había tenido suerte. Sus amigas la ayudaron, le ofrecieron el apoyo que la libró de caer en el mismo abismo infinito.

Aquella noche, contemplando a mi familia, decidí que dedicaría mi vida a luchar para transformar esas realidades. No tenía ni idea de por dónde empezar, pero estaba segura de que encontraría el camino para poder cambiar conciencias, para educar en una sexualidad sana y responsable, para ayudar a que nadie pasara el miedo que sintió Sara, la vergüenza equivocada que sufrió mi abuela y la angustia que paralizó a Saray. Tenía que hacer algo, no podía quedarme quieta sabiendo que a muchas niñas les quebraría la vida el simple capricho de hombres que se creían con derecho a utilizarlas a su antojo.

Peter y Maru llegaron cuando tomábamos el postre. Entraron cogidos de la mano. Y toda mi familia entendió el gesto.

—Pero, bueno, ¿es que en esta familia no van a parar los *pedíos* —exclamó mi padre mientras se levantaba a felicitarlos.

Maru se sonrojó y Peter le pasó el brazo por los hombros. Mi hermano les hizo un hueco en la mesa y mi madre arrimó un par de sillas. Manuel les cortó un trozo de tarta. Maru me miraba feliz. Podía ver en sus ojos que por fin había descubierto lo que llevaba meses intuyendo.

Por primera vez en muchos años, mis padres se sentaron en Nochebuena con su familia sin secretos, sin sombras que oscurecieran el futuro. Mi familia tenía cada pieza en su sitio, cada miembro en su lugar.

Podía ser que las etiquetas no se correspondieran con la realidad. Y que la sangre que corría por nuestras venas no fuera la misma. Pero no cabía duda de que entre nuestras risas vivía el cariño infinito que se había hilvanado con los buenos y los malos momentos. Un cariño puro y lleno de ternura que te abrigaba en un hogar donde nadie se sentía solo.

Todos teníamos un refugio al que volver.

Siempre tendríamos a la familia.

Nuestra familia.

Agradecimientos

Sé que llegáis a esta parte del libro con el deseo de conocer si esta historia tiene alguna coincidencia con la realidad. Pero en esta ocasión todos los hechos que habéis leído (o casi todos) son fruto de la imaginación de esta autora.

Quiero empezar agradeciendo a Paquito, mi hermano, que me inspirara este relato. En realidad somos tío y sobrina y tenemos un camino juntos lleno de momentos compartidos. Nuestra relación es una de las cosas más bonitas que tengo en la vida. Y aunque fue la muerte de mi abuela la que hizo que nuestras vidas se acercaran, junto a él he disfrutado de una infancia con la seguridad de no estar nunca sola. Sus llamadas y atenciones me hacen saber que, en mi vida adulta, eso no ha cambiado. Para mí eres mi hermano y lo serás siempre.

Y no puedo seguir sin nombrar a Susana, mi hermana, que me hace la vida más fácil, más bonita y, como sospecháis todos los que la conocéis, más divertida. Aunque escribir es un acto solitario y necesita de mucha concentración, tenerla a ella cerca lo cambia todo. En mis tiempos de escritura, abre mi puerta sorprendiéndome con una tortilla de patatas, la invitación para pasear a mis perros o para simplemente hacerme reír con sus ocurrencias. Con su ayuda

todo es más sencillo. Y aunque ella siempre dice que lo hace por una inversión de futuro, sé que lo hace de corazón.

Otro de los agradecimientos más sinceros es para mis padres. Los dos se ocupan en silencio de que este libro salga adelante. Mi madre cuida de que no caiga en una desnutrición profunda. Mi congelador siempre está lleno de sus equilibrados menús, que me devuelven la energía en los largos días frente al ordenador. Mi padre es mi lector cero, el primero que lee mis libros, capítulo a capítulo. Espero ansiosa su «este está fenomenal» y temo su «bueno, está bien» que me indica que le tengo que dar una vuelta más. Es el primer filtro y el más importante.

El segundo filtro es mi tía Mari Carmen, una de las personas más importantes de mi vida. También me lee capítulo a capítulo y su emoción es el mejor de mis barómetros. No solo debo agradecerle las horas que pasa leyéndome, también las horas que pasa sustituyéndome en el mercadillo mientras yo escribo o promociono mis novelas.

Soy muy afortunada por tener una familia tan maravillosa. Pero también, por las amigas que han ido llegando a mi vida y se han quedado a formar parte de ella.

Tengo cuatro amigas que me han ayudado a dar brillo a este libro. Marta G. Navarro, María José Robles, Verónica Domínguez y Rocío Quesada. Ellas han sido mis primeras lectoras y la calma de mis inseguridades. Sus sugerencias han resultado vitales para que esta novela llegue a ser lo que es. Gracias, amigas, por las horas de lectura, por las conversaciones a medianoche y por todo el apoyo que siempre me dais. Las cuatro sois mujeres con una sensibilidad y

una calidad humana impresionantes. Qué suerte tengo de teneros. Este libro ha crecido con vuestra ayuda.

Gracias a Estefanía, la lectora más crítica de mi universo. Siempre consigues que mejore lo que pensaba que estaba acabado.

En esta ocasión he contado con un lector cero que me ha ayudado a que este libro sea más inclusivo. Cuando escribí *La maestra gitana*, me invitaron a varios clubs de lectura de personas invidentes. Aprendí tanto con ellos que he querido contar con la colaboración de alguien que me leyera de otra manera. Y la experiencia ha sido preciosa. Tengo que agradecer a Miguel Fernández todas las aportaciones para que mis novelas se pudieran leer, como él siempre dice, «con el corazón».

Y no puedo olvidarme de mi agradecimiento a todo el equipo de Penguin Random House. A esas personas que hacen un trabajo invisible pero tan necesario para que este libro esté en vuestras manos. A mi editora, Ana María Caballero, por las sugerencias que han enriquecido la trama. A Anna Turón, por conectarme con el mundo exterior, y a Sandra López, por esa lucha incesante para que cumpla mis sueños. Y también a mi equipo de corrección y estilo, a quienes he hecho pasar lo suyo con el habla tan propia de mis personajes. Gracias por todas vuestras sugerencias y paciencia. A las diseñadoras de las portadas y a todas esas personas que desde el anonimato más absoluto convertís mi trabajo en lo que tenéis en las manos.

También quiero dar las gracias a Silvia Pastor por su lucha y su pasión. Conocerla ha sido para mí abrir una puerta muy importante: la dura lucha por una infancia sin abusos sexuales.

No puedo olvidarme del claustro virtual, de esos compañeros que me apoyan, me siguen y me recomiendan sin descanso. Les estoy muy agradecida.

Y por último a ti, lector o lectora, que me lees escogiéndome entre miles de autores. Que eliges mi libro entre millones de títulos. Gracias por recomendarme, por enviarme correos y mensajes en las redes sociales.

Y a todos los que me invitáis a vuestros clubs de lectura y eventos literarios. Sin vuestra ayuda no hubiese podido llegar hasta aquí.

Gracias.

Esta historia no es como las demás.
Porque enseñar también es mirar donde nadie lo hace.
Por ellos.
Para que nunca más sean invisibles.



Mara, conocida como la maestra gitana, decide participar en un proyecto educativo que la obliga a cambiar de centro y a enfrentarse a nuevos desafíos. En un entorno marcado por la pobreza y la exclusión, se encuentra con un alumnado que necesita mucho más que libros de texto.

Sin embargo, el curso se complica con la inesperada muerte de una estudiante. El trágico episodio la arrollará como un huracán y pondrá

en duda todo lo que Mara ha creído hasta el momento y que la ayudaba a afrontar su día a día, dentro y fuera del aula.

Tras conquistar a miles de lectores con *La maestra gitana*, Lola Cabrillana regresa con su protagonista más emblemática en una novela impactante que destapa la realidad oscura que sacude algunas infancias.

Lola Cabrillana es maestra, gitana y escritora. Nació en Málaga y se crio a las orillas de Benalmádena, pueblo en el cual reside. Titulada en Educación, es maestra de Educación especial e infantil y colabora con editoriales, librerías y bibliotecas en distintos proyectos para el fomento de la lectura.

Comprometida con la lucha contra el racismo, Cabrillana ejerce su activismo a través de las redes sociales y coopera con distintas asociaciones. En 2022 fue galardonada con el Premio a la Divulgación de la Cultura e Historia del Pueblo Gitano en la XII Gala Premios Gitanos Andaluces. También ha sido reconocida con el Premio CODAPA como referente contra el racismo, el acoso y las desigualdades en el aula y con el Premio Secretariado Gitano 2024 a la Solidaridad.

En 2020 escribió su primera novela, *Voces color canela*, y tres años más tarde, publicó La maestra gitana de la mano de Grijalbo, con la que despegó su carrera literaria. Desde entonces, los lectores han podido disfrutar también de *Las cuatro esquinas del mar* y Vulnerables, obra por la que ha sido finalista del XXXII Premio Andalucía de la Crítica. Ahora vuelve a las librerías con *La maestra de los invisibles*.



Primera edición: abril de 2026

© 2026, Lola Cabrillana
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada: composición fotográfica de José Luis Paniagua a partir de las imágenes de © Miguel Sobreira / Arcangel y © iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7297-1

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La maestra de los invisibles

Primera parte

1. Paco
2. Mara
3. Paco
4. Mara
5. Paco
6. Mara
7. Paco
8. Mara
9. Paco
10. Mara
11. Paco
12. Mara
13. Paco
14. Mara
15. Paco
16. Mara
17. Paco
18. Mara

Segunda parte

19. Paco
20. Mara
21. Paco
22. Mara
23. Paco
24. Mara
25. Paco
26. Mara
27. Paco
28. Mara
29. Paco
30. Mara
31. Paco
32. Mara

Tercera parte

33. Paco
34. Mara
35. Paco
36. Mara
37. Paco
38. Mara
39. Paco
40. Mara
41. Paco

42. Mara
43. Paco
44. Mara
45. Paco
46. Mara
47. Paco
48. Mara
49. Paco
50. Mara
51. Paco
52. Mara
53. Paco
54. Mara
55. Paco
56. Mara

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Lola Cabrillana

Créditos